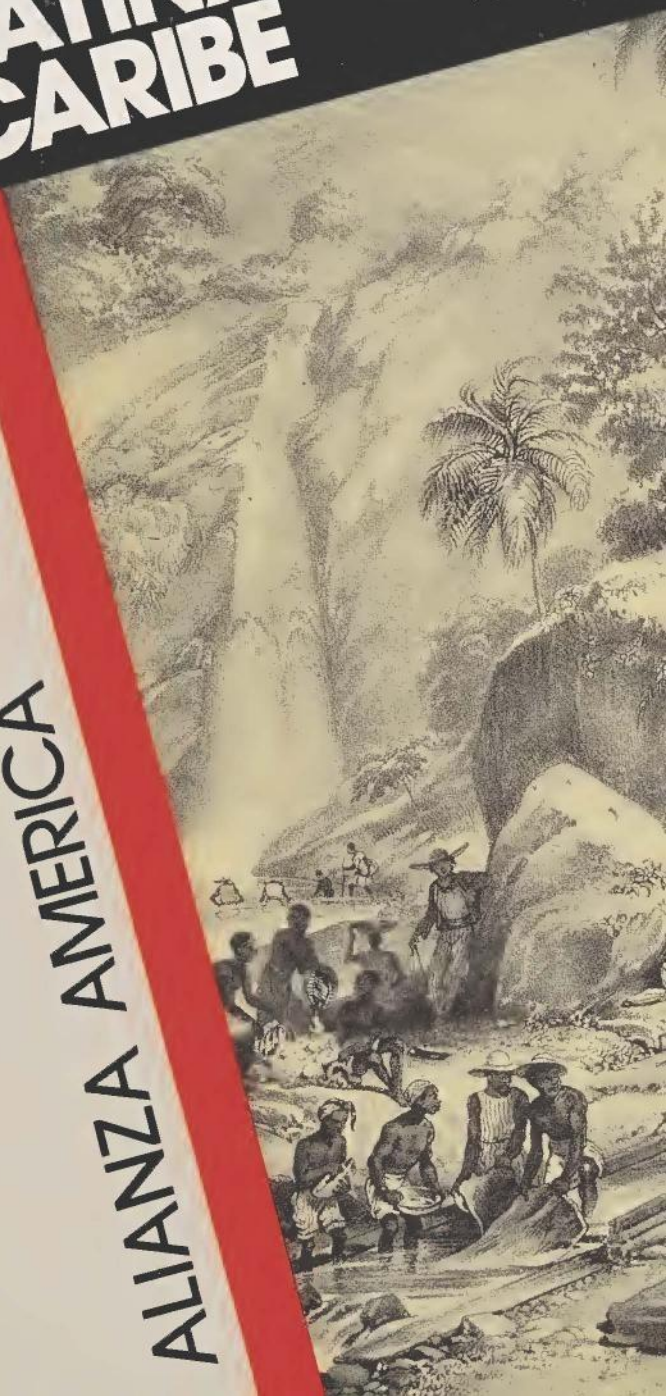
HERBERT S. KLEIN

LA ESCLAVITUD AFRICANA EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE



ALIANZA AMERICA

La esclavitud africana en América Latina y el Caribe

Historia de América Latina

Dirigida por Nicolás Sánchez-Albornoz

1. *América indígena*
   Pedro Carrasco
   La conquista
   Guillermo Céspedes
3. *Reforma y disolución de los Imperios ibéricos, 1750-1850*
   Tulio Halperin Donghi

Monografías

Población y mano de obra en América Latina
Compilación de Nicolás Sánchez-Albornoz

Breve Historia de Centroamérica
Héctor Pérez Brignoli

Herbert S. Klein

La esclavitud africana en América Latina y el Caribe

Versión española de Graciela Sánchez Albornoz

Alianza Editorial

Creative Commons

© Herbert S. Klein
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986
Calle Miláij, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-4208-8
Depósito legal: M. 32.582-1986
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)

Indice

Prefacio 11

1. Orígenes de la esclavitud en América 13
2. La esclavitud africana en Latinoamérica durante el siglo xvi. 25
3. Azúcar y esclavitud en el Caribe. Siglos xvn y xvm 39
4. La esclavitud en la América ibérica. Siglo x v m 51
5. Esclavitud y plantación en el Caribe. Siglo x i x 63
6. Esclavitud y plantación en Brasil y en las Guayanas. Siglo x i x 77
7. Vida, muerte y familia en las sociedades afroamericanas de esclavos..... 93
8. Comunidades esclavas y cultura afroamericana..... 107
9. Resistencia y rebeliones de esclavos..... 121
10. Libertos en las sociedades esclavistas 139
11. De la esclavitud a la libertad..... 155

Apéndices..... 173

Bibliografía..... 177

A la memoria de
Louis y Rose Friedman
y Charles y Anna Klein

Prefacio

En los últimos años se han dado a conocer muchos estudios sobre la esclavitud y sobre el papel que desempeñaron los africanos y sus descendientes en América. Al cúmulo de obras escritas sobre estos temas en el siglo XIX y comienzos del XX, se suman ahora otras con una orientación principalmente social y económica. Unas son de tipo comparativo; otras se centran en determinados períodos o sociedades. Dentro de esta nueva orientación, los primeros trabajos estuvieron muy influidos por la antropología; en los más recientes pesa cada vez más el aporte de los economistas y sociólogos.

No obstante los rasgos comunes, son muchas las diferencias que hay de región a región en el régimen y en las condiciones de esclavitud que imperaron en América. Su conocimiento y comparación, por el juego de contrastes, ayuda a comprender mejor el desarrollo particular de cada nación. Los investigadores de los Estados Unidos ganaron, por ejemplo, al incorporar a sus reflexiones los aportes realizados sobre estos temas entre 1950 y 1970 por los brasileños; hoy, éstos tienen a su vez en cuenta las contribuciones más novedosas de los norteamericanos.

Pese a la proliferación de nuevos estudios, escasean con todo los de índole comparativa y carácter general; tampoco hay por cierto ninguno que cubra el área que trato aquí. Esta historia de la esclavitud africana en América latina y el Caribe abarca las zonas de habla española, portuguesa y francesa del continente. Para entender mejor qué pasó en ellas, ha sido, sin embargo, menester considerar la evolución de las colonias holandesas del Caribe y también, aunque en menor grado, la de las inglesas. Aunque hago algunas comparaciones con Norteamérica, no trato de la experiencia afroamericana ahí; existe, en efecto, una copiosa biblio-

grafía sobre esta historia que cabrá consultar si así se desea. El lector avisado se dará cuenta, sin embargo, que he procurado incluir en mi presentación del pasado latinoamericano los temas hoy debatidos en la historiografía estadounidense sobre la esclavitud.

He intentado, asimismo, incorporar a este libro los resultados de las investigaciones más recientes sobre aspectos económicos de la esclavitud y sobre la evolución demográfica de los esclavos africanos, temas abordados en mis trabajos anteriores sobre Cuba, Brasil y la trata negrera atlántica. También he resumido para el lector general buena parte de los estudios precedentes sobre la cultura afroamericana y la evolución del régimen de plantación en América, así como las últimas contribuciones de la historia de Africa que tienen relación con la esclavitud en el Nuevo Mundo.

Por ser éste un estudio breve y general de un tema muy amplio, he suprimido toda nota a pie de página; para los interesados en profundizar los puntos expuestos o en consultar la documentación en la que se sustentan los argumentos, he agregado al final del libro un detallado comentario bibliográfico a cada capítulo.

Los apelativos con que se conoce a los afroamericanos varían de una lengua a otra; el lector ha de tener presente cómo los uso aquí. «Negro» se refiere a la persona definida por la sociedad como de ascendencia exclusivamente africana. «Mulato» denota a alguien de procedencia mixta: africana y europea, o incluso africana y amerindia o asiática. Este uso es el corriente en la mayoría de los países americanos, excepto en los Estados Unidos. En la traducción se han empleado a veces como variantes los términos de moreno y pardo como concesión al lenguaje español de la época. «Afroamericano» designa a quien, nacido en América, era considerado o como negro o como mulato. La expresión «de color» abarca tanto a unos como a otros sin consideración a su lugar de nacimiento.

Para escribir este libro he contado con la ayuda de muchos amigos. Stanley Elkins, Stanley Engerman, Harriet E. Manelis Klein, Nicolás Sánchez-Albornoz y Stuart Schwartz se tomaron la molestia de leer cuidadosamente el manuscrito y hacer indicaciones sumamente útiles. Mi colega Jonhatan Sanders me facilitó asimismo la tarea gracias a su valiosa asistencia técnica. A todos ellos quiero expresar mi agradecimiento.

Capítulo 1

Orígenes de la esclavitud en América

La esclavitud africana en Latinoamérica y el Caribe constituye una etapa tardía de la evolución de esta institución. Desde la formación de sociedades complejas, la mayor parte del mundo conoció la esclavitud. Por lo común significaba esclavitud doméstica; con ella la capacidad de trabajo de la familia se ampliaba mediante el empleo de trabajadores sin relación de parentesco. Los esclavos han desempeñado, empero, toda clase de tareas, y en algunas sociedades incluso constituyeron clases o grupos fuera de la unidad doméstica. Pocos pueblos carecieron de esclavos; donde los hubo fueron tratados como individuos sin raíces ni historia, retenidos por la fuerza. Componían asimismo la fuerza laboral de mayor movilidad.

Los esclavos no fueron, naturalmente, los únicos adscritos a ciertas ocupaciones, ni tampoco excepcionales por su incapacidad para regir la propia vida. Campesinos, siervos, aun miembros del clan o del grupo de parentesco eran sometidos a servidumbre, por lo menos temporariamente. Individuos atados a la tierra, obligados a servir a los señores, sujetos a menudo a rígidas reglas y jerarquías por edad dentro de su grupo, poco se distinguieron de los esclavos en cuanto a trabajos o a derechos. Pero, en última instancia, la falta de todo vínculo social diferenciaba al esclavo de los demás trabajadores. Por esta condición precisamente eran apetecibles en el mundo preindustrial. Sin las ataduras y las vinculaciones propias de las clases libres, incluso las más bajas, el esclavo dependía por completo de la voluntad del amo. Este podía usarlo a su arbitrio a un costo en obligaciones recíprocas mucho más bajo que con cualquier otra clase de trabajadores.

Aunque antes del siglo XV muchos pueblos tuvieron esclavos, éstos solieron constituir una fracción pequeña de la fuerza de trabajo, sin importancia para la producción de bienes y servicios. Las sociedades evolucionadas se fundaban en el trabajo de campesinos, ya aldeanos dedicados a la agricultura, ya artesanos especializados en diversas manufacturas. Ambos grupos eran los productores principales; los esclavos quedaban relegados al servicio doméstico o al desempeño de tareas especiales para la clase alta. Ocasionalmente se los usó para labores peligrosas en empresas estatales, como la minería, que ni siquiera campesinos sometidos podían ser obligados a realizar; asimismo, guerreros vencidos y esclavizados fueron empleados en obras públicas. En casi todas las sociedades, los campesinos desempeñaron, sin embargo, la mayor parte de los trabajos.

La esclavitud existió, pues, desde antiguo y en numerosas partes del mundo. Sin embargo, su empleo para la producción industrial o mercantil data, según los investigadores, de los siglos inmediatamente anteriores a la era cristiana, y se originó en las ciudades-estado de Grecia o en el imperio romano. En esa época los esclavos preponderaron en la producción comercial destinada a mercados locales e internacionales; la esclavitud se convirtió en un factor de peso en esas economías.

La economía de la Grecia clásica de los siglos VI y V a. de C., con empleo de mano de obra esclava en grandes talleres que producían mercancías para un mercado internacional, es considerada por los historiadores como un hito en el desarrollo de la esclavitud. Entre los griegos la institución no tuvo, sin embargo, el mismo alcance que en el imperio romano.

La conquista romana, que constituyó en el continente euroasiático el imperio más extenso conocido hasta entonces, abrió la puerta a una vasta economía de mercado. Economías de mercado habían existido, naturalmente, antes; asimismo, otras naciones conquistadoras habían cautivado, como botín de guerra, a esclavos. Los romanos, empero, dieron al mercado y a la esclavitud dimensiones desconocidas hasta entonces. Sus ejércitos absorbieron hasta un 10 por 100 de la mano de obra campesina masculina de Italia; al mismo tiempo, la nobleza, enriquecida por la conquista y por los tributos de los pueblos sometidos, adquirió grandes extensiones de tierra. Resultó, pues, lógico, en un tiempo de expansión económica y pocos trabajadores disponibles, recurrir a una fuente abundante y barata de abastecimiento de mano de obra: los enemigos esclavizados. Aun cuando éstos se encarecieron al moderar la conquista su marcha, siguieron siendo una alternativa menos costosa que pagar los salarios que pudieran atraer a campesinos empeñados en una agricultura de subsistencia. Mercado en desarrollo con escasez de mano de obra es la combinación ideal que lleva a recurrir a la esclavitud o a otras formas de servidumbre.

Entre las sociedades preindustriales, Roma destaca por el desarrollo de sus centros urbanos y de su mercado. En el momento de apogeo, el

30 por 100, se calcula, de la población de la península italiana vivía en ciudades; alrededor del 10 por 100 en el resto del imperio. Estos pobladores urbanos mal podían ser alimentados con los recursos proporcionados por una agricultura campesina tradicional. Sus alimentos provinieron más bien de la producción de grandes latifundios cultivados por esclavos y a cargo de administradores puestos por propietarios casi siempre ausentistas. La demanda de artesanías producidas en gran escala, destinadas al mercado interregional e internacional, dio también lugar a la aparición de esclavos con oficios especializados.

El tamaño de la fuerza de trabajo esclava fue asimismo inusual para tiempos premodernos. Aunque no hay cifras seguras, se ha calculado que Italia albergaba, en el momento de apogeo del imperio, de dos a tres millones de esclavos; éstos habrían representado entre el 35 y el 40 por 100 de la población total. Por más que los campesinos predominaron en la mano de obra rural, la cantidad de esclavos indica que éstos desempeñaron un papel vital en la mayor parte de las empresas productivas. Cuadrillas de esclavos eran un elemento común del paisaje rural; por todos los rincones del imperio y en posesión de casi todas las clases sociales se hallaban asimismo esclavos. En algunos lugares constituían un segmento considerable de la población. Hubo, además, algunas comunidades de esclavos bien organizadas; su existencia se hizo patente sobre todo en las grandes rebeliones, cuando por encima de la diversidad de orígenes, convergían sus intereses.

Como toda sociedad con esclavos, Roma los usó también para el servicio doméstico o para labores muy especializadas. Pero es en relación con la producción de artículos y servicios para el mercado que ha de considerarse a los romanos creadores de un sistema esclavista similar a los establecidos por Occidente a partir del siglo XVI. Las leyes y costumbres de Roma se reflejarían luego en la definición legal de la esclavitud, así como de otras instituciones, de la Europa occidental moderna.

Objetivo primario de la ley romana fue garantizar el derecho de propiedad del amo; al esclavo se le negaba el derecho a la libertad personal. Fuera de esto, la sociedad imponía restricciones al poder del amo sobre el esclavo. A éste no se le despojaba de toda personalidad legal, en relación, por ejemplo, con los derechos a la propiedad y a la seguridad personal. Estos se aceptaban en la medida en que no perjudicaran la movilidad de la fuerza de trabajo esclava. Esta actitud más «humana» nacía a menudo del interés de la propia clase del amo por tener una mano de obra estable. En nombre de una mayor eficiencia y de la paz social se acotaron, pues, los derechos absolutos del amo.

Ejemplo de restricción fue la emancipación. Ella era fundamentalmente, como otras prácticas relacionadas con la esclavitud, un derecho del amo, que disponía a voluntad de su propiedad, aun a expensas de su patrimonio. A diferencia de toda otra propiedad, los seres humanos podían ser liberados y, eventualmente, igualados con su poseedor. La manumisión reconocía, por consiguiente, la humanidad del esclavo, sin negar

el derecho de propiedad del dueño. Liberar al esclavo podía hacerse por razones económicas; resultaba muy beneficioso al amo manumitirlo a cambio de una cantidad de dinero. Era menester, por tanto, permitir al esclavo acumular un peculio, más o menos al margen del amo, con que comprar su libertad. Había casos, asimismo, en que el esclavo podía solicitar su libertad o el estado liberarlo, por interés público o méritos, aun en contra de la voluntad del amo.

Tampoco era razonable negar de plano al esclavo el derecho a la seguridad personal si el fin era extraer el máximo rendimiento de su fuerza de trabajo. Los romanos no regatearon el uso de la fuerza física para imponer obediencia. La voluntad del amo era a diario ley, y ejecutada plenamente. El estado, empero, no podía permitir matar al esclavo, ya que ello amenazaba la estabilidad social. Dolor, látigo, degradación y marginalidad eran, por supuesto, el pan de cada día del esclavo. Pero, en su crueldad, la eficacia del sistema requería no llegar al extremo de privarle de todo derecho. Al contrario, dejarle alguna personalidad legal se consideró en realidad esencial para el buen funcionamiento del régimen. Puesto que antiguos esclavos llegaban a ser ciudadanos romanos se procuró frenar a las fuerzas disociadoras como son la diversidad de orígenes y el racismo, presentes en muchos sistemas de esclavitud, y retener en cambio para los esclavos derechos secundarios que les quedaban —religión, educación, familia e incluso vínculos de parentesco. La posibilidad de alcanzar plena igualdad tras la emancipación tornó al régimen romano más «abierto» que muchos que aparecerían siglos después en América.

Mientras el imperio sobrevivió, la esclavitud prevaleció. Aunque no desapareció de Europa hasta avanzada la Edad Moderna, la esclavitud como institución económica decayó con las invasiones bárbaras del siglo V al VIII d. de C. Las mismas razones que dan cuenta de su desarrollo explican su colapso a fines de la era imperial. Con la declinación de los mercados urbanos, la desaparición del comercio internacional y la expansión de la agricultura de subsistencia, la fuerza de trabajo esclava dejó de ser eficiente y volvió a predominar la mano de obra campesina en toda labor rural. La esclavitud se redujo al ámbito doméstico. En la temprana Edad Media, la necesidad de defensa y seguridad dio origen a una nueva fuerza de trabajo semiservil, formada por campesinos que sacrificaban parte de su libertad a cambio de la protección del señor local. Los siervos desplazaron a los últimos esclavos que quedaban en la producción agrícola europea.

La esclavitud siguió, con todo, siendo importante en los pueblos germánicos de la frontera septentrional que guerras continuas abastecían de esclavos. En el mundo mediterráneo no cristiano experimentó cierto renacimiento entre los siglos VIII y XIII. Las invasiones musulmanas de las islas mediterráneas y, en particular, de España trajeron consigo el uso de esclavos en la agricultura y las industrias. La existencia de mercados islámicos de esclavos alentó un animado tráfico de cristianos.

El resurgimiento de los mercados internacionales tras las primeras cruzadas estimuló a los europeos cristianos a participar en el comercio esclavista. Genoveses y venecianos, que llegaban a Palestina, Siria, el Mar Negro y los Balcanes desde sus bases en las islas de Creta y Chipre, prosperaron gracias al tráfico de hombres. Abundaron entre ellos los eslavos —gentilicio que dio origen al término «esclavo»—, mas no fueron únicos. La oferta era variada. En las islas del Mediterráneo oriental podían encontrarse, a comienzos del siglo XIV, esclavos negros, musulmanes de todo tipo de Africa septentrional y Asia Menor, más noreuropeos y cristianos griegos y balcánicos.

No sólo la esclavitud, sino también la agricultura de plantación y la producción azucarera fueron actividades habituales en partes del mundo mediterráneo a partir del siglo VIII. El azúcar había sido introducido en Europa desde Asia durante las invasiones islámicas; los cristianos tuvieron, empero, la oportunidad de convertirse en productores gracias a la primera cruzada, a fines del siglo XI. Durante las dos centurias siguientes, las haciendas cristianas de Palestina produjeron azúcar con una fuerza de trabajo compuesta por esclavos, siervos de la gleba y trabajadores libres. Al caer estas tierras en poder de los turcos a fines del siglo XIII, el centro de la industria azucarera se trasladó a Chipre. Aquí mercaderes italianos y gobernantes locales emplearon mano de obra libre y esclava. Chipre fue a su vez reemplazada pronto por la colonia veneciana de Creta y después por Sicilia. Productora ésta de azúcar para el mercado europeo desde hacía unos doscientos años, terminó por ser el principal centro de esta actividad. La costa mediterránea de la España musulmana fue, entre fines del siglo XIII y comienzos del XIV, otra importante región azucarera que abasteció la Europa del oeste y del norte. En esta época la extensión más occidental de la industria se sitúa en el reino del Algarve, en la costa atlántica meridional de Portugal. No siempre el azúcar fue producido por esclavos; ni constituyeron éstos la única fuerza de trabajo en esta actividad. No obstante, la equiparación entre esclavitud y azúcar fue establecida entonces, antes de la conquista de América. En el Mediterráneo oriental nacieron en la baja Edad Media las técnicas de producción azucarera y la agricultura de plantación esclavista, desarrolladas después en las islas atlánticas y en el Nuevo Mundo.

En la Europa continental cristiana la esclavitud se confinó, a partir del siglo VIII, a actividades de escasa importancia, casi exclusivamente domésticas. Sin una economía de mercado capaz de sustentarlos, los esclavos perdieron el papel que habían desempeñado en la agricultura europea durante el imperio romano. Después del siglo X, una lenta reactivación del comercio y de diversas industrias impulsó la colonización de tierras nuevas, a la vez que el crecimiento de la población rural. Esta bastó para el cansado curso de las economías de mercado. La mano de obra esclava resultaba a la sazón demasiado cara.

En el mundo islámico del Mediterráneo, más avanzado, resurgió, en cambio, la esclavitud como importante factor de producción. La España musulmana importó, del siglo VIII al X, esclavos cristianos. Este único mercado europeo para esclavos se cerró, sin embargo, al declinar los estados islámicos de la península. Al ser conquistados más tarde por los cristianos ibéricos del norte, los campesinos y artesanos musulmanes fueron convertidos, más que en esclavos, en siervos. Lo sucedido en Egipto, que importó por año sólo en hombres 10.000 esclavos cristianos entre fines del siglo XIII e inicios del XIV, no tuvo equivalente en la Europa de entonces.

Al terminar la Edad Media existía en el Viejo Mundo una variedad de regímenes de esclavitud, los más importantes de ellos en la región mediterránea. Ningún estado europeo carecía de esclavos, por pocos que fueran; pero su empleo como mano de obra para agricultura y manufactura en gran escala había desaparecido. El ascenso de la economía europea se asentaba en una fuerza de trabajo campesina a la sazón en crecimiento. Cuando, a comienzos del siglo XV, las primeras carabelas portuguesas avistaron la costa de Guinea, la estructura legal heredada de Roma seguía intacta en la Europa cristiana; la esclavitud como institución había, en vez, declinado.

La esclavitud existía en Africa de antiguo; pero antes del tráfico negrero atlántico era una institución, como en la Europa medieval cristiana, sin relevancia. En las sociedades evolucionadas del continente se circunscribía al ámbito doméstico; unos pocos estados bajo influencia musulmana desarrollaron tal vez alguna industria con mano de obra esclava. Asimismo, había esclavos negros fuera de Africa. Los numerosos estados africanos, sin unidad política o religiosa, compraban y vendían libremente esclavos, y también los exportaban. Las caravanas a través del Sahara transportaron, con otras mercaderías, esclavos de Africa al Mediterráneo, y esto desde la época prerromana hasta la moderna. En el siglo VIII, con la expansión del mundo islámico hasta el Mediterráneo oriental y la India, creció el tráfico musulmán. Entre los siglos IX y XIV tuvo lugar un trasiego internacional de esclavos bastante regular; la mayoría de ellos eran mujeres y niños. Por seis rutas principales de caravana y dos litorales se trajinaron en ese período, se calcula, entre 5.000 y 10.000 esclavos por año. El Africa septentrional siguió siendo la principal zona desde donde mercaderes musulmanes desarrollaron y difundieron buena parte de este tráfico; a ella seguían en orden de importancia los centros sobre el Mar Rojo y en la costa oriental sobre el océano Indico.

Mientras la influencia del Islam se expandía por las márgenes de Africa, donde regímenes de esclavitud semejante al musulmán empezaron a adoptarse, en el resto del continente la institución carecía de peso. En sistemas fundados en vínculos de parentesco y de linaje, los esclavos desempeñaban, sobre todo, funciones domésticas y aun religiosas, sirviendo de cualquier cosa, desde concubinas hasta víctimas para sacrificios, o si no como guerreros, administradores o trabajadores agrícolas.

No eran por lo común elemento decisivo en la producción, a cargo de otras clases, y su posición en la sociedad no estaba definida con tanto vigor como donde desempeñaban un papel fundamental. Los hijos de padre libre y madre esclava solían convertirse en miembros libres del grupo de parentesco; esclavos aculturados de segunda generación adquirían más derechos y privilegios y quedaban menos sujetos al arbitrio del amo en punto a vigilancia o venta.

Hubo, sin embargo, sitios donde la esclavitud tuvo una función relevante en la vida económica, social o política. Regímenes islamizados de la franja subsahariana usaron grandes cantidades de esclavos como soldados o como trabajadores agrícolas. Algunos de los estados *wolof* emplearon esclavos para una agricultura destinada tanto al consumo local como a la exportación. Entre ellos, el más famoso, el imperio de Songhay, en el valle del río Níger, producía, en el siglo XV, en plantaciones de regadío, dotadas de miles de esclavos, trigo, arroz y otros alimentos que no sólo abastecían el ejército local sino que también se vendían a las caravanas que cruzaban el Sahara. También trabajaron esclavos en las minas de oro del Sudán occidental y en los depósitos saharianos de sal de Teghaza, así como en las plantaciones próximas a centros comerciales de Africa oriental, en Malindi y Mombasa al norte y en la isla de Madagascar.

El uso comercial de esclavos ilustrado por estos casos fue más bien excepcional. Cambios de fortuna en guerras y tráficos comerciales y hasta azares ecológicos convertían a los estados islámicos de la savana occidental de Africa en regiones inestables. En el decenio de 1590, invasores marroquíes destruyeron el imperio de Songhay. Prolongadas sequías desbarataron otros estados. Los regímenes esclavistas de Africa, en especial en el oeste, fueron, por tanto, escasos y poco duraderos antes de la llegada de los europeos cristianos.

Aunque el uso comercial en gran escala de esclavos fue limitado, su empleo se hallaba muy difundido. Antes de la trata atlántica existía, pues, un animado comercio, tanto interior como exterior, de esclavos. Durante los seis siglos anteriores a la llegada de los portugueses, entre 3,5 y 10 millones de africanos fueron remitidos fuera de Africa por las rutas del norte y del este. Estas corrientes de migrantes forzosos solieron contener más mujeres y niños que las que después cruzarían el Atlántico, y procedieron además de regiones que las remesas a América apenas afectarían. Junto con este tráfico internacional prosperó otro para satisfacer necesidades locales. Por ser el empleo de esclavos en Africa más que nada social y doméstico, las mujeres eran la mercancía favorita. Para abastecer a ambos tipos de tráfico se recurrió a toda suerte de prácticas, desde las capturas en guerras y correrías hasta el tributo en esclavos de pueblos sometidos o la esclavitud como pena judicial. Todos estos métodos se adaptarían después a maravilla a las necesidades de la trata atlántica.

La trata preatlántica fue evidentemente diferente de la europea posterior. Con más mujeres y procedencia principal de los pueblos africanos

del norte y del este fue menos intensa y sus repercusiones locales menos graves. Aun cuando el número de personas conducidas por la fuerza es impresionante, la trata anterior a 1.500 encajaba en organizaciones sociales, políticas y productivas donde el comercio de esclavos no pasaba, al fin y al cabo, de ser incidental. En este período el tráfico exterior quizá fuera incluso menos importante que el interior.

La llegada de los exploradores y comerciantes portugueses a la costa subsahariana apenas iniciado el siglo XV altera la historia de la esclavitud africana. Su tráfico se intensifica a la vez que cambian las fuentes de abastecimiento y los empleos a que se destinan los esclavos. Al comienzo, poco distinguía a los traficantes portugueses de sus colegas musulmanes del norte de Africa o de la franja subsahariana. Su primera preocupación fue precisamente circunvenir esas rutas comerciales abriendo otra por mar. Oro era lo que más apetecían; esclavos, pimienta, marfil... venían en segundo lugar. Cuando, en 1444, empezaron a embarcar esclavos, su destino principal fue Europa, donde servían como domésticos. Este tráfico prolongaba en realidad aquel ejercido por los musulmanes a través de las rutas de caravanas. Los portugueses abastecieron, asimismo, la demanda interna africana al canjear, en la costa, esclavos por oro. El interés por este mineral se explica por la escasez de metales preciosos que Europa, en plena expansión y con un balance negativo en el comercio con Asia, padecía entonces. El oro africano así exportado ayudaba a saldar ese intercambio. Pero los traficantes portugueses cambiarían de mira al prosperar la industria azucarera en las islas atlánticas y al abrirse a la conquista europea, a fines del siglo XV, el hemisferio occidental. Un nuevo empleo para los esclavos apareció entonces.

Mientras los portugueses comerciaron en las regiones de Senegambia y la Costa de Oro, se mantuvieron dentro de la red establecida por los traficantes musulmanes. Esta llegaba hasta las costas, y los portugueses alcanzaban puntos del interior navegando ríos como el Senegal y el Gambia. La fundación de São Jorge da Mina (Elmina) en la Costa de Oro se acopló a este esquema. De hecho, hasta el año de 1500 los portugueses sólo trajinaron de 500 a 1.000 esclavos anuales, y buena parte los vendían en Africa. Iniciado el siglo XVI, al establecerse una factoría de esclavos en la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea, e iniciarse relaciones con el reino del Congo, la naturaleza de la trata europea cambió sustancialmente.

Los congoleños, situados a orillas del río Zaire, habían permanecido, antes de la llegada de los europeos, al margen del tráfico musulmán. El reino entró en relación con los portugueses y procuró controlar él la trata. Sacerdotes y consejeros portugueses fueron enviados a la corte; representantes del rey del Congo residían en Santo Tomé. Tales acontecimientos ocurrían al tiempo que los españoles conquistaban las islas del Caribe y los portugueses arribaban a Brasil. La desaparición de arawaks y de caribes de las primeras islas americanas ocupadas por europeos dio

ocasión a una temprana experimentación con mano de obra esclava procedente de Africa.

A partir de 1500, el volumen de la trata portuguesa sobrepasa los 2.000 esclavos anuales; en la década de 1530 éstos son embarcados directamente a América desde Santo Tomé. Los primeros forzados a cruzar el Atlántico habían sido, sin embargo, los negros cristianizados y aculturados de la península ibérica. La inmensa mayoría de los que llegaron a tierra americana de Africa fueron luego «bozales», negros sin cristianizar, que no hablaban lengua romance alguna.

Acontecimientos internos de Africa acarrean hacia el decenio de 1560 otro cambio fundamental. Los portugueses proporcionan apoyo militar al régimen del Congo, amenazado por invasiones de enemigos africanos y fundan, en 1576, un establecimiento permanente en Luanda, en la frontera meridional del reino. El desarrollo de Luanda provocó la declinación de Santo Tomé como centro de factoraje y distribución. Los esclavos se embarcaban ahora en la costa continental y procedían de la región que supliría a América durante las tres centurias próximas con las mayores remesas de africanos. En 1600 la trata atlántica sobrepasa en volumen total a las de Africa oriental y septentrional. Habría, empero, que esperar hasta 1700 para que superara en valor a otras exportaciones africanas.

Así como la trata portuguesa en sus comienzos se acomodó a un esquema ya existente, el uso que en un primer momento los europeos hicieron de los esclavos llegados por el Atlántico siguió también pautas tradicionales. Durante la primera mitad del siglo XVI, los barcos negreros llevaban su cargamento de Africa a la península ibérica. Desde Lisboa y Sevilla, centros de este floreciente comercio, los esclavos se distribuían por todo el Mediterráneo occidental. Pronto los africanos predominaron entre las comunidades políglotas esclavas en las ciudades más importantes; nunca fueron, en cambio, la fuerza de trabajo prevaleciente en las economías locales. Ni siquiera en las ciudades del sur de Portugal, donde existió el mayor número, sobrepasaron nunca el 15 por 100 de la población; en otros centros urbanos portugueses y castellanos no superaron el 10 por 100. En estos lugares, donde la esclavitud existía de antemano y donde abundaban los campesinos libres, los africanos no se usaron de manera muy diferente a los moros, que les habían precedido y coexistían con ellos. Desempeñaron, sobre todo, servicios domésticos; asimismo, se los podía encontrar, aunque en cantidad menor, en toda suerte de oficio, especializado o no. Se incorporaron también en ocupaciones inusuales y novedosas como, por ejemplo, marineros en barcos que traficaban esclavos u otras mercaderías con Africa —empleo que les duraría hasta el siglo XIX. Ninguna de estas actividades era, con todo, fundamental para las diversas economías europeas.

Incluso los europeos más ricos poseían unos pocos esclavos; el amo de quince era considerado un caso insólito en el Portugal del siglo XVI. Tenían esclavos los aristócratas, instituciones y profesionales ricos, muchos

de los cuales eran también terratenientes. En raras ocasiones, sin embargo, los emplearon en la agricultura. Nunca constituyeron un segmento importante de la fuerza de trabajo rural. Con amplia mano de obra campesina disponible, a los africanos, dado su alto costo, no se les ocupó en la producción de bienes básicos; la Europa continental no desarrollaría dentro de sus fronteras durante los siglos XI y XVI un sistema de esclavitud similar al de la Roma clásica.

El régimen de esclavitud africana de la temprana Edad Moderna se fundió, pues, en Europa con el sistema ya existente; incluso adaptó instituciones cristianas tradicionales para los esclavos. Al ir desapareciendo los moros y demás grupos, los africanos se convirtieron en el segmento más numeroso entre los esclavos. Las instituciones locales, como las hermandades religiosas, se hicieron cargo de este cambio. Así, en Sevilla, existieron festividades especiales para las organizaciones seculares de los africanos católicos de la ciudad; lo mismo ocurrió en otras ciudades europeas donde residía importante número de negros. A fines del siglo XVI, en algunas partes se había constituido incluso una población de personas de color libres. Lisboa albergaba, hacia 1630, unos 15.000 esclavos y una comunidad estable de unos 2.000 negros libres que vivían, en su mayoría, en determinado sector de la ciudad.

Los africanos, nunca mayoritarios en la población local, diseminados en grupos pequeños, se integraron con relativa facilidad al sistema existente. Pronto adoptaron la cultura, la lengua y la religión de sus propietarios. Estos esclavos europeizados, llamados «ladinos» para distinguirlos de los bozales, fueron quienes acompañaron a sus amos en los viajes de descubrimiento y conquista. Tempranos migrantes a América, los esclavos ladinos, aunque contribuyeron a perfilar las normas legales, sociales y culturales que se aplicarían luego a las masas de africanos, no fueron empleados en la plantación. Desde la primera mitad del siglo XVI, ésta recurrió a negros bozales transportados directamente de Africa.

A la vez que abrían la costa africana a la penetración europea, los explotadores y marinos portugueses colonizaron las islas del Atlántico oriental. En los años de 1540 ocupaban las Azores, Madeira, Cabo Verde y Santo Tomé, islas hasta entonces deshabitadas; los españoles conquistaron, en cambio, en el último decenio del siglo, las Canarias. Algunas de estas tierras resultaron ideales para el cultivo del azúcar; los mercaderes italianos no tardaron en introducir allí las técnicas más avanzadas, aplicadas antes en el Mediterráneo. Tras diversos ensayos, Madeira, las Canarias y Santo Tomé destacaron como los mejores sitios para la industria. Al terminar la centuria, Madeira era el mayor productor europeo. Los portugueses importaron allí guanches nativos de las Canarias como esclavos, junto con africanos. Al finalizar la década de 1450, en el mercado de Londres se vendía azúcar de Madeira. En 1493 había aquí ochenta ingenios que refinaban un promedio de dieciocho toneladas anuales. Las explotaciones eran, sin embargo, relativamente pequeñas, puesto que el cultivo se hacía en terrazas. La plantación más extensa empleaba

sólo unos ochenta esclavos, cifra moderada en comparación con las brasileñas del siglo siguiente.

La industria azucarera de Madeira experimentó un ascenso y una caída rápidos. Para 1530 otras islas la aventajaban. Las Canarias, que habían entrado más tarde en la carrera, beneficiaban a principios del siglo XVI unas cincuenta toneladas anuales de azúcar. Sus haciendas costeras emplearon, como en Madeira, primero esclavos guanches, junto con moros importados de España; pero pronto se sirvieron, sobre todo, de africanos. También como en Madeira, quienes poseían esclavos y producían caña abundaban más que los propietarios de ingenios; aquéllos constituyeron un grupo intermedio de pequeños plantadores que trabajaban para los más ricos, los únicos que podían afrontar los elevados costos requeridos para erigir una refinería de azúcar.

La última isla atlántica donde se impuso la plantación azucarera esclavista fue Santo Tomé. Esta, como las Azores, Cabo Verde y Madeira, había estado despoblada antes de la ocupación europea. En 1550 operaban allí unos sesenta ingenios, con 2.000 esclavos de plantación, todos africanos. A éstos se agregaba regularmente un promedio de entre 5.000 y 6.000 esclavos encerrados en almacenes listos para ser transportados a Europa y América. A consecuencia de la competencia americana y el auge que la isla adquirió con la trata, su industria azucarera pronto declinó.

El ciclo de prosperidad y quiebra de estas islas azucareras rara vez duró más de un siglo. En ellas se configuró, sin embargo, el régimen de plantación esclavista que pasaría al escenario americano. En sus haciendas trabajaron africanos sin cristianizar ni europeizar embarcados directamente en la costa africana. Los esclavos fueron allí poco empleados en labores domésticas o urbanas, y se poseían en grandes cantidades, en comparación con la Europa de la época. Los rasgos del sistema de plantación vigente luego en el Nuevo Mundo tuvieron su anticipo en las islas atlánticas. En la cúspide de la jerarquía social se ubicó un reducido grupo de ricos propietarios de ingenios, en cuyas manos estaba la mayor parte de las tierras y de los esclavos. Le seguía una capa intermedia de plantadores europeos poseedores de tierras y esclavos, pero sin recursos para tener ingenio propio. Campesinos europeos pobres había muy pocos; para blancos sin esclavos quedaban algunos trabajos calificados, como administradores o capataces en los ingenios. Por debajo de todos, estaba la masa de esclavos negros, mayoritaria tanto en la fuerza de trabajo como en la población total. Así, antes de la migración masiva de africanos al otro lado del Atlántico había surgido ya el sistema de plantación fundado en el trabajo esclavo.

Capítulo 2

La esclavitud africana en Latinoamérica durante el siglo XVI

La conquista europea no dio lugar de inmediato a la importación masiva de mano de obra esclava africana en el Nuevo Mundo. La existencia de por lo menos 20 a 25 millones de indígenas en las tierras conquistadas parecía indicar que los europeos dispondrían de un caudal abundante de trabajadores para la explotación de sus colonias. En Europa, por otra parte, la población estaba creciendo notablemente a la sazón, y migraciones de sus habitantes más pobres habrían podido contribuir a satisfacer la demanda de mano de obra en ultramar. No obstante estas opciones, América se convirtió en el gran mercado en el que se volcaron por varios siglos entre 10 y 15 millones de africanos. De todos los lugares bajo dominación europea, fue aquí donde la esclavitud africana alcanzó su ápice. Antes de narrar la historia de esta migración forzosa es esencial comprender por qué los europeos recurrieron a Africa para dotar de trabajadores a minas, talleres y haciendas en América.

Al principio pareció que los pocos miles de conquistadores ibéricos llegados a América recurrirían a la esclavitud indígena para conseguir la mano de obra que necesitaban. Acostumbrados a emplear esclavos africanos, musulmanes y guanches en Europa y en las islas atlánticas, los primeros españoles y portugueses se apresuraron en efecto a esclavizar a cuanto indio pudieron echar mano. Los gobiernos de España y Portugal optaron, empero, contra la esclavitud permanente de los indios. Ambos estados acababan de suprimir la servidumbre y otras formas de trabajo semiserviles, y favorecían la formación de una mano de obra asalariada. Por otra parte, los españoles hallaron que, en los grandes imperios indígenas de América central y los Andes, la manera más eficaz de explotar el trabajo de los campesinos pasaba por preservar las estructuras tradi-

cionales de esos estados, con su nobleza y su sistema de tributo. El sentido de misión evangélica otorgado a la conquista suscitó además dudas sobre si era legítimo esclavizar cristianos. Todos estos factores decidieron a la Corona española a aceptar la libertad de los indios.

La metrópoli portuguesa tuvo menos escrúpulos con respecto a la esclavitud indígena. Los pueblos tupi-guaraníes de la costa brasileña, sin conocimiento de las labores agrícolas regulares y sin una sólida organización social o política, mal se hubieran avenido a métodos no coercitivos. Abundando los indios al comienzo, los portugueses adoptaron animosamente la esclavitud como medio de explotación. Al cabo del tiempo esta mano de obra demostró ser demasiado costosa y poco fiable, incapaz de suministrar la fuerza de trabajo agrícola indispensable para hacer viables económicamente a las colonias americanas.

Por razones tanto políticas como económicas, y aun religiosas, los ibéricos renunciaron, pues, a la idea de esclavizar a los indios. ¿Qué les impidió explotar a sus propias clases pobres, rurales y urbanas? España tenía, hacia 1540, más de siete millones de habitantes, a los que sumó otro millón al terminar el siglo. Este crecimiento demográfico coincide con la gran expansión económica y política de su imperio por Europa y América. Sus ciudades crecían; Sevilla duplicó su población hasta alcanzar los 110.000 habitantes y Madrid despuntaba. La agricultura prosperó, atendida por una fuerza de trabajo libre y asalariada. Los ejércitos españoles profesionales acantonados en el extranjero absorbían a muchos campesinos. Había, pues, gran demanda de mano de obra en el país a la vez que en sus extensas posesiones europeas; y los salarios resultaban, por ende, lo bastante altos como para encarecer la emigración a América.

La situación portuguesa era aún más seria. Con una población por debajo del millón, Portugal apenas alcanzaba a proveer de personal a su recién establecido pero vasto imperio comercial en Asia y Africa. La demanda de mano de obra era tan acuciante y los salarios tan altos que poca fuerza de trabajo barata quedaba disponible para ir a Brasil, tan poco atractivo por cierto al principio. Con maderas tintóreas como exportación única, que mal se comparaba con el oro, los esclavos, el marfil y las especias de Asia y Africa, la América portuguesa no podía captar mano de obra en los mercados europeos.

Todo esto dejaba a los conquistadores ibéricos con las masas campesinas indígenas como única fuerza de trabajo disponible en América. En Mesoamérica los aztecas habían constituido, no mucho antes de la llegada de los españoles, un gran imperio densamente poblado que dominaba varios estados recién sometidos. Con la ayuda de aliados indígenas en rebelión contra los aztecas, Cortés no tardó en conquistarlo. En los Andes, el imperio inca, menos densamente poblado que el azteca, pero basado como éste en el trabajo campesino, cayó también pronto en poder de Pizarro diez años más tarde, en el curso del decenio de 1530. En ambos casos, los españoles, respetando las formas tradicionales de los gobiernos indígenas, pudieron extraer fácilmente tributos no sólo en especias sino

también en mano de obra. Al comenzar la expansión minera, que proporcionaría el primer renglón de exportación importante, contaban ya con una fuerza de trabajo nativa, familiarizada, por otra parte, con la tecnología minera desde tiempos precolombinos. Grandes cantidades de trabajadores indios fueron atraídos a las ricas minas de plata de México y de Perú por los salarios ofrecidos o indirectamente por presión del sistema tributario. Para abasto de los centros mineros y las ciudades españolas, en constante crecimiento, los conquistadores forzaron a la agricultura indígena a una profunda reorganización mediante una combinación de trabajo forzoso, tributos e incluso incentivos comerciales. Los españoles adoptaron, sin duda, alimentos americanos; pero también lograron que los indios produjeran trigo y otros alimentos habituales en la dieta europea.

Al sur de Guatemala y norte de Ecuador, en el Amazonas, en el Río de la Plata y llanuras de la costa oriental, la situación era distinta. Los españoles encontraron en esas tierras tribus cazadoras y recolectoras o comunidades semisedentarias de escasa densidad demográfica. La falta de metales preciosos exportables y de mano de obra fácilmente explotable restó interés a estas regiones, que quedaron relegadas.

México central y Perú, las provincias más pobladas del imperio, no demandaron al principio trabajadores europeos o africanos. Pero los españoles percibieron pronto que necesitaban una mano de obra alternativa. Las enfermedades europeas resultaron especialmente virulentas entre los indígenas de las costas, al punto que no tardaron en quedar despobladas. De regiones marginales desaparecieron los indios nómades; ni siquiera los misioneros consiguieron aculturar allí una mano de obra suficiente para producir bienes de exportación.

Bien provistos de metales preciosos y con una balanza comercial positiva con Europa, los españoles de América podían permitirse el lujo de experimentar con la importación de esclavos africanos para ocupar los puestos dejados vacantes por los trabajadores amerindios. Los africanos suplirían también la falta de blancos pobres en las nuevas ciudades españolas de América. Otra ventaja de los negros era que, sin lazos de parentesco ni de comunidad, estaban dotados de suma movilidad, a diferencia de los indios, a quienes no se podía apartar de modo permanente de sus pueblos de origen. Como constituían el grupo cultural dominante, éstos eran además más remisos a asumir normas europeas de comportamiento. Los africanos, procedentes de grupos de lenguas y culturas diversas, debían por fuerza adoptar idiomas y pautas europeas. La presencia de esclavos negros en las ciudades, en el lugar de una mano de obra blanca barata, cohesionaría, por otra parte, la reducida sociedad urbana de españoles sumida entre masas de campesinos indígenas.

La experiencia portuguesa con trabajadores indígenas fue menos exitosa que la española. Los pocos cientos de miles de naturales sometidos por los portugueses en la costa de Brasil mal se comparaban con los millones conquistados por los españoles. Poco aptos para las labores agríco-

las regulares, estuvieron además más expuestos a las enfermedades europeas. A medida que la economía se expandía, su número fue, pues, declinando y con ello su importancia. Los portugueses habían adquirido una larga experiencia en el manejo de esclavos africanos en sus islas atlánticas. Una vez decididos a explotar a fondo sus colonias americanas, su traída de Africa sólo dependía de la disponibilidad de capitales.

Los europeos septentrionales que llegaron a América tras los ibéricos decenios después del descubrimiento dispusieron, por otra parte, de menos indios que explotar y no pudieron formar con ellos una fuerza de trabajo esclava y menos aún libre. Tampoco contaron con metales preciosos para pagar la importación de esclavos. A diferencia de los ibéricos del siglo XVI echaron mano de un caudal abundante de trabajadores europeos pobres, en especial durante la crisis económica del siglo XVII. Aun cuando estos migrantes, urbanos y rurales, estaban dispuestos a cruzar el Atlántico ante los bajos salarios pagados en sus países, carecían de medios para cubrir los gastos del viaje. El contrato de enganche, por el cual estos europeos vendían anticipadamente su trabajo a un patrón americano a cambio del pasaje, fue el principal método de colonización durante los primeros cincuenta años después que franceses e ingleses pusieran pie en ultramar. Esta fuente de mano de obra se cegó, sin embargo, al superarse la crisis del siglo XVII, sobre todo por el rápido crecimiento de la economía inglesa en el último cuarto de siglo. Reanimado el mercado de mano de obra en Europa, el sistema de enganche se vuelve caro. Sin acceso a trabajadores o esclavos indígenas, fue inevitable que ingleses y franceses recurrieran a su vez a los africanos, tanto más en cuanto descubrieron que el azúcar era la exportación más rentable.

Así, los esclavos africanos, a pesar de su elevado costo inicial, terminaron por ser la fuerza de trabajo más conveniente para que los europeos desarrollaran sus actividades exportadoras en América. Gracias a la apertura de la costa africana occidental y a las comunicaciones regulares con Africa establecidas por los portugueses al constituir su imperio comercial, los africanos se habían convertido en los esclavos más baratos en oferta. En efecto, los canarios, esclavizados primero por los ibéricos, fueron liberados, junto con unos pocos indios arrancados de América. Los musulmanes, sometidos a esclavitud por siglos, habían desaparecido de la península ibérica y, bajo la dominación turca, constituían una poderosa unidad política en el norte de Africa. La presencia turca en el Mediterráneo oriental cerró, asimismo, la provisión de esclavos eslavos o balcánicos. Cegadas estas fuentes, y ante la probada eficiencia de los tratantes del Atlántico y la estabilidad de suministro y de precios con que se comerciaban los africanos, éstos quedaron como la única mano de obra esclava disponible en el siglo XVI.

Los españoles, con su rápido avance hacia el interior de América y las enormes riquezas generales, fueron los primeros europeos en contar con el capital necesario para importar esclavos. Los años iniciales de la trata atlántica transportaron esclavos, sobre todo, a Perú y México. Aun-

que durante los siglos XVI y XVII esta migración forzosa de africanos a la América española nunca alcanzó gran envergadura, no dejó de tener cierta importancia. Comenzó con las primeras conquistas. Los ejércitos de Cortés llevaban consigo varios cientos de esclavos al apoderarse del territorio de México en los años de 1520; en los dos decenios siguientes, otros 2.000 formaron parte de las tropas de Pizarro y Almagro que conquistaron Perú y participaron en las guerras civiles posteriores. Pese a la abundancia de indígenas, los españoles necesitaron cada vez más esclavos, especialmente en Perú. Aquí, las enfermedades europeas habían diezmado las poblaciones aborígenes de la costa, zona ideal para el cultivo de plantas europeas como el azúcar y la vid. Hacia 1555, residían en el virreinato peruano unos 3.000 esclavos, la mitad de ellos en la ciudad de Lima. Los esclavos formaron también parte, junto a sus amos españoles, del estrato urbano de la sociedad hispanoamericana.

Cuando, en la segunda mitad del siglo XVI, comienza a explotarse intensamente la plata de Potosí, Perú se transforma en la región más rica del Nuevo Mundo. La demanda de esclavos aumenta entonces de manera espectacular. Para satisfacerla surgió un activo tráfico. La unificación, en 1580, de las coronas de Portugal y de España, facilitó a los portugueses abastecer los mercados hispanoamericanos. Al comienzo, la mayor parte de los africanos procedían de Senegambia, situada entre los ríos Senegal y Níger. Tras fundarse la Luanda portuguesa hacia 1570, empezaron en cambio a llegar abundantes contingentes del Congo y Angola.

El itinerario de la trata destinada a Perú fue seguramente el más insólito y largo de América. Tras cruzar el Atlántico, los africanos eran descargados en el puerto de Cartagena, en la costa caribeña de Sudamérica; de ahí eran reembarcados para Portobelo, situado cerca, sobre el istmo de Panamá. Luego cruzaban al Pacífico por tierra y, nuevamente por barco, se los transportaba hasta el Callao, puerto de Lima. Este segundo tramo llevaba, como término medio, de cuatro a cinco meses; este viaje más que duplicaba la travesía normal de Africa a América y hacía que la tasa de mortalidad, por lo regular del 15 por 100 en la ruta atlántica, aumentara un 10 por 100 más.

De Lima, los esclavos se vendían por todo el virreinato, desde el Alto Perú (hoy Bolivia) y Chile en el sur hasta Quito en el norte. Al principio solieron concentrarse en áreas urbanas; pero pronto cumplieron además funciones económicas aparte de las de los indios. La minería de la plata y del mercurio de Perú empleó mano de obra indígena, tanto libre como compulsiva; el otro, encontrado en tierras bajas tropicales, lejos de poblaciones indias, hubo en cambio de recurrir a los esclavos. En el decenio de 1540, cuadrillas de diez a quince esclavos trabajaban en depósitos auríferos de Carabaya, en la cordillera oriental de los Andes meridionales. Estos filones no tardaron en agotarse; pero el precedente había sido establecido: la minería del oro correría a cargo de los esclavos africanos tanto en la América española como en la portuguesa.

También se usaron africanos en la agricultura. Las nuevas ciudades españolas, como Lima, se rodearon de granjas, allí llamadas *chácaras*. Estas, que abastecían a los pobladores urbanos de hortalizas, frutas y hasta de granos, eran atendidas por familias de esclavos, aunque para su cosecha dependían de mano de obra estacional indígena. Empresas agrícolas más ambiciosas, las hubo en los valles de regadío a lo largo de la costa. Contra lo que ocurriría en Brasil y en las Antillas, las plantaciones peruanas se dedicaron por lo común a producciones mixtas, aunque alguna se especializó en azúcar o en vid. Estas haciendas, sobre todo las del sur de Lima, emplearon como promedio unos 40 esclavos por unidad; las más grandes podían llegar hasta 100. Pisco, El Cóndor y los valles de Ica, principales zonas azucareras y viñateras albergaban todas ellas unos 20.000 esclavos en el siglo XVII. Los jesuitas también tuvieron por todo el territorio peruano plantaciones con esclavos de 1.600 en adelante. Mano de obra esclava cultivó, asimismo, azúcar en los valles tropicales del norte e incluso en las tierras altas del sur. Estas plantaciones del interior, como las de la costa, eran relativamente pequeñas; su producción, normalmente variada, se destinaba al consumo interno y a algún comercio de cabotaje por el Pacífico. Otra ocupación propia de esclavos africanos fue el cuidado del ganado de origen europeo, salvo las ovejas que los indígenas se habían apresurado a adoptar y criaban a la par de sus manadas de llamas.

Los esclavos desempeñaron también funciones importantes en el sistema de comunicaciones del virreinato, ya como mulateros en las rutas terrestres, ya como marineros de naves oficiales y privadas. A comienzos del siglo XVII, la marina real alquilaba alrededor de 900 esclavos negros. Estos cumplían toda clase de tareas, menos la de remeros, reservada para criminales condenados a galeras. Los esclavos tuvieron, sin embargo, su mayor cometido económico en las ciudades. Entre las ocupaciones especializadas, abundaron en las relacionadas con los metales, indumentaria, construcción y provisión de víveres; buena parte de los oficios, con excepción de platería e imprenta, estaba también a su cargo. Tampoco faltaron, naturalmente, en trabajos semicalificados como pesca costera, venta callejera, carga de mercaderías y elaboración de determinados alimentos; hasta de guardas armados en la fuerza policial de Lima podía hallárselos. En la construcción de obras importantes, esclavos, calificados o no, trabajaron codo a codo con blancos, negros libres e indígenas. A mediados del siglo XVII, africanos y afroamericanos, libres o esclavos, preponderaban en varios oficios y ejercían sin impedimentos la maestría. De 150 maestros sastres que había en Lima, 100 eran negros, mulatos o mestizos; de 70 maestros zapateros, 40 eran de linaje africano. Estas proporciones no eran, por supuesto, corrientes en todos los oficios; expresan, sin embargo, el peso que los negros tenían en los escalones más bajos de aprendiz y oficial. En profesiones más cerradas, enfrentaron a veces dura oposición. La falta de una fuerte organización gremial en América per-

mitió, empero, a los negros, tanto libres como esclavos, incorporarse a la mayor parte de los oficios, aun en calidad de maestros.

En Perú se destinó también una considerable mano de obra a la industria del vestido. En las ciudades principales, los obrajes, algunos de gran tamaño, hilaban, teñían y terminaban telas de baja calidad. En ellos trabajaron exclusivamente indígenas, aunque en ocasiones aparecía también algún trabajador de color libre, por lo común un criminal condenado. En Lima, las fábricas de sombreros fueron en cambio atendidas con mano de obra esclava. En 1630, las dieciocho allí existentes empleaban entre 40 y 100 esclavos cada una. Además, buena cantidad de esclavos trabajaba en curtiembres y mataderos, así como en hornos de ladrillos y canteras de piedras de donde salían los materiales para las grandes construcciones emprendidas entonces en la rica ciudad de Lima. Por último, todas las instituciones públicas y religiosas, hospitales, monasterios y casas de caridad, contaban con alrededor de media docena de esclavos para limpieza y mantenimiento.

Junto con Lima crecía su población de esclavos. Los 4.000 que tenía en 1586 aumentaron, sumados africanos y afroperuanos, a unos 7.000 alrededor de 1590, a 11.000 en 1614 y a 20.000 hacia 1640. Crecieron al principio a un ritmo más rápido que los blancos e indígenas de la ciudad; en el último decenio del siglo XVI la mitad de Lima era negra, y así permanecería a lo largo de casi toda la centuria siguiente. De igual modo, en las ciudades costeras e interiores del norte y centro de Perú el estamento negro representaba en cada una, al comenzar el siglo XVII, la mitad de la población total. Hacia el sur, en las zonas densamente pobladas por indígenas, su proporción caía, aun cuando se hallaban miles de esclavos en Cuzco y en Potosí. Aquí había, en 1611, unos 6.000 negros y mulatos, libres o esclavos.

En Perú se desarrollaron formas de propiedad de esclavos que serían modelo para la totalidad de la América española y parte de la portuguesa también. En las ciudades, alquilar esclavos era tan frecuente como su propiedad directa; no ocurría así en las áreas rurales. El propietario, que podía ser desde una viuda rentista hasta un artesano o una institución, cedían en alquiler a su esclavo, en general especializado en algún oficio, obteniendo así un ingreso adicional. O esclavos calificados o semicalificados se alquilaban por su cuenta y corrían con sus propios gastos de vivienda y alimentación contra el pago a su amo de una cantidad mensual fija. Esclavos sin calificación alguna se arrendaban a personas que se hacían cargo del salario y del mantenimiento. Una complicada trama de propiedad, alquiler y empleo por cuenta propia, convirtió, pues, a los esclavos en una fuerza de trabajo sumamente móvil y adaptable. Ejemplo de ello son los cientos de esclavos que en casos de emergencia la Corona alquilaba para sus fortificaciones, flotas o astilleros.

Otra característica de la mano de obra peruana fue la presencia en cada región y en cada oficio de negros y mulatos libres junto a los esclavos. Estos primeros trabajadores libres de ascendencia africana habían

llegado, como en otra parte de Iberoamérica, con los conquistadores, algunos procedentes de la propia España. Discriminados racialmente por sus competidores blancos se los encontraba, no obstante, en todas las categorías, desde posiciones sin calificación hasta las de maestro en un oficio. Sus salarios se equiparaban en algunos casos con los de los blancos; en otros, no alcanzaban siquiera a lo que se pagaba por el alquiler de un esclavo. En ciertas ocupaciones les estuvo vedado el nivel superior. En cambio, en construcción, astilleros y transporte marítimo, donde estaban bien representados, se desempeñaron como capitanes, arquitectos, maestros carpinteros o constructores. Hacia 1600, estos negros y mulatos libres constituían entre el 10 y 15 por 100 de la población de color en la mayoría de las ciudades, proporción que aumentó a lo largo del siglo. Sin favorecer, pero tampoco oponerse a la manumisión, en Perú no se apremió a padres libres a manumitir a sus hijos o siquiera reconocerlos y se dejó al funcionamiento normal del mercado ajustar la liberación de los esclavos.

El procedimiento que permitía al esclavo comprar su libertad y la de su familia, sumado al constante flujo de niños y viejos manumitidos en forma condicional o plena por el amo, generó un amplio estrato de libertos. El crecimiento de las ciudades y la expansión de las haciendas españolas al declinar la población indígena diezmada por las mortíferas epidemias de fines del siglo XVI y del XVII, suscitó por todo Perú una enorme demanda de trabajadores. Los libres de color participaron activamente en este mercado laboral. Cuanto más móvil fuera el liberto, mayor discriminación enfrentaba. Cuanto más revueltos fueran los tiempos, mayor amenaza veían en él los blancos. Tanto fue así que la cuota de negros y mulatos libres en cárceles, galeras u obrajes del Perú era desproporcionadamente alta. Con todo, la sociedad necesitaba tanto de su trabajo que no lograba impedirles competir por puestos ni evitar que ascendieran desde las clases más bajas. En Perú, como en las demás regiones de la América ibérica, los prejuicios raciales inherentes a la élite blanca no llegarían a entorpecer, por lo menos ostensiblemente, la dinámica propia del capitalismo. A medida que el siglo XVII avanzaba, creció la proporción de libres entre negros y mulatos, en especial después de 1650, cuando la crisis minera frenó las importaciones peruanas de esclavos.

A diferencia con Perú, la minería mexicana de la plata empleó al comienzo esclavos. En la segunda mitad del siglo XVI se descubrieron importantes yacimientos de este metal en los confines septentrionales del virreinato, región con escasa población indígena sedentaria. La necesidad de mano de obra y la relativa disponibilidad de africanos, impulsaron a los españoles a transportarlos a las minas. Zacatecas, Guanajuato y Pachuca usaron inicialmente cantidad de esclavos para las labores subterráneas o de superficie. En un censo de 1570 se registraron unos 3.700 africanos en los campamentos mineros, cifra que duplicaba la de los españoles y que estaba unos cientos por debajo de la de los indígenas. Los es-

clavos representaban entonces el 45 por 100 de la población trabajadora. El incremento de trabajadores indígenas libres, que acudieron a los nuevos pueblos, redujo, sin embargo, la necesidad de africanos, más costosos. En el decenio de 1590, los 1.000 que quedaban constituían un quinto de la fuerza de trabajo y desempeñaban sólo tareas de superficie, menos peligrosas. En los primeros decenios del siglo siguiente, su presencia en la industria minera era insignificante.

Los esclavos de México sirvieron también, más que los de Perú, en obrajes textiles, en particular mientras el gobierno debatía si debía prohibir o no el trabajo indígena en ellos. Como en las minas, su participación cayó al ocupar sus puestos en estas fábricas mestizos e indios asalariados. Incluso en la construcción de obras públicas, ámbito reservado a los esclavos en otras partes de América, las autoridades fueron incorporando cada vez más indios asalariados o sujetos al tributo, así como presos. La mayoría de las ciudades mexicanas se levantaron sobre antiguos centros urbanos indígenas o de densa población nativa; sobraban, pues, trabajadores para sustituir la mano de obra esclava. En la ciudad de México, los esclavos tuvieron a su cargo muchas de las mismas tareas que sus pares en Lima. Centro esencialmente indígena, la fuerza de trabajo esclava no tuvo allí, sin embargo, la importancia que alcanzó en la capital del virreinato peruano.

La evolución de la presencia esclava en México queda retratada en cifras. En 1570 había en la totalidad del territorio unos 20.000 esclavos; en 1646 éstos alcanzan su cota más alta con 35.000. Representaban, en ambas fechas, menos del 2 por 100 del total de habitantes del virreinato. A mediados del siglo XVII, los esclavos de Perú, unos 100.000 entonces, constituían en cambio entre el 10 y el 15 por 100 de la población. Aunque en la centuria siguiente su crecimiento se estancó, el grupo no sufrió en Perú el colapso que muestra en México. A fines del siglo XVIII, en Perú quedaban 90.000 esclavos; en México, sólo 6.000. La población indígena tuvo mayor participación en el mercado mexicano de mano de obra. Las diferencias regionales entre los grupos étnicos hacían a los nativos más móviles y capaces de responder a la demanda de asalariados libres que los indios andinos del Perú. La economía mexicana, con una población más numerosa, creció además a un ritmo más lento. Su minería, agricultura e industria textil pudieron así satisfacer sus necesidades de mano de obra con la fuerza de trabajo indígena. De todos modos, en el decenio de 1650 finalizan las importaciones masivas de esclavos en ambas regiones. Desde el comienzo de la conquista hasta esa fecha, la América española, con Perú y México a la cabeza, había alcanzado a importar entre 250.000 y 300.000 esclavos, tope que no alcanzaría en el siglo siguiente de desarrollo colonial.

Después de 1650, la gran demanda de esclavos africanos no provendría de esas zonas, inicialmente las más ricas, sino de la América portuguesa y de tierras hasta entonces marginales para los españoles, el Caribe en especial. Sin poblaciones indígenas estables que explotar y con poco

o ningún metal precioso que exportar, se implantó en estas regiones, como antes en las islas atlánticas, el modelo de plantaciones esclavistas para satisfacer la insaciable demanda europea de azúcar. Los primeros en desarrollar el sistema, imitado luego en otras colonias americanas, fueron los portugueses, ocupantes de la costa oriental del continente sur desde principios del siglo XVI.

Conquistar y colonizar Brasil no fue preocupación prioritaria del pujante imperio portugués. En el camino de las Indias Orientales, los portugueses habían dado con esa costa y reclamado su posesión, pero no se interesaron en principio en desarrollarla. Preferían explotar las riquezas de Asia, que las rutas abiertas en procura de las islas de la Especiería y luego de la India habían tornado accesibles. Las primeras exportaciones comerciales de Brasil fueron maderas tintóreas. El palo brasil, cortado por indígenas del lugar, era embarcado hacia Europa por portugueses. Estos no solieron asentarse en tierra, salvo náufragos o algunos marginales, quienes terminaron por convivir con los naturales de estas costas de habla tupi-guaraní, actuando como agentes culturales de la madre patria. Veinte años después de su exploración e integración en el imperio portugués, Brasil seguía sin colonizar.

Esta situación se modificó, sin embargo, en cuanto otros europeos disputaron a Portugal su dominio sobre el territorio brasileño. Franceses e ingleses llegaron en sus barcos para cargar palo brasil, y no tardaron en emplear las costas como base para hostigar las flotas portuguesas que surcaban el Atlántico rumbo a las Indias Orientales; llegaron incluso a establecer, en el estuario del Amazonas en el nordeste y en la bahía de Guanabara en el sur, algo más que meros campamentos temporales de tala de árboles. La erección de tales poblados, sobre todo del francés del sur, conocido como la colonia Antártica, convenció a los portugueses que, no obstante sus escasos recursos demográficos, era imperioso colonizar Brasil para salvar la integridad de su dominio ultramarino.

Un artículo de exportación más rentable y seguro que las maderas tintóreas debía hallarse. Su experiencia en las Azores, Madeira y Santo Tomé mostraba que el azúcar era ideal para sustentar una colonia. Que Portugal dominara la trata atlántica y pudiera remitir a bajo costo esclavos a América, ayudaba. Los colonos brasileños, enriquecidos en el comercio con las Indias Orientales, podían por otra parte aportar el capital y el crédito indispensable para la introducción del equipo y de los técnicos que pondrían en marcha la industria azucarera. A mediados del siglo XVI estuvieron ya instaladas las primeras plantaciones en el Nuevo Mundo. Rápidamente éstas se harían con los mercados azucareros de Europa, acabando con el dominio de las islas atlánticas.

No fueron éstos los primeros cultivos de azúcar en América. Colón los había introducido en Santo Domingo en 1493. Las pequeñas haciendas azucareras de esta isla, Cuba y Puerto Rico produjeron sólo para el mercado local y regional. El desbande posterior de los españoles tras las riquezas brindadas por el continente dejó a estas islas, pese a la bondad

de su suelo, sin incentivos para desarrollar la producción. En el propio Brasil algunos colonos emprendedores habían plantado azúcar muy temprano, hacia 1510. La producción sistemática empezó, empero, al dividirse administrativamente Brasil en capitanías donatarias. La flota portuguesa de 1532 llevó consigo expertos de las plantaciones de Madeira; los nuevos gobernantes, al hacerse cargo de sus distritos, introdujeron variedades de caña procedentes de las islas atlánticas. Tras muchos ensayos y enfrentamientos con los indígenas, dos zonas descollaron como centros de colonización y producción azucarera: las provincias de Pernambuco y de Bahía, ambas en el Nordeste. En el decenio de 1580 había más de sesenta ingenios en Pernambuco, centro estrechamente vinculado con el mercado de Amberes. Desinteresados los portugueses de esta zona al principio fueron, sobre todo, barcos holandeses los que la unieron con los mercados azucareros del norte de Europa, a la sazón la región de crecimiento demográfico más rápido del Viejo Mundo. Bahía, con cuarenta ingenios, era por entonces la segunda zona productora. Entre ambas beneficiaban alrededor de dos tercios del total de azúcar del continente.

Convertido pronto el Nordeste brasileño en el primer abastecedor de azúcar de Europa, sus ingenios sextuplicaban, a fines del siglo XVI, la producción anual de sus predecesores en las islas atlánticas. El incremento se debía en buena medida al mayor tamaño de los cañaverales americanos, tanto de los grandes propietarios de ingenios como de los pequeños plantadores dependientes, conocidos como *lavradores da cana*. La presencia de este grupo de plantadores permitió a muchos hacendados construir costosos trapiches impulsados por agua, cuya capacidad superaba la producción de su propia hacienda. Los brasileños inventaron, asimismo, un procedimiento de molienda que acrecentaba la proporción de guarapo extraído de las cañas y, con ello, la productividad de los ingenios. Con tierras excelentes, una avanzada tecnología y en contacto con la próspera red comercial de los holandeses, la industria azucarera de Brasil se puso a la cabeza del mundo occidental. Iniciada como empresa marginal y de escaso interés para la Corona se fue convirtiendo en centro del vasto imperio portugués, donde confluían la metrópoli, Africa y Brasil.

Frente a la demanda sostenida de mano de obra campesina no calificada para los ingenios, los brasileños experimentaron entonces con varias formas que colonizadores posteriores también emplearían, salvo el enganche de trabajadores europeos. Desde el comienzo importaron esclavos africanos; también procuraron esclavizar a las poblaciones indígenas locales y convertirlas en mano de obra estable. Los naturales de habla tupí, que ocupaban la franja costera del Nordeste, vivían en pueblos de varios centenares de personas y practicaban la agricultura. Ni tan primitivos como los cazadores o seminómades del interior, ni tan avanzados como los campesinos andinos o mexicanos con su comercio a larga distancia y complicada organización de mercado, cultivaban más que nada para su propia subsistencia. El canibalismo que se les atribuyó y sus in-

cesantes guerras proporcionaron a los portugueses la excusa para esclavizarlos; la práctica agrícola que poseían auguraba la posibilidad de convertirlos en una eficaz mano de obra.

De 1540 a 1570 los esclavos aborígenes representaron cuatro quintos o más de la fuerza de trabajo en el Nordeste y en la región de Río de Janeiro, a la sazón en vías de desarrollo. Los hacendados los conseguían mediante correrías organizadas por ellos mismos o por compra a alguna tribu enemiga de los esclavizados. En ocasiones alentaron a indios libres a trabajar por un salario; pero tales peones terminaban sujetos por deudas a la hacienda por lo que apenas se distinguían de los esclavos.

Los portugueses demostraron que cabía crear una fuerza de trabajo con esclavos o peones indígenas. No obstante contar con una frontera abierta y guerrear constantemente con grupos nativos, esta fuente de abastecimiento se agotó por las epidemias por los europeos. En los años de 1560, cuando los esclavos indígenas alcanzaban un tope de varias decenas de miles, una epidemia de viruela arrasó con unos 30.000 indios solamente en las haciendas y en las misiones jesuitas. Los precios de los esclavos indígenas fueron inferiores a los de los africanos por esta mayor susceptibilidad a las epidemias y por su menor expectativa de vida. Por otra parte, estos factores, más la creciente oposición de la Corona contra la esclavitud indígena, sobre todo tras la unificación de Portugal con España en 1580, redujeron el empleo del indio en la producción azucarera.

Ante estas dificultades, los plantadores brasileños, enriquecidos por la bonanza azucarera, empezaron, hacia 1570, con las importaciones masivas de africanos. Antes éstos no habían sido muchos en el Nordeste; pero quince años después, en Pernambuco había ya 2.000, un tercio de la fuerza de trabajo dedicada al azúcar en la capitanía. La proporción de africanos siguió en aumento. En 1600, cuando éstos sumaban 50.000, los procedentes de Africa serían la mitad de los esclavos. En los dos decenios siguientes los indios desaparecieron, finalmente, de los cañaverales; en la mayor parte de las haciendas quedaron sólo trabajadores negros.

Durante el período de transición de 1570 a 1620, los esclavos africanos ocuparon, en los ingenios, puestos que requerían mayor capacitación; estuvieron entonces más representados en la elaboración del azúcar que en los cañaverales. Originarios muchos de ellos de avanzadas culturas agrícolas y del hierro de Africa occidental, estaban mejor preparados que los naturales de América para las tareas especializadas. Por pertenecer al mismo medio endémico de los europeos eran, por otra parte, menos susceptibles que los indígenas a las enfermedades. El africano, por su mayor capacitación, salud y aptitud para desempeñar labores agrícolas regulares y rutinarias era, por consiguiente, más apreciado que el indio. Su estima se reflejaba en su precio, tres veces superior al de un esclavo indígena. A medida que las ventas de azúcar acumulaban capital, los plantadores brasileños tendieron cada vez más a comprar africanos.

La prosperidad azucarera determinó, pues, la preferencia por los africanos. En 1600 Brasil tenía cerca de 200 ingenios que elaboraban entre 8.000 y 9.000 toneladas de azúcar por año. Unos veinticinco años después, la producción alcanzaba las 14.000 toneladas anuales. Este crecimiento corrió paralelo a la subida del valor del azúcar en relación con los precios en general. Con la adopción de un nuevo tipo de trapiche con tres cilindros verticales en el segundo decenio del siglo XVII, los costos de construcción de molinos se redujeron notablemente y aumentó la cantidad de guarapo extraído. Si bien hubo, al parecer, una caída en los precios en la década de 1620, éstos se afianzaron, con tendencia al alza, en los veinte años siguientes, cuando el azúcar brasileño dominaba ya los mercados europeos. En estas circunstancias, las importaciones de esclavos se incrementaron de manera espectacular; en la tercera y cuarta décadas del siglo XVII llegaban a Brasil muchos más africanos que a la América española.

A mediados del siglo XVII, el azúcar brasileño no tenía rival en Europa; la industria de las islas atlánticas había quedado fuera de juego. Este monopolio suscitó la envidia de algunas potencias europeas, que procuraron crear otros centros azucareros. Los holandeses, buenos socios de los plantadores brasileños desde las primeras exportaciones en el siglo XVI hasta ese momento, se incorporarían al régimen de plantación.

Capítulo 3

Azúcar y esclavitud en el Caribe. Siglos XVII y XVIII

Las luchas de Holanda contra la dominación española y su ulterior independencia afectarían profundamente al régimen de plantación y a las regiones esclavistas de América. De 1580 a 1640 Portugal formó parte de la Corona española. La unión abrió la América hispana a sus tratantes y comerciantes; pero en cambio lo enfrentó con los holandeses, los mayores socios comerciales de Brasil.

Los piratas noreuropeos solían atacar a las posesiones españolas en América y a los barcos con que Portugal comerciaba con Asia y Africa. A partir de fines del siglo XVI, los holandeses fueron los rivales más pugnaces de ambas naciones ibéricas. Las siete provincias de los Países Bajos, en su mayoría protestantes, se rebelaron en 1590 contra el imperio español, al que pertenecían desde la ascensión de Carlos V al trono de los Habsburgo. La lucha por la emancipación, que se extendería hasta 1640, fue uno de los conflictos imperiales más costosos y desastrosos para España. A partir de 1609, asegurada de hecho su independencia, los holandeses volcaron su eficiente sistema comercial y su dominio marítimo para llevar la guerra a los imperios ibéricos. Las posesiones españolas en América eran, sin embargo, demasiado fuertes para rendirlas; las de Portugal aquí, como en Asia o Africa eran, en cambio, más vulnerables.

Al comienzo, los holandeses excluyeron de sus aspiraciones imperiales la América portuguesa, con cuya industria azucarera mantenían provechosas relaciones. Mientras los españoles no entorpecieran el tráfico, todo iría bien. Pero la guerra contra Holanda se prolongaba y complicaba; a principios del siglo XVII España terminó por capturar cargamentos holandeses a Brasil. La neutralidad de Brasil y del Africa portuguesa en el conflicto imperial cesó. Durante la última ronda de luchas, conclui-

da en 1621 la «tregua de los doce años», Holanda asaltó los enclaves portugueses en Africa y los centros de plantación en Brasil.

En 1602 los holandeses habían creado la Compañía de las Indias Orientales para arrebatar a los portugueses el tráfico de especias. La competencia no fue sólo pacífica, sino que menudearon ataques holandeses contra barcos de Portugal y contra su red comercial en el Pacífico. Al fundarse, en 1621, la Compañía de las Indias Occidentales, la rivalidad se extendió al Atlántico. Como parte de una campaña contra las posesiones brasileñas y africanas, la flamante compañía envió, en 1624, la primera de muchas flotas de guerra que se dirigirán al Atlántico sur. La ciudad de Salvador cayó y, con ella, Bahía, la segunda provincia de Brasil productora de azúcar. La ocupación duró poco; un año después una armada hispano-portuguesa desalojó a los invasores. Una segunda flota intentó luego, en 1627, apoderarse de Recife, puerto y cabecera de Pernambuco, la provincia azucarera más rica de la colonia. Rechazada por los portugueses, la flota holandesa consiguió, no obstante, hacerse de la plata que la escuadra española transportaba a Europa, pingüe negocio, sin duda, para las arcas de la Compañía.

En 1630, una nueva flota equipada por la Compañía logró al fin ocupar, tras duras batallas, Recife y la mayor parte de la provincia de Pernambuco. Habiéndose apoderado de la industria azucarera por la fuerza, los holandeses se convirtieron en abiertos adversarios de sus antiguos socios. El paso siguiente sería cortar a Brasil el abastecimiento de esclavos africanos. Los holandeses atacaron, pues, las posesiones portuguesas en Africa. En 1638 se apoderaron de la fortaleza de Elmina, en la Costa del Oro; tres años más tarde de las de Luanda y toda la costa de Angola. Buena parte de la trata atlántica pasó de esta manera a manos de Holanda.

La caída de Pernambuco y de las posesiones portuguesas en Africa en poder de los holandeses afectó la producción de azúcar y el régimen de esclavitud en Brasil, y por extensión en otras partes de América. En Brasil, Bahía reemplazó a Pernambuco como cabeza de la industria azucarera, resurgió la esclavitud indígena y se abrieron nuevas regiones del interior a la colonización y explotación. Para las Indias Occidentales, el Brasil holandés pasó a ser el proveedor de máquinas, técnicas, esclavos y créditos que llevarían la revolución azucarera a su suelo.

Durante los primeros quince años, Pernambuco rindió beneficios a la Compañía de las Indias Occidentales. En la ciudad de Olinda (Recife), bajo el gobierno de Príncipe de Nassau, gentes de razas y culturas diversas dieron animación a una singular comunidad cultural. Pero la prolongada guerra para ocupar los ingenios del interior de la región y, en particular, la revuelta de los plantadores de 1645 provocaron una caída de la producción. Bahía se perfiló entonces como primer centro azucarero de Brasil. Entretanto, las plazas holandesas que controlaban la trata de esclavos africanos redujeron sus remesas y elevaron los precios. Los plantadores brasileños volvieron, por tanto, a echar mano de los indígenas,

cuya esclavitud autorizó temporariamente la Corona. No se trataba ya de los pueblos de habla tupí de la costa, sino de tribus distantes del interior, de diversas familias lingüísticas. Su captura corrió a cargo de grupos de *bandeirantes*. Estos incursionaban de São Paulo tierra adentro hasta las cabeceras de la cuenca del Río de la Plata. Estas correrías resultaron en la captura de esclavos luego remitidos a los plantadores, pero también en la exploración de zonas del interior poco conocidas y en el comienzo de la prosperidad de São Paulo, hasta entonces un poblacho.

Por más que había perdido la supremacía, Pernambuco no dejó, sin embargo, de enviar grandes cantidades de azúcar al mercado europeo a través de la red comercial holandesa en cuanto el tráfico a Brasil fue restablecido. El abastecimiento a las refinerías de Amsterdam había con todo menguado; Holanda empezó, pues, a partir de 1945, a ofrecer esclavos y los más avanzados equipos de molienda a los colonos franceses e ingleses del Caribe. Plantadores holandeses dispuestos a introducir allí las técnicas más modernas de producción llegaron también entonces a Barbados, Martinica y Guadalupe. Tratantes holandeses suministraron a los agricultores locales crédito para comprar africanos. Cargueros holandeses transportaron el azúcar caribeño a las refinerías de Amsterdam.

Esta penetración en el Caribe cobró mayor vuelo cuando, tras la recuperación de Olinda y Pernambuco, en 1654, por los portugueses, los holandeses emigraron en masa a las islas. Unos 600 plantadores, acompañados de 300 esclavos, desembarcaron en Guadalupe entonces; un número similar en Martinica. A Barbados llegaron otros mil, aproximadamente. Aunque muchos colonos volvieron a su tierra, bastantes se afincaron en las islas y dieron nuevo impulso a la producción azucarera y al sistema de plantación.

La colonización de las Antillas menores y de la costa nordeste de Sudamérica por noreuropeos constituyó el primer desafío específico al dominio ibérico en el Nuevo Mundo. Colonos de varias naciones se apoderaron de tierras mal ocupadas por españoles o portugueses, del Amazonas al norte de Florida. De todas estas tomas, las más exitosas serían las llevadas a cabo entre 1620 y 1650 por franceses, ingleses y holandeses en las pequeñas Antillas, a la sazón abandonadas. Colonizadas según una variedad de procedimientos, del feudo a las compañías privadas, los ingleses y franceses intentaron poblar las islas con europeos enganchados. Mientras repelían los ataques de los indios caribes, comenzaron por cultivar tabaco. Luego plantaron añil para teñir tejidos; en último término se difundió el azúcar, la producción exportable más costosa.

En la carrera colonizadora, los ingleses estuvieron inicialmente a la cabeza. Hacia 1640 habitaban en las islas de Barbados, Nevis y St. Kitts 52.000 blancos, contra 22.000 en las colonias de Nueva Inglaterra. En Martinica y Guadalupe, los franceses blancos sólo ascendían a 2.000; pero dos decenios después aumentaron a 15.000. A mediados de siglo, los primeros cultivos, tabaco y añil, se hacían en pequeñas explotaciones con trabajadores blancos libres o bajo enganche. Esclavos hubo desde

el principio, pero pocos. Los blancos los superaban en número. La llegada de los holandeses, en el decenio de 1640, convirtió al azúcar en el negocio más rentable, sobre todo por la caída de los precios del tabaco en Europa provocada por el flamante desarrollo de la industria tabacalera de Virginia. Algo de azúcar se había cultivado en las islas antes, pero a falta de buenos equipos, el refinado era deficiente. Esto se corrigió a la llegada de los holandeses. Gracias al capital que trajeron se importaron las costosas maquinarias con que funcionarían los modernos ingenios. Los holandeses suministraron además a crédito los esclavos africanos traídos de sus factorías de Elmina y Luanda.

La conmoción que el azúcar provocó en las Indias Occidentales es verdaderamente impresionante. Barbados, la primera en producir en gran escala, fue quizá la que experimentó las mayores transformaciones. En 1645, antes del cambio, más del 60 por 100 de los 18.300 varones blancos que había en Barbados eran propietarios de tierras; los esclavos sumaban 5.680. El tabaco era entonces el cultivo más difundido y la unidad productora media, de menos de cuatro hectáreas de extensión. En los años de 1670, reinando ya el azúcar, el número de haciendas se había reducido a 2.600, un cuarto de las existentes veinticinco años antes. La población blanca había disminuido de unos 37.000 a 17.000 y, por vez primera, los negros sobrepasaban en la isla a los blancos. En 1680, los esclavos sumaban 37.000, la mayoría nacidos en Africa; 350 plantaciones habían, al contrario, elevado la producción de azúcar a 8.000 toneladas anuales. De los blancos enganchados quedaban únicamente unos 2.000 y su disminución proseguiría. En la sociedad local señoreaba ya el nuevo grupo de grandes plantadores; los 175 que poseían 60 esclavos o más, controlaban más de la mitad de la tierra y de los esclavos de la isla. Una gran plantación tenía, en término medio, 89 hectáreas de tierra y 100 esclavos. En ese momento, Barbados era la colonia inglesa más poblada y rica de América. Los barcos depositaban en sus playas más de 1.300 esclavos por año. A fines de siglo, esta isla diminuta, con más de 50.000 esclavos, era seguramente la región de América con mayor densidad demográfica.

Los dominios franceses evolucionaron a un ritmo más lento. En Martinica y Guadalupe, los blancos libres venían proporcionando la mano de obra y las pequeñas unidades productivas perduraron hasta fines de siglo. Con todo, la influencia holandesa se sintió; el azúcar comenzó a absorber implacables las mejores tierras y los esclavos fluyeron sin cesar. Hacia 1670, unas 300 haciendas azucareras en ambas islas y San Cristóbal producían casi 12.000 toneladas anuales. Esta cantidad, quince años tan sólo después que los holandeses fundaran el primer ingenio en las posesiones francesas, equivalía casi a la mitad de las 29.000 toneladas que Brasil producía a la sazón. La entrada de esclavos aumentó a la par; hacia 1683, las principales islas francesas albergaban unos 20.000. La mayoría habían sido traídos de Senegambia por tratantes franceses. En

este grupo los sexos estaban bastante equilibrados, con sólo 114 hombres por cada 100 mujeres, una proporción inusual.

Los franceses se extendieron en el Caribe. A fines del decenio de 1660 pusieron pie en la mitad oeste de la isla de Santo Domingo, abandonada por los españoles desde 1605. A esta colonia la llamaron Saint-Domingue. Veinte años después, 2.000 esclavos y el doble de blancos habitaban estas tierras vírgenes sumamente fértiles. Un censo del gobierno registró, en 1687, para el conjunto de las Indias Occidentales francesas, 27.000 esclavos y 19.000 blancos, de los cuales sólo 1.000 eran trabajadores enganchados.

La riqueza azucarera no sólo atrajo capital y esclavos; también incitó a las potencias del norte de Europa a hostigar a las colonias españolas y a apoderarse de las grandes islas del Caribe. Cromwell, en 1655, intentó conquistar el puerto de Santo Domingo. La plaza, bien defendida, rechazó el ataque, pero los ingleses lograron ocupar en cambio Jamaica. Bajo poder español sólo quedaron, pues, Cuba, Puerto Rico y el oriente de la Española, todos ellos territorios del Caribe poco poblados y desarrollados.

A fines del siglo XVII en las Indias Occidentales inglesas y francesas se había implantado, pues, una nueva actividad basada en el azúcar y en la esclavitud. Brasil había absorbido hasta entonces entre 500.000 y 600.000 esclavos africanos; detrás de él iba el Caribe no ibérico, con más de 450.000. La América española quedó en cambio en tercer lugar con unos 350.000 a 400.000 esclavos entrados en un par de siglos de colonización. Las incipientes posesiones francesas e inglesas de América del Norte importaron aún menos: allí los esclavos no llegaban a 30.000.

El sistema de plantación en Martinica o Barbados era entonces semejante al de Brasil en cuanto a superficie de las unidades productoras y a la dimensión de la fuerza laboral. Por más que las haciendas aumentaran en tamaño, la naturaleza montuosa del terreno y la calidad del suelo limitaron su expansión: lo normal era alrededor de 50 esclavos por plantación. Al llegar el azúcar a las llanuras de Jamaica y Saint-Domingue surge luego, a principios del siglo XVIII, un nuevo tipo de haciendas realmente gigantescas. Al terciar el siglo, Jamaica primero y Saint-Domingue después lograron desplazar a Barbados y a Martinica como principales productores de azúcar. La hacienda alcanza aquí una extensión media de 81 hectáreas; el número de esclavos los 100. Estas dimensiones son precisamente características de las grandes plantaciones azucareras del Caribe de los siglos XVIII y XIX.

La trayectoria de Jamaica y de Saint-Domingue fue parecida, aunque al final su desarrollo y composición diferirían. Ambas islas arrancaron lento. Durante los primeros veinte años el crecimiento de la población, negra y blanca, de Jamaica fue pausado; a fines del decenio de 1670, ambos grupos se repartían en partes más o menos iguales un total de 17.000 habitantes. Con el despegue de la producción azucarera, los esclavos llegaron en los años siguientes a razón de más de 3.600 por año.

La economía no dejó de crecer a pesar de desastres naturales, ataques de piratas y conflictos internacionales. En 1703, la población blanca se había estabilizado en unas 8.000 personas y el número de esclavos subido en cambio a 45.000. En 1720, con 74.000 esclavos, la colonia se convirtió en la más poblada de las Indias Occidentales británicas. El decenio siguiente agregó 12.000 esclavos más; en 1740, éstos sobrepasaron los 100.000. En 1768 sumaban ya 167.000, mientras que los blancos no pasaban de 18.000. En el último cuarto del siglo por cada blanco había diez negros.

A la vez que la población crecieron las plantaciones. A fines del siglo XVIII, Jamaica producía 36.000 toneladas anuales de azúcar, cuatro veces más que Barbados, aunque 15.000 menos que Saint-Domingue. El incremento se obtuvo por un mayor empleo de trabajadores y de tierra, así como por aumento de la capacidad de molienda de los ingenios. Cuando, hacia 1740, Jamaica suplantó a Barbados como principal productor inglés, las plantaciones poseían como término medio 99 esclavos; tres cuartos de la población esclava de la isla estaba ocupada en el azúcar. Treinta años después, el promedio por plantación sería de 204.

Este aumento y concentración de los esclavos coincidió con cambios en el tamaño de las plantaciones y en la estructura de la propiedad. La extensión media de una plantación era, en 1670, de 132 hectáreas; la mitad de ellas medían, sin embargo, 40 o menos. Medio siglo más tarde, en 1724, el tamaño medio había pasado a ser de 464 hectáreas; la mitad de los propietarios tenían a su vez 202 o menos. Mientras que en 1670, dos de los 724 plantadores registrados poseían más de 2.024 hectáreas cada uno y, entre ambos, abarcaban el 6 por 100 de la superficie total dedicada al azúcar, en 1754, de 1.599 propietarios, 61 tenían ya las mismas 2.024 hectáreas o más. Sus manos concentraban esta vez el 28 por 100 de la propiedad de la tierra. Más de tres cuartas partes estaba en cambio en poder de plantadores con 405 hectáreas o más.

A mediados del siglo XVIII, Jamaica es claramente una sociedad caribeña plantadora. Los negros superaban a razón de diez a uno a los blancos. El 75 por 100 trabajaba en el azúcar y el 95 por 100 vivía en zonas rurales. En estas islas, cuyas ciudades principales no alcanzaban los 15.000 habitantes, la esclavitud urbana tuvo poco peso, a diferencia de lo ocurrido en la América ibérica continental, donde había veintiún centros urbanos con más de 50.000 pobladores. En cuanto a la producción mercantil de alimentos, que ocupaba en Perú, a buena parte de los negros, casi no existió en las sociedades insulares. Estas dependieron para alimentarse de importaciones o de la agricultura de subsistencia que practicaron los propios esclavos.

Jamaica y las restantes Indias Occidentales británicas presentan algunos rasgos propios. Jamaica contó con escaso número de negros o mulatos libres; los pocos que había constituyeron una minoría aislada dentro de una población libre reducida también. Jamaica fue además un caso extremo de monocultivo exportador; el azúcar representaba tres cuartos

del valor total de las exportaciones. La plantación jamaiquina fue, asimismo, mayor que las de otras regiones; comúnmente empleaba más de 200 esclavos. La isla no se diferenció, en cambio, en el papel que sus grandes plantadores desempeñaron. Dominaban todo, desde la tierra y los esclavos hasta la política local y aun la imperial.

Saint-Domingue siguió al principio los pasos de Jamaica. Su despegue fue igualmente lento; padeció también guerras e intervenciones extranjeras, y tuvo que competir con un centro azucarero bien asentado. Le costó unos ochenta años superar a Martinica en número de esclavos y cantidad de azúcar exportada. Su crecimiento fue en cambio más sostenido a partir de 1680. Hasta entonces, sus 8.000 habitantes eran la mitad de los de Martinica, y de ellos sólo 2.000 eran esclavos. En 1701 sus ingenios en operación y en construcción se igualaban casi con los 122 de Martinica. Ahora bien, mientras que esta isla contaba con 58.000 esclavos, Saint-Domingue tenía sólo la mitad. En este primer cuarto de siglo, Martinica perdió, sin embargo, ímpetu, en tanto que la población y la economía de Saint-Domingue crecieron extraordinariamente. En 1740 su fuerza de trabajo esclava superaba ampliamente a la de Martinica; sus 117.000 esclavos equivalían casi a la mitad de los 250.000 que había a la sazón en las Indias Occidentales francesas. La población blanca siguió asimismo creciendo, aunque rezagada frente al gran aumento de los negros. Saint-Domingue contaba también con un pequeño grupo de libres de color, equivalentes a casi la mitad de las 26.000 personas libres de la isla. A diferencia de lo que ocurría en las colonias inglesas, esta minoría era además relativamente poderosa.

A mediados del siglo XVIII, Saint-Domingue, a la cabeza de las colonias azucareras de América, estaba también por ser el mayor abastecedor mundial de café. Este cultivo se había introducido en la isla en 1723. A finalizar el decenio de 1780, los productores de la isla eran reconocidos como los más eficientes de cuantos había. Su población esclava, unos 460.000, era mayor que la de cualquier Antilla y representaba casi la mitad del millón de esclavos que había entonces en el Caribe. Las exportaciones representaban dos tercios del valor total de las mercancías remitidas por las Indias Occidentales francesas, y en volumen superaban los envíos de las Antillas españolas e inglesas sumados. Más de 600 barcos por año llegaban a sus puertos para cargar azúcar, café, algodón, añil y cacao destinados al mercado europeo.

Saint-Domingue comenzó, a mitad del siglo XVIII, a diferenciarse de Jamaica en aspectos sustanciales. Su tasa de crecimiento en población y en producción superaba la de la colonia inglesa; su gente de color no esclava constituía un elemento importante dentro de la sociedad libre; más insólito aún, su economía estaba más diversificada. Todas las islas habían probado con el cultivo del tabaco, añil o café; los franceses no dejaron de experimentar nuevos cultivos hasta fin de siglo y comercializaron, pues, una gran variedad de productos, incluso después que el azúcar dominara.

Que las islas azucareras francesas e inglesas florecieran fue posible gracias a la providencial intervención de los holandeses en la primera mitad del siglo XVII. Hasta cerca de 1660, esas colonias dependieron de la ayuda holandesa para la producción y comercialización de sus exportaciones y para la provisión de esclavos africanos. Francia e Inglaterra, convertidas en potencias imperiales cuyos dominios llegaban hasta Asia, entraron a competir en la trata atlántica. Al terminar el siglo, tratantes de ambas naciones traficaban aunque no contaron con factorías, como sus rivales holandeses y portugueses. No obstante, llegaron a hacerse con buena parte de la trata de Africa occidental.

El ascendente poder imperial de franceses e ingleses suscitó conflictos entre ellos y sus antiguos socios holandeses. En 1652 estalló la guerra entre ambos países protestantes, Inglaterra y Holanda. Esta y otras luchas posteriores, en las que Francia intervino, acabaron con la supremacía naval que los holandeses habían ejercido en todos los mares del mundo. En los dos decenios siguientes, Inglaterra y Francia impusieron barreras arancelarias para obstaculizar el comercio holandés con sus posesiones en las Indias Occidentales. Por más que las ambiciones políticas excedían la realidad económica, en el último cuarto del siglo XVII franceses e ingleses estaban ya en condiciones de cortar su dependencia de los holandeses, no sólo en cuanto al azúcar sino también en el suministro de esclavos africanos. Al iniciarse el siglo XVIII sólo los portugueses seguían como serios contendientes de Francia e Inglaterra en la trata atlántica.

El ascenso de la economía plantadora en las Indias Occidentales francesas e inglesas acabó también con el predominio holandés en el comercio y la producción de América. Brasil también sufrió las consecuencias. En el primer cuarto del siglo XVIII, la producción azucarera de las islas inglesas y francesas era igual a la brasileña; las restricciones comerciales impuestas contra Holanda por ambas potencias afectaron, asimismo, a los mercados de Brasil. Mientras que hacia 1630 el 80 por 100 del azúcar vendido en el mercado de Londres provenía de Brasil, en 1690 su participación allí había bajado al 10 por 100. Es más; a mediados del siglo XVIII, Inglaterra y Francia satisfacían la demanda de azúcar de sus propios países, junto con la de Europa septentrional y oriental. De Brasil sólo azúcar terciado de calidad superior podía encontrarse en algún mercado del norte de Europa; sus exportaciones quedaron confinadas al Mediodía mediterráneo. Estos mercados no tardaron en ser a su vez invadidos por el dulce de las colonias caribeñas francesas, que terminó por expulsar incluso a su competidor británico del continente europeo.

Brasil no quedó, sin embargo, fuera de juego. El continuo crecimiento del consumo en Europa, la excelencia de algunas variedades de su azúcar y la creciente demanda interna (incluida la de todo el imperio) mantuvieron a Brasil en el tercer puesto mundial. Con 27.000 toneladas de producción anual a mediados del siglo XVIII, sólo beneficiaba una décima parte del azúcar del Nuevo Mundo. Brasil iba claramente a la zaga de Saint-Domingue (con 61.000 toneladas anuales) y de Jamaica (con

36.000) y sirvió como fuente de abastecimiento supletoria cuando las frecuentes guerras imperiales entre Francia e Inglaterra interrumpían el tráfico de las Indias Occidentales. El azúcar brasileño que, hacia 1760, abastecía alrededor de un 8 por 100 del mercado europeo, subió hasta el 15 por 100 durante las guerras del último decenio del siglo. Gracias a la persistente vitalidad de las plantaciones de Bahía y de Río de Janeiro, el azúcar siguió siendo el principal renglón brasileño de exportación. Incluso cuando Brasil se convirtió en el mayor productor mundial de oro, el azúcar no dejó de representar la mitad del total del valor exportado.

En suma, la plantación esclavista, ante todo la azucarera, estaba firmemente implantada en América a mediados del siglo XVIII. Movilizaba a alrededor de 1,4 millón de esclavos, o sea el 40 por 100 por lo menos de los 3,5 millones de esclavos de ascendencia africana residentes en el Nuevo Mundo. La plantación absorbía, pues, la mayor parte de la fuerza de trabajo esclava. Que predominara este régimen laboral se explica porque parece haber sido el medio más eficiente para producir mercaderías comerciales de todos los desarrollados por los europeos antes de la revolución industrial. Por más que a fines del siglo XVIII algunos contemporáneos sostuvieran que la mano de obra libre rendiría más que la esclava, lo cierto es que los blancos no acudían a la plantación. No obstante las desventajas del sistema —desgana, desobediencia o maltrato de herramientas, equipos o cultivos—, las compensaba con creces la posibilidad de compeler al esclavo a trabajar en la plantación.

Prueba de la eficiencia con que la plantación organizaba su fuerza de trabajo es la pareja distribución por sexos en las labores de plantar, cultivar y cosechar, y el elevado porcentaje de personas de todas las edades empleado. Las mujeres desempeñaban prácticamente los mismos trabajos físicos que los hombres, salvo faenas especializadas reservadas al varón. A niños y viejos se les asignaban ocupaciones acordes con su capacidad física. Mujeres y hombres ancianos se dedicaban a cuidar o a entrenar infantes y niños, o a atender y vigilar el ganado. No había niño sin quehacer; empezaban a los ocho años con tareas simples, como escardar, e iban ascendiendo gradualmente dentro de las cuadrillas de las que formaban parte. La plantación tenía, pues, la proporción más alta conocida de personas económicamente activas en relación con la población total. Algo así como el 80 por 100 de los esclavos estaba empleado útilmente. En las sociedades agrícolas actuales del Tercer Mundo, la proporción es de un 55 por 100.

Por escasos que fueran los incentivos que los esclavos tuvieran para trabajar, la estrecha vigilancia a que se los sometía en las cuadrillas compensaba la falta de entusiasmo. Los «incentivos negativos», tales como látigo u otros castigos corporales, eran seguramente más efectivos que las recompensas positivas, como promesas de más comida o ropa, o de más tiempo para descansar, o de más tierras para el propio sustento. Ambos procedimientos de persuasión no se excluían y estaban de cual-

quier modo siempre a mano. Entre compulsión, recompensas, altas tasas de participación, vigilancia rigurosa y organización sistemática y rutinaria de las tareas, los esclavos rendían, sin duda, mucho en la plantación.

Las tareas estaban por cierto organizadas de manera similar en todas las plantaciones. Las formas e índices de distribución del trabajo en las Antillas y en Brasil fueron comunes a la plantación azucarera y a la cafetalera, cacaoera o algodonera, salvo variaciones debidas al tipo de cultivo, al suelo o al lugar.

Como el azúcar requería cierta elaboración, tales plantaciones requerían más mano de obra calificada y semicalificada sin ocupación agrícola que otras. Entre el 50 y el 60 por 100 de los esclavos desempeñaba aquí faenas en el campo. En una plantación jamaiquina típica del siglo XVIII, un 60 por 100 solamente de los esclavos trabajaba en el cañaveral. Un 10 por 100 se dedicaba a moler y refinar el azúcar; y menos del 2 por 100 servía en la casa del amo. El resto se hallaba ocupado en el transporte de los productos al mercado, o eran demasiado viejos o jóvenes para trabajar. Por lo común, los trabajadores agrícolas se dividían en cuadrillas según su edad y capacidad física. En la plantación jamaiquina había cuatro, empezando por una primera «cuadrilla grande» hasta la cuarta, la «escardadora». Las mujeres representaban aproximadamente el 60 por 100 en cada una. Las mujeres —dato inesperado— eran, por consiguiente, más que los hombres en estas unidades de trabajo agrícolas.

En la plantación azucarera de las islas francesas fue en cambio más frecuente la distribución en tres cuadrillas. La primera, la grande o *grand atelier,* estaba compuesta por varones y mujeres en la flor de la vida y del vigor físico. En la segunda, *second atelier,* sus miembros, peor dotados, eran africanos recién llegados, madres recién paridas, convalecientes y otros por el estilo. Ambas desempeñaban las labores básicas en el cañaveral: preparar la tierra, plantar y cortar la caña. Para los hombres del *grand atelier* se reservaban algunas faenas más pesadas, como desbrozar o remover troncos de árboles o piedras. Un último grupo, el *petit atelier,* integrado por niños entre de ocho y doce o trece años, tenía a su cargo tareas simples, parecidas a las de la cuadrilla escardadora de la plantación inglesa. Un 75 por 100 de las mujeres formaban parte de las dos primeras cuadrillas agrícolas; menos de la mitad de los hombres iban en cambio en ellas. Una décima parte de ellos estaba en efecto asignada a la refinería y el resto a ocupaciones calificadas.

La hacienda cafetalera, a falta de molienda, distribuía su fuerza laboral esclava de manera algo distinta. En Saint-Domingue, en el curso del siglo XVIII, un 10 por 100 más de hombres iban al cafetal en las cuadrillas al no necesitárselos para trabajos calificados. La proporción de ocupados en tareas agrícolas poco cambiaba en realidad: seguía siendo un 60 por 100; pero en la división por sexos los hombres eran más dentro de las cuadrillas.

En Brasil, la división por ocupaciones en la hacienda azucarera se asemejaba a la de Saint-Domingue. Los esclavos empleados en el cañaveral,

organizados también en cuadrillas, representaban poco más del 60 por 100 de la población esclava; cerca del 35 por 100 desempeñaba trabajos calificados y menos del 4 por 100 servicios domésticos. Las diferencias derivan más bien de las pautas de propiedad. En Brasil, hasta fines del siglo XVIII, lo común era que cuatro plantaciones se erigieran alrededor de un ingenio. Tres de ellas eran pequeñas haciendas cañeras en manos de *lavradores de cana* vinculados a un gran *senhor de engenho*. Las tres plantaciones menores poseían alrededor de diez esclavos cada una, casi todos adscriptos a labores agrícolas; la hacienda principal empleaba por su parte unos setenta. Cada unidad productora contaba, pues, con cuatro dueños de esclavos y, como operaban juntos, el resultado final era por el estilo de un ingenio con cien esclavos. Este número equivalía al promedio habido en las Indias Occidentales francesas, aunque a la mitad del de la plantación jamaiquina. Por qué ésta usaba el doble de trabajadores es difícil de explicar; tal vez se debía a la calidad del suelo, las condiciones del terreno y, en último término, al grado de eficiencia de los plantadores. En Bahía, donde la zafra duraba tres meses más que en el Caribe, altos rendimientos mensuales estaban asegurados por mal empleada que estuviese la fuerza de trabajo.

La ausencia de discriminación sexual se manifestaba no sólo en la asignación de tareas dentro de la plantación, sino también en el precio de compra y alquiler que el hacendado estaba dispuesto a pagar por el esclavo. El precio de una mujer u hombre sano y sin calificación era el mismo hasta que el esclavo o la esclava llegaba a la edad adulta; a partir de ese momento, el varón costaba de un 10 a un 20 por 100 más. La diferencia tuvo que ver con la mayor capacidad física que normalmente éste adquiría alcanzada la edad adulta; pasada la etapa de pleno vigor físico, los precios tendían de nuevo a igualarse. El alquiler del trabajador no calificado repetía esta pauta, aunque solía acusar más el posible rendimiento físico; en el alquiler no se tomaba por otra parte en cuenta la capacidad reproductiva de la mujer, factor que, en cambio, influía en el precio de venta.

Un porcentaje bastante alto de la población esclava de plantaciones azucareras figura como artesanos calificados. ¿Qué capacitación tenían quienes ejercían tales ocupaciones? La discusión está sobre el tapete. A diferencia de los esclavos urbanos de la América española y portuguesa, los de plantación no seguían un aprendizaje formal bajo la dirección de un maestro artesano, ni pasaban por los estadios de aprendiz u oficial. Estos artesanos solían ser varones retirados de las cuadrillas al final de su vida adulta a quienes se les daba un entrenamiento rudimentario e incompleto para que se desempeñaran como albañiles, carpinteros o toneleros; mal cabe saber si su destreza tiene punto de comparación con la de sus pares en Lima, por no decir la de los artesanos libres blancos o de color. Sólo los esclavos entrenados para beneficio del azúcar, los trabajos calificados propios del ingenio, se hallaban altamente especializados y alcanzaban un dominio del oficio comparable al de los blancos.

Por mucho que se haya escrito más sobre los sirvientes, éstos fueron en realidad pocos, no más del 2 al 3 por 100 del total de los esclavos en la plantación común del siglo XVII o XVIII. Los mayorales, artesanos, muleteros, pescadores, vaqueros... sin supervisión directa del capataz blanco o con algún poder sobre otros trabajadores, eran de hecho más y desempeñaban un tercio, o más, de las ocupaciones propias de esclavos en las plantaciones.

En el decenio de 1780, el régimen de plantación implantado en Brasil y Caribe dominaba la esclavitud en el Nuevo Mundo. Cerca de un millón y medio de esclavos vivían en plantaciones de azúcar americanas. En las colonias de las islas y del continente se repetía la escena: una zona de plantaciones poblada por un gran número de negros y mulatos esclavos de unos pocos blancos. Aunque la situación en Jamaica, donde había diez africanos o afroamericanos por cada blanco, fue extrema, negros y mulatos solían por cierto ser mayoría dondequiera que hubiera plantaciones. Común a las colonias francesas e inglesas fue también la falta de un estrato abundante de libertos. Las personas de color libres representaban, en el siglo XVIII, menos del 10 por 100 de los 380.000 esclavos en las Indias Occidentales británicas, proporción igual a la habida frente a los 575.000 esclavos de las posesiones continentales de la misma nación en Norteamérica. En las islas francesas, esa clase sumaba sólo 36.000 frente a 660.000 esclavos. Por el contrario, en las colonias españolas y portuguesas la presencia de gente de color libre era, a fines del siglo XVIII, notoria en la plantación y en torno a ella. Brasil tenía a la sazón un millón y medio de esclavos y 406.000 personas libres de color.

A pesar de tales diferencias en la distribución entre blancos, libres de color y esclavos, el sistema de plantación azucarera, sus modos de producción y su organización del trabajo fueron en suma similares por encima de las fronteras y a lo largo del tiempo. Una dotación de cien esclavos por plantación fue lo más común, con variaciones entre los cincuenta del modelo continental español a los doscientos del jamaiquino. Aparte de esto, el empleo de su mano de obra fue parecido en todas partes: falta de discriminación por sexo para las labores agrícolas, división en cuadrillas vigiladas para trabajos de rutina y distinción entre ocupaciones calificadas y no calificadas. Algún azúcar hubo producido por mano de obra no esclava; casi todo se debió, empero, al esfuerzo de los esclavos. Ninguna sociedad americana parece haber sido capaz de exportar azúcar sin recurrir a los esclavos africanos. Por más que la organización del trabajo no fuera igual en todos los cultivos, diferencia que se aprecia, por ejemplo, en los primeros cafetales de Saint-Domingue, los rasgos básicos de las plantaciones azucareras de Caribe y Brasil no se modificarían en las plantaciones esclavistas del siglo siguiente.

Capítulo 4

La esclavitud en la América ibérica. Siglo XVIII

La ocupación holandesa y las plantaciones en alza del Caribe no acabaron con la producción azucarera de Brasil ni con su próspero régimen de esclavitud, pero sí tuvieron importantes consecuencias. Buena parte de la industria azucarera de Pernambuco quedó destruida, y su recuperación llevaría tiempo; entre fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, los mercados de exportación de Brasil se contrajeron y su producción se estancó. Aunque Bahía siguiera creciendo, la edad de oro había pasado. La competencia de las Indias Occidentales provocó una caída en los precios del azúcar en la primera mitad, junto con una mayor demanda de esclavos y el alza consiguiente de su valor. Las ganancias de los plantadores disminuyeron, por ende. En las décadas finales del siglo XVII, ante la despresión de la economía brasileña, la Corona buscaba ya ansiosamente mercados y productos nuevos para reanimarla.

La Corona fomentó así la exploración del interior con la esperanza de encontrar minerales. El éxito obtenido por las *bandeiras* paulistas en procura de esclavos indígenas a mediados del siglo, indujo al gobierno a subvencionar expediciones para reconocer zonas nuevas. Tras descubrir yacimientos menores de oro y piedras preciosas, una gran expedición dio, entre 1689 y 1690, con ricos depósitos aluviales de oro en lo que es hoy Minas Gerais, unos 322 kilómetros tierra adentro a partir de Río de Janeiro. Un tipo totalmente nuevo de economía esclavista, centrada en la minería, aparecería entonces en suelo brasileño. Oro y, después, diamantes sustentaron su desarrollo. Brasil inauguraría, otra vez, un modo de producción que la América española pronto copiaría.

A todo correr los blancos de la costa se trasladaron, con sus esclavos, a los yacimientos auríferos. Minas Gerais estaba deshabitada antes de

1690. Veinte años después, había allí 20.000 blancos e igual cantidad de negros; en 1717, los esclavos eran 33.000, sobrepasando a los blancos; a comienzos del decenio de 1720 superaban los 50.000. En 1735, un primer censo de esclavos registró más de 100.000. La rapidez del crecimiento y las características del grupo esclavo dotaron a Minas Gerais de un perfil singular entre las zonas de esclavitud de Brasil.

La demanda de esclavos fue tan acuciante que pronto dependían exclusivamente de importados de Africa. Todavía en los años de 1750, alrededor del 60 por 100 de los esclavos que llegaban al puerto de Salvador, en Bahía, eran reexportados a las minas auríferas del interior. La fiebre del oro no daba respiro para que los amos se preocuparan por las posibles consecuencias demográficas a largo plazo o por la organización familiar de sus esclavos. Su distribución por sexos en los campamentos de Minas Gerais se hallaba gravemente sesgada en favor de los varones, tanto que sólo por el flujo constante de negros desde la costa, y no por propia reproducción, pudo la población esclava mantener sus dimensiones por encima de las 100.000 personas.

En determinados lavaderos de oro, los esclavos trabajaron, como en las plantaciones, organizados en cuadrillas bajo vigilancia de capataces blancos. En los campamentos en torno a Vila Rica de Ouro Prêto y Vila do Carmo, una densa concentración de esclavos —4.000 y 5.000, respectivamente— favoreció cierta estabilidad y disciplina. Aquí, como en otros yacimientos auríferos aluviales, se construyeron, mediante grandes inversiones, *lavras*. Estas fueron complejas instalaciones de contención del agua o de dragado, que requerían voluminosas obras hidráulicas: canalización de ríos, excavación de orillas, aterrazamientos, erección de esclusas u otros dispositivos para desviar las corrientes. Estos campamentos mineros establecidos y vigilados absorbieron menos de la mitad de los esclavos de la provincia. La fiebre del oro fue tal que en muchas partes estos controles no existieron. Grupos pequeños de esclavos dispersos en cientos de sitios de la provincia de Minas Gerais y, luego, en Goiás y Mato Grosso, trabajaban también en la minería sin fiscalización alguna. Sus amos, que habían llegado tarde o con poco capital como para emprender obras importantes, dependían de estos buscadores y mineros ambulantes. Conocidos como *fasqueiros,* estos esclavos pasaban largo tiempo en busca de oro, lejos de sus propietarios. Además de pagar sus propios gastos, el *fasqueiro* entregaría al amo una cantidad fija de oro en polvo. Aunque el gobierno local intentó terminar con estas prácticas, no pudo por estar demasiado difundidas.

De todo este aparente caos surgió rapidísimo un amplio segmento de personas de color que había comprado su libertad. En región esclavista alguna de América creció este grupo tanto ni tan pronto como en Minas Gerais, precisamente en los inicios de su colonización. En 1786, cuando había en la provincia alrededor de 174.000 esclavos, los libres de color sobrepasaban los 123.000. Su aumento fue, desde entonces, más rápido que el de los esclavos. En el primer decenio del siglo XIX, los libertos

eran ya más que los esclavos y se convirtieron en la capa más numerosa de todas en una provincia en acelerado crecimiento demográfico. El gobierno metropolitano se indignó ante el desmesurado incremento de esta clase, so pretexto de que estaba basado en el robo del oro y de otros minerales; poco podía hacer, sin embargo, para detenerlo. Negros y mulatos libres se convirtieron incluso en orfebres, por más que el oficio estuviera prohibido de manera expresa a los de su clase por temor a la fundición clandestina del oro local a la que podía dar lugar. Incapaz de controlar la extracción ilícita del oro, la Corona abandonó en 1735 su pretensión de cobrar impuestos sobre el mineral fundido, modo habitual de recaudación entre los ibéricos, que además servía para estimar el volumen de la producción. En las zonas mineras impuso en cambio al propietario una capitación por esclavo.

La economía minera dio también lugar en Brasil a una cultura urbana floreciente. En la segunda mitad del siglo, había en Minas Gerais una docena de ciudades donde residían entre 10.000 y 20.000 personas. Su estilo de vida refinado dependió fundamentalmente de la mano de obra esclava. Centros como Vila Rica do Ouro Prêto o como Diamantina crearon una espléndida cultura barroca, expresada en suntuosas obras de artes plásticas y de música. Muchas de estas creaciones salieron de manos de músicos, artistas y artesanos negros. Esta civilización urbana no tiene réplica, en cambio, en las regiones auríferas del confín noroeste de la América española, también entonces en desarrollo.

El oro se extrajo al comienzo en Minas Gerais; después, a partir de 1720, de Goiás y, en los años treinta, de Mato Grosso. En 1729 se descubrieron además diamantes en el extremo septentrional de Minas Gerais. Igual que el oro, las piedras preciosas se hallaban en depósitos aluviales situados en el lecho o en las orillas, así como en el curso desecado de los ríos. Los esclavos fueron también empleados en el lavado, el manejo de las bateas o en las instalaciones hidráulicas. El hallazgo de diamantes en Minas Gerais y Goiás repercutió de inmediato en el mercado europeo, donde los precios perdieron dos tercios de su valor. La Corona portuguesa intentó establecer el monopolio de su extracción, pero sólo lo logró a medias. Las piedras preciosas eran más difíciles de controlar que el oro, que, en definitiva, tenía que ser fundido. Esta bonanza empezó y culminó más tarde que la del oro. El diamante empleó, por otra parte, menos esclavos que el oro en yacimientos más dispersos. Hubo, por ejemplo, algunos en Bahía y Mato Grosso. Entre todos no absorbieron, se calcula, sino un tercio de los 225.000 esclavos adscriptos a la minería brasileña en la segunda mitad del siglo XVIII.

La prosperidad minera del interior repercutiría también en la evolución de la esclavitud y de la población negra de otras partes de Brasil. El centro de gravedad económico y demográfico del país se desplazó desde el norte hacia el sur. Las minas habían sido descubiertas por *bandeiras* paulistas, reforzadas luego por inversores de Río de Janeiro. Aunque los bahianos invirtieron también en la región minera, el sistema

de comunicaciones y transporte constituido derivó hacia las ciudades del sur el tráfico con el interior. Río de Janeiro se convirtió en el puerto de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso. Río pronto dejó atrás a Bahía como centro comercial y exportador y arañaba los 50.000 habitantes que la rival del nordeste tenía. La Corona, reconociendo la nueva disposición geográfica, trasladó en 1763 la capital colonial de Salvador de Bahía a la floreciente ciudad más al sur. Con este nuevo impulso, Río prosiguió su dinámica expansión. Al clausurarse el siglo era no sólo el puerto principal para la trata de esclavos y el comercio minero, sino también, con más de 100.000 habitantes, el núcleo urbano más poblado de Brasil. Con México llegó a ser entonces una de las mayores ciudades de América.

Otras regiones se beneficiaron también con el desarrollo del nuevo mercado en el interior. La fiebre del oro, al atraer hacia el distrito minero especuladores y plantadores con sus esclavos, desbarató al principio la economía de la costa. No tardó, sin embargo, en verse que sólo las provincias costeras podrían abastecer de alimentos y animales a la región minera. Hasta bien avanzado el siglo XVIII, el oro resultaba allí tan absorbente que pocos trabajadores libres o esclavos se dedicaban a la agricultura. Las tierras altas alrededor de São Paulo fueron las primeras en producir víveres para el mercado de Minas, menos que los demandados. La ganadería prosperaría en las amplias llanuras de Río Grande do Sul y de la banda oriental del río Uruguay. Estas pampas suministraron carne, cuero y mulas —las últimas fundamentales para el transporte terrestre. En el decenio de 1730 se abrieron más rutas interiores entre las provincias del sur y São Paulo. Este, con apenas 18.000 personas en sus llanos, tampoco podía responder con rapidez a las necesidades de la pujante región del oro. La apertura de caminos más directos a Río de Janeiro convirtió a éste en el abastecedor principal. Aparte de ser el puerto de entrada, incluso de esclavos, y de salida del interior minero, Río surtió a Minas de toda clase de alimentos, incluido el azúcar ahí cultivado.

Bahía, situada no lejos del río San Francisco, única vía fluvial de acceso a las minas, no quedó totalmente al margen de este comercio. Al principio, la Corona, por temor a que las plantaciones perdieran la indispensable mano de obra esclava, procuró impedir el comercio de Bahía con la región minera. El alza de los precios del azúcar a partir de 1711 alivió, sin embargo, la presión que sufría esta actividad y la metrópoli levantó la prohibición de vender esclavos bahianos en las provincias mineras. En la frontera del interior nordestino surgieron asimismo cultivos de mandioca y de otros alimentos y una pujante ganadería, que abastecieron tanto el mercado minero como las plantaciones costeñas.

El auge minero impulsó de esta manera una redistribución de la población por el territorio brasileño y de la esclavitud entre todos los sectores de la economía colonial. Granjas agrícolas de frontera y haciendas ganaderas del norte y del sur contaron con mano de obra esclava.

Río Grande do Sul ilustra uno de estos desarrollos. A principios de siglo se abrieron las tierras de pastura meridionales, por razones tanto

políticas —para contener la expansión española hacia el norte— como económicas —para responder a la demanda creada en Minas Gerais—. A fines de siglo vivían allí 71.000 personas, de las cuales 21.000 eran esclavos y 5.000 libres de color. La mano de obra esclava se hallaba en el sector exportador de la ganadería. Indios o peones libres, los *gaúchos,* hacían de vaqueros en las estancias, mientras que los esclavos preparaban el charqui, carne acecinada. Este tasajo se elaboraba en establecimientos llamados *charqueadas,* que empleaban por lo común entre 60 y 90 esclavos cada uno. Al empezar el siglo XIX, las charqueadas de Río Grande do Sul, en plena producción entonces, ocupaban unos 5.000 esclavos. Incapaz de competir afuera con el producido en las colonias españolas del Río de la Plata, este charqui se destinaba al mercado interno, donde dotaba de proteínas las dietas de los esclavos de las plantaciones y minas.

Más al norte, en Campos Gerais, alrededor de la ciudad de Curitiba, los vaqueros eran esclavos y no *gaúchos* libres, como en Río Grande do Sul. La *fazenda* típica de Curitiba, de menor tamaño y sin trabajadores indios, empleaba aproximadamente un esclavo por cada 800 cabezas de ganado. Para atender 5.000 animales, medida común en esta zona, había, pues, seis vaqueros y un capataz, todos esclavos. Otros veinticinco esclavos o más faenaban la carne y trataban los cueros, además de ocuparse del transporte y demás tareas indispensables en la hacienda. Estas estancias ganaderas albergaban, como las del sur, muchos dependientes, personas de color libres, que solían desempeñar labores sin relación con la exportación. En todas las ciudades de los llanos meridionales, algunas de las cuales rondaban, al acabar el siglo, los 10.000 habitantes, los esclavos constituían la mayoría en la fuerza de trabajo, así como en el sector de oficios especializados. Su presencia fue en particular activa en el transporte hacia los centros mineros.

En marcha la colonización del sur se crearon allí industrias locales que emplearon esclavos. Las nuevas poblaciones establecidas a lo largo de la costa de Río Grande do Sul y de Santa Catarina iniciaron una pesca comercial, servida por esclavos. La pesca costera de la ballena se practicaba en Brasil desde los inicios de la colonia, pero adquirió mayor envergadura con la prosperidad de esas provincias. Practicada desde el cabo Frío, en la provincia de Río de Janeiro, hasta Laguna, en el sur, la pesca ballenera culminó entre mediados del siglo XVIII y las primeras décadas del siguiente. El centro de la industria era la isla de Santa Catarina, frente a la provincia del mismo nombre, donde se instaló, en 1746, una fábrica de aceite de ballena o *armação.* En el decenio de 1770, Santa Catarina capturaba más de mil ballenas por año. De junio a septiembre, pescadores de color libres o esclavos y blancos, arponeaban los cetáceos desde botes abiertos y los arrastraban hasta la playa. Allí los cortaban en trozos, hervidos para destilar el aceite. Este, empleado para iluminación, se vendía tanto dentro como fuera del país. Las tareas más laboriosas de cortar y hervir solían estar a cargo de esclavos. Una *armação* típica usa-

ba entre 50 y 100 esclavos. La Armação de Nossa Senhora da Piedade, una de las más importantes, situada en la isla de Santa Catarina, poseía 125 esclavos, de los cuales 107 eran trabajadores. Aparte de los no calificados había carpinteros, herreros y toneleros, más los especializados en cortar el animal y en obtener el espermaceti. Ocupación sobre todo estacional, estas operaciones podían llegar a emplear, en una temporada buena, entre 2.000 y 3.000 esclavos.

El desarrollo del interior de Brasil diseminó poblaciones nuevas rumbo al sur y al oeste; una amplia red de transporte surgió entonces para unir a esos mercados. No faltaron esclavos en las flotas de canoas ni en las recuas de mulas que, armadas por los comerciantes del sur o de la costa, abastecían el ávido mercado minero. Sin registros, no es fácil calcular el número de esclavos ocupados en este trajín. En la navegación de cabotaje cabe, sin embargo, estimar su volumen. Cálculos recientes fijan en unas 2.000 el número de embarcaciones dedicadas al cabotaje a fines del siglo XVIII. Suponiendo cinco esclavos por cada una como mínimo, o sea un tercio de la dotación habitual, el total de esclavos en esta ocupación rondaría los 10.000.

Brasil fue insólito en otro aspecto: el empleo de marineros esclavos en la navegación internacional, en especial en la trata atlántica. Brasil mantuvo relaciones comerciales directas con Africa y contó desde temprano con una poderosa marina mercante. Cientos de naves de propiedad brasileña surcaban el Atlántico sur cargando ron, pólvora, tabaco y manufacturas europeas y americanas, que intercambiaban en los puertos de Angola y Mozambique por esclavos. Barcos brasileños también estuvieron presentes en el transporte de mercancías a Europa, en contraste con lo que ocurría en la América española. Visto el papel decisivo que los esclavos desempeñaron en todos los sectores de la economía brasileña, no debe sorprender, pues, encontrarlos como tripulantes en buques negreros. De las 350 naves cargadas de esclavos que llegaron a Río de Janeiro entre 1795 y 1811, consta en 147 la presencia de esclavos de propiedad brasileña. Del total de 12.250 marineros en este tráfico, 2.058 eran esclavos. Por nave había, pues, un promedio de 14 esclavos, casi la mitad de la tripulación de un barco negrero corriente. Puesto que en los registros se justificaba una y otra vez la necesidad de emplear esclavos por la falta de marineros libres, cabe pensar que en otras rutas internacionales aquéllos estarían representados en grado aún mayor.

El inusitado desarrollo de la economía colonial brasileña en la segunda mitad del siglo XVIII contó con otro aliado. Desde la metrópoli, el gobierno ilustrado del marqués de Pombal (1750-1777), procuró fomentar, por procedimientos mercantilistas clásicos, el crecimiento de regiones de Brasil hasta entonces dejadas de lado. Pombal creó dos compañías comerciales, la del Grão-Pará y Maranhão, en 1755, y la de Pernambuco y Paraíba, en 1759. A ambas les concedió el monopolio de la importación de esclavos dentro de sus regiones —única ruptura con la política

general de libre comercio que Brasil toleró. A cambio de este apoyo, las compañías estaban obligadas a invertir en el desarrollo de las regiones cuyos nombres llevaban.

Al cabo de varios ensayos se impuso un nuevo cultivo de exportación: el algodón. Por la misma época en que comenzaba a difundirse en las colonias inglesas, el algodón pasó a ser un importante renglón exportador de Brasil. Los algodonales de Maranhão despacharon sus primeras remesas a Europa en los años de 1760. En los dos decenios siguientes la producción aumentó sin cesar y se extendió a la vecina provincia de Pernambuco. La plantación algodonera común ocupaba 50 esclavos, tantos como en la plantación sureña de los Estados Unidos del siglo siguiente. A medida que los precios subían en Europa, la producción aumentaba. Brasil reaccionó tan rotundamente a la demanda que sus remesas representaron, a principios de la década de 1790, el 30 por 100 de la importación inglesa de algodón en rama. A comienzos del nuevo siglo, más de 30.000 esclavos se afanaban en los algodonales del nordeste. La expansión siguió una veintena de años más, hasta que la producción norteamericana de algodón desmotado sumió a la actividad brasileña en una depresión prolongada.

Los esfuerzos de las compañías ideadas por Pombal sirvieron también para reanimar la producción azucarera de Pernambuco durante los decenios de 1780 y 1790. Aunque Pernambuco no recuperó nunca su antigua supremacía, mantuvo un digno segundo puesto detrás de Bahía. Esta resurrección del Nordeste no constituyó, sin embargo, la mayor novedad con respecto al azúcar; más bien lo fue su propagación. Río de Janeiro llevaba cultivando azúcar por un siglo en el distrito de Campos cuando se inició allí una gran expansión de las haciendas azucareras en la segunda mitad del siglo XVIII. Al cabo de ella, Río de Janeiro ocupaba el tercer puesto y producía dos tercios del azúcar moreno o mascabado, una nueva variedad. Era, asimismo, el principal productor de cachaza, aguardiente de azúcar, que se exportaba a Africa y surtía al consumo interno. Su floreciente actividad azucarera movilizaba entonces a unos 25.000 esclavos. Por la misma época, los cañaverales se extendían por las tierras altas y llanas de São Paulo, en proporciones todavía modestas. São Paulo iniciaba a la sazón el proceso que en el siglo XIX lo convertiría en el mayor centro de plantación y de esclavitud de Brasil. Santos, su puerto, también se introducía en el comercio internacional del azúcar como exportador de la producción paulista.

A pesar de la aparición de nuevas zonas de cultivo y de que el azúcar representaba un tercio del valor total de las exportaciones brasileñas, esa actividad aparece relativamente deprimida durante la mayor parte del siglo XVIII. En los años de 1730 su rendimiento anual era de unas 36.000 toneladas; cuatro decenios después había disminuido a 20.000 toneladas, cantidad que apenas representa la décima parte de la producción total en América. Este renglón empleaba en general menos, seguramente, de 100.000 esclavos. En el decenio de 1780, las tensiones eu-

ropeas y las interrupciones del tráfico comercial comenzaron a afectar los precios y a alentar la producción brasileña. Unos años después, la revolución francesa y la haitiana subsiguiente favorecieron un renacimiento del azúcar brasileño.

Un último acontecimiento significativo en la economía colonial de Brasil relacionado con la mano de obra esclava tuvo lugar en la provincia de Minas Gerais a fines del siglo XVIII. Décadas antes, oro y diamantes al disminuir su producción habían sumido a la minería en una grave crisis. A principios del siglo siguiente, sólo había 10.600 esclavos en las *lavras* y otros 2.000 como buscadores de oro ambulantes; en el distrito diamantino cincuenta años atrás se afanaban unos 5.000 esclavos y ahora quedaban apenas 2.000. La población esclava de la provincia se mantenía, no obstante, por encima de los 150.000. ¿En qué se ocupaban los 135.000 esclavos restantes? Las ciudades, en decadencia con la minería, no ofrecían muchas oportunidades para su empleo. Por otro lado, los trabajadores de color libres eran más que los esclavos y se hallaban por todas partes. La importación de esclavos prosiguió con todo a un ritmo constante a lo largo del siglo XIX y, al decretarse la abolición, la población esclava se había duplicado o más. A comienzos y a fines del siglo XIX, Minas Gerais tuvo, pues, más esclavos que cualquier otra provincia brasileña.

La capacidad de Minas para retener y aumentar su mano de obra esclava se explica, al parecer, por el surgimiento de una agricultura diversificada destinada a abastecer el mercado interno, que, decenios más tarde, se expandería hacia la producción de café para exportación. Fundada en el trabajo esclavo, esa agricultura se desarrolló en la parte meridional y oriental de la provincia entre fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente y produjo café, azúcar y otros víveres, amén de ganado. El número de dueños de esclavos, así como el de esclavos por propietario, habían sido siempre inferiores en Minas que en las provincias costeras; con la diversificación agrícola, este rasgo se acentuó.

Aunque ciertos aspectos de la historia económica de Minas Gerais no se conocen todavía, está claro que la esclavitud que se desarrolló allí con gran vitalidad en esa época siguió pautas, comparadas con las del resto de América, sumamente inusuales. Algunos estudiosos incluso afirman que los esclavos se dedicaron fundamentalmente a una agricultura de subsistencia a partir de la declinación de la minería a fines del siglo XVIII hasta surgir la producción cafetalera a mediados del XIX. Esta afirmación parece, empero, exagerada. Más verosímil es suponer que la producción local se colocaba con éxito en el mercado nacional. Invirtiendo la dirección del tráfico, Minas Gerais abasteció entonces a las plantaciones costeras.

Alrededor de 1800, Brasil entero albergaba cerca de un millón de esclavos entre los nacidos en Africa y en América. Era ésta la mayor concentración del Nuevo Mundo. Su utilización económica fue aquí probablemente la más variada. Es difícil, por supuesto, detallar por ocupa-

ción el número de esclavos. Cabe afirmar, empero, que no más de un cuarto del total se hallaba en minas y en plantaciones. El resto, esparcido por ciudades y campos, desempeñaba cualquier tipo de actividad económica. En torno al 10 por 100 residió quizá en centros urbanos; los demás, en el campo, trabajaban en agricultura, pesca, transporte... en cuanta ocupación imaginable. Brasil tenía también el mayor número en América de pardos y morenos libres. Azúcar, oro, diamantes y otros géneros de exportación cubrieron el ciclo habitual de prosperidad y decadencia. La economía brasileña poseía, sin embargo, una pujanza tal que nuevas regiones y nuevos productos aparecían, animando el mercado interno. El flujo de esclavos no habría, pues, de cesar. En el último cuarto del siglo XVIII, llegaron a los puertos de Brasil, en especial a Río de Janeiro y a Salvador de Bahía, 16.000 africanos por año; en el segundo decenio de la centuria siguiente, esa cifra, en constante aumento, alcanzó los 40.000.

El desarrollo de Brasil cobró bríos gracias a las reformas económicas llevadas a cabo desde la madre patria por ministros liberales y dinámicos. Un proceso similar siguió la América española bajo la dirección de ministros ilustrados de la monarquía de los Borbones. España se esforzó, en particular durante la primera mitad del siglo XVIII, en promover las exportaciones de sus colonias e introducir producciones comerciales en regiones sin explotar. Entre las medidas adoptadas, resalta la de abrir el tráfico negrero a la competencia y permitir una mayor importación de esclavos africanos a sus posesiones. Al iniciarse el siglo, otorgó a los ingleses el asiento de la trata. En las costas de la América española, los ingleses desembarcaron unos 75.000 esclavos en el curso de veinticinco años. De ellos, Buenos Aires, en pleno crecimiento entonces, recibió alrededor de 16.000, la mayoría de los cuales fueron despachados al interior o al Alto Perú. En los antiguos puertos del istmo de Panamá y en Cartagena entró el resto. Al pasar el asiento en 1739 a otras manos, el flujo de esclavos hacia esas tres regiones —el reborde caribeño de Panamá, la costa norte de Sudamérica y el Río de la Plata— no cesó.

Las Antillas mayores habían recibido pocos esclavos por tráfico legal hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se abrió allí una nueva ruta. Los continuos conflictos entre potencias europeas en torno a las islas azucareras indujeron a España a reexaminar su política en relación con el Caribe. La caída de La Habana en poder de los ingleses la decidió por último a impulsar el desarrollo comercial de las islas. Con este propósito liberalizó, en 1789, el tráfico de esclavos a sus colonias, abriéndolo a todas las naciones. Surgieron entonces nuevos centros de recepción de esclavos en Nueva Granada y Venezuela, al norte de Sudamérica, y en Puerto Rico y Cuba. Esta isla se convertiría después en la colonia con la población esclava más numerosa de Hispanoamérica.

Los antiguos virreinatos de México y Perú, más poblados, continuaron desarrollándose durante el siglo XVIII, al margen de estas corrientes. En México, la población esclava había declinado; al terminar el siglo que-

daban allí entre 5.000 y 10.000 personas de esta condición. En Perú, su caudal había permanecido relativamente fijo, alrededor de los 90.000. Esta estabilidad se debió a la recuperación demográfica operada entre los indígenas de ambos virreinatos, adaptados ya sus organismos a las enfermedades europeas. Con elevadas tasas de crecimiento natural durante el siglo XVIII, Perú y México satisficieron su creciente demanda de mano de obra para la agricultura, la minería, los oficios artesanales y el servicio con indios y mestizos libres.

Las posesiones españolas más marginales carecían, en cambio, de esa abundancia de trabajadores nativos. Para desarrollar tales zonas, hasta entonces descuidadas, la Corona tuvo que recurrir, como sus rivales, a los africanos. Las minas de oro de Nueva Granada, los cultivos de cacao de Venezuela y las plantaciones azucareras del Caribe importaron, pues, grandes cantidades de esclavos. En esta etapa de reactivación, la trata se encaminó, no como antes a los centros coloniales de México y Perú, sino a otros lugares. La economías esclavistas que prosperaron en el siglo XVIII no eran todas de creación reciente; algunas procedían de antiguas iniciativas. Con el apoyo real, empresarios locales de Nueva Granada, de Venezuela y de Cuba se volcaron a la exportación.

La actividad más nueva fue quizá la minería del oro del Choco, distrito del Virreinato de Nueva Granada situado en la tierra baja costeña del nordeste de la actual Colombia. Los depósitos aluviales de oro de esta región hostil e inaccesible se conocían por lo menos desde el siglo XVII. Ante la imposibilidad de someter a indígenas rebeldes y obligarlos a trabajar, permanecieron, pues, sin explotar. Los esclavos empezaron a llegar allí tan sólo a comienzos del siglo siguiente. En el decenio de 1720 había en las minas 2.000 esclavos africanos; en el censo de 1782 se enumeraron más de 7.000, cantidad que representaba por encima del 13 por 100 de la población esclava de toda Nueva Granada. Los africanos eran desembarcados en Cartagena y por largos, penosos caminos eran conducidos luego hasta el Chocó. Por la naturaleza de sus rutas terrestres, así como por la organización del trabajo esclavo, el desarrollo de estas minas se pareció al que una generación antes había tenido lugar en Brasil. Como en Minas Gerais, el oro se extraía de lavaderos, usando esclusas o desviando ríos para exponer los lechos ricos en mineral. Para las labores de limpieza y remoción de tierra se empleaba agua, abundante en estas regiones tropicales, como energía. Las cuadrillas de mineros eran bastante grandes; a mediados del siglo, el 90 por 100 de los esclavos trabajaban en grupos de treinta o más. No eran raras las operaciones de lavado donde intervenían varios centenares de esclavos. La bonanza de esta minería fue efímera. Para 1800, su producción decayó y con ella el empleo de esclavos; para entonces, la mayoría de los negros había comprado su libertad.

Menos fugaces, las plantaciones de cacao de Venezuela dominaban, mediado el siglo XVII, los mercados de México y España. Las haciendas habían estado operando desde el siglo XVI con mano de obra indígena,

caso raro de empleo de indios de encomienda en un cultivo de exportación. Los plantadores locales se opusieron, por consiguiente, a cualquier intento de convertir el tributo indígena en pago monetario. Con la entrada de los portugueses en la comercialización del cacao, se dispuso por fin de capital y recursos para importar a crédito esclavos africanos. En la segunda mitad del siglo XVII, la mano de obra esclava había sustituido por completo la indígena en las «encomiendas», que en realidad eran ya plantaciones. Afectada a fines de siglo por una epidemia vegetal, la actividad se recuperó luego y entró en el nuevo siglo en una fase de gran expansión. Hacia 1750 había cinco millones de árboles plantados; al terminar el siglo, de los 64.000 esclavos que tenía la colonia, el 60 por 100, por lo menos, estaba empleado en la producción de cacao.

Por su organización, la plantación cacaoera se parecía más a la cafetalera que a la azucarera. El árbol de cacao requiere mucho cuidado; pero puede conservarse productivo por varios decenios. La cosecha y el secado de los frutos no coincidían en un tiempo corto, sino que la mano de obra se necesitaba a lo largo del año. Aunque el trabajo se organizaba en cuadrillas, la vigilancia era más laxa, comparada con la de las haciendas azucareras. Puesto que todas las labores, desde arrancar las semillas de la vaina hasta secarlas y meterlas en sacos, requerían poca maquinaria, escaseaban las ocupaciones calificadas. Entre éstas, la que más esclavos demandaba era la de mulatero, que transportaba la cosecha al mercado. La mayoría se desempeñaba, por consiguiente, en el cacahual. Cada plantación tenía, como término medio, 30 esclavos. Aparte existía un grupo marginal de pequeños productores independientes que, gracias a su trabajo personal, también tenía su parte en el mercado.

La última región donde prosperó la esclavitud en esta etapa fue Cuba, que alcanzaría, en la segunda mitad del siglo XVIII, un crecimiento espectacular. Como en Venezuela, sus cultivos principales —azúcar, café y tabaco— databan de los comienzos de la colonización; incluso había tenido una minería de cierta importancia en los dos primeros siglos. Pero la atracción ejercida por el continente recién conquistado la despojaron de hombres y de capital; su economía se estancó. A fines del siglo XVI, sólo por defender las flotas que anualmente transportaban la plata a la metrópoli, la Corona subvencionó la construcción de poderosas fortificaciones en el puerto de La Habana.

La agricultura cubana, aunque incapaz de generar grandes ingresos, se mantuvo activa para abastecer la flota. El tabaco, único producto capaz de penetrar en el mercado mundial, se cultivaba a orillas de los ríos en pequeñas vegas por medio de mano de obra libre. El control impuesto por la Corona sobre su producción y exportación terminó por ahogar esta actividad. Cuba ni siquiera pudo sufragar los gastos de su gobierno y defensa, por lo que recibió del tesoro mexicano una subvención anual, el situado. Este curso somnoliento se quebró de repente en 1763 al caer la isla en poder de los ingleses durante la Guerra de los Siete Años. La captura de este bastión militar conmocionó, naturalmente, a la Corona

española; pero más le turbó apreciar la pujanza que la economía local había adquirido en los pocos meses de ocupación británica. Suponiendo que se quedarían allí permanentemente, los ingleses abrieron la isla al comercio internacional. Esta medida dio a la agricultura un impulso sin precedentes. En cinco meses se importaron 10.700 esclavos africanos, quintuplicando el número que España permitía ingresar por año. Recuperada la isla, la Corona española se dio cuenta que no podía volver al viejo régimen restrictivo. Empezó, pues, a conceder subvenciones para la importación de máquinas de moler azúcar, cedió tierras a los inmigrantes españoles con toda liberalidad y fomentó la explotación de zonas vírgenes del interior. Producción y población esclava crecieron a ritmo vertiginoso. Los 10.000 esclavos de principios de siglo eran, cincuenta años después, 40.000, y hacia 1790, 65.000. La isla rendía, en esta época, 14.500 toneladas anuales de azúcar, cuya industria empleaba por encima de 25.000 esclavos. La producción de café se incrementó, asimismo, entrando con paso seguro en el mercado mundial. En vísperas de la rebelión haitiana de 1791, Cuba estaba por convertirse en la colonia del Caribe con mayor número de esclavos.

Al terminar el siglo XVIII, la esclavitud estaba, se ha visto, firmemente arraigada en varias regiones del imperio español y del portugués. Brasil descollaba entre ellas en todo. La esclavitud no dejó, sin embargo, de desempeñar un notable papel en las sociedades de la América española. En todas fue dejando su rastro de esclavos o de personas de color libres. En Panamá los libres de color representaban el 50 por 100 dentro de una población total de 65.000 personas; en Venezuela, que seguía importando esclavos, los libres de ascendencia negra sumaban casi 200.000, un 46 por 100 de la totalidad de pobladores; en Colombia, una cantidad aún mayor de libertos constituía casi la mitad de sus 800.000 habitantes. Esta capa sobrepasaba las 100.000 personas en Perú y en México. Brasil, con una esclavitud floreciente, reunía sin embargo, el mayor caudal, casi medio millón. Los libres de color crecían, pues, donde la esclavitud declinaba, pero también donde prosperaba.

La distribución y la importancia de la mano de obra esclava, así como la de color libre, habían quedado, hacia 1790, bien definidas en Iberoamérica. Pronto se sentirían aquí las profundas repercusiones de la revolución haitiana, primera rebelión de esclavos triunfante.

Capítulo 5

Esclavitud y plantación en el Caribe. Siglo XIX

La revolución francesa de 1789 repercutió de manera profunda en la dividida clase dirigente de Saint-Domingue. Esta sociedad, con el sistema de plantación azucarera más eficiente, activo y extenso del mundo, terminaría por liquidarse a sí misma. Los plantadores blancos luchaban entre sí para apoderarse del gobierno y contra los libres de color que reclamaban derechos y privilegios. Las tres colonias francesas de las Indias Occidentales fueron, en 1789, las primeras en enviar representantes a un parlamento europeo. Los amos blancos deseaban un gobierno autónomo y derechos sólo para sí, y rechazaban cualquier participación de los libres de color, entre quienes había plantadores. Con mayor razón aún descartaban a los esclavos africanos y criollos. La propia Francia se hallaba a la sazón en pleno debate acerca de las libertades básicas y no ignoraba los conflictos de la isla. Un movimiento abolicionista dirigido por los *Amis des Noirs,* asociación sumamente influyente en los círculos metropolitanos, consiguió que los Estados Generales de París concedieran, tras largas discusiones, en mayo de 1791, el derecho a votar a los libres de color de las Indias Occidentales. Aquí, los plantadores y el gobernador local, un realista, rehusaron aceptar la resolución, y estalló el conflicto.

En medio de las disputas de los diversos grupos sociales de personas libres —plantadores mulatos contra plantadores blancos, pobres de color contra europeos y criollos pobres—, los esclavos de las haciendas de los llanos del norte, corazón de la industria azucarera de la isla, se sublevaron en agosto de 1791. Tras meses de lucha feroz y sangrienta y el asesinato de dos mil blancos, más de mil plantaciones arrasadas y diez mil esclavos muertos, no quedaron allí plantadores. El combate pro-

siguió hasta 1793, cuando los esclavos se hicieron del Cap Français, último baluarte blanco en el norte; el ejército jacobino de Saint-Domingue declaró entonces una primera emancipación. La ocupación inglesa, que duró cuatro años, y un período de independencia bajo el gobierno de Toussaint sólo postergaron por algún tiempo la destrucción final del sistema de plantación. En 1800 se desmoronaron los embalses que irrigaban los llanos del sur y del oeste; siguieron los años de pelea intensa contra el ejército napoleónico que había invadido la isla con el fin de restaurar la esclavitud. En 1804, el gobierno haitiano declaró su independencia y la abolición de la esclavitud. Ese mismo año, la producción de azúcar se redujo a un tercio de la de 1791; en el decenio siguiente, Haití, la antigua Saint-Domingue, desapareció del mercado azucarero. Incluso el café, que sobrevivió la destrucción de las plantaciones, rendiría por año, durante la primera década del nuevo siglo, la mitad de la cantidad obtenida en 1791.

El mayor productor mundial de azúcar quedó, pues, fuera de juego. Saint-Domingue producía, hacia fines del decenio de 1780, el doble de su competidor más cercano, unas 86.000 toneladas anuales de azúcar mascabado y terciado, cantidad que representaba un 30 por 100 del total mundial. Su eliminación suscitó la subida de los precios internacionales. Los plantadores de Cuba y Jamaica, de Bahía y Río de Janeiro se encontraron de repente ante un mercado abierto y precios en alza, y pronto se pusieron en acción para satisfacer esta nueva demanda. Igual espaldarazo recibieron los incipientes cafetales jamaiquinos, puertorriqueños, cubanos y brasileños, al perder la mitad de su producción el principal proveedor del mundo.

La rebelión haitiana no acarreó, sin embargo, consecuencias únicamente económicas. Provocó también un endurecimiento en los mecanismos de control de los esclavos. Como legado social y político de la experiencia haitiana se promulgaron de la Virginia norteamericana a Río Grande do Sul, leyes más estrictas, y se generalizaron actitudes menos tolerantes hacia las personas de color libres, amén del miedo a las rebeliones de esclavos. Aunque el temor se disipó al cabo de varios decenios, resabios amargos en leyes y actitudes tardarían más en ser superados. Los amos habían aprendido que las divisiones internas en sus filas podían llevar a la desaparición de la esclavitud. La pujante clase de plantadores de Cuba y Puerto Rico se tomó en serio la lección haitiana y prefirió permanecer leal a España, a contrapelo de otras colonias que en cambio se rebelaron. La lección no siempre fue, sin embargo, aprendida. En otras partes de la América española, el levantamiento de blancos contra la metrópoli adelantó la abolición de la esclavitud. En Venezuela, una situación a la haitiana terminó con el régimen negrero, si no aniquilado, por lo menos debilitado.

A los esclavos, la revolución de Haití les demostró que la victoria podía coronar la lucha por la libertad. Los esclavos de Saint-Domingue ganaron su emancipación con las armas, peleando contra sus amos y

contra las tropas inglesas, francesas y españolas. A los grupos de color libres de América, los derechos alcanzados por sus pares al calor de la Revolución Francesa auguraban la posibilidad de justicia e igualdad, que faltaban en las sociedades llenas de prejuicios en que vivían. Trabajadores negros y mulatos, libres o esclavos, fueron inspirados por el ejemplo de Haití, tal como sus amos y demás blancos temieron.

Las repercusiones sociales y políticas de la rebelión esclava de Haití se sentirían en América por todo el siglo; las consecuencias económicas fueron, en cambio, más inmediatas y perceptibles. La desaparición del régimen de plantación más rico y con la más densa población esclava del mundo estimularía por lo pronto la expansión de otros en varias sociedades coloniales.

Jamaica, Brasil, Cuba y Puerto Rico más que duplicaron, de 1791 a 1805, su producción de azúcar para satisfacer la acrecida demanda del mercado europeo. El azúcar de las Indias Occidentales británicas y Brasil avanzó sobre regiones del Viejo Mundo ahora abiertas y dominó, hasta casi finales de la segunda década del siglo XIX, el mercado del Atlántico norte. Un par de decenios después, Cuba, con la industria azucarera más dinámica y eficiente de la América decimonónica, sustituyó a Saint-Domingue en el orden internacional.

Desde los comienzos de la colonia, Cuba había plantado azúcar. Durante buena parte del siglo XVIII exportó moderadas cantidades. Hacia la octava década de esa centuria había alcanzado una producción relativamente importante, de unas 18.000 toneladas anuales de azúcar moreno y blanco. Terminado el primer decenio del siglo siguiente, duplicaba esa cantidad con unas 37.000 toneladas. Con un crecimiento más pausado que el de Jamaica o Brasil, sus remesas cubrían entonces apenas un modesto 12 por 100 del mercado internacional. A fines de los años veinte, las exportaciones cubanas de azúcar rozaban las 70.000 toneladas y, una década después, se equiparaban con las de Jamaica, en vísperas precisamente de la emancipación de los esclavos jamaiquinos. Con mano de obra a partir de entonces libre, la colonia inglesa no pudo competir con la Gran Antilla. En 1840, Cuba se convirtió en el principal productor mundial de azúcar de caña; exportó más de 161.000 toneladas, equivalentes al 21 por 100 de la producción mundial. La cosa no paró allí. En 1870, con 702.000 toneladas y un 41 por 100 de la producción mundial, tocó techo. Su rendimiento, el máximo jamás alcanzado con régimen de esclavitud, no fue superado hasta el siglo XX.

Cuba se distinguió igualmente por una nueva exportación, la de café, producido por Brasil y Jamaica y cultivado hasta entonces en la isla únicamente para consumo local. En 1791, los franceses fugitivos de Haití, instalados en Cuba con capital, conocimientos técnicos y esclavos, pusieron en marcha las plantaciones cafetaleras. De no exportar nada en 1789, Cuba extrajo 14.000 toneladas hacia el decenio de 1810 y en el siguiente, 20.000 toneladas. En este momento, más de 2.000 cafetales empleaban unos 50.000 esclavos, tantos como las plantaciones azucareras.

En dura competencia con Jamaica, que pronto quedó rezagada, Cuba se convirtió en uno de los mayores productores del mundo. Impulsado también por la declinación del haitiano, el café brasileño, aunque con un crecimiento inicial más modesto, terminó por igualar la producción de Cuba hacia 1840.

En Cuba, la prosperidad debida al azúcar y al café impulsó un veloz crecimiento demográfico. Hubo, como era de esperar, un incremento espectacular de la inmigración y de la población esclavas. Con todo, a diferencia de procesos anteriores en el Caribe, el aumento de los esclavos no implicó la declinación de los blancos, ni la eliminación de la importante capa de color libre. Los blancos crecieron casi tanto como los esclavos; los pardos y morenos libres aumentaron menos, pero sin pausa. Los centros urbanos eran bastiones de mano de obra libre; definidos como concentraciones de 1.000 habitantes o más, congregaban hacia 1860 más de medio millón de personas. A pesar del avance de las plantaciones esclavistas, la mayor parte de las ocupaciones rurales permanecía en manos de trabajadores libres, blancos o de color. Estos predominaban en la ganadería y en la agricultura de alimentos, así como en la famosa industria tabacalera. No faltaban esclavos en vegas, estancias y sitios; pero sumaban apenas 70.000, en contraste con los 404.000 blancos y los 122.000 libres de color que allí se afanaban. La mano de obra libre preponderaba, pues, no sólo en las ciudades, sino también en las áreas rurales, donde los esclavos ascendían a sólo un tercio de la fuerza de trabajo.

Prósperas industrias agrícolas y trabajos urbanos aseguraron ocupación para la mano de obra libre. Gracias a la inmigración de blancos, la constante manumisión de esclavos y el crecimiento natural de ambos grupos no esclavos, la población libre no paró de aumentar a lo largo de los siglos XVIII y XIX. A fines de los años de 1770 residían en Cuba 44.000 esclavos, 31.000 negros y mulatos libres y 96.000 blancos. A partir de 1791, la marcha del crecimiento demográfico se acelera al compás de la economía. Los esclavos aumentan inicialmente a mayor velocidad. Los 84.000 de 1790 son, veinte años más tarde, 212.000, frente a 114.000 libres de color y 274.000 blancos. Mediada la década de 1840, sumaban 324.000, y dos decenios después llegaron a su cota más alta, 370.000. Los otros segmentos de la población no se habían quedado, empero, rezagados. Pasado 1860, los blancos constituían más de la mitad del 1,4 millón de habitantes de la isla. El segmento de color libre representaban por su parte casi dos quintos del conjunto de negros y mulatos, esclavos o no.

Por más que Cuba importó africanos hasta más tarde que cualquier otra región americana, los esclavos nunca fueron mayoría en la población. En el decenio de 1860, cuando el segmento de color alcanzaba el máximo superando las 600.000 personas, los libres y sus descendientes sumaban 233.000. En torno a 1875, los libres de color aumentaron, a consecuencia de la aplicación de las primeras leyes sobre manumisión, a 272.000, sobrepasando por primera vez el número de esclavos. Los blan-

cos excedían a la sazón el millón. Esta evolución demográfica fue similar a la experimentada por Brasil. En ambos sitios, el notable crecimiento de los libres de color coincidió con un flujo creciente de esclavos y con una rápida expansión de la población blanca debida al crecimiento natural y a la inmigración de europeos. Distinta fue la historia de las islas bajo dominio inglés o francés. Cuba y Brasil, como se verá en los últimos capítulos, difirieron también de otras regiones por lo que respecta a la vida social y cultural de sus esclavos y gentes de color. En cuanto a la organización del trabajo, ambas fueron, sin embargo, sociedades esclavistas típicas de América: esclavos y producción de exportaciones, azúcar y café en especial, eran inseparables.

En cuanto a la propiedad de esclavos, Cuba fue, en cambio, por lo que parece, distinta a otras sociedades esclavistas con abundante población libre. De los pocos datos disponibles en censos del decenio de 1850, se calcula que había a la sazón alrededor de 50.000 dueños de esclavos, de los cuales 24.000 vivían en núcleos urbanos. Suponiendo que únicamente europeos o sus descendientes criollos poseían esclavos, resultaría que sólo el 12 por 100 de los blancos urbanos y el 9 por 100 de los rurales eran propietarios de esclavos. Estas cifras contrastan con las de los Estados Unidos y Brasil, donde el número de blancos poseedores de esclavos era el doble o el triple del de Cuba. Más aún, la distribución de esclavos no era aquí nada pareja. El promedio urbano era de tres por propietario; el rural, sólo 12. Si una plantación empleaba, como término medio, 127 esclavos, y muchas hasta 200 o 400, es evidente que incluso en este restringido grupo la repartición se sesgaba marcadamente en favor de unos pocos que poseían la mayoría de los esclavos.

Las plantaciones cafetaleras y azucareras de Cuba se instalaron siguiendo, en sus inicios, el modelo de las Indias Occidentales francesas. Un ingenio corriente, compuesto por el molino y el cañaveral, usaba el triple de tierra y de esclavos que el cafetal. En 1804, los 174 ingenios existentes, que producían 22.000 toneladas anuales de azúcar, ocupaban 26.000 esclavos; en 1817, los 779 cafetales de la isla empleaban 28.000 esclavos, o sea 35 cada uno. Pocos años después en ambas industrias juntas trabajaban casi 100.000 esclavos; otros 46.000 participaban en otras empresas agrícolas y alrededor de 70.000 ejercían ocupaciones urbanas o labores sin relación con la agricultura.

El café, pese a la mayor celeridad con que conquistó inicialmente el mercado internacional, no pudo competir en Cuba con el azúcar en punto a esclavos y tierras. La producción de unos mil cafetales alcanzó, con 20.000 a 30.000 toneladas anuales, su cota más alta en el decenio de 1830. Brasil, que en 1821, apenas llegaba a las 10.000 toneladas, sobrepasó en esa fecha a la isla caribeña en el mercado mundial. Cafetales cubanos en los fértiles llanos, cuyo rendimiento se había reducido a la mitad devastados en 1844 y 1846 por huracanes tropicales, fueron invadidos por su rival, el azúcar. Este absorbió la mayor parte de la tierra y del capital.

Las plantaciones azucareras se extendieron por la costa desde La Habana rumbo al este hasta Matanzas, así como por el interior occidental de la isla. A medida que avanzaban por tierras vírgenes, arrasaron sus espléndidos bosques. Por primera vez en su historia, Cuba importó maderas, indispensables para sus ingenios. Esta época del primer auge azucarero, que abarcó de 1790 a 1830, contempló cambios espectaculares. Los franceses, al aportar las técnicas más avanzadas, renovaron la anticuada industria azucarera de Cuba. Su productividad se incrementó. Los ingenios siguieron extendiéndose. En este clima de bonanza se introdujeron también modificaciones en la organización del trabajo. Haciendas de nueva planta en la zona occidental prefirieron comprar esclavos varones jóvenes. En la fuerza de trabajo de los ingenios más grandes escasearon, pues, las mujeres, que no llegaban al 15 por 100, y quedó virtualmente eliminado el aporte de los niños. Se esperaba incrementar así el rendimiento por trabajador. Este régimen, que contradecía normas habituales de la esclavitud de plantación, redundó en una vida particularmente dura y brutal para los esclavos. Con el tiempo probó ser antieconómico, a la vez que social y políticamente inseguro. Hacia la década de 1830, con la actividad en una fase más madura, la distribución por sexo, así como la dispersión por edades volvieron más o menos a normalizarse.

Progresos tecnológicos dieron comienzo, en el decenio de 1830, a una nueva etapa del régimen de plantación azucarera, que se prolongó hasta los años de 1860. Cuba, la mayor productora mundial de azúcar de caña, sería también pionera en la modernización de su industria. En 1838 inauguró el ferrocarril, el primero en funcionar no sólo en el Caribe sino en toda América latina. Las vías férreas redujeron considerablemente los costos de transporte y relevaron de esta ocupación a una buena cantidad de esclavos; asimismo, al asegurar el transporte rápido y seguro de grandes volúmenes de caña a los ingenios, la superficie cultivada pudo expandirse. La aplicación de la energía de vapor revolucionó luego la molienda de la caña. En 1846, de los 1.422 ingenios existentes en la isla, el 20 por 100 eran movidos a vapor; en 1861, su número se había reducido a 1.365, pero el 71 por 100 de ellos empleaba esta energía.

El auge de los ingenios de vapor transformó la industria del azúcar en todos sus niveles. En 1860, el rendimiento del trapiche de vapor semimecanizado era nueve veces superior al del movido por tracción animal, viento o agua. Pero, más aún, el nuevo ingenio mecanizado producía en una zafra normal 1.176 toneladas de azúcar en promedio, o sea veinticuatro veces más que el antiguo trapiche de fuerza motriz animal. Todo ello traía aparejado un considerable aumento de la demanda de caña, lo cual a su vez implicaba una mayor demanda de mano de obra rural no calificada. En las regiones que se mecanizaban, menudeaban las plantaciones de 300 esclavos o más, aunque en el conjunto de la isla predominaban todavía, durante la primera mitad del siglo, unidades con una dotación de 120 a 150 esclavos. La necesidad de mano de obra se

hizo tan acuciante que, en el cuarto decenio del siglo, antes de la abolición de la trata, los plantadores buscaron otras soluciones e importaron cientos de indios mayas de Yucatán, esclavizados tras haberse rebelado. También trajeron los primeros de los 100.000 o más culíes chinos que en los veinte años siguientes desembarcarían en Cuba. Indios y chinos fueron de inmediato puestos a trabajar en los cañaverales codo a codo con esclavos africanos y criollos. En las mayores plantaciones fue formándose así una fuerza de trabajo variada, donde se mezclaban esclavos y enganchados. Los esclavos siguieron siendo, con todo, la mano de obra básica en la producción azucarera. En 1862 había 173.000 de ellos en los ingenios, a razón de 126 por cada uno; los chinos eran 34.000 y los indios yucatecos, 700. El centro de esta actividad seguía ocupando la región entre La Habana y Matanzas. De aquí salió el 70 por 100 de las 512.000 toneladas de azúcar obtenidas en la zafra de 1863.

La modernización suscitada por la introducción de la máquina de vapor recibe un fuerte impulso de un acontecimiento ajeno, la guerra civil. Gran número de plantadores, comerciantes y pequeños agricultores de Cuba, descontentos ante la declinación del mercado peninsular para sus exportaciones y la política cada vez más restrictiva de la metrópoli, deseaban un gobierno más autónomo para la isla. La hostilidad con que los funcionarios de la Corona reaccionaron ante las presiones de estos grupos, provocó una polarización y, finalmente, en 1868, estalló la revuelta.

Tras una lucha brutal y destructiva, conocida como la Guerra de los Diez Años, los ejércitos rebeldes fueron vencidos. La contienda tuvo, empero, graves consecuencias para la esclavitud cubana. El Oriente, zona poco desarrollada de pequeñas plantaciones, fue el centro del levantamiento. Los plantadores, ante las tropas españolas que no vacilaban en arrasar sus tierras, manumitieron en su desesperación a sus esclavos para convertirlos en soldados. Todo ello acabó en la virtual desaparición de la esclavitud de plantación y en la eliminación de ingenios tradicionales de tracción animal en esta región. El gobierno español no intentó, tras la victoria, volver a esclavizar a los manumisos. En el Oriente surgiría entonces una dinámica agricultura ejercida por campesinos de color libres que sobreviviría hasta el siglo XX.

El Occidente de la isla, zona de haciendas más extensas y más modernas, experimentó en la misma época transformaciones sustanciales, debidas a la renovación tecnológica. Los ingenios mecanizados terminaron por dejar fuera de juego a los antiguos trapiches de sangre. De los años de 1840 en adelante, la producción, siempre en aumento, se fue concentrando en un número cada vez más reducido de ingenios. A fines del 1870 casi todo el azúcar exportado provenía de ingenios mecanizados. El altísimo costo de su construcción, la mayor cantidad de caña que su funcionamiento requería y el alza del precio de los esclavos —en particular tras el cese de la trata atlántica en los primeros años de 1860—, impondría una reorganización de la propiedad y de la producción en la

industria azucarera cubana. Aparecieron entonces los *centrales*, ingenios enormes que se dedicaban sobre todo a refinar el azúcar y dejaban mayormente a cargo de pequeños plantadores independientes el cultivo de la caña. Estos, llamados colonos, constituían una nueva clase de propietarios de esclavos similar a la de *lavradores de cana* existente en Brasil tiempo atrás. Los colonos carecían de trapiche propio y con frecuencia arrendaban la tierra que cultivaban con mano de obra esclava y enganchada. Los centrales ajustaban contratos para moler la caña producida por ellos. Los cubanos habían empezado, por ende, a reorganizar la mano de obra y a ensayar nuevas formas de propiedad de tierras e ingenios tiempo antes de la abolición de la esclavitud.

Durante este período de auge y cambios en el sector azucarero, la esclavitud de Cuba no estaba centrada en el cañaveral. Humboldt calculó, en la segunda década del siglo XIX, que sólo el 25 por 100 de los 260.000 esclavos de la isla estaba a la sazón vinculado con el azúcar y que cafetales e ingenios sumaban apenas unos 100.000. En los decenios siguientes, con unos 150.000 en las plantaciones azucareras, la proporción de esclavos allí alcanzó su máximo, un 40 por 100. Otro 20 a 30 por 100 en zonas rurales se empleaba en cambio en pequeñas unidades de unos pocos esclavos cada una. Trabajaban en una variedad de actividades, los cafetales incluidos. Alrededor de La Habana se los hallaba ocupados en labranzas que abastecían el mercado local.

La vida de los esclavos urbanos de Cuba era aún más diversa que la de sus pares en las plantaciones. A lo largo del siglo XIX trabajaron en las ciudades entre la mitad y dos tercios de la cantidad de esclavos activos en la industria azucarera. En La Habana, el centro más importante, el censo de 1811 registró 28.000; un tercio del total de esclavos de la isla vivía entonces en núcleos urbanos. En 1861, cuando La Habana tenía 180.000 habitantes, la proporción de esclavos urbanos había bajado a un poco más de la quinta parte del total de los de su clase; vivían en ciudades 76.000, junto a 120.000 libres de color. Los esclavos desempeñaron aquí las mismas tareas que sus congéneres de Lima siglos antes. La propiedad de esclavos estaba muy difundida entre los habitantes de las ciudades. A menudo los amos permitían a sus esclavos vivir y trabajar fuera de la casa a cambio de una renta estipulada. Entre la multitud de trabajadores de color libres, ejercían múltiples ocupaciones, calificadas o no, a la vez que proveían para su propio sustento, vivienda y actividades sociales. Iban desde prostitutas y vendedores ambulantes hasta albañiles o carpinteros. Figuraban como empleados en comercios grandes o pequeños. Como estibadores en el puesto de La Habana cargaban los millones de cajas de azúcar remitidas a Europa y los Estados Unidos. Los domésticos, que servían en cualquier casa de ingresos moderados para arriba, solían estar sometidos a mayor sujeción dentro de la atmósfera relajada y abierta de la esclavitud urbana.

Aunque el ingenio gigantesco dominara la vida económica, política y social de la colonia, nunca llegó a absorber a la mayoría de los esclavos

ni de las personas de color libres de la isla. Los esclavos de Cuba constituyeron una población de tamaño moderado si se la compara con la de los Estados Unidos o Brasil o, incluso, con la de Saint-Domingue. Al alcanzar su máximo eran 370.000, en un total de más de medio millón de negros y mulatos. Sin embargo, Cuba, junto con los Estados Unidos y Brasil, tendría uno de los regímenes de plantación más dinámicos del siglo XIX, tanto que quedaría como paradigma.

El desarrollo de Puerto Rico, segundo centro de producción del Caribe español, siguió en buena medida los pasos de Cuba. La isla había poseído, desde su conquista en el siglo XVI, algunos esclavos, una minoría dentro de la población total. En sus inicios, dominó allí una minería de oro que empleó mano de obra esclava local, la de los indios arawak. Agotados los yacimientos auríferos, Puerto Rico se dedicó, durante el siglo XVII, a la ganadería y a la agricultura. Practicadas por pequeños campesinos, su producción se destinaba sobre todo a abastecer San Juan, centro defensivo fortificado. En el siglo siguiente, la isla empezó a exportar café, azúcar y tabaco, que se sumaron a las remesas tradicionales de cuero y madera. La producción de todos estos géneros corría a cargo de una mayoría de campesinos libres. La prosperidad del sector exportador suscitó un inusitado crecimiento de la población. Desde primeros de siglo, ésta aumentó, descontados los aportes inmigratorios, a más del 2 por 100 anual.

La producción de exportaciones no duró mucho tiempo en manos de campesinos libres. El colapso de Saint-Domingue en 1791 impulsó en Puerto Rico, con excelentes terrenos y clima ideal, la producción masiva de azúcar. Veinte años después de la revolución haitiana, prosperaba ésta conforme al modelo clásico caribeño en plantaciones dotadas de mano de obra esclava. El sector de agricultura de subsistencia se refugió tierra adentro. En 1830, ocupada ya la mayor parte de la franja costera por plantaciones de azúcar, café y tabaco, la superficie dedicada en el interior a la agricultura de subsistencia seguía duplicando la de los cultivos comerciales. Que ese amplio sector de campesinos libres persistiera e incluso participara en la producción de géneros exportables distingue a Puerto Rico de otras economías plantadoras del Caribe. En Cuba, en especial en el Oriente, sobrevivió también un campesinado libre; pero éste quedó al margen del desarrollo ocurrido en el siglo XIX. En Puerto Rico, por el contrario, protegido por la naturaleza montañosa de la región central, prosperó. La existencia de estos campesinos libres explica por qué la esclavitud, aunque mano de obra mayoritaria en la producción azucarera, no lo fue dentro de la agricultura en general.

Otras características singularizaron, asimismo, a Puerto Rico. En Cuba y en Saint-Domingue, sus vastas llanuras favorecieron la constitución de grandes haciendas. La caña de azúcar se cultivó en Puerto Rico en Ponce, Mayaguez y Guayamo, en fajas costeras relativamente angostas que dependían de la irrigación para el agua. Las condiciones del te-

rreno limitaron, pues, el tamaño de las plantaciones y, en consecuencia, el número de trabajadores empleados por unidad.

A pesar de tales constreñimientos, la industria azucarera tuvo un despegue sorprendente para un Puerto Rico que en 1827 contaba con una población de menos de 300.000 almas. Las exportaciones de azúcar treparon de 2.000 toneladas a fines del segundo decenio del siglo XIX a 16.000 a mediados de la década siguiente. En el mismo período el café subió de 3.000 a 6.000 toneladas. Antes de 1830 Puerto Rico era, pues, un respetable productor mundial de ambos artículos, así como de tabaco. Mediados los años treinta, la producción azucarera puertorriqueña alcanzó las 19.000 toneladas anuales y, al final del decenio, casi duplicó esa cantidad con 36.000 toneladas, un tercio de la cubana. Diez años más tarde se aproximó a las 48.000 toneladas, con las cuales Puerto Rico quedó incorporado en las filas de los principales productores mundiales de azúcar de caña. Suplía entonces el 22 por 100 de las importaciones de los Estados Unidos y el 9 por 100 del mercado británico, recientemente abierto. En 1870 alcanzó su cota máxima con 100.000 toneladas, que representaban el 7 por 100 de la producción mundial anual. Sin embargo, la creciente competencia del azúcar de remolacha le fue cerrando a mediados de siglo el mercado europeo, mientras que Louisiana y Cuba le desplazaban en los Estados Unidos. La Gran Antilla, ante los elevados aranceles impuestos a las importaciones de azúcar blanco, incrementó sus remesas del moreno, con lo que afectaba a Puerto Rico, en cuya producción prevalecía el mascabado. Hacia 1880 la industria azucarera de Puerto Rico se hallaba en franca declinación, agudizada por la emancipación de los esclavos proclamada por leyes de 1870 y 1873. El número de plantaciones dedicadas a este cultivo se redujo a la mitad de las existentes diez años atrás. La historia de la esclavitud y la del azúcar estuvieron, pues, íntimamente ligadas en la isla; la abolición de la trata coincidió con el derrumbe de la industria.

A Puerto Rico se le había otorgado, en 1789, el mismo derecho de importar libremente esclavos que a Cuba. La lentitud inicial de la expansión del azúcar no dio lugar, empero, a un crecimiento apreciable de la población esclava. Hacia 1815 había allí sólo 19.000 personas de esta condición. Liberalizada luego la economía por la Corona española en su intento por retener la isla, a lo que se sumaron los efectos del derrumbe haitiano, la producción azucarera y la esclavitud tomaron impulso. Los esclavos empezaron a crecer a una tasa anual del 4 por 100, gracias, ante todo, al flujo continuo de africanos. En 1828, la población esclava de la isla sumaba ya 32.000 personas; en 1834 subió con 42.000 a su punto más alto. Mediado el decenio de 1840, la trata atlántica quedó, por presión de los ingleses, totalmente cerrada para Puerto Rico, veinte años antes que para Cuba, a pesar de lo cual la producción azucarera siguió aumentando. El número de trabajadores esclavos se mantuvo, sin embargo, invariable hasta comienzos de la emancipación, en 1870. Dada la constante pérdida de esclavos por manumisión, cabe pensar que

el grupo había alcanzado, antes de la abolición, una tasa de crecimiento natural suficiente como para mantenerse por tres decenios sin disminuir. Puesto que, de todos modos, la población libre crecía a una tasa anual por encima del 2 por 100, la proporción de esclavos en el total de habitantes bajó del 12 por 100 a un 9 por 100 en vísperas de la abolición.

La cantidad de 42.000 esclavos en 1834 era baja en comparación con las de otras sociedades del Caribe. La existencia a la vez de una amplia población libre de 317.000 personas (de las cuales dos quintos eran de color) implicaba, por un lado, que muchas de las tareas que en Cuba o en las Indias Occidentales francesas desempeñaban esclavos, corrían en Puerto Rico a cargo de asalariados libres. También significaba que el azúcar empleaba una altísima proporción, de dos tercios a tres cuartos, de la mano de obra esclava. Pese a esta concentración de esclavos en la actividad azucarera, su trabajo hubo de ser complementado con el de una mano de obra libre.

La economía azucarera de Puerto Rico difirió, pues, en algunos aspectos del modelo corriente en el Caribe. El tamaño de la hacienda azucarera puertorriqueña y de su fuerza de trabajo fueron menores que en otras colonias. Desde su nacimiento hasta su desaparición, la industria usó mano de obra libre junto con la esclava, fenómeno que en el resto del Caribe ocurrió sólo hacia la época de la emancipación de esclavos. Por ejemplo, en Ponce, principal zona azucarera, en 1845, a unos 40 esclavos por hacienda —promedio común también en el resto de la isla—, se agregaban, como término medio, unos nueve jornaleros. El tamaño medio de cada hacienda era de 24 hectáreas, en vez de las 81 a 121 típicas de otras antillanas. Las plantaciones de Puerto Rico estuvieron, con todo, plenamente integradas en el mercado mundial; su productividad fue alta. También lo fue la de las granjas menores, que gracias a ello pudieron perdurar.

Cuando a mediados del siglo XIX aumentaron en Puerto Rico la producción y la cantidad de haciendas y se estancó el número de esclavos, se recurrió evidentemente más a los jornaleros. La mano de obra predominante en las plantaciones siguió, con todo, siendo la esclava. En el decenio de 1840, al cerrarse el tráfico negrero pero proseguir la prosperidad azucarera, los plantadores consiguieron la aprobación de las primeras leyes contra la vagancia a fin de forzar a los trabajadores libres a emplearse, en lo que no tuvieron mucho éxito. La solución fue más bien ofrecer mejores salarios a los jornaleros e intensificar la mecanización de la agricultura. La limitada extensión de los terrenos irrigados y arables disponibles tornaba la instalación de ingenios mecanizados en un negocio muy costoso. Estos proliferaron, sin embargo, entre 1850 y 1870. La clase de los plantadores quedó así trabada por una iniciativa demasiado cara y, como tal, poco eficiente, y no pudo aguantar la crisis posterior a 1870. La combinación de diversos factores —falta de cumplimiento en el pago de las compensaciones prometidas por los esclavos emancipados, inversiones desmedidas en la mecanización y pro-

ducción excedente de azúcar en el mercado mundial—acabó con la industria azucarera de Puerto Rico en el último cuarto de siglo. Las exportaciones de la isla viraron hacia el café; su economía, menos dependiente entonces de los Estados Unidos, volvió a integrarse con España.

La evolución de la esclavitud y del azúcar en las islas bajo dominio francés, Martinica y Guadalupe, no se diferenció mucho de la de Cuba y Puerto Rico. Al comienzo, sin embargo, las repercusiones de la evolución haitiana acarrearon agitaciones y levantamientos entre los esclavos de ambas islas. Mientras en otras colonias la eliminación de Saint-Domingue del mercado movió a incrementar la producción de azúcar y desarrollar nuevos cultivos comerciales, como el café, no ocurrió igual en las posesiones francesas. En Martinica y Guadalupe, las plantaciones, *habitations* como se las llamaba, de azúcar, café, algodón y añil padecieron revueltas laborales, pérdida de capitales y una crisis general desencadenada por los movimientos revolucionarios de Francia y Haití. La invasión inglesa al final de las guerras napoleónicas restableció el orden en ambas islas.

En 1789, las posesiones francesas en el Caribe sumaban casi 170.000 esclavos; el mayor número, unos 89.000, residía en Guadalupe. Durante el período de intranquilidad que siguió, la importación de esclavos cesó por completo y la producción cayó abruptamente. En 1794, la Asamblea francesa abolió la esclavitud y la trata negrera. La medida sólo pudo imponerse en Guadalupe, porque Martinica había caído en poder de los ingleses. En la primera vino en realidad tras una rebelión de esclavos que en alianza con los franceses expulsaron de la isla a los ingleses. De 1794 a 1802, negros y mulatos intervinieron activamente en la economía de Guadalupe; incluso se intentó relanzar las plantaciones azucareras, faltas de su mano de obra tradicional, alquilando antiguos esclavos. Libertos y libres de color formaban parte de las tropas y hasta se estableció un gobierno provisional encabezado por Pélage, un antiguo esclavo mulato. Pero Napoleón no estaba dispuesto a aguantar a un Pélage o un Toussaint. En 1802 desembarca en Guadalupe un nuevo ejército francés que, contra la encarnizada oposición de los esclavos liberados, reinstala la esclavitud y el tráfico negrero. Los sucesos de Guadalupe persuadieron a Toussaint, en Haití, a romper finalmente con sus aliados franceses.

Al concluir, en 1815, las guerras coloniales entre Gran Bretaña y Francia, Martinica y Guadalupe, devueltas a su metrópoli, volvieron a prosperar. Con la restauración de los Borbones, de 1815 a 1830, se reanudó la trata, minoraron las manumisiones y resucitó la industria azucarera. A comienzos del decenio de 1820, ambas islas superaron, con 20.000 toneladas anuales cada una, los niveles de producción alcanzados antes de la revolución. La mano de obra se expandió, sobre todo en Guadalupe, más dinámica, donde la población esclava alcanzó la cifra de 100.000. En vísperas de la abolición definitiva del tráfico francés de africanos en 1831, entre ambas sumaban alrededor de 180 000 esclavos

y producían 70.000 toneladas de azúcar de caña, cantidad que las colocaba entre los principales productores del mundo.

Diversos cambios ocurridos en el mercado mundial habían alterado además los esquemas de producción de estas islas. Algodón, café y añil, exportaciones importantes en los años de 1780, declinaron abruptamente en el siglo XIX. Más tierras y más esclavos se consagraron entonces al azúcar. Hacia 1830, más de la mitad del suelo cultivable de Guadalupe estaba cubierto por cañaverales y alrededor del 42 por 100 de los esclavos trabajaban allí. El número de las plantaciones aumentó; el tamaño medio de la fuerza de trabajo se redujo en comparación con el período prerrevolucionario. De 112 esclavos que había entonces en una *habitation* azucarera típica, quedaban, hacia 1830, 79. El café había declinado de más de 3.000 toneladas anuales exportadas hacia 1780 a menos de 1.000 medio siglo después, cuando absorbía, con 18 esclavos por cafetal, menos del 9 por 100 de la fuerza de trabajo esclava.

El curso de la esclavitud en las islas cambió repentinamente con el establecimiento de la Monarquía de Julio en Francia. En 1831 se dispuso el cese definitivo de la trata restaurada por Napoleón y abolida sin éxito en 1818; al año siguiente se anularon todas las restricciones aplicadas a la manumisión y se concedieron plenos derechos como ciudadanos a las personas de color libres. Cerrado el tráfico negrero y multiplicadas las manumisiones, el número de esclavos descendió. En el decenio de 1780 residían en estas colonias 8.000 libertos. Medio siglo después, su número subió a 25.000 a consecuencia de guerras y rebeliones; en la década de 1840, a 72.000. En ese momento, con 161.000 esclavos todavía en las islas, los libres de color representaban casi un tercio del total de población no blanca.

El declinar del estrato esclavo y el incremento de los libres indican que los plantadores hubieron de ensayar otras formas de reclutamiento de mano de obra antes de la extinción de la esclavitud en 1848. Aunque el esclavo siguió siendo el componente básico de la plantación azucarera hasta el fin, se hicieron ensayos con mano de obra libre, con contratos de jornal o aparcería, antes de que llegara, a mediados de siglo, la entrada por enganche de trabajadores de las Indias Orientales o incluso de africanos.

Por más que la economía de Martinica y Guadalupe padeciera una nueva sacudida tras la emancipación definitiva en 1848, la adopción por Francia de aranceles preferenciales en favor del azúcar de sus colonias permitió a la producción de las islas sobrellevar airosamente las crisis decimonónicas. El régimen francés de plantación azucarera estrenado en el siglo XVIII consiguió, pues, sobrevivir a los trastornos desencadenados por dos revoluciones —la de la metrópoli y la haitiana—, la invasión inglesa e incluso la emancipación de los esclavos. Más aún, en el tercer cuarto del siglo se mostraría fuerte y capaz de renovarse al adoptar, primera región en el mundo, el sistema moderno de producción azucarera con un único ingenio central, la *usine*.

Por más que el azúcar señoreara en las Antillas francesas, al surgir, a partir de 1794, la clase de los libres de color, las relaciones entre colonias y metrópoli se modificaron. Negros y mulatos libres pronto constituyeron, como en Jamaica, un estrato considerable de propietarios de pequeñas fincas que abastecían de víveres los mercados locales. Al tener que defender sus derechos constantemente amenazados, lo que hicieron una y otra vez con las armas en la mano, los libres de color pasaron a ser en las islas francesas un grupo mejor organizado y políticamente más consciente que los de otras sociedades caribeñas antes de que la esclavitud fuera abolida. Su participación fue decisiva en las agitaciones en pro de la abolición y de la igualdad de las personas sin distinción de color o clase. Extinguida la esclavitud, el grupo ganó rápidamente el control político de las islas, a la vez que dominaba la representación en la Asamblea francesa de París. Pese a su escaso número, los libres de color desempeñaron, hacia 1780 en Saint-Domingue y entre 1790 y 1850 en otras islas, una función fundamental en la liberación propia y en la emancipación de los esclavos.

La trayectoria económica de las Indias Occidentales francesas después de 1791 fue distinta a la de las islas españolas. Distraídas por los levantamientos de Haití y los conflictos internacionales entre las grandes potencias, tardaron en reaccionar a los cambios acaecidos en el mercado internacional. Al final disfrutaron, sin embargo, como Cuba, de una nueva expansión durante el siglo XIX, transformaron su organización industrial y buscaron nuevas maneras de reclutar mano de obra. En Puerto Rico, la plantación no aguantó en cambio el embate de la extinción de la esclavitud.

Capítulo 6

Esclavitud y plantación en Brasil y en las Guayanas. Siglo XIX

La revolución haitiana afectaría no sólo las sociedades caribeñas vecinas. Sus consecuencias se sentirían también en ese vórtice de esclavitud que era Brasil, así como en las pequeñas colonias europeas del nordeste de Sudamérica. La desaparición del principal productor de azúcar y de café del mundo a partir de 1791 dio renovado impulso en estas regiones al régimen de plantación esclavista.

Para España, Cuba y Puerto Rico tuvieron que producir azúcar y también abastecer las colonias del continente. En ambas islas desembarcó un flujo constante y copioso de esclavos hasta mediados del siglo XIX. Pocos llegaron, en cambio, a Tierra Firme española después de 1800. Las industrias azucareras de Perú y México siguieron volcándose casi exclusivamente al mercado local e incluso perdieron terreno ante las importaciones cubanas y puertorriqueñas. El cultivo de cacao y de añil así como la minería del continente o bien se estancaron o bien pasaron a emplear trabajadores libres. Negros y mulatos esclavos se concentraron en las ciudades y en las industrias allí localizadas. Este tipo de esclavitud no era sensible a los cambios que pudieran ocurrir en los mercados internacionales.

Un crecimiento al estilo del Caribe tendría lugar en la mitad oriental de América del Sur. Brasil se pondría sin duda a la cabeza en el siglo XIX. Antes de 1791 era la región americana con mayor cantidad de esclavos. Aunque este título le sería arrebatado por los Estados Unidos decenios después, la población esclava brasileña siguió aumentando, más que nada gracias a la abundante importación de africanos hasta 1850. El colapso de Haití sobrevino oportunamente cuando Brasil atravesaba una de sus clásicas crisis de exportaciones. A finales del si-

glo XVIII se había derrumbado la minería del oro y de diamantes, y la actividad azucarera sufría la competencia de los pujantes productores franceses e ingleses de las Indias Occidentales.

La consecuencia inmediata de la eliminación de Saint-Domingue fue revivir los viejos sectores, como el del azúcar y el del algodón. En diez años, la producción azucarera sobrepasó su antigua cota de 15.000 a 20.000 toneladas anuales cuando los precios y la demanda iniciaban una escalada secular. El antiguo sistema de plantación se intensificó en el Nordeste, aumentando el número de haciendas y de esclavos; pero también cobraron impulso formas más avanzadas. La demanda europea, e incluso la norteamericana, crecía de manera tal que Brasil se encontró compitiendo otra vez en el mercado mundial. Confinado durante la mayor parte del siglo XVIII a Portugal y al Mediterráneo, el azúcar brasileño volvió a penetrar mercados de la Europa central y norte. Con una producción en multiplicación veloz, Brasil recobró su puesto entre los primeros productores; en 1805 contribuyó con un 15 por 100 al total mundial de azúcar.

El crecimiento más notorio de la industria acaeció en el Nordeste, encabezado por Bahía y Pernambuco. El cultivo, la variedad Otahití de caña, introducido como en Cuba en esta época, fue la única renovación. La energía a vapor no se adoptaría hasta bien avanzado el siglo XIX. En realidad, el rendimiento medio por ingenio se mantuvo en Bahía, zona azucarera por excelencia, sin grandes cambios. La producción aumentó al explotarse tierras más allá del famoso Reconcovo y al multiplicarse los ingenios. El mercado nacional, en constante expansión, sirvió para paliar los efectos de súbitas caídas en los precios mundiales. El Nordeste respondió a los altibajos del comercio internacional expandiendo o contrayendo alternativamente la frontera del azúcar.

Mientras el mercado fue propicio, las exportaciones escalaron. Pasado 1820, la producción nacional alcanzó las 40.000 toneladas anuales; en el decenio siguiente, las 70.000; diez años después trepó hasta las 100.000, cifra que mantuvo por dos décadas mientras los precios mundiales sufrían las consecuencias del ingreso del azúcar de remolacha en el mercado europeo. Con valores nuevamente favorables, la marcha ascendente se reinició; en los años de 1870, la producción brasileña rondó un promedio de 168.000 toneladas anuales y, en el último decenio de esclavitud, sobrepasó las 200.000. Si bien Cuba había tomado la delantera ya a comienzos del siglo, Brasil ganó el segundo puesto en la carrera de la producción cuando la emancipación desbarató la de las Indias Occidentales inglesas. Al empezar la década de 1880, la producción brasileña, la mitad de la de Cuba, equivalía a un quinto del total de América y de un 13 por 100 de las exportaciones mundiales.

El aumento de la producción entre 1791 y 1820 se debió, ya se dijo, a la multiplicación de los ingenios y a la expansión de la superficie cultivada. Bahía duplicó sus molinos, superando los 500, e incrementó el número de esclavos hasta llegar casi a los 150.000. Exportaba entonces

unas 20.000 toneladas de azúcar, casi la mitad de las remesas brasileñas. En los años siguientes, aminorada la marcha, la industria bahiana produjo sólo unas 30.000 toneladas en los años de 1840, quedando rezagada frente a Pernambuco. Por más que Bahía resurgiera en el último cuarto de siglo gracias a importantes inversiones de capital que le permitirían introducir máquinas de vapor en tres cuartas partes de sus ingenios, no logró, sin embargo, volver a adelantar a Pernambuco.

El crecimiento de Pernambuco en el siglo XIX se había iniciado antes gracias a la política de Pombal. La provincia había quedado capacitada para reaccionar con presteza al alza de los precios del azúcar que sobrevendría a partir de 1791. En las zonas tradicionales de cultivo, así como en la frontera, aumentaron los ingenios; al mismo tiempo, el tráfico negrero se intensificó y la población esclava rondaba los 100.000 en la segunda década del siglo XIX. La producción azucarera creció hasta sobrepasar la de Bahía a mediados de siglo. Hacia 1885, producía más de 100.000 toneladas, o sea casi la mitad de las exportaciones brasileñas de azúcar. Este incremento tuvo lugar con una población esclava en continuo declive. En los años de 1850, al cerrarse la trata, Pernambuco contaba con 145.000 esclavos; el censo de 1872 enumeró allí 106.000; en el decenio siguiente eran 85.000. El aumento de los grupos de color libres compensó con creces esta declinación, provocada en parte por la venta de esclavos a los cafetales del sur. Ya en la década de 1850, las plantaciones del distrito azucarero más rico de Pernambuco empleaban un promedio de 70 esclavos y de 49 trabajadores asalariados cada una. La proporción de éstos creció por cierto cuando al adoptarse la energía de vapor se incrementó la producción por trabajador. Hacia los años de 1870, no más de 40.000 esclavos permanecían en los cañaverales de esa zona de Pernambuco.

Este período presenció el desarrollo también espectacular de Río de Janeiro. La industria, instalada alrededor de la bahía de Guanabara y en las tierras bajas de Campos en el interior contribuían, en 1808, con un quinto a la producción azucarera de Brasil. Hacia 1820, la provincia albergaba más de 170.000 esclavos, de ellos unos 20.000 ocupados en sus 400 haciendas azucareras. Estas, aunque empleaban la misma tecnología que las nordestinas, eran de tamaño menor. Un ingenio típico de Campos poseía, a fines del siglo XVIII, alrededor de 40 esclavos, por más que hubiera alguno con 200. La producción, estable hasta entonces, rondaba las 10.000 toneladas en el segundo decenio del siglo XIX. Veinte años después, la industria cobró bríos. El tamaño de las haciendas se expandió hasta aproximarse al de las nordestinas y, en el decenio de 1850, de los 360 ingenios de Campos, había 56 movidos a vapor. Aunque en la provincia la mayoría de los esclavos desempeñaban labores agrícolas ajenas al azúcar, Campos fue, hasta vísperas de la abolición, el distrito que contó con más trabajadores de esta condición. La totalidad de las plantaciones azucareras de Río de Janeiro ocupaban en-

tonces entre 35.000 y 40.000; su producción se situaba detrás de la de Bahía.

Una última región brasileña, la capitanía de São Paulo, empezó, asimismo, a sobresalir como productora y exportadora de azúcar. Lo cultivaba en regiones costeras próximas a Santos y en tierras dedicadas antes a una agricultura diversificada alrededor de la ciudad de São Paulo. Por más que no consiguiera superar el cuarto puesto en la producción nacional, a la que aportaba más de un 5 por 100, esta actividad fue de suma importancia para la capitanía. Incluso cuando en esta etapa temprana su producción apenas alcanzaba las 1.000 toneladas, el azúcar representaba más de la mitad del valor total de sus exportaciones. En los años de 1820, con una producción entre 5.000 y 10.000 toneladas, pasó a ser éste el rubro principal. De los 50.000 esclavos de la provincia, las haciendas azucareras ocupaban unos 12.000. La extracción de azúcar subió a fines del decenio de 1840, cuando unos 20.000 esclavos producían poco menos de 9.000 toneladas y, además, grandes cantidades de cachaza. Este aguardiente de caña dio especial renombre a São Paulo y Río de Janeiro, en particular en el comercio negrero con Africa.

Este desarrollo no transcurrió sin problemas. Brasil no fue la única nación en reaccionar ante la desaparición de Saint-Domingue del mercado. Otros productores americanos contendieron en él, incluidos los Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico. Hasta Perú y México empezaron a exportar también algún azúcar que producían con trabajadores enganchados en China y en la India en la segunda mitad del siglo XIX. Asia también compitió. Franceses e ingleses produjeron grandes cantidades en sus islas del océano Indico con esclavos africanos; en India, Java y, más tarde, las Filipinas, se recurrió en cambio a mano de obra libre. La pujante industria cubana fue, sin embargo, la que más afectó, según se ha dicho, a los precios del mercado europeo. Graves consecuencias trajo asimismo la difusión del azúcar de remolacha de Europa. Brasil tampoco pudo encontrar una alternativa en los Estados Unidos, cubierto su consumo por el azúcar de Louisiana, Cuba y Puerto Rico.

Estas dificultades aquejaron, sobre todo, a las regiones del Nordeste brasileño, ya que Río de Janeiro y São Paulo no habían apostado por entero sobre el azúcar y habían procurado desarrollar nuevas exportaciones. En realidad, la actividad que más se transformó en Brasil por causa de los sucesos haitianos no fue la azucarera, sino la cafetalera. Producido en Brasil desde principios del siglo XVIII, el café era un renglón de exportación en progresiva expansión. La reducción de la producción haitiana a la mitad y la creciente demanda en los mercados de Europa y Norteamérica infundieron renovado ímpetu a la actividad. El café, más que otros cultivos, caracterizaría la esclavitud brasileña del siglo XIX.

El desarrollo del café en Brasil llama la atención por lo tardío de su arranque, la rapidez con que dominó el mercado mundial y su concentración en pocas zonas del vasto territorio del país. Al revés de lo

ocurrido con el azúcar, los brasileños aprendieron de las Antillas. Los plantadores de Río de Janeiro, zona del primer desarrollo de esta actividad, tomaron las técnicas para producir café a escala comercial primero de Saint-Domingue y después de Cuba. Esto ocurrió sobre todo a partir de la subida de precios generada, alrededor de 1815, por la creciente demanda europea y norteamericana.

Antes de la conclusión de las guerras napoleónicas, la producción cafetalera era insignificante; hasta 1821 los plantadores de Río de Janeiro no alcanzaban a exportar 7.000 toneladas, cantidad que representaba un tercio de la producida por Cuba y Puerto Rico y que estaba muy lejos de las 42.000 de Saint-Domingue de 1791. Dentro de la provincia misma, el café ni siquiera había logrado todavía desplazar al azúcar como principal rubro de exportación. En 1831, las remesas brasileñas de café rebasaron por vez primera las de azúcar y su volumen superó el récord establecido por Saint-Domingue. Tres o cuatro años después, Brasil producía el doble de Cuba y Puerto Rico juntos, convirtiéndose en el mayor productor mundial. En los años de 1840, llegó en su escalada a las 100.000 toneladas anuales, cantidad que más que duplicó en la década siguiente.

Típico cultivo de plantación esclavista, el vertiginoso crecimiento del café en Río de Janeiro, Minas Gerais y São Paulo impulsó la entrada de africanos. Como toda economía plantadora de esclavitud, el cafetal avanzó constantemente sobre tierras nuevas de fronteras. Su productividad dependía de la disponibilidad de suelos vírgenes. A falta de fertilización, el agotamiento de la tierra obligaba a una expansión continua. De 1820 a 1870, los valles centrales de Río de Janeiro, entre los que destacaba Vassouras, constituyeron el centro de explotación cafetalera. Desde allí, el cafetal se propagó hacia el oeste, ocupando la zona sudeste de Minas Gerais, cuya economía se reanimó gracias al azúcar primero y al café después. Tan rápido fue el progreso aquí que, en el decenio de 1860, Minas Gerais, produciendo más de un quinto del total exportado, desplazó por un tiempo a São Paulo como segundo productor del país. Durante los años sesenta y setenta el café ganó terreno también en Río de Janeiro, todavía puntero en la producción. En el decenio de 1880, cercano el fin de la esclavitud, la frontera del café llegó por fin al planalto occidental de São Paulo y a tierras antes azucareras, como Campinas. La abolición de la esclavitud no impidió el avance del cafetal más al sur de São Paulo, hasta Paraná.

En la región costera de Río de Janeiro, el café se cultivó al principio en haciendas relativamente pequeñas. Una *fazenda* típica de comienzos del siglo XIX contenía alrededor de 40.000 cafetos y unos 30 esclavos. Los cafetos empezaban a dar fruto a los tres o cuatro años de plantados y duraban en producción unos treinta años, con grandes variaciones anuales. Los contemporáneos estimaban entonces que un esclavo adulto podía cuidar unos dos mil cafetos recién plantados o

antes de dar fruto, y hasta mil de los adultos. Mil árboles rendían entre media y una tonelada de granos, según la calidad del suelo.

La necesidad de tierras vírgenes empujó a los cafetales tierra adentro. En los valles del interior fluminense, que habían estado cubiertos por bosques espesos y suelos excelentes, los cafetos alcanzaban en los primeros quince años un rendimiento elevado. Pero, la erosión de la tierra, privada del bosque y mal trabajada, disminuía al cabo de unos años la productividad de los plantíos. Rápidos ciclos de prosperidad y quiebra caracterizaron el café en estos primerizos centros de producción. El desarrollo cafetero de Vassouras, distrito central del valle de Paraíba en el interior de Río de Janeiro, es típico de esta primera época. Colonizado desde 1790, Vassouras no montó haciendas cafetaleras hasta el decenio de 1820. La riqueza del suelo, los elevados precios en el mercado europeo y la disponibilidad de capital, así como de mano de obra, permitieron el desarrollo allí de un nuevo tipo de plantación. Surgieron entonces grandes haciendas con incluso 400.000 a 500.000 cafetos, que atendían 300 a 400 esclavos. Más corriente era, sin embargo, el cafetal con una dotación de 70 a 100 esclavos. Esta, de cualquier modo, duplicaba o más el tamaño medio de la antillana aún en el siglo XIX.

Con el tiempo, la productividad de los esclavos mejoró a medida que se ocupaban tierras de rendimiento más duradero en los planaltos y se ganaba experiencia en el cultivo. A mediados de la centuria se calculaba que un esclavo podía cuidar de más de 3.500 cafetos adultos y producir entre diecisiete y veinte sacos de café, de sesenta kilos cada uno. Antes de la inauguración del ferrocarril, los costos de transporte absorbían buena parte del precio final del producto; una tercera parte, por lo menos, de la fuerza de trabajo esclava de una hacienda estaba ocupada de modo permanente en trasladar a lomo de mula el café a los puertos. El ferrocarril eliminó las recuas de mulas; éstas fueron reemplazadas por carros tirados por bueyes que conducían el café hasta el empalme más próximo. Estas innovaciones redujeron los costos; pero poco cambiaron la vida en las plantaciones. Registros de haciendas de la provincia de Río de Janeiro muestran que los esclavos que trabajaban en el cafetal nunca sobrepasaron el 58 por 100 del plantel de una hacienda. Organizados en cuadrillas vigiladas por un esclavo o por un capataz blanco, los esclavos plantaban, escardaban y cosechaban. Tal como en los cañaverales del Caribe y del propio Brasil, las mujeres eran mayoría en las cuadrillas. En el café, como en el azúcar, las ocupaciones calificadas se reservaban a hombres. Con abundancia de trabajadores libres, negros y blancos, éstos eran empleados para talar y limpiar la selva virgen, labores pesadas que en el Caribe francés o inglés efectuaban esclavos varones.

Río de Janeiro fue hasta 1870 la zona productora más importante. No sorprende, pues, encontrar allí, diez años antes, unos 100.000 de un total de 250.000 esclavos al servicio del café; la cifra subió, probablemente, a 129.000 en el decenio siguiente. Cafetales y esclavos no

permanecían fijos en las zonas de explotación tradicionales, sino que se desplazaban constantemente por el valle del Paraíba. Tierras con cafetos envejecidos y escaso suelo virgen y boscoso, como Vassouras, perdían esclavos en edad de trabajar, trasladados que eran a nuevos sitios de producción. Un copioso flujo de africanos —50.000 anuales en el decenio de 1820— mantuvo a las haciendas abastecidas hasta mediados de siglo; después, el crecimiento de las plantaciones dependió en gran medida del movimiento interior de esclavos.

São Paulo surgió como segunda provincia cafetalera. Exportador tardío se inició con el azúcar en cantidades modestas; en los primeros decenios del siglo XIX era, sin embargo, el cuarto productor brasileño. A fines de los años de 1830 la provincia albergaba 79.000 esclavos, la mayoría en actividades rurales, sobre todo en las relacionadas con el azúcar. Una década después el café dejó atrás al azúcar. El primero empleaba, se estima, unos 25.000 esclavos, contra 20.000 ocupados en ingenios. Con 53.000 toneladas obtenidas, aportaba entonces un cuarto del total nacional de café. Embarcada la mitad en Río de Janeiro y la otra mitad en su propio puerto de Santos, la producción paulista superó la de Minas Gerais a fines del decenio de 1840 y alcanzó luego la de Río, tomando la delantera hacia 1880. Unos 74.000 esclavos servían a la sazón la cafeicultura de São Paulo, que demostraría ser la más eficiente del país. Los emprendedores plantadores del centro y oeste de la provincia fueron los primeros en ensayar nuevas formas de reclutamiento de mano de obra con trabajadores asalariados. Anticipando la terminación de la esclavitud, trajeron inmigrantes europeos. Veinte años antes de terminar el siglo, sumaban ya unos 10.000. A estos colonos, italianos en su mayoría, se les asignaba por contrato un determinado sector del cafetal con árboles jóvenes; para los esclavos se reservaban las tareas de escardar, podar y cosechar los cafetos adultos.

El café se propagó a partir de Río de Janeiro hacia la Zona de Mata, en Minas Garais. Por más que la minería, en decadencia, mantuviera activos, en 1810, apenas unos 8.000 esclavos, Minas era todavía la provincia que contenía el mayor número de ellos. En 1820 sumaban más de 180.000, y siguieron aumentando. A la sazón Minas vivía más bien de la ganadería y de una agricultura variada. Producía de todo, desde cueros y algodón hasta azúcar y café. En 1850 el café sobrepasó en valor a las demás exportaciones de la provincia; sus cafetales empleaban entonces sólo alrededor de 13.000 esclavos. Las plantaciones de Minas eran, término medio, por su extensión y por el tamaño de su fuerza de trabajo, más pequeñas que las de Río y São Paulo. Una hacienda corriente contenía unos 130.000 cafetos y 36 esclavos. Los plantadores de Minas Gerais mantuvieron, como los de Río de Janeiro, actitudes tradicionales y tardaron en incorporar trabajadores libres. Una regular importación de africanos más una población esclava criolla en aumento permitieron precisamente que esta actividad contara exclusivamente con

esclavos. Su número en los cafetales mineiros llegó probablemente a un máximo de 42.000 a principios del decenio de 1870.

El café absorbía, no obstante, en Minas una fracción reducida de sus esclavos, incluso de los rurales. El caso de este estado, con la mayor población esclava de Brasil y con una agricultura diversificada con vistas al mercado local, es único. En el decenio de 1870, los esclavos empleados en el café representaban apenas una décima parte de los 382.000 residentes en Minas, o el 15 por 100 de los 279.000 registrados como rurales. Tampoco eran los distritos cafetaleros los que tenían más esclavos. Ganadería, cultivo de granos y plantas tuberosas, así como la obtención de alimentos, eran ocupaciones no sólo de trabajadores libres sino también de esclavos. Minas Gerais fue, pues, una de las poquísimas zonas de América que emplearon en masa esclavos para producir víveres para consumo local o nacional. También fue excepcional, entre las zonas del centro y sur de Brasil, por la distribución de la propiedad de esclavos. Como en Cuba, la media de esclavos por propietario era bastante baja; pero, a diferencia de la isla, la cantidad de dueños era mayor y representaba una proporción más elevada de la población libre. Los grandes hacendados con muchos esclavos eran pocos y controlaban una porción relativamente pequeña de la mano de obra esclava.

A medida que pasó el tiempo, el café absorbió más trabajadores; en los dos últimos decenios de la era de la esclavitud la cafeicultura fue el mayor empleador de esclavos en Brasil. Pese a los experimentos que los paulistas hicieron con inmigrantes antes de la abolición, el esclavo siguió predominando en la fuerza de trabajo del cafetal. Con el cierre de la trata atlántica subieron sus precios y los plantadores tuvieron que comprar esclavos en otras partes de Brasil. A fines de los años de 1870 había 245.000 trabajando en el café. Mientras el total de esclavos brasileños se contraía entre 1872 y 1888 gracias a las compras que las juntas locales hicieron para emanciparlos, así como a la liberación de viejos y recién nacidos, el porcentaje de ocupados en el café alcanzó al revés su máximo. En 1883, cuando los esclavos brasileños eran ya menos de un millón, éstos habían aumentado, se calcula, a unos 284.000.

Desde una perspectiva global, el 1,1 millón de esclavos económicamente activos registrados por el primer censo nacional de 1872, 808.000 estaban empleados en la agricultura. De ellos, únicamente un tercio en verdad servía en los cafetales. El resto se hallaba en plantaciones de otro tipo y en ocupaciones rurales diversas, de la ganadería hasta las pequeñas labranzas familiares. En cuanto al azúcar, segunda exportación de Brasil, aun cuando recurría a trabajadores de color libres, todavía empleaba, en 1872, unos 100.000 esclavos en los ingenios de Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro. Los otros cultivos de plantación importantes —cacao y algodón— sumaban juntos entre 50.000 y 100.000 esclavos. El algodón, producción importante que había cubierto buena parte de las necesidades del mercado europeo hasta principios del si-

glo XIX, revivió entre 1860 y 1880. La Guerra Civil de los Estados Unidos dejó entonces desguarnecidas las fábricas textiles de Europa; la coyuntura reanimó la plantación algodonera de Maranhão e impulsó el surgimiento de nuevas regiones, Minas Gerais, por ejemplo. Este auge fugaz, aunque impresionante en términos financieros, no repercutió de manera duradera en la distribución de la mano de obra brasileña. El desplazamiento temporal de esclavos a los algodonales no alteró a la larga su empleo por otros cultivos de plantación.

De los esclavos rurales, los que restaban, unos 370.000, esparcidos por todo el territorio, abastecían al vasto mercado de 9,9 millones de brasileños. Los esclavos seguían siendo esenciales para el tasajo, localizado en Río Grande do Sul, Paraná y Santa Catarina; también en el sector de carne y cueros, aunque éste había pasado en gran parte a manos de trabajadores libres. En Minas Gerais intervenían en la producción de alimentos y en la manufactura de derivados lácteos y porcinos. Por último, cualquier centro urbano de importancia estaba rodeado por granjas que producían hortalizas y otros víveres por cuenta de pequeños grupos de esclavos.

Quedaban, finalmente, otros 690.000 esclavos económicamente. Buena parte de ellos se hallaba vinculada por cierto a la vida de las plantaciones. El caso más obvio es el de los 95.000 registrados como jornaleros, que solían trabajar en haciendas a la par de los esclavos residentes. Algunos de los 7.000 artesanos descritos como dedicados a trabajar maderas y metales, carpinteros y herreros en especial, podían estar empleados en plantaciones. Los esclavos constituían, asimismo, el 11 por 100 de la fuerza de trabajo ocupada en industrias; la textil, que surgía a la sazón como manufactura importante, empleaba unos 13.000. Los 175.000 en servicios domésticos representaban el 15 por 100 de los esclavos económicamente activos y el 17 por 100 del total de personas empleadas en esa función. Los esclavos abundaban también en otros sectores, como la construcción (los 4.000 allí ocupados representaban un 19 por 100 de todos los trabajadores del ramo), la albañilería, la cantería y oficios relacionados con ellas (18 por 100), así como entre los jornaleros (23 por 100) y trabajadores rurales (27 por 100). Aun en actividades donde los esclavos eran en proporción pocos, no pasaban desapercibidos en números absolutos. Por ejemplo, las esclavas costureras representaban sólo un 8 por 100 de la profesión, pero sumaban nada menos que 41.000.

Gran número de esclavos vivía en ciudades. En ellas, como en el resto del país, constituían una minoría dentro del conjunto de pobladores de color. De los 4,2 millones de libres de color, un porcentaje más elevado que el correspondiente al total del 1,5 millón de esclavos habitaba en centros urbanos. Con todo, la presencia de esclavos en la fuerza de trabajo urbana era apreciable. De las 785.000 personas que vivían, en 1872, en centros de 20.000 habitantes o más, por lo menos 118.000, o sea el 15 por 100, eran esclavos. La ciudad de Río de Janeiro tenía

entonces 39.000, más de un quinto del total de sus 183.000 habitantes. Bahía, la segunda ciudad de Brasil, con 108.000 pobladores contaba con 13.000 esclavos. Recife se situaba en tercer lugar con 57.000 personas, de las cuales 10.000 eran esclavos. Hasta São Paulo albergaba 3.000 esclavos entre sus escasos 28.000 habitantes. Las cifras habían sido, con todo, superiores antes, pues los esclavos urbanos estaban, como los demás, en plena declinación para 1872. En efecto, desde el fin de la trata atlántica a mediados de siglo, la falta de entrada de africanos dio lugar a una tasa negativa de crecimiento de la población esclava. En 1849, por ejemplo, Río de Janeiro albergaba 78.000 esclavos, el doble de los consignados pocas líneas antes para 1872.

La esclavitud urbana adoptó en Brasil las dos formas de explotación también comunes en el ámbito rural: empleo directo del trabajador o alquiler a un tercero. En la ciudad menudeaban además otras categorías, raras en el campo: los empleados por cuenta propia, *escravos de ganho*, según los llamaban en Brasil. Estos abarcaban una gama de ocupaciones, desde las menos calificadas o más peligrosas hasta las más remuneradoras. Cargadores, vendedores y artesanos calificados o semicalificados podían ser *escravos de ganho* que corrían con sus gastos de vivienda y mantenimiento y entregaban al amo determinada suma de dinero. En igual situación solían vivir artistas y músicos; aunque a veces éstos se hallaban en posesión directa del amo. Esta diversidad de esclavos ganadores de dinero y a la vez consumidores configuraba una trama compleja que gravitaba considerablemente en el mercado. Aunque las autoridades municipales objetaron con frecuencia la excesiva libertad y la falta de recursos financieros de los esclavos empleados por cuenta propia, resultaban demasiado lucrativos para sus amos como para acabar sin más con la práctica.

La declinación relativa del estrato esclavo en las ciudades, y quizá incluso del de las personas de color, fue parte de un proceso más amplio de dislocación geográfica después del cierre de la trata atlántica. La proporción de esclavos subió no sólo en las industrias más productivas, como la del café, sino también en las zonas donde éstas se localizaban. A mediados de siglo, menos de la mitad de los esclavos se encontraban en las tres provincias cafetaleras más prósperas; en 1872, sumaban allí más de la mitad. Un animado tráfico interno terminó por concentrarlos en la región centro-sur de Brasil. El Nordeste y las provincias meridionales enviaban sus esclavos a Río de Janeiro, Minas Gerais y, sobre todo, a São Paulo. En vísperas de la abolición de la esclavitud en 1887, casi tres cuartas partes de los 751.000 esclavos que quedaban se localizaban en esas tres provincias. Tanto en Brasil como en Cuba, los dos regímenes esclavistas más importantes entonces de Latinoamérica, los esclavos fueron desplazados hacia las regiones más dinámicas del país antes de la emancipación.

Cayena, Surinam y la Guayana británica, las tres restantes colonias esclavistas de Sudamérica, situadas en su costa continental nordeste, pa-

sarían por etapas de desarrollo y cambio comparables a las de Brasil y las Antillas. Las tres sufrieron la influencia de la revolución haitiana; la que más, naturalmente, la Guayana francesa, Cayena. Esta colonia nació con el comercio del palo brasil en el siglo XVI; a fines del XVII se convirtió en una sociedad de plantación. En la centuria siguiente fue una productora importante de algodón y la principal abastecedora mundial de bija o achiote, una pasta tintórea roja extraída de árboles. De tamaño reducido en comparación con otras de América, la colonia tenía hacia 1790 unos 10.000 esclavos. Padeció luego los ramalazos de la Revolución Francesa, entre ellos la proclamación del fin de la esclavitud. Pero la abolición duraría poco, de 1794 a 1802. La misma expedición que restauró la esclavitud en Guadalupe, devolvió a los plantadores de Cayena sus esclavos. Fue fácil hacerlo ya que la emancipación sólo los había transformado en aprendices vinculados todavía a la plantación, sin otorgarles de hecho la libertad. Un éxodo masivo de unos 2.000 a 3.000 esclavos fue detenido por tropas de mulatos libres. En esta colonia no se formaron nunca comunidades de negros cimarrones.

En medio del desorden generado después de 1803 por la crisis del imperio francés y los constantes ataques de los ingleses contra sus posesiones, los portugueses se apoderaron de Cayena en 1809 y consiguieron retenerla hasta el fin de las guerras napoleónicas. Los nuevos ocupantes poco hicieron por cambiar la fisonomía económica y social de la colonia, muy parecida a la de la vecina provincia brasileña de Pará. La vuelta al dominio francés en 1815 tampoco trajo novedades. La época revolucionaria había dado origen a una importante clase de personas de color libres. También había aumentado algo el número de esclavos. En la década de 1840 había 19.000, de los cuales 3.000 eran propiedad de negros o mulatos libres. Estos sumaban 4.000 y los blancos 1.200. En el siglo XIX se desarrolló una industria azucarera de escasa monta. En 1840 alrededor de 3.500 esclavos servían 29 plantaciones, de las cuales 27 tenían trapiches de vapor. Su rendimiento apenas alcanzaba las 1.000 toneladas. La llegada de la emancipación definitiva en 1848 encontró a los plantadores mal preparados para entenderse con una mano de obra libre. Aunque todavía exportaba azúcar, algodón, pimiento y bija, la colonia empezó a decaer. Los antiguos esclavos prefirieron dedicarse a la agricultura de subsistencia y a la ganadería. El intento de mantener vivo el sector exportador con trabajadores enganchados traídos de Indias no resultó. Cayena entró en una prolongada declinación.

Diferente es la historia de la Guayana holandesa o la de la inglesa. Ambas, ya en pleno desarrollo a fines del siglo XVIII, fueron centros florecientes de producción azucarera, con una numerosa población esclava, y supieron sacar ventaja del auge azucarero desencadenado por el colapso de Saint-Domingue. Cada una pasó sus crisis en el siglo XIX, pero salieron adelante y pudieron sobrevivir a la emancipación de los esclavos.

La presencia holandesa en el continente sudamericano se remonta a los comienzos del período colonial. Surinam, establecida por los ingleses, cambiaría varias veces de mano entre éstos y los holandeses, quienes por fin se quedaron con ella a cambio de sus colonias en Berbice, Demerara y Esequibo. En el decenio de 1670, Surinam contaba con 30.000 esclavos; éstos habían aumentado a 75.000 cuando la Revolución Francesa sembró intranquilidad por todo el Caribe y las colonias continentales. Unos pocos holandeses crearon, según el modelo corriente en la agricultura caribeña, grandes plantaciones de azúcar, café, cacao y algodón. Esta pujante colonia fue el centro del imperio holandés en el Nuevo Mundo. Las islas antillanas bajo su dominio, sin una agricultura de exportación importante, funcionaron sobre todo como estaciones de factoraje.

Surinam, con escasos habitantes libres, blancos o de color, junto a una masa de esclavos, que representaba por encima de los tres cuartos del total de población, fue, pues, colonia típica del Caribe. En otros aspectos fue, por el contrario, única. Entre los plantadores destacó una importante minoría judía. A fines del siglo XVII, más de cien familias judías poseían allí 9.000 esclavos empleados en 40 haciendas azucareras. Judíos propietarios de esclavos hubo en las Indias Occidentales holandesas y en Pernambuco hacia la misma época; pero de ellos muy pocos, si es que alguno, fueron plantadores o productores de bienes básicos. En Surinam, en el decenio de 1760, 115 de las 591 haciendas existentes estaba en manos de familias judías y éstas constituían el grupo más numeroso de blancos nativos. Existió incluso una reducida comunidad de mulatos libres judíos que, en 1759, establecieron su propia sinagoga. Sin embargo, a fines de siglo, ambos grupos de judíos, blancos y mulatos, habían perdido relevancia.

De mayor trascendencia fueron las comunidades de cimarrones surgidas en tierras de frontera en el interior de Surinam. Entre fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, rebeliones de esclavos solieron terminar en la huida del plantel entero de una hacienda. El clima creado por las interminables guerras entre las diversas potencias coloniales favorecía estas fugas y la creación de comunidades autónomas de esclavos. Entre levantamientos e invasiones, para el siglo XVIII unos 6.000 esclavos habían escapado tierra adentro y establecido docenas de pueblos a lo largo de ríos del interior. Entre ellos destacaban tres grupos principales conocidos como los *djukas,* los *saramaacanes* y los *matuaris.* En el decenio de 1760, los holandeses, convencidos de la imposibilidad de doblegar la tozudez de estos cimarrones, se avinieron a firmar tratados con ellos, al estilo de los acordados por Jamaica con sus *maroons* en 1739. Los acuerdos garantizaban la paz entre la colonia y las comunidades a cambio de que éstas cerraran la frontera a nuevos esclavos fugitivos. Mientras los pueblos de cimarrones de Jamaica y de otras regiones plantadoras fueron a la larga destruidos, los de Surinam sobrevi-

vieron y prosperaron. Hacia 1840, cuando éstos reunían más de 8.000 esclavos huidos o sus descendientes, el gobierno colonial, enfrentado con una escasez de mano de obra, viró de una política de aislamiento a otra de integración. Un censo local enumeró a la sazón entre los *djukas*, el grupo más grande, 5.500 personas repartidas entre quince poblados, de los cuales el más grande contaba con más de 600 habitantes y el menor con 170. Pese a renovados intentos, a fines de siglo, de integrarlos económicamente, esas comunidades nunca perdieron su autonomía ni su cultura propia.

La Revolución Francesa tuvo, al comienzo, efectos perjudiciales sobre la economía de Holanda y de su colonia. Aquí, los persistentes conflictos locales provocaron una caída general en la producción y la consiguiente declinación en el número de esclavos. En 1817, Surinam había perdido 25.000 de ellos; quedaban 50.000, conviviendo con 3.000 libres de color y apenas 2.000 blancos. Cerrada en 1814 la trata holandesa, el grupo esclavo siguió contrayéndose, a pesar de una renovada prosperidad que estimuló, entre 1820 y 1845, las exportaciones de azúcar, café, algodón y cacao. Todos éstos eran cultivos de plantación, que empleaban cantidades elevadas de esclavos. El censo levantado en 1833, en medio de esa primera bonanza del siglo XX, enumeró 344 haciendas que juntas empleaban 36.000 esclavos, o sea un promedio de 105 por unidad. La mayoría de las plantaciones rondaban esa cifra, excepto dos que poseían más de 400 esclavos cada una. La colonia exportaba a la sazón 19.000 toneladas de azúcar y considerables cantidades de algodón y café. Los vientos favorables no duraron. La población esclava prosiguió su declinación y el creciente número de trabajadores de color libres exigía aumentos de salarios. La escasez de mano de obra, sumada a precios internacionales en baja, accidentes climáticos y epidemias, afectaron la producción y desencadenaron una grave crisis económica. Al declararse en 1863 la emancipación de los esclavos, quedaban sólo 33.000. El gobierno metropolitano pagó a los propietarios compensaciones por los esclavos liberados. Esto proporcionó capital suficiente como para mantener la economía de exportación en funcionamiento, pese a que gran parte de los emancipados abandonó las plantaciones para instalarse en pequeñas granjas o en la ciudad de Paramaribo. Durante el último cuarto de siglo se reanimó, con ayuda oficial, la economía. Empezó entonces un flujo abundante de trabajadores enganchados procedentes de India e Indonesia, que sustituyeron en las plantaciones a los esclavos emancipados.

La Guayana británica siguió una trayectoria parecida a la de Surinam; su desarrollo alcanzó, empero, mayores dimensiones. Intercambiando aquí los papeles, la colonia empezó como holandesa y se la conocía entonces por los nombres de las tres partes que la componían: Demerara, Berbice y Esequibo. Los ingleses la ocuparon en algún momento de las guerras desencadenadas por la Revolución Francesa y, al finalizar

éstas, pasó definitivamente a posesión británica. Los holandeses habían transformado, mediante diques y otras obras hidráulicas, estas tierras de delta en una de las zonas de plantación más ricas del mundo, productora de azúcar, café, algodón y cacao. Nada lentas para reaccionar al alza de precios provocada por la desaparición de Saint-Domingue, las plantaciones de la colonia se expandieron de manera espectacular. A fines del siglo XVIII, la Guayana británica iba a la cabeza de los productores mundiales de algodón y abastecía al imperio británico de la mayor parte del café allí consumido. Su población esclava rondaba entonces probablemente la cifra de 120.000. Aunque ésta se fue contrayendo en las décadas siguientes, hacia 1810 contaba todavía con cerca de 110.000 esclavos, cantidad que la convertía en la segunda colonia esclavista de la América bajo dominio inglés. Con la entrada de los Estados Unidos y Cuba en el mercado mundial de algodón y café, los plantadores de la Guayana inglesa, incapaces de competir en estos rubros, se volcaron de lleno al azúcar. De 12.000 toneladas anuales de este artículo en 1814, subieron en 1830 a 60.000. Para esta fecha, cerrada desde 1808 la trata atlántica destinada a las colonias británicas, los esclavos habían disminuido a unos 83.000, que se concentraban en las industrias azucarera y cacaoera. Cafetales y algodonales fueron abandonados.

La extraordinaria riqueza del suelo y la posibilidad de seguir expandiendo los cultivos permitieron a los plantadores sobrevivir las consecuencias de la emancipación en 1838 y de la liberalización del comercio británico en los decenios siguientes. En mayor escala que Surinam, la Guayana inglesa importó trabajadores enganchados de diversa procedencia. Al mismo tiempo, entusiastas grupos de antiguos esclavos pusieron en marcha uno de los experimentos más originales de la historia económica de los afroamericanos. Negros emancipados adquirieron tierras, vacantes tras el abandono de cafetales o algodonales, y constituyeron pueblos de propietarios campesinos dedicados a una agricultura tanto de subsistencia como comercial. Otros, unos pocos miles, compraron en cambio plantaciones azucareras en funcionamiento. Para su explotación se organizaron en comunas que manejaban la hacienda como propiedad colectiva. Haciendas azucareras similares existieron también en Jamaica, pero las de la Guayana británica alcanzaron mayor relieve. De todos modos, al cabo de más o menos tiempo, fracasaron por falta de capital.

Los plantadores blancos, en cambio, con la inmigración de trabajadores subvencionada por el gobierno, pudieron competir en el mercado internacional. Atrajeron no sólo negros de Africa o de las Antillas, sino también varios miles de portugueses. Más tarde, como Surinam y Trinidad, recurrirían a las Indias Orientales y, como Cuba, a culíes de China. Entre 1838 y 1918, ingresaron en la Guayana británica más de 100.000 trabajadores de las Indias Orientales, 28.000 negros libres de

Barbados y otras islas de las Indias Occidentales, 13.000 chinos y unos 8.000 portugueses de Madeira. Aquí, como en Surinam y en Trinidad, se fundieron culturas de clases trabajadoras de orígenes diversos y coexistieron agriculturas comunales con un régimen de plantación renovado y fortalecido.

Capítulo 7

Vida, muerte y familia en las sociedades afroamericanas de esclavos

La historia de la esclavitud latinoamericana es parte de la más amplia historia de la colonización europea y de la del desarrollo de la producción americana destinada a los mercados del Viejo Mundo. Los capítulos anteriores han descrito cómo se distribuyeron la población y la mano de obra esclavas. Los próximos examinarán qué ajustes sociales, políticos y culturales exprimentaron los africanos en el mundo al que habían sido trasladados por la fuerza.

Punto de partida de este examen es el análisis demográfico, tanto de la migración ultramarina como de la condición esclava en tierra americana. El transporte masivo de africanos por el Atlántico resulta único por su envergadura y por sus efectos; el tráfico generó una compleja trama internacional de nexos comerciales desde Asia hasta América, cuyas consecuencias en Africa fueron profundas. De él dependieron, asimismo, el tamaño y la localización de las comunidades afroamericanas. El crecimiento o declinación de la masa de esclavos americanos repercutió, por otra parte, ampliamente: influyeron desde la demanda de mano de obra hasta la configuración de las sociedades tras la abolición de la esclavitud.

Esta migración masiva y forzosa es un acontecimiento capital de la historia moderna, tanto de Africa como de América. Entre 10 y 15 millones de africanos fueron impelidos a cruzar el Atlántico; uno o dos millones murieron en la travesía. Su traslado forzoso fue, qué duda cabe, uno de los mayores crímenes contra la humanidad de la historia mundial. Que tanto los africanos como los europeos participaron en sus beneficios, no mitiga su enormidad. Para entender cabalmente la experiencia afroamericana, es imprescindible, sin embargo, analizar la trata

en todos sus aspectos. De ella dependieron, en efecto, desde la cultura de los esclavos hasta sus modos de vivir y de morir en América.

La trata se desarrolló en sus comienzos de manera relativamente lenta; una vez establecido el vínculo atlántico, los seres humanos esclavizados constituyeron simplemente, durante dos siglos y medio, una de las tantas exportaciones africanas. Aunque unos 2,2 millones de esclavos fueron embarcados entonces, éstos no llegaron a ser el rubro principal de exportación africana hasta 1700. En cambio, cuatro quintos del total de esclavos africanos llegados al Nuevo Mundo, fueron transportados en siglo y medio, entre 1700 y mediados del siglo XIX.

No hubo potencia de la Europa occidental que no participara en alguna medida en el tráfico negrero; cuatro, empero, preponderaron en él. Del principio al final hubo portugueses, quienes fueron los que mayor cantidad de esclavos transportaron. Los ingleses dominaron la trata durante el siglo XVIII. En tercer lugar se sitúan, también en el XVIII, los holandeses, y luego los franceses. A la cola figuran, por períodos más o menos cortos, daneses, suecos, alemanes y norteamericanos, pero nunca los españoles.

Fuera cual fuera la nacionalidad del tratante, el transporte siguió pautas similares, particularmente durante el siglo XVIII. En cada viaje se transportaba aproximadamente el mismo número de africanos en naves de igual tamaño que tardaban además el mismo tiempo en cruzar el océano. Todos alojaban y alimentaban a sus esclavos de igual modo y, aunque unos se defiendan y otros acusen, no hubo quien no los maltratara. Exitos y fracasos se repartieron parejamente; no hay ninguna nación que pueda reclamar para sí una tasa de mortalidad más baja que las demás.

La uniformidad se debió a la propia naturaleza de la trata. Los barcos en uso estuvieron determinados por las necesidades del tráfico. Hasta 1700, el tonelaje de las naves inglesas, francesas, holandesas o portuguesas solía diferir; fue una etapa experimental en busca de la solución óptima para el transporte de esclavos. Luego, el tamaño tendió a uniformarse. La mayoría tuvo una capacidad media rondando las 200 toneladas. Este tonelaje era bastante menor que el de las grandes naves mercantes de la época, como las que transportaban mercaderías a las Indias Occidentales u Orientales. Raros fueron, asimismo, los barcos negreros pequeños. Determinado tonelaje era, al parecer, esencial para asegurar la navegación como las ganancias.

La dimensión de la tripulación de un barco negrero tampoco se equiparaba con la de un carguero corriente. El número de tripulantes en aquél excedía siempre al normal para el tamaño de la embarcación, puesto que se necesitaban más hombres para guardar a los esclavos. Aunque con variantes, siempre ocurrió así en todas las rutas. El modo de acomodar el cargamento de negros muestra también uniformidad. Todos los barcos instalaban plataformas entre cubiertas donde dormían los esclavos; cualquiera fuera el tamaño del barco, el espacio asignado

a cada africano no fue muy diferente a lo largo de los siglos XVIII o XIX. Para cuidar y alimentar a la carga se siguieron asimismo pautas comunes: una combinación de alimentos africanos con europeos conservados. Arroz, ñame y aceite de palma eran los comunes.

Aunque los ingleses incorporaron, al parecer antes que otras naciones, un médico a la tripulación de los barcos negreros, su presencia no modificó la incidencia de enfermedades ni aligeró la mortalidad de los africanos a bordo. Una mejor información sobre dietas alimenticias y la inoculación contra la viruela, difundidas a partir de 1750 entre los tratantes de todas las nacionalidades, explicarían, más bien, la baja generalizada de la mortalidad. De un 20 por 100 antes de 1700, ésta cayó a un 5 por 100 entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Dado que el porcentaje de defunciones varió mucho entre viaje y viaje, según barcos y capitanes, o incluso entre barcos de una misma nacionalidad en una misma ruta, las cifras medias mal expresan cómo declinó la mortalidad. En la etapa más temprana, la tasa más bien encubre una amplia disparidad; la más baja ulterior representa mejor en cambio la mortalidad experimentada en la mayoría de las travesías, con menos casos de mortalidad extrema. Esta reducción de la mortalidad media en los barcos negreros, así como la de su dispersión, se debe en gran parte a la mayor experiencia adquirida entonces por los tratantes de toda Europa. Varios estudios sobre el aprovisionamiento de los barcos muestran que para cualquier viaje se abastecían del doble de víveres necesarios para una travesía normal. Por otro lado, las rutas se habían regularizado y la duración del atraque y descarga acortado. El intenso tráfico facilitaba asimismo la información mercantil acerca de las condiciones de la oferta y de la demanda de esclavos.

Aunque declinaron, las tasas de mortalidad, comparadas con las de otros viajeros contemporáneos, no dejan de ser elevadas. Los esclavos disponían, en efecto, a bordo de la mitad del espacio asignado a soldados, emigrantes y penados, y sus instalaciones sanitarias eran, por supuesto, las más rudimentarias. Aunque la mortalidad de estos pasajeros de clase baja fue a veces tan alta como la de los africanos, sus tasas cayeron, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, por debajo del 1 por 100, índice que nunca consiguieron los negreros para su cargamento.

Investigaciones recientes sobre la trata atlántica refutan mitos perdurables acerca de la organización del tráfico y del transporte de los esclavos. Para empezar, quede claro que los africanos no salían de balde para los europeos. Por más que el margen de ganancia fuera alto en relación con el precio pagado en el continente negro, los africanos controlaban la oferta y exigían mercaderías costosas por los esclavos que vendían. Los esclavos se pagaban primordialmente en tejidos, que en su mayor parte procedían de los telares de la India. No es, pues, casual que los dos puertos de Europa que más renombre adquirieron con la trata, Nantes en Francia y Liverpool en Inglaterra, hubieran descollado

antes por su comercio con Asia oriental. Surtidos de mercancías de este origen, entraron rápidamente a competir en el tráfico africano de esclavos. Detrás de los tejidos, seguían en importancia hierro en barras, que los herreros africanos convertían en herramientas, así como armas y utensilios. Por último, venían tabaco, alcohol y otros artículos de menor valor. La suma de estos géneros importaba un costo considerable para los europeos. Aunque usaran a veces conchas de cauri u otras especies de moneda africana, éstas debían también ser adquiridas con importaciones europeas.

Dado el elevado costo de los esclavos en Africa, no hay razón económica alguna que justifique la creencia de que los negreros cargaban sus barcos a tope —práctica que los historiadores anglosajones llamarían luego *tight-packing*—, sin preocuparse por las pérdidas, por cuanto aunque sobrevivieran pocos esclavos, éstos les reportarían ganancias. De la trata documentada posterior a 1700, no hay barco que operara de esta manera. De haber actuado así algún tratante, poco beneficio hubiera obtenido. Aparte, ningún estudio ha demostrado todavía que haya una correlación entre el número de esclavos por tonelada o por espacio a bordo y su mortalidad durante la travesía atlántica.

La muerte a bordo se debió a una variedad de causas. Entre ellas, la más letal fue la disentería, provocada por la mala calidad de los alimentos y del agua consumidos durante el viaje. Los brotes de este mal, conocido como «flujo de sangre», eran frecuentes; en ocasiones adquirían proporciones epidémicas. Al aumentar la exposición de los esclavos a la disentería amibiana, la contaminación de las provisiones y el riesgo de muerte se incrementaban. Este mal, la causa más común de mortalidad en todos los viajes, dio razón de la mayoría de las defunciones. Los astronómicos índices de mortalidad alcanzados en algunas travesías se debieron más bien a la viruela, al sarampión y a alguna otra enfermedad altamente contagiosa, que nada tenía que ver con la duración de la navegación ni con las condiciones sanitarias e higiénicas o con la comida y el agua ingeridas a bordo.

Aunque el tiempo de permanencia en el mar no esté en general correlacionado con la mortalidad hubo rutas en que sí incidió. La trata de Africa oriental de fines del siglo XVIII en adelante registra una mortalidad total más alta que la de la costa occidental. Aunque el promedio de muertes por día fuera igual o incluso más bajo, la travesía desde Africa oriental duraba un tercio más de tiempo y aumentaba la exposición al riesgo. Apiñados esclavos oriundos de varias zonas epidemiológicas de Africa se facilitaba, asimismo, la transmisión de agentes portadores de enfermedades endémicas locales a todo el pasaje.

Aunque los tratantes no cargaran esclavos a tope ni se desentendieran de la mortalidad, o aunque no todos los viajes la tuvieran elevada, un 5 por 100 de pérdidas en dos o tres meses en jóvenes adultos sanos es con todo elevadísima. Tal tasa, comparada con la de una población coetánea de campesinos europeos no-migrantes, hubiera sido considerada

de proporciones epidémicas; tanto más por tratarse de personas saludables y en la flor de la vida, como eran los esclavos embarcados. Por más que los tratantes aplicaran cuanto procedimiento sanitario conocían, su efecto fue escaso; la costumbre de transportar 300 esclavos en un barco de 200 toneladas acrecentaba la morbilidad de un ambiente del cual pocos escapaban ilesos.

Las investigaciones sobre la trata muestran igualmente que fueron los africanos quienes dominaron las condiciones de oferta en su continente. Los abastecedores de esclavos solían ser autoridades locales o miembros de determinada clase de alguna sociedad africana; a veces, mulatos u otros, oriundos también de Africa, pero sin vinculación con tribu ni con nación alguna. Traficantes europeos o euroafricanos que conseguían por sí mismos sus esclavos en el interior, únicamente hubo entre los portugueses; pero, incluso a ellos, la mayor parte de los negros esclavizados les llegaban de vendedores o de intermediarios africanos.

Otro mito que estudios recientes han puesto en entredicho es el del llamado tráfico triangular, según el cual los barcos europeos transportaban de Africa esclavos a América, luego a Europa los productos de la colonia y, por fin, del Viejo Mundo mercaderías para comprar en Africa más negros para América. La más importante de las tratas atlánticas, la portuguesa, nunca incluyó en su itinerario a Portugal. Los barcos que acarreaban a Africa artículos de Brasil, Asia o Europa fueron de propiedad brasileña y regresaban directamente cargados de esclavos a los puertos de atraque. Hasta las naves negreras de Inglaterra y de Francia estaban tan especializadas que pocas transportaron a los mercados europeos géneros producidos por los esclavos en América. En los puertos de ambos países se equiparon, sin duda, barcos negreros, que al cabo del tiempo regresaban al lugar de origen; pero en este eventual retorno solían llevar poca carga o solo lastre. La mayoría de los productos americanos se transportaban en grandes buques construidos especialmente para el comercio con el Nuevo Mundo.

El movimiento transatlántico de esclavos era estacional, debido tanto a la influencia sobre la navegación de corrientes marinas o vientos reinantes en determinada época como a la demanda americana, variable según las temporadas. La navegación desde Africa oriental dependía claramente de las condiciones meteorológicas locales; la de Africa occidental solía responder más bien, por lo que parece, a la mayor demanda en tiempo de zafra. La nacionalidad, el sexo y la edad de los esclavos expedidos los fijaban sobre todo las condiciones locales en Africa.

Los plantadores a veces prefirieron africanos de una determinada procedencia, aunque está comprobado que aceptaban lo que viniera. Las investigaciones realizadas muestran que los europeos, salvo los portugueses de Angola y Mozambique, desconocían la naturaleza de las sociedades africanas con que trataban. A los esclavos solía denominárselos por el puerto de embarque y no por nación o tribu. La mayoría de

los tratantes no tenía idea de qué ocurría en Africa pocas millas tierra adentro; incluso los asentados en fuertes o plazas permanentes sólo se entendían con el gobierno local. Las potencias del Viejo Mundo se peleaban por guardar para sí algún tramo de la costa africana occidental; las operaciones llevadas a cabo por intérlopes europeos o africanos frustraron, sin embargo, todo intento de monopolio sobre la trata de una determinada región. Aunque los portugueses controlaban Angola y Benguela, los ingleses y los franceses no dejaron de cargar esclavos provenientes del interior de ambas zonas con sólo poner pie en la costa congoleña poco más al norte. Por más que algunos hacendados americanos pensaran que los «congoleños» eran muy trabajadores y otros haraganes, hubieron de conformarse con lo que entraba. Excepcionalmente, la caída de algún estado importante o una sonada derrota militar surtieron a la trata de abundantes esclavos de determinado origen. Fue más fácil que a éstos se los identificara en América por su denominación propia.

El número de varones y mujeres en una partida de esclavos dependía asimismo más de las condiciones de la oferta en Africa que de la demanda en América. Aunque el precio variara con el sexo, la diferencia no explica por qué la proporción fue de dos hombres por mujer. Las esclavas desempeñaban en las plantaciones prácticamente las mismas labores manuales que sus pares varones; en las cuadrillas que trabajaban en cafetales, algodonales y cañaverales solían ser mayoría. Las mujeres, libres o esclavas, eran en verdad muy solicitadas en Africa. En ciertas sociedades africanas, se tenía a la mujer en alta estima porque por ella se adquirían posiciones y relaciones familiares. Los grupos de Africa occidental se caracterizaban precisamente por su organización social matrilineal y matrilocal. Incluso esclavizadas, las mujeres creaban vínculos de parentesco y tenían, por tanto, importancia social. Por otra parte, en sociedades poligínicas, las esclavas eran más baratas que las mujeres libres, y de ahí su demanda. De más peso aún fue la práctica, difundida en Africa occidental, de emplear preponderantemente mujeres en los trabajos agrícolas. Por todas estas razones se pagaba más por las mujeres que por los hombres en el mercado de Africa. La menor participación femenina en la trata atlántica se explica, pues, por una mayor demanda interna.

Tampoco menudearon los niños en la trata. No más del 10 por 100 de los emigrantes africanos perteneció a este grupo, salvo en Cuba a mediados del siglo XIX. En este caso incluso la proporción de niños transportados no sobrepasó el 20 por 100. Los menores no sufrían una mortalidad mayor que otros grupos de edad durante la travesía atlántica; ahora bien, como el costo de su transporte era igual al de un adulto pero su precio de venta más bajo, los capitanes negreros prefirieron no cargarlos. Parece, además, que los niños eran más apreciados en el mercado interno de Africa que los varones adultos. Quizá llegaran por ello menos a la costa.

El desequilibrio por sexo y por edad de los migrantes africanos afectó el crecimiento de las poblaciones esclavas de América. La baja proporción de mujeres en cada arribada, junto con que la mayoría, adultas, había pasado varios de sus años fecundos en Africa, a lo que se suma el escaso número de niños, son todos factores que frenaron el crecimiento natural. Las africanas, perdidos sus mejores años reproductivos, no podían engendrar un número de vástagos capaz de reproducir la cohorte de inmigrantes. A las regiones americanas que dependieron de un flujo constante y abundante de esclavos africanos, les resultaría, pues, difícil mantener, e imposible incrementar, el tamaño de su población esclava sin recurrir a más inmigrantes. Parada la importación fue inevitable la declinación del estrato esclavo. Esto pasó tanto en Maryland en el siglo XVII como en Cuba y en Brasil dos centurias más tarde.

El decrecimiento de la primera generación de esclavos africanos explica la intensificación de la trata destinada a América durante los siglos XVIII y XIX. A medida que aumentaba la demanda europea de productos americanos, crecía la necesidad de mano de obra, que sólo el ingreso de más africanos podía satisfacer. El flujo de inmigrantes solía, pues, reflejar la salida de productos hacia los mercados europeos. Brasil y la América española absorbieron juntos alrededor de dos tercios de los 2,2 millones de africanos transportados al Nuevo Mundo en el siglo XVII. Con un desarrollo temprano, Brasil fue la región americana que recibió el mayor número entonces; a sus costas llegaron unos 4.000 esclavos por año durante la primera mitad de la centuria; la cifra subió a 7.000 en los cincuenta años siguientes. Hispanoamérica ingresó apenas un poco más de la mitad de los llegados a los dominios lusitanos; hacia 1700 su promedio anual se situaba alrededor de los 4.000. El segundo puesto tras Brasil fue ocupado en el último cuarto del siglo por las posesiones francesas e inglesas en el Caribe; en las primeras desembarcaron a la sazón unos 7.000 africanos por año; en las inglesas, unos 6.000.

En el siglo XVIII, al aumentar las exportaciones obtenidas mediante trabajo esclavo, la migración africana creció también. Aunque el volumen de los esclavos arribados a Brasil y a la América española se incrementó, su participación en el conjunto descendió. Sólo sería un 40 por 100 del total de la migración transatlántica esclava. Si, en cambio, se agregan los desembarcados en las Antillas francesas, la proporción de América latina vuelve al nivel alcanzado antes de 1700, o sea casi dos tercios del total, unos 6,5 millones de esclavos. Brasil continuó siendo, sin disputa, el principal importador durante este siglo, con una media de 15.000 esclavos por año en los dos primeros decenios. La cifra trepó en los dos últimos a 20.000. Las colonias españolas recibieron de manera regular unos 5.000 africanos por año hasta 1780. Al entrar entonces Cuba y Puerto Rico en el mercado se añadieron a ese promedio unos 1.000 más. El Caribe francés empezó con brío el siglo, ingresando unos 8.000 esclavos anuales. Ocho decenios después sumaban ya los 12.000.

La trata inglesa y la estadounidense cesaron en 1806; durante los decenios siguientes diversos gobiernos europeos declararon también su abolición. Francia, por su parte, había perdido su flota negrera en las luchas revolucionarias. El comercio de esclavos quedó entonces prácticamente en manos de los portugueses. Al suprimir la esclavitud, las colonias inglesas, en 1834, y las francesas, en 1848, dejaron de importar esclavos. De esta suerte, casi la totalidad de los dos millones de esclavos africanos transportados a partir de 1820 fueron oficialmente a la América española y portuguesa. Brasil siguió absorbiendo el mayor volumen. En los años de 1820, ingresó allí anualmente 32.000; en Cuba y Puerto Rico, unos 12.000. Las importaciones cubanas y puertorriqueñas alcanzaron su tope en el decenio de 1830 con 14.000 esclavos anuales; las de Brasil, pocos años después, con 34.000. Este país, cediendo por fin a las presiones internacionales, terminó, en 1850, su trata, la más antigua, prolongada y copiosa de América. Ella le había aportado alrededor de 3,6 millones de africanos. Los puertorriqueños habían cedido a los apremios ingleses en el decenio de 1840; los cubanos, en cambio, siguieron importando grandes cantidades de esclavos, rondando los 13.000 anuales. La armada norteamericana, en apoyo de las presiones ejercidas por los británicos, acabó, en los años de 1860, con este tráfico de africanos, el último de América.

En sus tres siglos y medio de existencia, la trata atlántica había transportado a la América española más de 1,5 millón de africanos y a las posesiones francesas otro 1,7 millón. Estos, agregados a los que fueron a parar a Brasil, suman casi siete millones para América latina en su conjunto. La cifra representa dos tercios del total de africanos embarcados rumbo al Nuevo Mundo, y a ella habría que añadir otros 2,2 millones que se repartieron entre las posesiones inglesas en el Caribe y las colonias de potencias europeas septentrionales en tierra firme sudamericana.

La procedencia de los africanos que migraron hacia el Nuevo Mundo varió a lo largo de esos siglos. La trata se fue desplazando costa abajo en Africa occidental y con el tiempo alcanzó el sudeste del continente. A la explotación de Senegambia en los siglos XV y XVI, siguió un comercio intenso con la Costa de Oro y de Sierra Leone, regiones en las que los portugueses pusieron pie primero, pero a las que acudieron también para obtener sus primeros esclavos intérlopes ingleses, franceses u holandeses. En el siglo XVII, la trata se extendió hacia el este por la Costa de Oro hasta la ensenada de Benin. Alrededor de 1700, esta zona era por sí sola la mayor proveedora de esclavos. Proporcionaba un promedio anual de 19.000. Senegambia y Sierra Leone, más al norte, embarcaban juntas unos 35.000 por año. Congo y Angola, al sur, enviaban entonces 8.000 anuales, pero aumentarían luego sus remesas.

Las potencias europeas intervinieron en la trata cada cual a su modo. España nunca tomó parte directa en ella; obtenía sus esclavos de negreros de otras naciones con las cuales concertaba el asiento. Tratantes

holandeses, franceses, ingleses y portugueses proveyeron a la América española de africanos. Su procedencia dependió de qué nación hubiera suscrito el asiento y con qué región operaba ésta. Las demás colonias americanas fueron abastecidas por traficantes de su propia nacionalidad; sus esclavos solieron, por consiguiente, tener orígenes más definidos. Franceses e ingleses, con pocas plazas fijas, surcaban una gran extensión de costas. Los franceses se centraron más bien en Senegambia y en el Congo. Los ingleses no dejaron de traficar en todas partes, del Congo al norte. Holandeses y portugueses operaron principalmente a partir de factorías erigidas en tierra africana. Los portugueses fueron los únicos que crearon centros urbanos importantes —Luanda, Benguela y, más tarde, Cabinda—, todos en la costa congoangoleña.

El grueso de la trata portuguesa, más que la de otras naciones, provino, pues, de determinadas zonas: Costa de Oro y la región congoangoleña. Su factoría de Elmina, situada en la Costa de Oro, primera plaza bajo dominio portugués, fue la principal fuente de abastecimiento de esclavos para las plantaciones azucareras del nordeste brasileño. Al caer Elmina en poder de los holandeses en la primera mitad del siglo XVII, el tráfico tomó otros rumbos, pero el nexo entre Africa y el nordeste de Brasil, por un tiempo también en manos holandesas, no pudo romperse. La imperiosa demanda africana de tabaco obligó a los holandeses a reanudar el viejo tráfico. Los puertos de Bahía, Pernambuco y Maranhão no dejaron de recibir hasta mediados del siglo XIX abundantes cantidades de esclavos procedentes de la Costa de Oro. Por ellos se pagaba con tabaco brasileño, tejidos, alcohol y herramientas de metal. La prolongada e intensa relación entre ambos extremos de la travesía atlántica convirtió al nordeste brasileño en una especie de sede americana de culturas de la Costa de Oro. Tanto fue así que conflictos tribales que los africanos trajeron consigo incidieron sobre las rebeliones de esclavos del siglo XIX en Bahía.

En las demás partes de Brasil hubo mayor variedad de orígenes africanos. Aunque Congo y Angola suplieron la mayoría de los esclavos, importantes partidas provinieron de Biafra y Benin, así como también de Senegambia y Costa de Oro. El pujante desarrollo de las plantaciones cafetaleras del centro-sur de Brasil favoreció la trata de la costa de Africa centro-occidental, nombre con el cual se conocía a la región congoangoleña.

En el último decenio del siglo XVIII, ésta, con unos 36.000 por año, proporcionaba casi la mitad de los esclavos africanos embarcados para ultramar. Este tráfico encontró un contendiente en la bahía de Biafra, un poco más al norte. Región al comienzo escasamente explotada, con una exportación anual de apenas unos 1.000 esclavos a principios del XVIII, llegó a ser, al terminar el siglo, con 18.000 por año, segunda en la trata. Juntas, las remesas de Biafra y de la zona congoangoleña representaban a la sazón más del 70 por 100 del flujo de esclavos africanos.

El siglo XIX trajo algunas novedades. Los puertos de Mozambique se abrieron para los portugueses y algunos tratantes franceses. Aunque intenso, el tráfico de esta nueva región alcanzó su cuota más elevada entre 1820 y 1840 con sólo 10.000 esclavos anuales. Al acabarse la trata sobresalían, pues, dos regiones abastecedoras, Biafra y Africa centro-occidental, más un aporte de poco más del 10 por 100 de Africa oriental.

El flujo de africanos transportados en los tres siglos y medio que duró la trata alimentó el estrato esclavo en América. Por mucho tiempo, las poblaciones esclavas experimentaron en el Nuevo Mundo tasas de crecimiento natural de signo negativo; únicamente en los lugares donde la trata cesó antes de que la esclavitud, alcanzaron los esclavos criollos, o sea los nacidos en suelo americano, índices positivos de crecimiento natural. Ejemplo clásico es el de los esclavos de los Estados Unidos que alcanzaron en el siglo XIX el nivel de reproducción más elevado de tales poblaciones de América. En algunas de las colonias más antiguas de las Antillas, como Barbados, y en parte de la América española, los esclavos alcanzaron también, antes de la abolición, tasas positivas de crecimiento.

La contracción acompañada por continuas remesas de más esclavos fue un fenómeno observado por los contemporáneos. En general, la atribuyeron al tratamiento que recibían los esclavos. Comentadores posteriores retomaron el tema y se elevó un coro de reclamos y denuncias acerca de quién trató peor o mejor a sus esclavos. Tampoco dejó de censurarse una supuesta lógica económica de los plantadores que habrían descartado la reproducción por demasiado costosa para preferir la importación de africanos adultos, más «barata». Análisis demográficos recientes demuestran, sin embargo, que ninguna de estas aseveraciones se mantienen en pie. La tasa normalizada de fertilidad de las esclavas eran en cualquier parte equiparable, cuando no superior, a la de las mujeres europeas. Mientras que las esclavas de los Estados Unidos alcanzaron en el siglo XIX tasas de fertilidad muy elevadas, con 50 nacimientos por mil mujeres en edad reproductiva, las de Cuba, Brasil y la Guayana británica no se quedaron por cierto cortas con otras alrededor de 40 nacimientos.

A pesar de su alto nivel, tales tasas no bastaron para reemplazar a las poblaciones locales por la desproporcionada cantidad de hombres que arribaban en cada barco negrero. Contra más esclavos se importaban, mayores tasas de masculinidad. Aun en el caso de que llegaran bastantes mujeres —un 45 por 100 del cargamento— y que los alumbramientos fueran elevados —un 40 por 1.000 esclavas entre dieciocho y cuarenta y cinco años—, la tasa bruta de natalidad sería sólo del 36 por 1.000. A menor número de mujeres dentro de la población total, por prolíficas que sean, obviamente menor natalidad. Una tasa del orden de los 30 por 1.000 era alta en relación con las habituales en Europa y parecida a la de las poblaciones libres de algunas regiones de América; sin embargo, no bastaba para reemplazar al grupo de esclavos.

Una causa residía en las elevadas tasas de mortalidad. Los inmigrantes africanos llegados a América, entre quienes escaseaban niños y muy jóvenes, tenían una estructura por edades más envejecida y, en consecuencia, tasas brutas de mortalidad superiores a las de los nativos, libres o esclavos. Donde los africanos conformaban una parte importante de la población esclava, su tasa de mortalidad, desproporcionadamente alta, distorsionaba la total. Desaparecida la primera generación de africanos, la tasa de mortalidad de los esclavos criollos se aproximaba a la de las capas libres; aunque, incluso en las mejores condiciones, no dejaba de ser algo más elevada.

Entre los esclavos hubiera sido, pues, necesaria una tasa bruta de natalidad de cerca del 50 por 1.000 para compensar una mortalidad de unos 45 por 1.000. Comparada con otras contemporáneas, esa tasa era sumamente elevada; con todo, las esclavas criollas solían alcanzarla. Detrás de la caída de la población esclava se oculta a veces una tasa positiva de crecimiento del contingente criollo. Una vez que desaparecía, sin que se la sustituyera por otra, la primera generación de africanos, la población esclava natural ya del lugar crecía por lo común, siempre que no se hubieran manumitido demasiadas mujeres en edad reproductiva —el grupo más a menudo liberado—, ni tampoco se hubieran extraído esclavos jóvenes para otras zonas. En Brasil, por ejemplo, un animado tráfico interno despojó, a partir de 1850, de hombres y mujeres jóvenes a las poblaciones esclavas de Bahía, Pernambuco y otras provincias nordestinas, así como, en el sur, a las de Río Grande do Sul y Santa Catarina. Los esclavos, a pesar de las altas tasas de fecundidad de las criollas y de la desaparición de los oriundos de Africa, siguieron declinando en estas regiones.

Cuando no hubo emigración y la manumisión fue escasa o se volcó hacia los viejos, la población esclava creció la generación después de la extinción de la trata atlántica. Así ocurrió, al parecer, en la mayoría de los regímenes esclavistas de América; ninguno alcanzó, empero, los niveles de crecimiento de los Estados Unidos. Como se ha señalado varias veces, los Estados Unidos y el Brasil inauguraron el siglo XIX con un millón de esclavos cada uno. Brasil importó por encima de otro millón más; sin embargo, alrededor de 1850 tenía apenas 1,7 millón de esclavos; los Estados Unidos, que habían adquirido sólo unos pocos cientos de miles más, contaba, en vísperas de la guerra civil, con cuatro millones de esclavos.

Se ha repetido también que el tratamiento que recibían los esclavos en los Estados Unidos era distinto al de sus pares de otras partes del Nuevo Mundo. Para corroborar este punto suelen compararse las respectivas tasas vitales. Contra este argumento cabe presentar algunas objeciones. Las tasas de natalidad y de mortalidad de los esclavos reflejan en realidad las de los habitantes libres, blancos y de color, entre quienes vivían. Estas tasas varían de un país a otro. Los índices vitales de esclavos latinoamericanos se aproximan a los de la respectiva pobla-

ción libre; e igual sucede en los Estados Unidos. La comparación ha de hacerse, por tanto, no entre grupos de esclavos separados por fronteras políticas, sino entre la población libre y la esclava dentro de cada país. En efecto, si bien es cierto que la mortalidad de los esclavos de Brasil era superior a la de los norteamericanos, otro tanto ocurría, y en la misma proporción aproximadamente, entre los blancos respectivos. Igual cabe decir para regiones de la América española y el Caribe. Para determinar cuanto pudo haber influido el trato otorgado conviene examinar antes las características del conjunto de la sociedad.

De la diferencia de tratamiento deberían derivarse, por otra parte, pautas distintas de fertilidad. Puesto que estado físico y dietas influyen en la fecundidad, en regímenes de «buen trato» cabría esperar que la menarquía sobreviniera a edad más temprana y la menopausia más tarde, al revés de lo esperable con «mal trato». Sin embargo, comparadas las edades extremas del ciclo reproductivo de las esclavas de las Antillas con las de las norteamericanas, se advierte poca diferencia. El tratamiento no basta, pues, para explicar la variedad de tasas de natalidad. Con esto no se pretende por supuesto decir que el trato o las exigencias laborales o las actitudes hacia la natalidad fueran iguales en todas partes; sino simplemente que la cuestión no tiene solución fácil. Del mismo modo, las cuidadosas reconstrucciones demográficas realizadas tampoco dan solaz a quienes se apresuraron a afirmar que «su» esclavitud era mejor que otras.

¿Cómo se explican entonces las altas tasas de natalidad de los esclavos criollos en los Estados Unidos? Investigaciones recientes muestran que las esclavas norteamericanas dejaban transcurrir menos meses que sus congéneres latinoamericanas entre el alumbramiento del primer hijo y los siguientes. Puesto que ninguna población esclava practicó el control de la natalidad, se pensó que la abstinencia u otros factores quizá hubieran espaciado los nacimientos fuera de los Estados Unidos. La diferencia se debió, sin embargo, según se ha comprobado, a pautas de lactancia distintas. Las esclavas criollas de los Estados Unidos adoptaron la pauta noreuropea de un año de amamantamiento, mientras que en otras partes lo prolongaban, como término medio, a dos años, lo corriente en Africa occidental. Como la lactancia reduce la fertilidad, este año adicional dilata el intervalo intergenésico y reduce en resumidas cuentas el número de hijos.

Siempre se ha especulado mucho sobre la esperanza de vida de los esclavos. Hoy parece demostrado que ésta no se diferenciaba demasiado de la de las poblaciones libres con las que convivieron. Ya en obras del siglo XIX se sostenía que la duración media de la vida activa de un esclavo al empezar su edad adulta no pasaba de los siete años. La mortalidad de los esclavos no llegaba, empero, a tales cimas, ni siquiera si se suman las muchas muertes sufridas por los africanos al ser expuestos a un nuevo medio patógeno durante los primeros meses de «aclimatación». La esperanza media de vida para el esclavo nacido en América

latina apenas superaba los veinte años, en contraste con la del norteamericano, que rondaba los treinta y cinco. En ambos casos las medias corresponden a las de las poblaciones libres respectivas. Un blanco de los Estados Unidos tenía, en 1850, una esperanza de vida de cuarenta años; un latinoamericano, menos. Para la población total, libre o esclava, de Brasil, no excedía, por ejemplo, en 1872, los veintisiete años.

Cuando se dice que la esperanza de vida de un esclavo varón era entonces en Brasil a lo sumo de veintitrés años, ello no significa, obviamente, que la mitad de los adultos muriera a esa edad. Téngase presente que la mortalidad infantil era en el siglo XIX tan elevada que un tercio de los varones brasileños nacidos moría antes de cumplir un año y casi la mitad antes de los cinco. Para los niños esclavos que alcanzaban el primer año de edad, la esperanza de vida era de 33,5 años; para quienes superaban los cinco, de 38,5. El esclavo varón que sorteaba esos primeros cinco peligrosos años tenía buenas probabilidades de llegar a cuarentón. Para las mujeres, el panorama era algo mejor. Sólo el 27 por 100 de ellas moría antes del año de edad y el 43 por 100 antes de los cinco. Su esperanza de vida al nacer era de 25,5 años; las que sobrevivían el primer año podían alcanzar los treinta y cuatro años de edad y las que superaban los cinco, treinta y nueve.

Los esclavos que salían indemnes de los ataques de disentería —la enfermedad más letal para ellos— y de otras dolencias infantiles tenían, está claro, una vida activa media muy por encima de aquellos míticos siete años tantas veces mentados. Los esclavos constituían por cierto una clase trabajadora y sufrían, por tanto, con mayor frecuencia accidentes laborales a más de enfermedades infecciosas y otras provocadas por la dieta propia de los estamentos sociales más pobres. Aunque las condiciones sanitarias y de habitación en que vivían en las zonas rurales fueran probablemente mejores que las de una familia libre dedicada a una agricultura de subsistencia, su alimentación apenas aventajaría la de los grupos más desposeídos. No sorprende que los esclavos padecieran las peores tasas de morbilidad y mortalidad dentro de las sociedades donde residían. El nivel general de decesos y enfermedades de cada sociedad americana incidió sobre las tasas vitales de los esclavos, a lo que se suma el hecho de que éstos ocupaban los peldaños más bajos.

Las pautas de la migración africana transatlántica y la dinámica del comportamiento vital de los esclavos en América son temas a los cuales los investigadores empiezan a prestar especial atención en los últimos años. La reconstrucción de los procesos demográficos es fundamental para explicar la evolución de las diversas sociedades afroamericanas. Estudiar las circunstancias africanas ha servido para conocer la edad y el sexo de los emigrantes. La configuración por sexo y edad del flujo afectó a su vez el crecimiento de las poblaciones esclavas de América y también, junto con las condiciones económicas locales, la intensidad y la duración de la trata. La desagregación de las tasas de mortalidad y de natalidad de los esclavos entre oriundos de Africa y nativos de Amé-

rica no sólo ha reavivado los antiguos debates acerca del tratamiento, sino que también ha suscitado nuevos estudios, como por ejemplo, uno sobre las diferencias culturales entre las madres lactantes. Por último, una mejor comprensión de la evolución demográfica de los esclavos sirve para enmarcar con más riqueza y detalle su desarrollo cultural.

Capítulo 8
Comunidades esclavas y cultura afroamericana

Los esclavos africanos eran casi todos analfabetos, hablaban multitud de lenguas diferentes y tenían poco en común, fuera de su pigmentación y de su posición en la sociedad receptora. Con el tiempo se acercaron y crearon una comunidad y una cultura en el Nuevo Mundo. En su cultura incidieron también los amos blancos. Esta amalgama no sorprende dada la multiplicidad de orígenes de los africanos y el poder que los blancos ejercieron sobre sus vidas. Práctica corriente de los plantadores fue mezclar esclavos oriundos de distintas partes de Africa. Además de dividirlos políticamente, el propósito era obligarlos a entenderse entre sí usando un idioma común, el del amo. Una lengua franca surgió que evolucionó hasta un idioma distinto, el criollo. Este no dejó de ser inteligible para el blanco.

A esta amalgama cultural se incorporaron elementos africanos seleccionados. De Africa sólo se tomaron y adaptaron los materiales necesarios para sobrevivir en la cultura dominante y para el nuevo papel económico, social y político que los afroamericanos desempeñarían. Contrariamente a los usos en su tierra, buena parte de los africanos se dedicaron en el Nuevo Mundo a labores agrícolas, y no a la caza y la guerra. Sin aparato estatal ni clases políticas, con su organización de clan destruida, los migrantes tuvieron que desechar creencias relacionadas con tales dimensiones de su vida.

Es, asimismo, indiscutible la influencia europea en la naciente cultura afroamericana. La religión dominante entre los esclavos fue el cristianismo, en sus distintos credos europeos, por más que en versión crética por la fusión con deidades y creencias de Africa. La organización jerárquica, según ocupación e incluso según pigmentación, fue tam-

bién impuesta a los esclavos, aunque sus divisiones internas no se ajustaron a menudo a las pautas de los blancos. Acomodados a la larga a las nuevas prácticas agrícolas, los africanos y sus descendientes adoptaron técnicas, herramientas y modos de vida europeos. Sus hábitos de trabajo, relaciones de amistad, visión del mundo y, sobre todo, el idioma en que se expresaban, terminaron por amoldarse a la cultura dominante.

La cultura de los esclavos, distinta de la cultura dominante, recogió normas de comportamiento y creencias propias. Algunos de estos aspectos originales fueron traídos de Africa, otros fueron creados para dar sentido a su vida dentro de la condición esclava y otros, en fin, aparecieron deliberadamente opuestos a la cultura que racionalizaba su servidumbre. Desenmarañar esta trama es difícil, más aún cuando es poco lo que se sabe de las culturas africanas e incluso de la de las clases bajas libres de América latina de entonces.

Algunas características de la cultura de los esclavos fueron comunes a todas las sociedades donde vivieron en el Nuevo Mundo; otras fueron propias de las latinoamericanas. En Cuba, Haití y Brasil, durante la esclavitud se desarrollaron a partir de prácticas prohibidas grandes movimientos religiosos de carácter sincrético. Tras la abolición, estos movimientos salieron a la luz en estos tres países católicos; no así en las sociedades protestantes. Esas vigorosas religiones, esencialmente no cristianas y ciertas formas del comportamiento cultural y comunitario singularizaron a las poblaciones afroamericanas de América latina frente a otras.

Antes de pasar a examinar la cultura de los esclavos, conviene esbozar su organización social. Por más que los blancos los consideraran a todos iguales ante la ley, el distinto precio que pagaban por uno calificado frente a otro que no lo fuera revela que reconocían aptitudes, habilidades u otras cualidades individuales en las «piezas» que compraban. Entre los mismos esclavos había cierta estratificación dentro de su común condición servil. Las definiciones corrientes de status social no se aplican en sociedades de esclavos. Posiciones con poder sobre recursos o sobre personas no otorgaban necesariamente superioridad dentro de la comunidad afroamericana, como tampoco las valoraciones fundadas en el mayor precio pagado por el amo. Más decisivos eran, en cambio, la autonomía y el saber. La autonomía significaba no estar estrechamente vigilado por el amo; el saber se refería a la cultura africana del pasado y a la actual de los blancos.

La vida de los esclavos de América latina se definía primordialmente por el trabajo. Excepto los muy jóvenes y los muy viejos, todos pasaban la mayor parte de su tiempo ocupados en labores manuales. Dentro del mercado laboral constituían el grupo con mayor participación y con menor división por sexo. Su existencia estaba, en definitiva, más que cualquier otra, dominada por el trabajo. Cuestiones referentes a autonomía o dependencia laboral eran, pues, de vital importancia para los

esclavos. La vigilancia más estricta era para la mayoría ineludible. No obstante, buen número disponía de algún tiempo para sí. En la plantación de café o de azúcar corriente, las cuadrillas empleaban sólo la mitad de la mano de obra esclava. Un tercio aproximadamente eran artesanos o desempeñaban ocupaciones al margen del control directo del capataz o del amo. Para los esclavos rurales fuera de plantaciones, había igual trabajos bajo vigilancia rigurosa, en granjas, por ejemplo, y otros relativamente independientes, como el de las familias esclavas que cultivaban la tierra por su cuenta o el de artesanos o muleteros. En la ciudad, los domésticos, gran porción de la mano de obra, estaban por lo común estrechamente controlados. Quienes se alquilaban por su cuenta o quienes ejercían de manera autónoma artes y oficios diversos solían disponer de más tiempo para sí.

Disponer de su tiempo y de su esfuerzo permitió a algunos esclavos desarrollar su talento y su capacidad. Quienes estaban en esta situación, considerada como deseable y próxima a una libertad completa, ocupaban un rango superior dentro de su comunidad. Algunos de estos trabajos relativamente autónomos, aunque no todos, eran tenidos en alta estima por los propios blancos, lo que redundaba a veces en el precio del esclavo. Observadores contemporáneos notaron ya cómo determinadas ocupaciones proporcionaban una independencia imposible de hallar entre los esclavos de cañaverales y cafetales o incluso entre los domésticos. En las haciendas cafetaleras de Saint-Domingue en el siglo XVIII y en las de Brasil a comienzos del XIX, se consideraba a los muleteros que transportaban el grano al mercado un grupo privilegiado; eran, según fueron descritos, los «reyes» de los esclavos.

El saber era otra fuente de prestigio dentro de la comunidad esclava. Leer y escribir la lengua europea local o incluso el árabe —útil para conocer el Corán—, o entender cómo funcionaban la clase del amo y las realidades socioeconómicas del mundo libre, prestaban ascendiente. Estas capacidades o conocimientos, más corrientes en las ciudades, solían encontrarse en trabajadores calificados de todo nivel y en trabajadores autónomos, así como en servidores domésticos, cuyo contacto con la clase dominante y otras no serviles era frecuente. En cambio, ser versado en costumbres y usos africanos o incluso provenir de la nobleza o de la élite de alguna comarca en Africa podía conferir al esclavo una influencia totalmente incongruente, desde el punto de vista de los blancos, con su posición dentro de la comunidad. Ejemplo extremo de esto, el jefe de una de las rebeliones esclavas de Bahía en el decenio de 1830 fue un noble africano que en Brasil era un ínfimo trabajador no calificado. Asimismo, la mujer o el hombre que ejercía de hechicero, curandero o sacerdote, gozaba entre los esclavos de un ascendiente nunca reconocido por el amo.

El saber sirvió para alcanzar a veces posiciones directivas y otras únicamente de mediador cultural. A muchos domésticos, por ejemplo, no se les reconocía como superiores dentro de su comunidad, pero pro-

veían de informaciones y contactos útiles a esclavos más aislados de la sociedad dominante y funcionaban como enlace entre los cuarteles de éstos y la casa del amo. Este papel de intermediario solía impedirles, sin embargo, ganar posición en uno y en otro lado. Hubo líderes salidos del servicio doméstico, pero los más procedieron de ocupaciones fuera del control continuo del amo. No fue, pues, fortuito que a la cabeba de rebeliones o movimientos de protesta se hallaran las más de las veces esclavos urbanos, artesanos, porteadores, así como otros con posibilidades de comprar su libertad.

La cultura del mundo esclavo se fue configurando en los pequeños poblados del «cinturón negro» que rodeaba las grandes plantaciones. Estos villorrios, que albergaban unos cientos de esclavos entre criollos, con sus familias y grupos de parentesco, y recién llegados de allende el mar, constituyeron el terreno propicio para la amalgama de elementos africanos y europeos que constituiría esa peculiar cultura negra de América. Se ha pretendido en vano encontrar un origen exclusivamente africano para la totalidad de los componentes de esas nuevas culturas afroamericanas. Hasta la cultura de los cimarrones de Surinam, el grupo que sobrevivió con mayor independencia y conciencia de sí mismo en toda la América negra, contuvo elementos europeos y amerindios, junto con muchos otros africanos. De las poblaciones afroamericanas emergieron, pues, culturas fundamentalmente sincréticas.

Los amos de América latina experimentaron con todo tipo de organización comunal para los esclavos de plantación; la mayoría de éstos, desde Puerto Rico hasta el sur de Brasil y la costa peruana, vivió, sin embargo, en unidades familiares. Una organización social fundada en la familia caracterizaría, pues, la emergente cultura afroamericana y facilitaría la socialización de los hijos mediante la transmisión de determinadas creencias y pautas de conducta. Esta cultura lo abarcaba todo, desde costumbres sexuales y vínculos de parentesco hasta lenguaje, religión y arte. Creó una comunidad coherente y perdurable que proporcionaba al individuo esclavo los recursos y soportes de un entramado social. Sin esta cultura los esclavos no hubieran funcionado; hasta el plantador reconocía su utilidad para proporcionar estabilidad social en un mundo que, de otra manera, hubiera sido caótico y enteramente hostil.

En la unidad familiar, el papel más importante lo desempeñó la pareja de «casados». La desigual distribución por sexo de los africanos no permitió a muchos de sus varones tener acceso a mujeres; entre los esclavos criollos, el equilibrio entre sexos posibilitó a la mayoría una vida en familia. Entre los libres de Lationamérica, la familia se caracterizó por una elevada incidencia de uniones libres y de nacimientos ilegítimos, superior a la de cualquier sociedad europea de entonces. La ilegitimidad entre latinoamericanos libres rayaba el 50 por 100. Incluso las clases altas de blancos, donde el matrimonio tenía una clara función social y económica, contaron con tasas de ilegitimidad y de unio-

nes libres más altas que las de los europeos, los latinos incluidos. América latina no siguió el modelo de familia, con muy baja ilegitimidad, de la Europa noroccidental. Tras haber sometido a las masas de indígenas e introducido gran cantidad de negros africanos, españoles y lusitanos no se sintieron en América constreñidos por la moral tradicional católica en relación con la familia. La rígida estratificación por clases y castas impuesta en las colonias revivificó antiguas propensiones al concubinato, que se difundieron desde arriba hacia las clases media y baja de blancos. En esta cultura europea americanizada, matrimonio y legitimidad adquirieron un sentido diferente al que tenían en el Viejo Contiente.

En el mundo católico algunos esclavos también se casaron por la Iglesia. La proporción de matrimonios varió de nación a nación e incluso de región a región. En Brasil, por ejemplo, alrededor del 12 por 100 del total de los esclavos fue registrado, en 1872, como «alguna vez casado», mientras que en los distritos cafetaleros de São Paulo esa proporción subía al 30 por 100. En haciendas de propiedad de la Iglesia, todos sus esclavos solieron estar casados por la ley. En algunas plantaciones azucareras de Bahía, pertenecientes a órdenes religiosas, poco esfuerzo se hizo, sin embargo, según consta, a principios de la era colonial, para legitimar las uniones.

Que la mayoría de las uniones entre esclavos no estuvieran legalizadas, no quiere decir que no existieran. Como buena parte de las parejas lationamericanas, los esclavos vivían en unión consensual, y ésta era formalmente reconocida como una unidad familiar. Aunque el plantador podía romperlas vendiendo a algún miembro, la comunidad de esclavos procuraba por su lado asegurar la estabilidad interna de las familias reconocidas como tales. Esposos casquivanos o padres irresponsables eran reprobados y obligados a atemperarse. Para conseguir esta conformidad indispensable para el bienestar y la paz de la comunidad se recurría a la presión social o hasta a la hechicería o la violencia. No se ha de deducir de lo dicho que los esclavos practicaran una moralidad de estilo victoriano; lejos de ello. Pero, una vez establecida la familia, la comunidad la legitimaba y sancionaba.

Escasean los estudios generales sobre las prácticas sexuales y matrimoniales de los esclavos de América latina y Caribe. Investigaciones sobre plantaciones particulares muestran gran variedad de pautas, en un abanico que va desde las observadas en las Indias Occidentalcs británicas en un extremo hasta las halladas en algunas plantaciones de los Estados Unidos en el siglo XIX en el otro. En el primer caso, hasta casi la mitad de los padres esclavos adultos no cohabitaban y residían en plantaciones diferentes. En las islas azucareras bajo dominio inglés, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, gran número de esclavos vivían solos o en unidades domésticas constituidas únicamente por la madre y sus hijos; e incluso algunos esclavos favorecidos en poliginia. Por el otro lado, en las zonas de plantación de las islas francesas y de

buena parte de América latina, la organización familiar de los esclavos se pareció, en este mismo período, a la de los Estados Unidos. La mayoría vivía en unidades donde ambos progenitores mantenían una relación en general estable. Incluso aquí las altas tasas de mortalidad y las ventas y separaciones forzosas provocaron, sin embargo, matrimonios sucesivos y abundancia de hijastros e hijastras.

Cualquiera que fuese la organización doméstica, la mujer acostumbraba a procrear desde muy joven. Se ha observado, por lo menos en el caso norteamericano, que la esclava tenía relaciones sexuales premaritales con bastante liberalidad. Al nacer el primer hijo, la mujer normalmente se asentaba en una unión estable con quien fuera o no el padre del vástago. No escaseaban las mujeres con prole de diferentes padres. Lo corriente era, sin embargo, que el recambio ocurriera entre el primero y el segundo de los hijos; el padre de este último solía ser el que engendraba los siguientes. Esta conducta era considerada escandalosa en la América del Norte; en la latina, donde las pautas de las clases libres más bajas —de blancos, mestizos, o personas de color— eran bastante parecidas, no suscitaba en cambio tanto alboroto.

Con la paternidad y la cohabitación vino la organización de los vínculos de parentesco. Las familias de esclavos de varias generaciones vivieron a veces como familias extensas. Estas, habitaran juntas o no, generaron reglas precisas acerca de las condiciones que hacían aceptable al cónyuge. Adoptaron así el tabú universal del incesto entre hermanos, o la prohibición de uniones entre primos colaterales. Establecieron también normas para asuntos tales como la transmisión de propiedades y de nombres o la residencia de la nueva pareja en la casa paterna de la «novia» o del «novio». A los hijos se les dieron nombre derivados de parientes consanguíneos de la línea paterna o materna; y ellos usaron, a su vez, términos especiales relacionados con el sistema de parentesco para dirigirse a determinados miembros del grupo familiar. La compleja trama tejida por estas reglas —procedentes unas de Africa, otras de la sociedad de los amos, pero también elaboradas en la práctica con el tiempo— constituyó el sistema de parentesco peculiar de cada comunidad. Un estudio pormenorizado de varias plantaciones norteamericanas del siglo XVIII y XIX sugiere, por las pautas usadas para nombrar las personas, que en ciertos grupos de esclavos rigieron la prohibición del casamiento entre primos cruzados (tabú inexistente entre los blancos del lugar) y la norma de imponer a los hijos varones el nombre de algún antecesor remoto. No existen investigaciones de este tipo para América latina o Caribe a falta de listas de familias. Con la información disponible hoy, es difícil hacer afirmaciones generales sobre los sistemas de parentesco de los esclavos, sus orígenes y funciones, así como comparaciones con otras clases de la misma sociedad.

Entre los esclavos existió, sin embargo, un sistema secundario de parentesco más fácil de estudiar. Conocido como compadrazgo, era un vínculo ficticio de parentesco difundido por todas las clases, esclava

incluida, de las sociedades latinoamericanas y muchas de las antillanas. Aunque pocos matrimonios estaban consagrados, los nacimientos fueron en cambio legitimados por la Iglesia con el bautizo. Este sacramento formalizaba precisamente el compadrazgo, creando un vínculo entre adultos. La comadre y el compadre eran por lo común amigos de la familia a quienes el hijo podía recurrir en ausencia o muerte de sus padres. Los padrinos estaban obligados a proveer por el ahijado en toda ocasión especial y a acogerlo en su propia casa cuando la otra desapareciera. El compadrazgo consolidaba la amistad entre los padres reales y los ficticios e incrementaba el derecho a reclamar entre sí servicios y apoyo.

Entre los indios y los esclavos negros, así como en la clase alta, la institución se fundaba casi por completo en la amistad y en el respeto; los compadres se elegían entre amigos íntimos o personas de la comunidad reconocidas por su edad o por sus virtudes. Los plantadores blancos tenían como compadres plantadores blancos; los indios y los esclavos, también sus pares. Sólo los libres de color, los mestizos y otros grupos intermedios elegían como compadres a personas de condición superior. El compadrazgo servía, en una versión distinta, para cimentar una relación más formal de patrón-cliente.

Los más pobres de la sociedad no siempre podían hacer honor a las obligaciones establecidas por el compadrazgo. En ocasiones los esclavos eran bautizados con madrina sola, sin padrino. Esta práctica, en contradicción con los usos de la Iglesia, muestra el debilitamiento del compadrazgo en los niveles sociales inferiores. Todos los testimonios coinciden, sin embargo, en señalar que la institución pasó a ser parte esencial de la cultura afroamericana. Este vínculo ficticio de parentesco sancionado por la sociedad entera sirvió para fomentar, y legitimar desde el punto de vista de los blancos, las relaciones de comunidad y de amistad entre los esclavos.

La manera en que los esclavos eran alojados en las plantaciones favoreció también ese sentimiento de comunidad. La mayoría vivió en poblados que eran una réplica en miniatura de modelos africanos. La evolución de las Antillas francesas en relación con la vivienda de los esclavos ilustra la de otras partes de Latinoamérica. Durante el siglo XVII y buena parte del XVIII, los plantadores hacían construir a los esclavos sus propias casas. Las viviendas, usualmente de barro y paja, se levantaban en torno a una área común. En una plantación azucarera de Martinica de fines del siglo XVII se describen esos bohíos como redondos con techos coniformes terminados en punta, al estilo de los de los *mandigo* en el continente negro. Lo corriente fue permitir que los esclavos africanos determinaran por sí mismos la organización de sus viviendas. El resultado fue, según señalan los observadores, la creación de una vida comunitaria centrada en un pueblo.

No todas las plantaciones siguieron esa norma. En las azucareras de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cada vez más capitalizadas, el

plantador prefirió hacerse cargo del diseño y de la construcción de la vivienda para sus esclavos. Se levantaron en los grandes ingenios edificaciones hechas con ladrillo y argamasa dispuestas como casas adosadas o como barracas. Su construcción se encomendaba generalmente a contratistas ajenos a la plantación. Al uniformar la vivienda, el propósito era, aparte de mejorar las condiciones de higiene, facilitar la vigilancia de grandes dotaciones de esclavos. Las casas solían tener ventanas y estaban divididas por dentro, aunque la forma de distribuir el espacio interior variaba. Hubo incluso grandes plantaciones que preservaron para ciertas familias y servidores más viejos algunos de los bohíos levantados originalmente por los esclavos. En las haciendas cafetaleras y azucareras más avanzadas se fue generalizando, en el siglo XIX, el que el amo impusiera su concepto de espacio. Con todo, los esclavos siguieron organizándose en los bateyes en unidades familiares; los hombres y las mujeres sin pareja ni familia solían disponer de sitios separados. Esta planificación no se extendió a las plantaciones de menor tamaño y a las granjas donde continuó predominando la vivienda de estilo africano.

En el resto de América latina se cubrieron etapas similares. En una primera época, de uno a dos siglos de duración, se erigieron esos bohíos de barro y paja dispuestos en torno de una área común. Después, al crecer y enriquecerse, las plantaciones edificaron viviendas de materiales duraderos cuidadosamente trazadas. En Brasil se levantaron las *senzalas,* un largo rectángulo formado por casas individuales adosadas. Las senzalas se dividían en cuarteles para solteros y para familias. Solían construirse lejos de los cañaverales y de los trapiches, para evitar los incendios; contaron en ocasiones con muros para protegerlas de los animales. Igual que en las posesiones francesas, estas edificaciones fueron más comunes en las grandes plantaciones que en las pequeñas.

Excepción a estas reglas son los llamados *barracones.* Construidos en haciendas azucareras cubanas a comienzos del siglo XIX, cuando las cuadrillas de los cañaverales contaron sobre todo con hombres, estos barracones consistieron en largos dormitorios con una única entrada, celosamente guardada. Aunque hubo pocos, representan la actitud anticomunal más extrema por parte del amo en Latinoamérica. Las rigurosas condiciones de vida impuestas por este tipo de habitación no pudieron durar; los barracones fueron reemplazados pronto por casas largas al estilo brasileño, con compartimentos separados, cada uno con su propia entrada. Aun en el peor de los barracones el plantador asignaba estancias distintas a cada familia.

La importancia otorgada a la familia se muestra también en el hecho de que se distribuyeran tierras para cultivos de subsistencia entre los esclavos. En casi todo el Caribe y América latina, los esclavos de plantación disponían de una parcela para cultivar alimentos para sí. A menudo se les permitió también vender el excedente en el mercado local. Los conucos promovieron, dentro del proletariado rural propio

de la plantación, un estilo de vida campesina diferente. La familia entera trabajaba en el cultivo de su lote. Incluso jóvenes solteros de ambos sexos recibían uno. Las normas por las que se distribuyeron estos terrenos variaron enormemente según el tipo de plantación y según las regiones. En algunas haciendas de las Antillas francesas hubo una cuadrilla especial compuesta por niños y por viejos que trabajaban las tierras dedicadas a la producción de alimentos y huertas familiares, más pequeñas. En las islas bajo dominio británico estos lotes solieron ser bastante extensos; en Brasil se los trataba como si fueran de propiedad privada. Algunas veces estaban cerca de los bateyes y otras a considerable distancia. En todos los casos, los plantadores permitieron a los esclavos trabajar en su parcela únicamente durante su tiempo libre, en días domingos y festivos.

Que estos conucos se convirtieron en parte fundamental de la vida de los esclavos se hizo patente en cada movimiento de protesta del siglo XIX. Al comenzar a desmoronarse los sistemas esclavistas, uno de los primeros reclamos de los esclavos fue más tiempo y más tierra para sus parcelas. Aun antes de la abolición de la esclavitud, en las grandes plantaciones brasileñas y antillanas apareció un tipo europeo de pueblo nucleado con un centro habitacional y ruedo de campos de labranza. En el propio régimen esclavista se echaron, pues, las bases económicas de una sociedad campesina que residiría en pueblos, combinando rasgos europeos y africanos.

En cuanto a parentesco y familia, vivienda, espacio y uso de la tierra, la plantación brindó a los esclavos del Caribe y de América latina lo esencial para construir una identidad comunal. Esta se consolidó además gracias al desarrollo de medios de comunicación propios. En los poblados de plantación, de no haber bastantes africanos que hablaran el mismo idioma nativo, el esclavo tuvo que aprender una lengua franca. Esta, al comienzo un habla macarrónica, tomada en parte del idioma europeo dominante en el lugar, se transformó con el tiempo en una lengua más compleja y distinta. Estos lenguajes, llamados «criollos», contenían préstamos semánticos de Africa, debidos tanto a los primeros migrantes que habían estampado su sello en el inicio del habla local como a los llegados después. La estructura sintáctica fue, en cambio, principalmente indoeuropea. El vocabulario básico era compartido por blancos y mestizos. Las lenguas criollas más prominentes fueron el *patois* de Haití, el *papiamento* de las colonias holandesas y el *sranan,* derivado del inglés, de los negros cimarrones de Surinam. Reducidos grupos de esclavos costeños del norte de Hispanoamérica hablaron también lenguas francas o criollas propias. Así, hasta por su habla, los esclavos negros forjaron desde temprano rasgos distintivos y a la vez complementarios de la más amplia cultura nacional o regional.

Esencial también para dar al esclavo conciencia de sí mismo, de su pertenencia a una comunidad y de su lugar en un orden cosmológico, era la creación de un sistema coherente de creencias. Su elaboración

sería ardua y prolongada debido a la diversidad de orígenes de los migrantes, quienes, además, se vieron obligados a aceptar amplias porciones de culturas ajenas a las suyas. Más allá del contorno familiar, había problemas que concernían a todos los miembros de la comunidad. Como en cualquier pueblo campesino, no faltaron entre los esclavos conflictos suscitados por cuestiones acerca de conucos, posesiones personales, noviazgos o fidelidades sexuales, o simplemente por choques de personalidad. Existía la necesidad común de curar males o de predecir el futuro. Para entendérselas con tales problemas, aparecieron curanderos y hechiceros. Estos solían ser viejos, varones o mujeres, que proporcionaban a la comunidad la magia blanca o negra indispensable para su funcionamiento. Preparaban pócimas para curar o para influir en los estados emocionales o físicos de determinados individuos, o ayudaban a los agraviados impotentes frente a su enemigo. Administraban, asimismo, unos elementales procedimientos de justicia que, junto con la brujería, servían para contener la violencia y los conflictos dentro de límites tolerables en una comunidad que carecía de cualquier forma de gobierno o policía.

Estas prácticas y creencias relacionadas con la brujería fueron tomadas sobre todo de Africa, donde desempeñaban funciones bien establecidas. En América solieron constituir, por el contrario, una mezcla *ad hoc* de elementos de origen africano diverso, sin la forma elaborada y coherente que allí tenía. Dentro de los cuarteles de esclavos no hubo clase sacerdotal, desaparecida con la migración. El carácter fortuito de este conglomerado de creencias permitió que se abrieran a influencias americanas, en especial en las zonas de contacto con poblaciones amerindias y mestizas, como ocurrió en Brasil, la América española continental y las colonias sudamericanas de algunas potencias europeas.

La gravitación de hechiceros y curanderos fue desvaneciéndose a medida que desaparecieron los africanos nativos. En las colonias francesas, portuguesas y españolas, las mezclas de creencias alcanzaron a crear cosmologías más ricas hasta configurar, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, religiones completas. Los amos se opusieron a ellas por incompatibles, en su percepción, con su propio sistema de creencias, el cristianismo. Los cultos formales de los negros fueron, pues, combatidos implacablemente; en cambio, a las manifestaciones menores de la hechicería, consideradas poco peligrosas, se las toleró. Esos sistemas religiosos afroamericanos lograron con todo sobrevivir ocultos bajo diversas modalidades populares del catolicismo desarrolladas con la esclavitud. Aunque después de la abolición llevó a la sociedad cristiana varias generaciones aceptar su legitimidad, esos cultos se han afirmado por fin, en el siglo XX, como religiones independientes.

Estos sistemas religiosos son indudablemente de procedencia africana; pero, como era de suponer, del material originario retuvieron sólo determinados aspectos. En Africa, la religión solía ser ocupación exclusiva de sacerdotes, y estaba íntimamente asociada con la familia, el

linaje y el clan, así como con la jerarquía y el orden sociales. Rotos clanes, linajes y estructuras estatales con la migración transatlántica, muchos de estos cultos perdieron sentido en América y fueron, por consiguiente, abandonados. Otro tanto ocurrió con deidades y ritos agrícolas, que ya no concernían a los africanos esclavizados en las plantaciones. En cambio, dioses y creencias relacionados con el individuo y con la familia en términos de vida y muerte se mantuvieron y adquirieron renovado vigor; también los que servían para reafirmar a los esclavos en su identidad y legitimidad como clase opuesta a los blancos opresores. *Ogoun,* dios de la guerra; *Shango,* dios de la justicia, y *Eshu,* dios de la venganza, despojados de sus atributos más místicos o rurales y revestidos con otros más definidamente sociales o políticos fueron entronizados en América como dioses de una clase oprimida.

Los cultos más importantes fueron el candomblé, el vudú y la santería. Todos se difundieron, bajo distintos ropajes, por Latinoamérica entera, aunque uno solo terminaría por prevalecer en cada región. Que uno u otro se consagrara dependió más de los procesos de aculturación locales que del número de esclavos de determinada procedencia. Así, un grupo reducido estableció a menudo las bases para algún culto que después adoptarían masas de inmigrantes africanos de diverso origen. En Bahía, por ejemplo, por encima de los candomblés de distintas procedencias africanas, prevaleció finalmente el *nago (yoruba).* Este configuró la teología, rituales y celebraciones propias de estos cultos, incluso de aquéllos conocidos por los nombres de dahomeyano, angoleño o congoleño. En Saint-Domingue fue el vudú dahomeyano de los *fon* el que al fin se impuso sobre la multiplicidad de cultos o misterios oriundos de varias partes de Africa. Entre los negros cimarrones de Surinam y de Cayena prevaleció la cultura de los *fanti-ashanti,* aun cuando muchos de estos fugitivos fueron bantús. Entre los propios esclavos se dieron, pues, procesos de aculturación, incluso entre prácticas y cultos africanos prohibidos.

El carácter sincrético de las religiones africanas explica la relativa facilidad con que éstas aceptaron e integraron también creencias y prácticas cristianas. Al comienzo, la aceptación fue puramente funcional, en tanto que cubría de legitimidad a religiones proscriptas por los amos blancos. Al cabo de las generaciones, la dualidad se resolvió en un sincretismo donde los esclavos terminaron por acomodar ambos sistemas religiosos. En las sociedades protestantes incorporaron partes de la religión ortodoxa a tono con los nuevos cultos afroamericanos. Por ejemplo, la historia de Moisés y de la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia venían bien a las necesidades y aspiraciones de los negros; asimismo, experiencias evangélicas de conversión se amoldaron a ritos africanos. En el mundo católico, el dogma de la Iglesia oficial no fue afectado; en cambio, la rica tradición popular de santos y festividades locales resultó ser un excelente medio de amalgamación con las deidades africanas.

Iglesias y gobiernos europeos habían resuelto, tras algunas vacilaciones, evangelizar a los esclavos. La empresa, resistida al principio por los plantadores, había surtido efecto hacia fines del siglo XVIII en casi todas las sociedades esclavistas de América. En el siglo siguiente, las regiones protestantes contaban con templos destinados a los esclavos y hasta permitieron a algún negro o mulato oficiar de predicador lego. Las sociedades católicas fueron más lejos. Desde los inicios de la colonización proporcionaron a los esclavos hermandades religiosas y cultos especiales. Aparte de las asociaciones patrocinadas oficialmente por la iglesia, las autoridades civiles promovieron otras entre africanos libres y esclavos organizadas según la nacionalidad de origen, cuya finalidad declarada era alentar actividades cívico-religiosas de cooperación y observancia de normas doctrinarias y sociales. Este modo de obrar era, por un lado, paternalista, en tanto procuraba que los africanos aceptaran su papel en la sociedad; pero, por otro, tenía fines políticos muy precisos: azuzar las divisiones internas de los esclavos. En lugares como Cuba y Brasil, donde siguieron entrando grandes cantidades de africanos hasta mediados del siglo XIX, persistía el miedo a sus levantamientos. La experiencia había demostrado que, fomentando la identificación de los africanos con sus naciones de origen, se les hacía más difícil coordinar sus rebeliones. Abundan los ejemplos de grupos de esclavos conspiradores delatados a las autoridades por otros. En las célebres revueltas de Bahía en los años de 1830 se supo que esclavos rebeldes intentaban matar a otros de naciones no musulmanas.

Por más que esta división tuviera algún éxito, las asociaciones y fiestas fomentadas por los blancos sirvieron, contra su intención, para dotar a los esclavos de organizaciones que les facilitarían la creación de una cultura y de una religión propias. Esta dualidad de una base africana bajo una superestructura cristiana no funcionó, empero, como un sistema rígido de compartimientos. Muchos esclavos adoptaron plenamente la religión y los valores de la clase de los amos. Mulatos con educación y riqueza no se distinguieron por sus creencias de los blancos libres, mientras que otros libres de color, oficiantes de cultos africanos, fueron procesados por anticristianos. Los dirigentes religiosos tenían tal vez una noción más pura del credo, pero sus seguidores confundían a menudo dioses africanos con santos católicos. Las hermandades fueron, pues, eficaces para que los esclavos se adaptaran a la sociedad receptora y para el mantenimiento del sistema; pero, a la vez, contribuyeron a que esclavos y libres de color desarrollaran una adhesión a su comunidad.

La iglesia católica sabía de las ventajas que ofrecía el sincretismo religioso para su proselitismo por la experiencia adquirida con la evangelización de los indígenas. La regla con ellos fue destruir a los dioses locales, pero incorporar los antiguos sitios sagrados a la cosmología cristiana. En cada centro religioso precolombino se erigió algún templo o santuario o apareció una Virgen de piel oscura. El culto adoptó ciertos elementos de ritos y creencias indígenas. Aunque, entre los cató-

licos, los intelectuales y la clase alta combatieron esta reducción de su religión monoteísta a un panteón de vírgenes y santos, a modo de deidades locales, nunca consiguieron erradicar de la Iglesia, ni en Europa ni en América, estas manifestaciones populares.

En un sincretismo similar se absorbieron creencias africanas. Rápidamente cada deidad africana importante se identificó con algún santo local, que adquiría en la percepción de los esclavos, cuando no en la de los propios blancos, una especie de identidad dual. Los propios eclesiásticos fomentaban estos cultos especiales. En Brasil alentaron, por ejemplo, la devoción a Nuestra Señora del Rosario, que quedó reservada para los negros. Aunque se les enseñó a aceptar las celebraciones y devociones de los blancos se daba, asimismo, por sentado que los esclavos conmemoraran a su manera sus propias fiestas y santos. A este efecto, los esclavos se agruparon en los núcleos urbanos en asociaciones religiosas, conocidas como *irmandades* en Brasil y como *cofradías* en la América española. Cada una operaba como una entidad de ayuda mutua y preparaba la celebración anual de una particular figura religiosa. Había también organizaciones asistenciales, como, por ejemplo, las Santas Casas en Brasil, que contaron con sucursales distintas para mulatos y para negros. En Hispanoamérica, los cabildos de negros y de mulatos, organizados según nacionalidades u ocupaciones, se ocupaban sobre todo de la preparación de festividades. En Cuba estos cabildos fueron los centros de difusión del culto africano de santería. En las ciudades del Nordeste brasileño hubo incluso conjuntos de baile, los famosos *batuques*, en los cuales los negros se agrupaban según su procedencia africana.

Cada ciudad y cada pueblo de Iberoamérica, por pequeño que fuera, contó con hermandades y asociaciones de este tipo. Estas en algún momento llegaron a reclutar hasta un tercio de los esclavos y una mayoría de los libres de color. Fue, sin embargo, en Minas Gerais donde alcanzaron su mayor riqueza y esplendor. Prohibido por la metrópoli el establecimiento de órdenes religiosas en la región minera, las hermandades emprendieron aquí actividades que no solieron desarrollar en otras partes de América. Con amplia afiliación de esclavos y personas libres de color, manejaron importantes caudales, emprendieron una extravagante construcción de iglesias y patrocinaron numerosas obras de música y de arte del barroco, el estilo floreciente a la sazón.

Hermandades y cofradías fueron en su época muy renombradas, tanto por sus fiestas anuales como por sus conflictos con las autoridades blancas. A los reclamos de las asociaciones de esclavos y libres de color en pro de una mayor autonomía y del control sobre sus templos y cementerios se oponían persistentemente las organizaciones fraternales de blancos. A pesar del temor que estas exigencias suscitaban, las hermandades de negros y mulatos solían, en realidad, aceptar la cultura dominante y tendían normalmente a integrarse. Cierto es también que estas organizaciones fomentaron el sentimiento de orgullo y legitimaron las ac-

tividades religiosas de negros y mulatos. Andando el tiempo, los cultos africanos tuvieron que crear iglesias independientes para sobrevivir. Su postura viró entonces a una de rechazo y oposición a los valores de la clase de los amos. Estos cultos, decisivos para el desarrollo de los aspectos distintivos de la cultura afroamericana, terminaron por competir con el cristianismo, al que reinterpretaron para un público de esclavos.

De los poblados de las plantaciones y de los barrios bajos de las ciudades surgió, por ende, la cultura afroamericana. Esta dio a los esclavos un sentido de comunidad y de identidad propias, que les permitió sobrellevar los rigores de su integración forzosa en la sociedad de los blancos. No era una cultura homogénea. Sus aspectos integradores fueron simples expresiones de una subcultura de la cultura occidental de los blancos; otros, al revés, opuestos a la sociedad dominante, fueron exclusivos de los negros. Este esquema contradictorio fue casi inevitable ante la ambigüedad, teñida de hostilidad, que la cultura de los blancos manifestaba hacia el esclavo. Por un lado, el amo lo había incorporado como su semejante en una iglesia universal. La legislación latinoamericana recogía asimismo la presunción de que el esclavo se convertiría finalmente en hombre libre de esa misma sociedad que lo sojuzgaba. Además, nadie negaba la esencial humanidad del esclavo. Pero, al mismo tiempo, la sociedad blanca fue fatalmente racista; se resistía a aceptar la identidad y la valía propias del negro y se amañó para crear una ciudadanía de segunda clase para el esclavo liberado. La movilidad y el ascenso sociales fueron posibles para bastantes antiguos esclavos como para no borrar toda esperanza; el precio fue siempre, sin embargo, renunciar a su identidad cultural como afroamericano y a su calidad de negro. No ha de sorprender, pues, que la cultura creada por el esclavo en América sirviera para dos propósitos opuestos: integrarlo en la sociedad dominada por el amo blanco y proporcionarle una identidad y un sentido que lo protegieran de la opresión y de la hostilidad de esa misma sociedad.

Capítulo 9
Resistencia y rebeliones de esclavos

La creación de un sentimiento de identidad y de comunidad entre los esclavos africanos de América latina fue esencial para su supervivencia como sociedad y como grupo. Establecieron familias, educaron a sus hijos y tuvieron sus creencias, todo lo cual daba legitimidad a sus vidas. Sin embargo, éstas estaban en buena parte bajo el imperio de otros. Sus ocupaciones, definidas por los amos, no estaban organizadas en general, como entre las demás clases trabajadoras, en torno a la unidad doméstica. Incluso su comportamiento social, si chocaba con el dominio o con las normas consideradas aceptables por los blancos, era sometido a constreñimientos. Además, la violencia física, inherente a un régimen que tenía al esclavo por bien mueble, generaba un nivel de miedo y de indefensión sin paralelo en América con otras formas de relaciones laborales o de clase. Esta violencia provenía de arriba, y poco podía hacer el esclavo para contenerla o modificarla. Hasta su bienestar material y el de su familia estaban a merced del amo y supeditado a circunstancias fuera de su alcance.

Por más que su cultura y su comunidad lo hicieran sentir adaptado a la sociedad americana donde se hallaba, el esclavo experimentaba siempre cierto grado de dependencia y de falta de disposición sobre su propia vida. Estos sentimientos generaban hostilidad e inseguridad con respecto a la totalidad del sistema. A quienes eran incapaces de conformarse o de refrenar su individualidad, o tan desafortunados como para no encontrar ninguna autonomía o protección dentro del sistema, les quedaban como salidas la fuga o la rebelión.

La mayoría de los gobiernos de América latina y Caribe procuraron proveer al esclavo de alguna protección. Este reconocimiento de su esen-

cial condición humana derivó de un conjunto de leyes medievales, influidas, a su vez, por el derecho romano. Los códigos ibéricos, por ejemplo, las *Siete partidas* del siglo XIII, admitían que la esclavitud era una institución «contraria a la razón natural» (Partida IV, Título XXI, Ley I) porque por ella «el hombre, la más noble y libre de las criaturas salidas de la mano de Dios es puesto bajo el poder de otro...» (Partida IV, Título V). Este reconocimiento no impedía, por supuesto, al Estado legitimar cualquier contrato de propiedad o venta de esclavos. Implicaba, sin embargo, que, aun aceptando la necesidad de la esclavitud, le incumbía en tanto administrador de justicia garantizar algunos derechos mínimos para el esclavo.

De los tres derechos humanos fundamentales reconocidos por la legislación romana, el concerniente a la libertad personal quedaba automáticamente descartado en la esclavitud. En cambio, no contradecían su existencia los relativos a la propiedad y a la seguridad personales. Tampoco interferían con su definición como bien mueble otros derechos secundarios, como los que hacían al esclavo responsable de sus actos voluntarios y los que le garantizaban como cristiano su acceso a los sacramentos.

En cuanto a la seguridad personal, las Partidas de Alfonso X de Castilla, así como las detalladas *Ordenações manuelinas* portuguesas de principios del siglo XVI, determinaban que el asesinato de esclavos por su amo o por cualquier otra persona era un delito punible con la muerte. Difícilmente habrá llegado a ser ejecutado algún amo en la península ibérica por este crimen; unos cuantos, empero, fueron exiliados o pagaron multas elevadas. Las leyes protegían también a las mujeres y niños de violación y abusos por parte del amo. Con arreglo a la propiedad personal, el código castellano y el portugués garantizaban al esclavo su peculio, aunque dejaban en manos del amo ciertos derechos sobre esos bienes. Contra lo que ocurriría posteriormente en sus colonias, la legislación ibérica imponía restricciones al derecho de propiedad y al de concertar contratos del esclavo. Mostraba, por el contrario, gran firmeza en lo concerniente a la obligación del estado de facilitar la transición a la libertad y garantizar en principio el derecho a la compra de sí mismo.

En relación con los derechos secundarios, disponía que los esclavos podían ser sometidos a juicio por el Estado. En las Ordenanzas manuelinas estaban de hecho sujetos a los mismos castigos que la clase más baja de personas libres. La única diferencia con ésta era que el amo podía pagar las multas u obtener la conmutación de la sentencia contra el esclavo mediante algún arreglo monetario con el Estado. Se les reconocía a los esclavos la facultad, aunque en calidad de dependientes, de actuar como testigos, y el derecho a concertar cierto tipo de contratos. En realidad, todos estos derechos, por lo general bastante restringidos, nunca dejaban de tomar en consideración el derecho de propiedad del amo sobre su esclavo. No hubo, empero, dentro del mundo ibé-

rico, ninguna ley, ni de la Corona ni de municipio, que negara al esclavo derechos humanos básicos, por mucho que respaldara su condición de bien mueble o las necesidades del amo.

La Iglesia Católica, rica propietaria de esclavos, admitió que los africanos tenían un alma inmortal y les concedió el derecho a los sacramentos. Aunque más lerda que el Estado en pronunciarse acerca de la esencia y de la vida de los esclavos, la Iglesia tenía ya para el siglo XVI el programa de evangelización en marcha. Los primeros sínodos de obispos en América dedicaron buena cantidad de medidas al proselitismo entre los esclavos. Les concedieron tiempo para el culto y establecieron que el acceso a los sacramentos estaba por encima de toda oposición del amo, hasta el punto de hacer que la Iglesia comprara al esclavo en casos en que no se pudieran garantizar de otro modo sus derechos como cristiano. Se preocuparon incluso legitimar las prácticas africanas de matrimonio y parentesco desde el ángulo de la doctrina cristiana. Considerados, al igual que los indígenas americanos, como paganos, se excluyó a los africanos de las órdenes religiosas y del clero; pero, como contrapartida, no fueron sometidos a la jurisdicción de la Inquisición y se les permitió incorporarse a las hermandades religiosas. Las iniciativas y las preocupaciones expresadas por los sínodos americanos fueron, a fines del siglo, plenamente refrendadas por el Concilio de Trento.

Aparte de obligar al amo a conceder tiempo al esclavo para participar en el culto y en los sacramentos, la Iglesia Católica trató, en Iberoamérica, de legitimar las uniones de esclavos. En cuanta sociedad se practicó el matrimonio eclesiástico, tanto el Estado como la Iglesia hubieron de garantizar la integridad moral y sexual de la familia esclava interviniendo para impedir la separación de los esposos por venta de uno de ellos. De este modo se protegía efectivamente a las parejas casadas legalmente. Ahora bien, dada la frecuencia de uniones consensuales, en realidad muy pocos esclavos podían beneficiarse de esa protección. Aunque con marcadas variaciones, según las regiones y la personalidad del amo, cabe calcular que, en el siglo XIX, no más de entre un décimo y un quinto de las parejas de esclavos vivían, en la América española y portuguesa, en matrimonio legal —una cifra por debajo de las comunes en otras clases de sus respectivas sociedades. Las uniones legales, sin embargo, escasearon todavía más en las posesiones francesas de las Antillas y prácticamente no se dieron en las británicas y holandesas.

La presión de la Iglesia afectó, en cambio, en mayor medida otros aspectos de la vida de los esclavos. Con su acción garantizó, aun contra la oposición de los amos, el ejercicio de ciertos derechos secundarios decisivos para reforzar vínculos entre los esclavos. Hacia fines del siglo XVIII o principios del XIX, todos ellos eran cristianos y la mayoría disponía de tiempo libre en días domingos y festivos para dedicar tanto al culto como al trabajo por su cuenta. Con la sanción y protección

eclesiásticas, el compadrazgo y la pertenencia a confraternidades reforzaron la amistad y la cooperación entre esclavos. Por último, la política de proporcionar santos negros como objetos de devoción, por más que de corte claramente paternalista, permitió la supervivencia de creencias religiosas africanas.

Ninguno de los antiguos códigos ibéricos que trataban sobre la esclavitud pasó al Nuevo Mundo sin modificaciones. En parte habían sido revisados ya durante el siglo XV o el XVI para adaptarlos a los cambios ocurridos en la composición de la fuerza de trabajo servil y a los diferentes antecedentes religiosos de los esclavos africanos. Al trasladarse a las colonias, la legislación, diseñada para una esclavitud ante todo doméstica, tuvo que ser ajustada a la nueva realidad de las plantaciones. En algunos casos, la modificación de las leyes serviría para precisar determinados derechos de los esclavos; pero, en otros, limitaría sus beneficios. Había, además, diversidad entre los regímenes fundados en el código romano; no todos proveían de la misma facilidad para recurrir a un tribunal ni mostraban la misma sensibilidad hacia las necesidades de los esclavos. Por otra parte, muchos de sus derechos fundamentales eran suspendidos en tiempos de crisis o de rebelión. En el período entre 1791 y la tercera o cuarta década del siglo siguiente, cuando cundía el temor al eco de la rebelión haitiana, la clase de los amos intentó incluso invalidar la legislación protectora.

El cambio jurídico más importante en Iberoamérica fue el reconocimiento pleno del derecho de comprarse a sí mismo o coartación. Implícito ya en la legislación antigua, este derecho se convirtió rápidamente en el Nuevo Mundo en práctica consuetudinaria. Formalmente admitido a principios del siglo XVIII por la Corona, tanto la española como la portuguesa, todos los tribunales coloniales establecieron procedimientos consuetudinarios para su tramitación. Su ejercicio presuponía los derechos del esclavo a la propiedad privada y a concertar contratos, que, muy circunscritos en la legislación europea, en la iberoamericana alcanzaron plena vigencia. En los dominios españoles y lusitanos, y en menor grado en los franceses, se permitió al esclavo guardar el excedente del producto de sus conucos o, si estaba alquilado, cuanto ganara por encima del precio de alquiler. El trabajo en días domingo y festivos, aceptado por la Iglesia, fue considerado una manera legítima de ganar dinero. Consentir que el esclavo poseyera propiedad privada tenía, desde el punto de vista económico, sus ventajas. Le proporcionaba incentivos para trabajar y con frecuencia permitía al amo reducir los costos de su mantenimiento. Pero también le daba al esclavo la posibilidad de comprar su libertad, aun contra la voluntad de su dueño. El ejercicio de este derecho fue engrosando en Cuba y en Brasil la cohorte de libres de color desde mucho antes de la emancipación.

Los archivos judiciales de Iberoamérica están llenos de casos de coartación en los que el Estado intervino para dictaminar sobre la justicia del precio fijado o de las cantidades entregadas a plazos. Iniciada

muy temprano en la era colonial, la compra de la propia libertad, reforzada por la legislación vigente, se fue difundiendo cada vez más hasta el siglo XIX. Fue un instrumento bien conocido por los esclavos urbanos que deseaban disponer en alguna medida de su vida antes de obtener su libertad completa. Tras hacer un pago inicial para su rescate, el esclavo no podía ser vendido ni traslado fuera de su residencia habitual; en el peor de los casos, le quedaba el recurso de apelar a las autoridades para defender sus derechos en contra del amo.

Estudios realizados por norteamericanos sobre la legislación europea concerniente a la esclavitud demuestran que otros regímenes marcharon en dirección opuesta. Ejemplo de ello es el *Code Noir,* uno de los más opresivos de América que, promulgado en 1685 para las colonias francesas de las Indios Occidentales, estuvo vigente hasta la Revolución Francesa y luego por un tiempo en el siglo XIX. Este código determinaba sin más que el esclavo era un bien mueble sin ningún derecho a propiedad ni a protección personal. Fijaba penas severas para los fugitivos y concedía al amo el derecho a castigar al esclavo a su discreción. Este no podía concertar contratos y carecía hasta de los derechos mínimos otorgados a hijos u otros dependientes. Su acceso a los sacramentos estaba limitado. No podía casarse sin el consentimiento del amo; aunque obligado a bautizarse, tampoco se le concedía ningún tiempo libre para el culto y la doctrina. Unicamente en un sentido fue el *Code Noir* plenamente favorable al esclavo: en relación con la manumisión. Aunque no contemplaba al principio la coartación, reconocía al esclavo liberado por el amo una ciudadanía plena. Esta disposición, por cierto a la vanguardia de su época, fue motivo, en las colonias francesas, de interminables conflictos en el siglo XVIII entre blancos y libres de color. Los blancos intentaron una y otra vez restringir los derechos de los manumisos, hasta conseguir, normalmente por períodos breves, prohibir la manumisión y denegar la igualdad a los ya liberados. Pese a esta oposición, los libres de color de las posesiones francesas constituyeron una de las clases más importantes y económicamente poderosas de la América esclavista, aunque el draconiano *Code Noir* le impidiera alcanzar como grupo el tamaño que tuvieron en las colonias ibéricas. La compra de la propia libertad se convertiría con el tiempo allí también en un derecho consuetudinario, pero menos desarrollado y difundido que en Iberoamérica.

Los historiadores suelen restar importancia a las leyes en su aplicación diaria a los esclavos en América. Con todo, es evidente que el edificio entero de la esclavitud no podía construirse sin el apoyo del Estado. La propiedad es por naturaleza una institución legal, así como los contratos pueden existir sólo si hay un tribunal capaz de obligar a su cumplimiento. Sin Estado no hubiera habido esclavitud. A pesar de que se daba, sin duda, preferencia a los derechos del amo antes que a los del esclavo, el Estado no podía dejar de tener un interés genuino en el funcionamiento global de la «peculiar institución», como la llamaban

los norteamericanos. No fue casual que la esclavitud indígena se acabara en el siglo XVII cuando la Corona, tanto de España como de Portugal, se negó a reconocer su legalidad. Del mismo modo, la abolición surtió efecto en las sociedades esclavistas cuando sus gobiernos decidieron por fin declarar nulo e inválido todo contrato de esclavitud. Estas afirmaciones no implican, naturalmente, que en todo tiempo y en todo lugar se cumplieran rigurosamente las leyes más favorables al esclavo. La práctica difería enormemente de una nación a otra e incluso de una zona a otra. En general, cuanto más ligado estaba el esclavo a la plantación y al trabajo rural, menos recurso legal para la reparación de sus agravios tenía. Sin embargo, los aspectos fundamentales de las leyes fueron lo suficientemente conocidos como para brindar a un número considerable de esclavos una mínima protección legal.

Pese a esta protección, cantidad de esclavos vivieron sometidos a la arbitrariedad del amo o del capataz. Para ellos, el único recurso fue la fuga o la violencia. Desde los comienzos de la esclavitud americana menudearon las evasiones y el cimarronaje. Habitualmente, esta fuga de la plantación era temporaria, ya que la mayor parte de los huidos se escondía en algún bosque cercano. Este *petit marronage,* como lo llamaron los franceses, fue tan corriente que casi todas las sociedades esclavistas de Latinoamérica y Caribe habían elaborado procedimientos para intervenir cuando la situación se presentaba. En Cuba, por ejemplo, el fugitivo solía buscar fuera de la plantación un mediador —sacerdote, médico o esclavo capataz de su confianza— que garantizara que no habría represalias. Dados los costos de las ausencias prolongadas, plantadores y mayorales estaban por lo común dispuestos a negociar. En ocasiones, las demandas del fugitivo eran más complejas. Así, en Bahía, algunos esclavos huidos se negaron, en el siglo XVIII, a volver a la plantación a menos que se les concediera más tiempo libre para trabajar sus conucos.

No obstante la intervención de mediadores, podían tomarse represalias: el esclavo era azotado, encarcelado o quizá torturado. Otras veces, sin embargo, era aceptado de vuelta con poco castigo. La reacción del amo estaba condicionada por el temor a que el *petit marronage* se convirtiera en *grand marronage.* Si no había negociación o si sus términos se violaban, el esclavo abandonaba las vecindades de la plantación y huía para siempre. La posibilidad de sobrevivir en libertad dependía de diversos factores: la existencia de bosques densos o montañas inaccesibles a cierta distancia de la plantación; de disponer allí de suelos y climas apropiados para la producción de alimentos; y, donde había indígenas, que éstos mostraran un ánimo más o menos cordial.

La ciudad o los grupos de color libres también sirvieron de refugio para el fugitivo. Estas escapatorias eran posibles sólo si a poca distancia de la plantación existía algún centro urbano con numerosos libertos y esclavos trabajadores independientes o, en su defecto, alguna extensa población de campesinos de color libres. No era fácil para la po-

licía dar con un fugitivo escondido entre ellos; abundaban los pedidos de captura de esclavos en que se aclaraba que éstos se hacían pasar por personas libres. Mientras que en muchos regímenes esclavistas de América existieron fronteras rurales, sólo en Brasil e Hispanoamérica hubo ciudades o poblaciones de color suficientemente grandes como para servir de asilo a los prófugos.

Los cimarrones solían tener objetivos bastante conservadores: escapar de la esclavitud y llevar una vida normal de campesinos libres. Para establecer comunidades permanentes y autónomas, necesitaban mujeres, herramientas, semillas y otros suministros; e incursionaban una y otra vez en las zonas de plantaciones para abastecerse. Por más que escapar y desaparecer era su ambición primordial, los cimarrones solieron, pues, convertirse en depredadores para sobrevivir. Terminaban así en abierto, a menudo sangriento, conflicto con blancos y con otras clases libres. En Brasil sus comunidades se transformaron además en refugio de fugitivos de toda laya y fueron, por tanto, objeto de constantes ataques por parte de las autoridades. Asimismo, en ocasiones, aunque raras, comunidades cimarronas se unieron, en Brasil y en las Guayanas, a grandes rebeliones de esclavos o de otros opositores contra el orden establecido. Tan encarnizado se hizo el conflicto entre cimarrones y plantadores, que éstos armaron mercenarios, blancos y negros, o emplearon milicias locales para acabar con sus comunidades y recapturar a los huidos. Estas interminables hostilidades, sumadas a las dificultades propias de montar una comunidad cimarrona permanente, convertían a la empresa en algo sumamente arduo. Si alguna tuvo éxito, ello se debió en buena parte a la concurrencia de diversas circunstancias favorables.

En las Indias Occidentales, las llamadas comunidades de *maroon* tuvieron su origen por lo común en fugas de multitud de esclavos ocurridas en momentos de inestabilidad política y social dentro de la sociedad blanca. Las muy célebres de Jamaica se constituyen cuando esclavos de haciendas españolas huyeron en masa hacia el interior al invadir los ingleses la isla a mediados del siglo XVII. En las Guayanas, databan de ocasiones en que invasiones militares extranjeras, que desbarataban el sistema de control establecido por los plantadores locales, fueron aprovechadas por los esclavos para fugarse. Una vez consolidadas y conocidas por los esclavos del lugar, estas comunidades podían sobrevivir y prosperar sin la mediación de acontecimientos externos como guerras o invasiones extranjeras. Antes de que la formalización de tratados entre *maroons* y blancos cortara el trasiego, nuevos fugitivos se daban maña para llegar a ellas, donde por lo general eran bienvenidos.

Todas las sociedades esclavistas tuvieron comunidades de fugitivos; pero Brasil se llevó probablemente la palma. Sus *quilombos,* como allí se llamaron, numerosos y perdurables, se difundieron por todo el territorio. La Corona portuguesa definió «quilombo» como toda comunidad de cinco o más esclavos fugitivos en un decreto de 1741. Comunidades de esta naturaleza existían, empero, desde un siglo antes y siguieron

propagándose hasta mediados del XIX. Su proliferación en Brasil se debió tanto a la cantidad de mano de obra esclava allí introducida como a la existencia de fronteras en casi todas las regiones de producción agrícola y minera. Las fronteras brasileñas, a diferencia de lo que ocurrió en los Estados Unidos en el Ochocientos, no estaban cerradas por tribus hostiles ni por colonos blancos; las habitaban en cambio fugitivos de la justicia y una numerosa clase, esencialmente marginal, de mestizos conocidos como *caboclos.*

La importancia de los quilombos se relacionó con la distribución de esclavos por el territorio brasileño. Quilombos, los hubo hasta en el confín meridional de Santa Catarina; los más antiguos y poblados surgieron, sin embargo, en la región azucarera del Nordeste. Entre éstos, el más famoso fue el de Palmares, en la capitanía de Pernambuco, situado en el actual límite entre este estado y el de Alagôas. La República de Palmares unificó diversas comunidades, que habían superado su etapa predatoria y alcanzado un floreciente desarrollo agrícola fundamentalmente autónomo. Los distintos pueblos, construidos con fortificaciones, se organizaron en un estado centralizado, recolector de impuestos, bajo el mando de un rey. Su religión, así como su agricultura, combinaban elementos de linaje africano, europeo y americano. Originadas en los primeros años del siglo XVII, estas comunidades ganaron gran número de adherentes en los decenios siguientes a causa de los conflictos entre portugueses y holandeses. En la década de 1690, en el apogeo de su poder, Palmares albergaba unas 20.000 personas, muchas de las cuales llevaban tres generaciones en la comunidad. Portugueses y holandeses atacaron Palmares repetidas veces a partir de 1630; pese a ello, la comunidad siguió prosperando y llegó incluso a poseer un ejército propio mantenido por el Estado y equipado con armas robadas o compradas al enemigo. En los años de 1670, su rey, Ganga-Zuma, dispuesto a firmar un tratado de capitulación con los portugueses, fue asesinado por dirigentes más jóvenes, que continuaron la lucha. Fuerzas financiadas por la Corona lograron, finalmente, tras sesenta años de campaña, destruir la República en 1695.

En los siglos siguientes surgieron otros importantes quilombos, algunos en zonas distantes y deshabitadas y otros próximos a pujantes centros esclavistas. En la región minera de Minas Gerais, el Reino de Ambrosio o Quilombo Grande llegó a sumar casi 10.000 esclavos distribuidos en diversos palenques, como se llamó a esos pueblos defendidos por estacadas. Tras enconada resistencia, el quilombo fue aniquilado en el decenio de 1740. El de Pará, en el pueblo de Trombetas sobre el río Amazonas, al noroeste de Manaos, creado en 1820 por Atanasio, un esclavo *cafuzo,* o sea de sangre india y negra, fue excepcional por su activa intervención en la economía de mercado. Su comercio abarcó no sólo a indios y a blancos de las proximidades, sino también la Guayana holandesa, adonde exportó cacao y otros productos. Destruido en 1823, cuando cobijaba unos 2.000 cimarrones, fue restaurado

por Atanasio y perduró hasta el decenio siguiente. Un grupo desprendido de esta comunidad fundó río arriba Cidade Maravilha, que hacia 1850 mandaba sus niños a pueblos de blancos para ser bautizados. En el siglo XIX, diversos quilombos participaron en insurrecciones de blancos contra el poder imperial. En Maranhão, a fines del decenio de 1830, el quilombo de Campo Grande, gobernado por el cimarrón Cosme Bento das Chagas, aportó un ejército de 3.000 antiguos esclavos a la revolución liberal desencadenada por blancos del lugar. Tropas imperiales acabaron pronto con los republicanos de Maranhão y se volvieron luego contra el quilombo de Campo Grande, al que destruyeron.

Los casos descritos fueron, naturalmente, excepcionales. Los cientos de quilombos que han dejado su nombre en la topografía brasileña fueron más bien comunidades pequeñas, de entre veinte y cincuenta antiguos esclavos, que trataban por todos los medios de pasar desapercibidas. Algunas se mezclaron con caboclos y otros grupos que practicaban una agricultura de subsistencia hasta perderse confundidas con ellos. Otras fueron tan osadas como para instalar, aunque fuera temporariamente, sus casas cerca de las ciudades más importantes. De cualquier modo, estos quilombos existieron en todo tiempo y en todo lugar en Brasil y sirvieron de refugio a los esclavos fugitivos, tanto más cuando los brasileños no acostumbraron a negociar tratados con los pueblos cimarrones para cerrarlos a nuevos prófugos.

Estas comunidades existieron asimismo en Hispanoamérica, pero aquí no fueron tan numerosas ni tan importantes como en Brasil. Surgieron sobre todo en zonas rurales aisladas donde se había erigido alguna industria —minería, pesca, ganadería o granjería. Las montañas que bordean las costas de México, Panamá y norte de las actuales Venezuela y Colombia cobijaron algunas de las más populosas y activas. Una de las primeras fue la que, en 1549, pescadores de perlas huidos fundaron frente a la costa venezolana en la isla de Margarita, sede de uno de los regímenes esclavistas más brutales. De 1553 a 1559, un africano de linaje noble conocido como el rey Bayano, dirigió en Panamá un numeroso grupo de cimarrones. Pero la época de mayor profusión en el istmo la marca el decenio de 1570, cuando Francis Drake se encontró allí con unos 3.000 cimarrones, muchos de los cuales se unieron a las correrías del inglés. Venezuela contó también con importantes palenques, entre ellos el establecido hacia mediados del siglo XVI por el rey Miguel, un esclavo criollo de Puerto Rico, cabeza de una revuelta de trabajadores en las minas de oro venezolanas. En esta ocasión unos ochocientos esclavos se organizaron bajo un gobierno que combinaba aspectos religiosos y civiles de la sociedad española. Este palenque, al igual que otros de Panamá, acogió también a indios rebeldes. Ambos grupos convirtieron a esas regiones en escenario de continuas incursiones.

La vecina provincia de Cartagena, sobre la costa caribeña de Colombia, fue también refugio de esclavos fugitivos. Hacia 1690, durante

una gran campaña, las tropas encontraron allí alrededor de una docena de palenques, de los cuales cuatro albergaban más de 200 personas cada uno. Sus pobladores estaban gobernados por reyes y dirigentes religiosos; pero la agricultura se organizaba por unidades familiares. Aquí, como en Venezuela y en México, aunque grupos reducidos de cimarrones lograron sobrevivir hasta la abolición, sus poblaciones empezaron a decaer, entre fines del siglo XVII y comienzos del siguiente, debido a la declinación de la esclavitud en estos sitios y a la progresiva ocupación de tierras antes deshabitadas.

En el Caribe, las comunidades cimarronas se extinguieron hacia fines del siglo XVIII. De cualquier modo, ni siquiera en su momento de proliferación constituyeron una alternativa valedera para la mayoría de los huidos. Ningún régimen esclavista aceptó con ecuanimidad la existencia de estas comunidades. Como sucedió en Palmares, llegada la ocasión, milicias locales o incluso tropas nacionales las destruían y volvían a esclavizar a sus pobladores. Algunas fueron, sin embargo, capaces de rechazar una y otra vez los ataques. Cuando se les hacía demasiado difícil su exterminio, los blancos prefirieron, ante el peligro que representaban, negociar formalmente tratados de paz. Uno de los primeros fue el firmado en 1609 en la región de Verachuz con un cimarrón llamado Yanga. Por él se reconocía la legalidad de la comunidad y se otorgaba a unos cien antiguos esclavos la libertad, a cambio de terminar con las correrías y devolver a los esclavos fugitivos que llegaran en adelante. El más famoso, el convenio con los *maroons* de Jamaica, se celebró en el decenio de 1730, seguido por otros con cimarrones de las restantes islas. Los más duraderos fueron los que, hacia 1760, garantizaron a los cimarrones de Surinam su independencia. Todos estos acuerdos se concertaron a costa de los futuros fugitivos; obligaban a los cimarrones a aceptar un representante del gobierno de los blancos dentro de su territorio y a devolver los esclavos huidos con posterioridad al tratado. Puesto que, por un lado, los recién huidos cedían con mayor facilidad ante las ofertas de retorno a la plantación y que, por el otro, las fugas provocaban la hostilidad de los plantadores y de las autoridades, los cimarrones solían aceptar esos acuerdos si con ellos salvaguardaban su independencia. Incluso en Brasil, donde no hubo tratados formales, se negoció algún arreglo con los quilombos para dejarlos en paz a cambio de que devolvieran a los nuevos fugitivos.

En las Antillas, las comunidades de cimarrones fueron a la postre destruidas a medida que las plantaciones invadían fronteras antes inaccesibles y aisladas. Cabía siempre justificar los ataques en virtud de la acogida que en esas comunidades encontraban esclavos fugitivos no devueltos, pese a los tratados, a sus amos. En Brasil, Cuba y colonias al norte de América del Sur perduraron hasta la abolición de la esclavitud zonas de frontera donde poblaciones cimarronas pudieron sobrevivir, transformadas, andando el tiempo, en comunidades campesinas con una agricultura de subsistencia. Unicamente los *Bush negros* de Su-

rinam y los *Black caribs* de Dominica y Centroamérica pervivieron como grupos diferenciados por rasgos culturales marcadamente africanos o amerindios.

La posibilidad de escapar del sistema por un tiempo más o menos largo y de hallar refugio entre gentes de color en la ciudad, el campo o la frontera, sirvió al fin de cuentas como válvula de seguridad para el régimen de plantación. Mientras la huida fuera factible, las presiones internas que solían acumularse eran manejables. Con frecuencia, sin embargo, la fuga era imposible, o demasiado inmediata e inicua la provocación. En situaciones tales, la violencia de los esclavos se volvía hacia adentro y estallaba la rebelión. Rebeliones contra los amos, las hubo de toda guisa, desde sumamente espontáneas hasta cuidadosamente planeadas, desde guerras raciales de exterminio hasta elaborados ataques contra objetivos seleccionados. En algunas, cualquier victoria era a sabiendas imposible; otras abrieron el camino al cimarronaje o forzaron a los gobiernos a apresurar la abolición; una alcanzó todas sus metas.

En todos los casos, la revuelta fue, sin embargo, el recurso último de hombres y mujeres desesperados ante los abusos de la esclavitud. Del siglo XVI en adelante, todas las sociedades esclavistas de América presenciaron levantamientos de esclavos. Es difícil hacer generalizaciones para procesos sociales tan complejos; con todo, caben algunas. Así, en regímenes donde preponderaban los africanos las revueltas solieron ser más intensas y frecuentes que en donde los criollos constituían mayoría. Puesto que todo esclavo sabía bien cuáles eran las consecuencias de su rebelión, aquéllos más comprometidos con el orden social imperante tendían a ser más conservadores. A los recién llegados de Africa, con escasas vinculaciones familiares o locales, les arredraba menos el desenlace. Los nacidos en América, más ligados ya a una familia y a una comunidad, eran poco inclinados a rebelarse; pero incluso ellos fueron a veces provocados hasta vencer su moderación.

La revuelta era de ordinario espontánea e involucraba un corto número de esclavos. Que un esclavo agraviado matara al amo o al capataz sería lo más frecuente. Cuando un grupo de esclavos premeditaba actos de tal naturaleza, intentaba implicar a la plantación entera y planear una escapatoria, por lo general rumbo al cimarronaje. Se conocen, empero, ocasiones en que los esclavos montaron guerras raciales o de clase, cuyo propósito era eliminar a los amos y retener para sí la tierra. Estas luchas se dirigían o contra los blancos solos o contra otras clases serviles también. En sociedades esclavistas más evolucionadas, libertos y esclavos conspiraron juntos para crear una república de negros y mulatos. La reacción contra la esclavitud era instintiva, fundada en sentimientos universales de humanidad y de justicia. En ciertas oportunidades, sin embargo, las revueltas arrancaron de diferencias religiosas y se fundaron en complicadas cosmologías, a menudo con tintes milenaristas.

Las comunidades mineras apartadas propendieron más a rebelarse; lo contrario ocurrió en las granjas familiares. Cualquier congregación

numerosa de esclavos posibilitaba las conspiraciones y revueltas. Su frecuencia se aminoraba en zonas con una frontera viable o con una amplia clase de libres de color, o en sociedades que habían elaborado procedimientos aceptables para tratar con el *petit marronage*. Las variaciones en intensidad y oportunidad de las rebeliones dependieron no sólo de factores demográficos, geográficos o estructurales, sino también de cambios acaecidos con el curso del tiempo. Entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, los levantamientos empezaron a mostrar una mayor conciencia de clase y a formular claras demandas de mejora. La revolución francesa, así como la haitiana, encendieron por toda América conspiraciones y revueltas en pro de la emancipación de los esclavos y la igualdad para los libertos. Estas solieron estar encabezadas por blancos pobres o libres de color, pero comprendían también a esclavos. De este tenor fueron la llamada conspiración de los sastres, ocurrida en Bahía en 1798, y el levantamiento en 1795 del distrito de Coro, en Venezuela. La primera fue a poco sangrientamente suprimida; el segundo alcanzó a montar un ejército de trescientos hombres que atacó diversos centros urbanos. En los decenios de 1820 y 1830, cuando los gobiernos metropolitanos eran inundados por demandas reformistas de corte liberal, la abolición se convirtió en las colonias en tema de incesante debate. Como resultado, las protestas de los esclavos, informados acerca de las reformas oficiales, maduraron hasta convertirse en movimientos masivos o en huelgas bien organizadas en demanda de mejores condiciones de trabajo, o de más tierras para sus cultivos de mantenimiento, o incluso en favor de la abolición de la esclavitud.

De las rebeliones documentadas, las más tempranas pertenecieron al tipo de las espontáneas y al de las guerras raciales, frecuentes durante los siglos XVI y XVII sobre todo en la América española. Una de las más antiguas, y más cruentas, tuvo lugar en los alrededores del puerto de Santo Domingo. En 1522, esclavos africanos de plantación se lanzaron allí a una desenfrenada matanza de blancos y destrucción de cosechas; su objetivo era instalar una república negra. En la ciudad de México se registró ya en 1537 una conspiración de esclavos con intentos de incendio. En la isla de Margarita se alzaron en revuelta los pescadores en el decenio de 1540. Dada la dispersión de esclavos en México y en Perú entre las masas indígenas, levantamientos ulteriores los llevaron a cabo juntos fugitivos e indios «sin civilización»; éstos solieron concluir en cimarronaje. En el siglo XVII, alzamientos de esclavos sacudieron las minas de plata en el norte de México y las de cobre de Perú; en el XVIII, los depósitos de oro del Chocó, en Nueva Granada, fueron objeto de ataques perpetrados por esclavos y cimarrones. Ningún núcleo urbano de Latinoamérica y del Caribe se salvó de confabulaciones o revueltas de esclavos; tampoco ninguna zona de plantación. Las rebeliones masivas arreciaron, empero, al intensificarse el flujo de africanos a partir de fines del siglo XVIII.

Entre todas sobresalen la sublevación de esclavos de Haití en 1791 y la serie de rebeliones islámicas de Bahía entre 1808 y 1835. El ejemplo haitiano en particular se destaca por las cantidades implicadas, por su violencia y destructividad y, finalmente, por su éxito. Fue el único levantamiento de esclavos de América que consiguió acabar con el sistema de plantación, y el que tuvo consecuencias del más vasto alcance, que afectaron desde los precios mundiales del azúcar hasta las leyes de esclavitud por todo el hemisferio occidental. Que se desencadenara en un momento en que luchas civiles dividían a la clase de los amos, explica en buena parte su desenlace. Hasta entonces, estaba demostrado, escapar era a la postre la única victoria posible para los sediciosos, ya que aun en situaciones graves, si la clase de amos permanecía unida, el sistema de sujeción seguía intacto. Se necesitó una ruptura profunda del orden social, sumada a una guerra internacional, para que los esclavos haitianos pudieran matar a plantadores. ocupar sus tierras y liberarse de la esclavitud. Factores externos hicieron, pues, posible que una revuelta de esclavos madurara en una sublevación masiva, bien armada y capaz de derrotar a los diversos ejércitos profesionales que acudieron a la isla dispuestos a acabar con esa intolerable amenaza al orden establecido.

La rebelión de esclavos de Saint-Domingue estuvo vinculada íntimamente con figuras del culto vudú, así como con acontecimientos políticos internos e internacionales. En agosto de 1791, en medio de la confusión y de los conflictos suscitados por la disyuntiva de apoyar al rey o a la Asamblea, llegaron a la capital metropolitana noticias sobre una reunión de esclavos en el Bois-Caiman de Saint-Domingue, encabezada por un tal Boukman. Este, originario de Jamaica y al parecer un sacerdote vudú, informó a los esclavos que el rey francés les había otorgado tres días a la semana para trabajar en sus conucos, que el decreto con la concesión de estos beneficios estaba en camino a la colonia con la flota y que los plantadores se oponían a la reforma. El jamaiquino mostró documentos supuestamente provenientes del gobierno en París e instó a organizar una rebelión en apoyo de las mejoras concedidas. En el clima de agitación y de caos político reinante en la isla, las autoridades no percibieron ninguna amenaza por el lado de los esclavos; les preocupaba más la revuelta de los mulatos libres en defensa de sus derechos civiles. Dos días después de las manifestaciones de Boukman, en la tarde del 22 de agosto, se inició la rebelión. De la cantidad de esclavos movilizados y la coordinación con que actuaron, cabe deducir que esa reunión con Boukman había sido sólo una de muchas, en la cual se ultimaron los planes de un movimiento vinculado a cultos secretos africanos. En la primera noche fueron incendiadas muchas de las mejores plantaciones de la isla; a los pocos días quedaba devastado el llano septentrional, la región más rica de Saint-Domingue.

Una vez desencadenada y sin una oposición eficaz, la rebelión se transformó en una máquina de violencia que destruía todo lo que se le

enfrentaba. Boukman murió pronto en el ataque a la ciudad de Le Cap. Le sucedieron dos esclavos, Jean François y Biassou, ambos africanos. Surgieron también a la sazón otros dos jefes que habrían de desempeñar papeles fundamentales: uno, Jeannot, era partidario de convertir la rebelión en una guerra racial contra blancos y mulatos; el otro, Toussaint L'Ouverture, un respetado liberto que sabía leer y escribir, favorecía los objetivos políticos del movimiento y el concierto de compromisos. Esclavo de nacimiento, Toussaint había obtenido su libertad en 1776 y había sido educado por misioneros capuchinos. Al estallar la insurrección, se desempeñaba como trabajador calificado en una plantación esclavista. Aunque al principio no participara en la revolución, una vez incorporado ascendió a poco a su dirección. Los rebeldes firmaron alianzas con las fuerzas españolas que custodiaban la mitad occidental de la isla bajo dominio hispano, declararon su apoyo a Luis XVI y establecieron contactos con los franceses realistas más conservadores de Saint-Domingue. Jean François fue nombrado Grande de España durante estas negociaciones e incluso se habló de poner fin a la rebelión. Entretanto, las peleas en torno a los derechos civiles a punto de ser concedidos a los mulatos de la isla por la Asamblea Francesa, provocaron la ruptura entre las fuerzas de blancos y de mulatos y la toma del gobierno local por el grupo blanco más extremista. En consecuencia, los mulatos libres, muchos de ellos plantadores, se levantaron en el oeste de Saint-Domingue. La esclavitud sobrevivía aún en las regiones del este y del oeste; el agravamiento del conflicto en todos estos planos provocaría, empero, el derrumbe del sistema entero.

Toussaint asumió finalmente la jefatura de las fuerzas esclavas rebeldes del Norte, que derrotaron a los mulatos en el oeste encabezados por Rigaud. Tras la ejecución del rey francés, Toussaint viró hacia posiciones republicanas. Impuso un sistema de trabajo forzado en las plantaciones, con el intento de mantenerlas en producción. El gobierno francés premió su diligencia otorgándole el control total de la colonia. Bajo su mando, las fuerzas compuestas por libres y esclavos triunfaron sobre ejércitos expedicionarios enviados por España y por Inglaterra; aparte, consiguió atajar las demandas más radicales de los insurrectos. Sin embargo, el carácter cada vez más conservador del gobierno republicano en la metrópoli a últimos del siglo acarrearía la ruptura de Toussaint con los franceses y la desaparición efectiva de la esclavitud. En 1802, tropas napoleónicas apresaron a Toussaint y lo deportaron a Francia; se lanzaron luego a un ataque general contra los rebeldes con el propósito de restablecer la esclavitud en todas las colonias. En Guadalupe, donde la esclavitud había sido reemplazada por la condición de aprendiz, la volátil situación política interna permitió a los franceses lograr su objetivo. No ocurrió lo mismo en Saint-Domingue, donde los antiguos esclavos resistieron fieramente. Tras dos años de lucha cruenta, los franceses fueron derrotados. En enero de 1804, Haití, bajo la jefatura de Dessalines, proclamó su independencia. Los dirigentes de la

nueva república procuraron, en vano, resucitar la antigua economía plantadora. Los campesinos de la isla estaban siempre listos para rebelarse ante el menor atisbo de restablecer la plantación. La industria azucarera se extinguió. En cambio, la cafetalera sobrevivió gracias al trabajo de familias campesinas.

La rebelión haitiana de esclavos dio, pues, lugar a campañas militares con todas las de la ley y, entre los esclavos, puso en marcha desde el principio un gobierno propio. Nada de esto se repetiría en la historia afroamericana. Lo sucedido en Guadalupe muestra que se necesitaba algo más que el colapso de la clase dirigente para el triunfo de una rebelión. Las vacilaciones de los jefes negros ante la preservación o no de las viejas plantaciones prueban, por otra parte, que sólo el rechazo masivo de los antiguos esclavos a cualquier restablecimiento del trabajo rural forzado salvaguardó el compromiso inicial de acabar con la esclavitud. Por último, la rebelión enseñaría a la clase de los amos que tanto las luchas internas como las emancipadoras contra el poder metropolitano podían poner en peligro el régimen que tanto les importaba preservar.

Pocas rebeliones esclavas contarían en adelante con el apoyo de blancos, ricos y pobres, ni siquiera con el de los libres de color. Típica por este aislamiento, aunque singular por sus motivaciones religiosas, fue la serie de revueltas que esclavos islámicos desataron en las zonas rurales y urbanas de Bahía entre 1808 y 1835. La primera estalló cuando esclavos *houssa* y *nago,* tras capturar plantaciones azucareras, pretendieron marchar sobre la ciudad. Para doblegarlos, hizo falta una violenta batalla. En 1810 se produjo otro levantamiento de esclavos musulmanes de plantaciones, al que siguió, en 1814, una revuelta de pescadores costeños. De éstos, unos cincuenta murieron a manos de tropas enviadas desde Salvador, no sin que antes cayera asesinado buen número de amos blancos. Entre 1816 y 1835 tuvieron lugar otros cinco levantamientos, en el campo y en la ciudad. En 1830, por ejemplo, veinte *escravos de ganho* armados se apoderaron del mercado de esclavos y liberaron a cien cautivos. La revuelta más importante fue, empero, la de 1835. Perfectamente organizada por esclavos musulmanes tanto en la ciudad como en las plantaciones, fue descubierta antes de que el plan se cumpliera por entero. Con todo, el número de esclavos armados bastó para causar muchas muertes y enormes daños a las propiedades. El terror cundió entre gobernantes y pobladores. Más de cien cabecillas *nago* de la rebelión fueron ejecutados. La represión, que no escatimó ni a los libres de color, fue tan brutal que no habría en la región ningún otro levantamiento de envergadura en los años siguientes.

Quizá más famosa como rebelión frustrada que como movimiento efectivo, la de 1844 en Cuba, conocida como la Conspiración de Plácido o de la Escalera, tuvo en la isla consecuencias similares a las revueltas de esclavos islámicos en el Nordeste brasileño. La conspiración se desarrolló en una época de creciente represión por parte de las autoridades

y de agitación por parte de la población libre en reclamo de un gobierno autónomo, o incluso independiente. En 1842, la legislación más o menos liberal de 1789 sobre la esclavitud, había sido reemplazada por otra más rigurosa. Al mismo tiempo, el rápido crecimiento de la clase de color libre agudizaba las tensiones económicas y sociales entre las razas. Esta situación ahondaba la frustración de los libres de color, muchos de los cuales habían alcanzado posiciones importantes como profesionales. Como los mulatos libres de Saint-Domingue, ellos reclamaban mayores derechos políticos. La conspiración puesta en marcha en 1844 por este grupo pretendía la independencia para Cuba y de cierto tipo de emancipación para los esclavos que se unieran a la revuelta. Los conspiradores fueron por cierto bastante ineptos; estaban también en contacto con los más enardecidos de los representantes ingleses en la isla. Descubiertos por las autoridades mucho antes del inicio del alzamiento, unos 3.000 conspiradores fueron juzgados por tribunales militares. De 300 a 400 fueron exiliados y once ejecutados, entre éstos, un cubano de color libre, el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como Plácido. Aunque malograda, la conspiración dio pretexto para perseguir con saña a los libres de color y endurecer las condiciones de vida de los esclavos en la isla.

Las guerras de independencia en América fueron también ocasión para que estallara, aunque en forma limitada, la violencia de los esclavos. Ambos bandos se apoderaban de esclavos como botín, para incorporarlos luegos a sus fuerzas. Cuanto la guerra dejaba los campos asolados, los esclavos aprovechaban para huir y refugiarse en el cimarronaje. Los partidos en pugna fueron, por lo general, ambivalentes en lo concerniente a la participación de los esclavos. Terminada la lucha, la mayor parte de la tropa esclava fue devuelta a su condición anterior y los grupos que se habían organizado autónomamente reducidos nuevamente a cautividad. Así ocurrió, por ejemplo, en la complicada guerra venezolana de independencia, donde poco hicieron los republicanos en favor de los esclavos a pesar de la promesa de liberarlos hecha por Bolívar en 1816 a Haití a cambio de su apoyo. Esta reticencia era inevitable, puesto que los jefes blancos rebeldes pertenecían en su mayoría a la oligarquía de los plantadores. Mal podían estar, pues, ansiosos por destruir las bases de su bienestar. Ilustra también la ambigüedad de esas relaciones la revuelta republicana de Maranhão contra el imperio brasileño entre 1830 y 1841, ya mencionada. Aunque los esclavos bajo el mando de Cosme Bento das Chagas apoyaron con sus armas a los republicanos, estos blancos miraban con poca simpatía sus reclamos abolicionistas; en 1840, las tropas de esclavos, abandonadas a su suerte, fueron destruidas y sus jefes ejecutados.

Revueltas, rebeliones, conspiraciones y protestas fueron sólo una parte de la hostilidad manifestada por los esclavos a raíz de su condición. En todas las sociedades esclavistas de América hubo una elevada incidencia de crímenes de sangre y contra la propiedad perpetrados por

esclavos. Los registros dan repetida constancia de robos y destrucción de bienes por parte de esclavos; estos delitos se relacionaban, empero, más con las condiciones materiales y la pobreza de su vida, sobre todo en las ciudades, que con la opresión de la cual eran víctimas. Con ella tenían en cambio mucho que ver los crímenes violentos. Vivir bajo el látigo los empujaba a pagar con la misma moneda, no sólo a capataces y a amos, sino también a otras personas, libres o esclavas. Entre 1810 y 1821, dos tercios de las víctimas de delitos en la ciudad de Río de Janeiro fueron esclavos atacados por pares suyos. Muchos de estos ataques se debían a conflictos personales; pero otros tantos derivaban de la hostilidad que sentían contra el sistema dentro del cual se les forzaba a vivir. Embriaguez, desórdenes sociales y crímenes fueron abrumadoramente fenómenos urbanos; sin embargo, ninguna comunidad de esclavos, ni siquiera en la más remota de las plantaciones, se libró de ellos. En un mundo donde la violencia y la desesperación eran el pan de cada día, era inevitable que formara parte de él la protesta, organizada o anómica.

Capítulo 10
Libertos en las sociedades esclavistas

Las sociedades esclavistas de Latinoamérica admitieron siempre la legitimidad de la manumisión, reconocida por el derecho romano y profundamente enraizada en la doctrina cristiana. Aplicada desde los primeros días de la colonización, a partir de los esclavos fue formándose así en cada región de América un estrato de hombres de color libres. El grupo, de lento crecimiento durante los siglos XVI y XVII, no gozó, sin embargo, sino de una libertad restringida, ya que siempre se le impusieron limitaciones por causa de su origen y de su color. A partir de comienzos del siglo XVIII, algunos regímenes esclavistas empezaron a modificar su actitud en relación con la manumisión, lo que repercutió a su vez en el desarrollo de la cohorte de libertos en cada sociedad.

Una amplia gama de circunstancias —religiosas, culturales, económicas, sociales...— influyó para que cada sociedad esclavista de América fuera diferente en cuanto a aceptación y número de libertos. En ninguna dejaron éstos, empero, de enfrentar la hostilidad de sus antiguos amos y de sus nuevos vecinos blancos. Libertad y plena aceptación no siempre equivalían. El racismo no faltó en ningún sistema esclavista americano y ni siquiera desapareció cuando negros y mulatos se convirtieron en ciudadanos libres y, por ende, en competidores económicos y sociales.

La bibliografía norteamericana sobre el tema cuenta con un largo debate acerca de la naturaleza del racismo, así como sobre la cuestión de si éste procedió o fue consecuencia de la esclavitud. Esta existía en las naciones conquistadoras desde mucho antes que la colonización europea y los esclavos africanos irrumpieran en América. Las monarquías ibéricas, en vías de centralización, estaban aplicando en el siglo XV,

cuando empezaron a llegar africanos en gran número, una política discriminatoria basada en el origen y en el credo, y, en menor medida, en el color. Con la consolidación del predominio africano entre la mano de obra servil y del régimen de plantación esclavista, el racismo se convirtió, para las gentes libres de América, en fundamento de la estratificación social. En el contexto ibérico, este racismo armonizaba con ideologías originadas en la conquista portuguesa y castellana de judíos y moros en el Viejo Mundo, aplicadas luego a los indígenas en el Nuevo. El largo conflicto entre cristianos, judíos y moros culminó en una política discriminatoria fundada en la «limpieza de sangre». Desde la expulsión de los judíos de Portugal y de España a fines del siglo XV, la legislación real distinguió cuidadosamente entre «cristianos viejos» —aquéllos que lo eran desde la Edad Media— y «cristianos nuevos» —los judíos o moros recién convertidos. A los cristianos nuevos se les negaba el derecho a ejercer determinadas ocupaciones y funciones públicas o eclesiásticas, y se los trataba en muchos aspectos como ciudadanos de segunda clase. Los indígenas americanos recibieron un tratamiento similar: se los consideró también como pertenecientes a un orden social inferior y tenían, como los cristianos nuevos, prohibido el acceso a ciertos cargos y trabajos. Con un sistema de estratificación de esta índole en funcionamiento, fue inevitable que los prejuicios raciales, llegados a América a la zaga de la esclavitud, se aplicaran a las personas libres de color.

Metrópolis y gobiernos locales dictaron leyes destinadas a limitar los derechos de los libres de color y a ponerlos en un pie de igualdad con los cristianos nuevos. Disposiciones suntuarias prohibían a las mujeres de color libres usar vestidos y joyas que las blancas podían lucir. A toda persona de color libre se le denegaba el derecho a una educación universitaria y la práctica de profesiones liberales, e incluso de algunos oficios especializados, como el de orfebre. Cuando cumplían el servicio militar, obligatorio para todos los hombres libres de la colonia, los libertos eran incorporados a unidades especiales diferenciados por su color, hasta el punto que había cuerpos para negros y otros para mulatos. Por generaciones, el sacerdocio y determinadas órdenes religiosas, así como altos cargos públicos, estuvieron cerrados para los antiguos esclavos y sus descendientes.

En leyes y costumbres las colonias iberoamericanas mostraron su racismo. En sociedades tan rigurosamente estratificadas, negros y mulatos libres habrían de incorporarse en la casta más baja. Para que el sistema colonial de castas funcionara era menester impedir que el mercado recompensara a los individuos según su capacidad y habilidad. Con el mismo fin, tampoco podía permitirse a los libres de color acumular riquezas; su movilidad ocupacional, e incluso la geográfica, debían limitarse. A medida que la importancia económica de los libres de color se hizo sentir, la realidad fue minando la rigidez del plan, proclamado al principio como ideal.

El régimen francés se pareció al de las restantes Indias Occidentales y al de Norteamérica. Francia no había heredado un modelo de castas definido; incluso el duro *Code Noir* del siglo XVII reconocía a los libertos los mismos derechos que a toda otra persona libre. Sin embargo, tal como las colonias iberoamericanas, las francesas se apresuraron a dictar numerosas leyes que restringieron los derechos de los libres de color. Se les impusieron distinciones suntuarias y ocupacionales y hasta castigos diferentes para los criminales. Importaba ante todo que el libre funcionamiento del mercado laboral no desplazara a los blancos de su posición dominante en la sociedad local. Lo mismo ocurrió en las colonias esclavistas de las potencias noreuropeas. Algunas de éstas llegaron incluso a proscribir los matrimonios interraciales y a castigar con severidad al blanco que tuviera relación sexual con negra o mulata.

Todas las colonias esclavistas de América fueron, pues, racistas e impusieron restricciones a la libertad de los antiguos esclavos. Con todo, en la realidad siguieron cursos diferentes. Estos dependieron de las formas en que se aplicó la manumisión y del grado de legitimidad otorgado al liberto dentro del orden económico y social. En todas partes se empezó con una generosa concesión de la manumisión. Muchos blancos liberaron entonces a sus esclavos, los amos en recompensa por un servicio leal o los padres a sus hijos. Igualmente generalizada y temprana fue la práctica de comprar la libertad. Las divergencias en el desarrollo de los regímenes esclavistas en relación con los libertos empezaron a manifestarse generaciones después. Las colonias ibéricas, por su parte, no sólo continuaron apoyando las formas tradicionales de manumisión sino que también aceptaron y codificaron la coartación. De resultas, se acrecentó allí el número de libertos, lo cual, a su vez, alentó una mayor difusión de la manumisión.

Otras sociedades, que habían empezado de la misma manera, fueron, en cambio, presas de un creciente temor ante el aumento de los libres de color. Aunque contaban con una legislación restrictiva similar a la de las posesiones ibéricas, los blancos de estos lugares desconfiaron de la eficacia de esas prohibiciones para salvaguardar sus privilegios. Atacaron entonces la práctica de la manumisión, haciéndola más difícil tanto para el amo como para el esclavo. Mientras los regímenes ibéricos legitimizaban la compra de la propia libertad, los norteamericanos la limitaron, cuando no la prohibieron del todo. Esta resistencia contra la manumisión fue de hecho reduciendo en estas sociedades el número de libertos, que se mantuvo relativamente bajo hasta los años finales de la esclavitud.

La legislación de los territorios ingleses, franceses, holandeses y norteamericanos acentuó su hostilidad contra los libertos, en especial tras la revolución haitiana. Algunas colonias o estados prohibieron temporariamente la manumisión e impusieron restricciones severas a la movilidad ocupacional y aun física de los libres de color. La exigencia de registrarse para trabajar y la prohibición de concertar determinados tipos

de contrato limitaron aún más las oportunidades económicas y ocupacionales de esta clase. Hasta se intentó devolver libertos a Africa.

En la América española, la población de color libre creció lentamente a lo largo de los siglos XVI y XVII. Durante el XVIII, el ritmo se acelera. A pesar del arribo continuo de africanos a Perú y a la franja septentrional de Sudamérica, en casi todas las colonias el contingente de libres de color aumentó, sobrepasando al de los esclavos. En Panamá, por ejemplo, había, en 1778, 33.000 personas de color libres contra 3.500 esclavas; y, todavía más, esas 33.000 representaban la mitad de la población total. En el Virreinato de Nueva Granada, que incluía las actuales naciones de Colombia y Ecuador, se calculan, para 1789, unos 80.000 esclavos y 420.000 libres de color. Los mismos grupos sumaban, respectivamente, 64.000 y 198.000 en las prósperas plantaciones de cacao de Venezuela. Perú, cuya dotación de esclavos se había reducido a unos 40.000 en 1792, tenía 41.000 libres de color entonces. Algo similar ocurría en Chile, el Alto Perú y el Río de la Plata, donde negros, mulatos y sus descendientes libres igualaban o superaban los pocos miles de esclavos que allí residían. En México la distancia entre ambos grupos se ensancha: contra 10.000 esclavos había, en 1810, entre 60.000 y 70.000 libres de color. Algunos investigadores mexicanos han calculado en más de medio millón esta población de los denominados afromestizos; la cifra parece, empero, exagerada. No cabe duda, en cambio, de que hacia 1800 en estas regiones los libres de color solieron sobrepasar holgadamente en número a los esclavos. En esa época, las colonias continentales de Hispanoamérica albergarían, calculando al tanteo, entre medio millón y 650.000 personas de color libres.

La experiencia de las colonias insulares de la América española fue algo diferente. En Puerto Rico y en Santo Domingo, la población de color libre sobrepasaba, a fines del siglo XVIII, la de esclavos. Cuba no estuvo lejos de repetir este desarrollo; pero el flujo de esclavos fue allí tal que los libres de color, pese a su constante crecimiento, no pudieron alcanzarlos sino en la segunda mitad del siglo XIX. Alrededor de 1788, en Santo Domingo residían 80.000 libres de color frente a 15.000 esclavos; estas proporciones se mantuvieron en adelante. En 1775, Puerto Rico albergaba 35.000 libertos y 7.000 esclavos. En 1820, éstos habían aumentado a 22.000, pero los libres de su mismo linaje sumaban ya entonces 104.000 y excedían en número a los blancos. En Cuba residían, en 1792, 85.000 esclavos y 54.000 libres de color. En 1810, éstos llegaron a ser 114.000; pero los esclavos casi duplicaban esa cifra. Hacia el cuarto decenio del siglo, el pausado crecimiento de los libres de color había agregado a su contingente unas pocas decenas de mil. Los 149.000 que había mal se comparaban con los 324.000 esclavos de la isla. En los veinte años siguientes, los libres de color apresuraron su ritmo de crecimiento. En el censo de 1861, los 232.000 registrados dentro de esa categoría mostraron haber acortado la distancia que los separaba de los esclavos, unos 371.000. Tras las brutales luchas de in-

dependencia, conocidas como la Guerra de los Diez Años (1868-1878), los libres de color, unos 272.000 entonces, superaron por fin a los esclavos y siguieron aumentando hasta exceder el medio millón de personas en vísperas de la abolición de la esclavitud.

En Brasil, la población de color libre creció a un ritmo más vivaz que en la mayor parte de la América española; su trayectoria hasta el siglo XIX fue, empero, similar. Según cálculos realizados para el siglo XVIII, los libres de color constituían un importante segmento de la población en todas las regiones brasileñas, aunque no excedían en número a los esclavos. Diferente a lo que ocurrió en Cuba, la llegada masiva de africanos en el XIX no hizo más moroso el incremento de los libres de color. Por el contrario, éste se aceleró durante la primera mitad del siglo, tanto que para 1850, al cerrarse por fin la trata negrera, los libres de color habían sobrepasado ya la cifra de esclavos. El primer censo nacional de 1872 registró, frente a 1,5 millón de esclavos, 4,2 millones de libres de color. Esta cantidad no sólo sobrepasaba la de los blancos, sino que representaba el 43 por 100 del total de 10 de millones de brasileños. Todavía faltaban más de diez años para la abolición de la esclavitud.

Hubo, desde luego, variaciones regionales en Brasil. En el Nordeste, los libres de color predominaban ya a principios del siglo XIX. En Pernambuco vivían, en 1839, 127.000 personas de esta categoría cuando los esclavos apenas alcanzaban la mitad de esa cifra. Esta proporción se reiteraba, al parecer, en Bahía y Maranhão. La provincia de Río de Janeiro, por el contrario, destacaba como la única donde, en 1872, los esclavos rebasaban a los de su linaje ya libres. Este no era el caso de São Paulo y de Minas Gerais. El primero había alcanzado el empate hacía poco tiempo; Minas Gerais, en cambio, habría tenido más libertos que esclavos desde la segunda década del siglo. Los libres de color abundaron, pues, por todas partes; en el Nordeste, empero, fueron probablemente más numerosos. Los dos estados donde alcanzaron en 1872 sus cotas más altas fueron Bahía con 830.000 y Minas Gerais —también el estado con la mayor cantidad de esclavos— con 806.000.

Este animado crecimiento del contingente de libertos en la América ibérica contrasta fuertemente con lo ocurrido en otras colonias esclavistas. Franceses, ingleses y holandeses fueron imponiendo cada vez mayores restricciones a la manumisión con el objeto de impedir el desarrollo de la clase de color libre. Por más que empezaron con números relativos de libertos equiparables a los de las posesiones ibéricas, consiguieron frenar su incremento. A fines del siglo XVIII, los libres de color se habían quedado muy a la zaga de la población blanca y representaban apenas una fracción del total de la población de color en todas las colonias noreuropeas, tanto continentales como insulares. Hacia 1780, Saint-Domingue, Martinica y Guadalupe sumaban entre las tres unos 30.000 libres de color, frente a 575.000 esclavos y 52.000 blancos. La situación no era mejor en las Indias Occidentales británi-

cas, que en conjunto albergaban 13.000 libertos, 53.000 blancos y 467.000 esclavos. La pobre representación de los libertos volvía a darse en los Estados Unidos. Aquí, el primer censo federal de 1790 numeró 32.000, al lado de 658.000 esclavos y de 1,3 millón de blancos.

Al iniciarse el siglo XIX, los libertos sobrepasaban, por tanto, en número a los esclavos en casi todas las colonias ibéricas, mientras que en los regímenes esclavistas fuera del dominio español o portugués apenas representaban una fracción de la población esclava. A pesar de esta disparidad, su incremento había sido de tal magnitud en Iberoamérica que eran a la sazón entre la mitad y los dos tercios de los esclavos residentes en el Nuevo Mundo. Los libres de color sumarían, aproximadamente, entre 1,7 y 1,9 millones frente a un total de esclavos por encima de los tres millones.

Esta desproporción entre las sociedades esclavistas ibéricas y las de origen noreuropeo se fue corrigiendo en el curso del siglo XIX cuando, impulsadas por las repercusiones de la Revolución Francesa y por las campañas de los abolicionistas, las colonias francesas y británicas en las Antillas y en las Guayanas empezaron a levantar las limitaciones impuestas a la manumisión. En Martinica y en Guadalupe un gran número de esclavos había sido liberado durante las prolongadas guerras civiles y los conflictos del período napoleónico. En 1815, en ambas islas más Cayena residían 22.000 libertos frente a 196.000 esclavos, una proporción de libres de color superior a cualquiera alcanzada antes de 1789. La restauración de la monarquía en Francia tuvo, sin embargo, consecuencias desgraciadas para los libres de color, ya que pretendió detener las manumisiones y restablecer el *Code Noir*. La Monarquía de Julio de 1830 viró otra vez el rumbo, y a partir de esta fecha hasta la abolición de la esclavitud en 1848 la población de color libre se incrementó rápidamente en las tres posesiones francesas en América. En 1831 sus libertos recuperaron plenamente sus derechos civiles. En 1847, en vísperas de la abolición, sumaban ya 77.000; los esclavos, 174.000. Las colonias británicas también aflojaron las restricciones que pesaban sobre la manumisión; sus libres de color estuvieron, empero, siempre lejos de la cantidad de esclavos existente en el momento de la abolición. En 1832, en las Antillas y en la Guayana británicas unos 127.000 libertos convivían junto a 663.000 esclavos.

Por más que el segmento de personas de color libres se amplió aquí antes de la extinción de la esclavitud, su presencia, no cabe duda, suscitó temor y una resistencia más pronunciada que en las colonias y repúblicas de la América ibérica. El miedo, expresado ante todo como cercenamiento de la manumisión, procedía, al parecer, del racismo que saturó a la sociedad en todos sus niveles. Los blancos libres temían una competencia imposible de controlar en el mercado laboral por parte de los libertos; a su entender, color y posición social debían ser idénticos. La existencia de una cantidad grande de negros y mulatos libres ponían en tela de juicio, creían, la legitimidad misma de la esclavitud.

El miedo a la competencia se originaba en el hecho aislado de que un contingente relativamente reducido de *gens de couleur* de las Antillas francesas había alcanzado un poder suficiente como para hacer tambalear el dominio de la clase de los amos blancos. Mientras que los libertos de otras regiones se incorporaron a los rangos sociales más bajos, en las posesiones francesas pudieron, desde el comienzo, convertirse en plantadores y enfrentarse a los grupos privilegiados de blancos. Estas circunstancias explican la ferocidad del ataque contra los derechos de los libertos, así como la capacidad de éstos para destruir finalmente la dominación de los amos blancos en medio de las turbulencias desatadas por la Revolución Francesa. En otros lugares fuera del ámbito de la América ibérica, la simple idea de una clase de libertos floreciente quebrantaba, a juicio de los blancos, la viabilidad del sistema esclavista; no debe sorprender, pues, que arremetieran contra esa clase, aun cuando por su tamaño y pobreza, fueran competidores poco temibles, incluso para los blancos pobres. La identificación de color con posición social había arraigado en estas sociedades tan profundamente que una clase de color libre les parecía una anormalidad, tolerada a regañadientes.

Por el contrario, en las colonias ibéricas, con una rígida estructura de clase, distinciones de casta y color claramente delineadas, un sistema legal de estratificación con dos categorías de ciudadanos más vínculos de familia y parentesco bien establecidos, incluso para las uniones ilegítimas, los blancos parecían sentirse más a resguardo de la competencia de los esclavos liberados y de sus descendientes. Esta relativa conformidad de la clase dominante se manifestó desde el comienzo al fin de la esclavitud en una generalizada aceptación, tanto pública como privada, de la práctica de la manumisión. Investigaciones recientes destacan la complejidad del proceso de manumisión, que involucraba o no la voluntad del amo y la del esclavo.

A primera vista parecía que los españoles y portugueses simplemente liberaban por razones económicas a esclavos viejos o enfermos. No fue así. Un estudio sobre 7.000 manumisos en Salvador de Bahía entre 1684 y 1745, ha determinado que, dada la elevada participación de niños y jóvenes, la edad promedio de estos esclavos liberados fue de quince años. Un porcentaje sorprendentemente alto de esclavos manumisos en las ciudades, de México a Buenos Aires, fueron africanos; en realidad, la proporción de éstos en el conjunto de libertos sería igual a la que tenían dentro de la población total. Entre el 40 y el 60 por 100 de los libertos compró su libertad; un tercio la recibió, plena e incondicional, de su amo. El 10 o el 20 por 100 restante fue liberado con condiciones, entre ellas la más frecuente era seguir prestando servicio a la familia. Investigaciones recientes han establecido que alrededor de dos tercios (entre el 60 y el 67 por 100) de los manumisos eran mujeres y que, de ellas, pocas tenían más de cuarenta y cinco años.

Los datos indican, pues, que a la clase de color libre se incorporaban elementos dinámicos, una mayoría de jóvenes y de mujeres. Las tasas de reproducción del grupo eran, naturalmente, superiores a las de los esclavos. El crecimiento de la cohorte de los libertos criollos era reforzado por el continuo aporte de esclavas jóvenes, propensas, por tanto, a una fecundidad elevada.

La manumisión no era un mal negocio para el amo. Esa mitad de libertos que compraba su libertad o los que (entre el 5 el 10 por 100) conseguían que otros se la comprara, solían pagar el precio corriente en el mercado, no el abonado originariamente por ellos. Esto era particularmente gravoso para el esclavo calificado o para aquél cuyo precio de venta había sido inferior. Libertos y esclavos acudieron una y otra vez a los tribunales para que se les fijara lo que consideraban el «precio justo» —el pagado originariamente o, para el nacido en esclavitud, el precio medio de un esclavo adulto. Los jueces fallaron alguna vez a su favor; no obstante, en la mayoría de los casos la sentencia confirmaba el precio consignado. El amo recibía, pues, una suma suficiente para reemplazar al manumiso. A menudo la compra de sí mismo se hacía en cuotas, pagando entre un tercio y la mitad de la suma estipulada como anticipo y el resto en un determinado número de años. El esclavo coartado, es decir, el que había concertado con el amo su rescate, contaba con ciertas protecciones legales. El amo seguía percibiendo lo ganado por el coartado hasta que éste pagaba la última cuota; recibía, pues, aparte del precio de compra convenido, beneficios adicionales.

Entre quienes alcanzaban su libertad por coartación, los africanos y negros fueron bastantes. En cambio, la manumisión concedida gratuitamente por el amo favoreció a criollos y mulatos. Esta preferencia por liberar determinados esclavos expresa el racismo del amo, y explica la proporción de pardos entre los libres de color, mayor que en toda la comunidad esclava. Manumitidas por gracia del amo, hubo asimismo más mujeres que hombres. Los datos muestran, además, que entre quienes compraban su libertad, hombres y mujeres se distribuían parejamente.

Aparte de manumitir a esclavos en actos ante notario público, el amo podía liberarlos en el bautismo. En este procedimiento, usado sobre todo para reconocer a hijos bastardos, bastaba únicamente la declaración de los padres y de los padrinos para considerar libre al niño. También era declarado libre todo expósito, sin tener en cuenta su color. Aunque no existen muchas investigaciones acerca de este recurso para escapar de la esclavitud, el análisis de los registros parroquiales de Paraty, zona rural de Río de Janeiro productora de azúcar y cachaza, muestra que, a principios del siglo XIX, uno de cada cien nacidos allí era un niño esclavo liberado. Su liberación no se formalizaba, como era habitual para otros casos, con la *carta de alforria* o certificado de manumisión, fuente usual para el estudio de la manumisión. Estos expósitos liberados, cuya cantidad parece exigua frente al conjunto de nacidos,

aumentaron, sin embargo, un 16 por 100 al total de manumitidos en los cinco años que abarca el estudio. De ellos alrededor de dos tercios fueron por cierto niñas; su presencia fortalecía el predominio femenino entre los libertos. De haberse repetido estas proporciones en el resto de América latina, la consecuencia hubiera sido una mayor juventud de quienes se incorporaban a la clase de color libre y, por ende, una tasa positiva de crecimiento todavía más elevada.

La manumisión fue, sin duda, más frecuente en las ciudades que en el campo; asimismo, al esclavo calificado le era más fácil comprar su libertad que al no calificado. Los esclavos urbanos contaban con mayores facilidades para ganar dinero y conocían mejor sus derechos que los que vivían aislados en el campo o en plantaciones. No obstante, aun en las zonas rurales se aplicó, y no tan raramente, la manumisión. En un estudio acerca de las probabilidades de liberación que tenía un esclavo rural de Brasil durante la segunda mitad del siglo XIX se calcula que, en una cohorte de esclavos de diez años de edad que alcanzaban los cuarenta, alrededor de un 16 por 100 sería manumitido al llegar a cuarentón, y, de los que sobrevivían hasta los sesenta, un 26 por 100. Estas estimaciones presuponen una tasa bruta de manumisión del 6 por 1.000 anual, una mortalidad bastante elevada y un índice de manumisión constante en todos los grupos de edad.

Una vez liberado, el antiguo esclavo ingresaba, siempre salvo en las Antillas francesas, en el estrato social más bajo. Incluso el trabajador calificado, gastados sus ahorros en la compra de su libertad, se incorporaba empobrecido a la población libre. El antiguo esclavo solía hipotecar, asimismo, sus ganancias futuras en el esfuerzo por liberar a su esposa e hijos. Tan sólo en contadas ocasiones, y sobre todo en las colonias francesas, algún amo socorrió a su vástago manumiso con dinero y recursos para vivir en libertad. De todos modos, estos hijos de blanco constituyeron un porcentaje ínfimo de los manumisos. Esta generalizada pobreza de los libres de color explica sus elevados índices de mortalidad y de morbilidad, superiores a los de las otras clases libres en todas las sociedades esclavistas de América.

Sin embargo, las escasas comprobaciones realizadas indicarían que los libres de color eran más prolíficos que los blancos. En Minas Gerais, segundo estado de Brasil por el tamaño de su población de color libre, la tasa bruta de natalidad fue para este grupo, en 1814, del 42 por 1.000; la de mortalidad, 34 por 1.000. Entre los blancos del lugar las tasas eran, respectivamente, 37 y 27 por 1.000. Otros estudios sobre el tema confirman la idea de que los libres de color tuvieron tasas de fecundidad superiores a las de cualquier otro grupo dentro de su sociedad.

Gracias a esta elevada fertilidad y a la incorporación constante de esclavas manumisas a sus filas, el grupo de los libres de color contó con la mayor proporción de mujeres y fue el más juvenil de los tres estamentos que componían la mayoría de las sociedades esclavistas. En cuan-

to a matrimonio, familia y parentesco, poco se distinguió, por el contrario, del resto de la población libre. El censo de la capitanía de São Paulo de 1800, por ejemplo, apuntó entre los blancos, un 30 por 100 de casados; un 25 por 100 entre los libres de color; y un 18 por 100 entre los esclavos. El censo general de Brasil de 1872 repite la proporción del 30 por 100 de unidos legalmente entre los blancos y casi la misma, ahora un 26 por 100, entre los libertos y sus descendientes; entre los esclavos, en cambio, baja a un 8 por 100.

La clase de los de color libre, trabajadora y desposeída, exhibió, pues, los índices más altos de uniones consensuales y de alumbramientos ilegítimos de la población no servil. Los blancos de las sociedades iberoamericanas apenas salían con todo mejor parados. Las uniones libres no implicaron forzosamente inestabilidad en la vida familiar; simplemente que la boda ante la Iglesia era demasiado costosa para personas tan pobres. Por otra parte, todos los libres de color bautizaban a sus hijos y, contrariamente a los esclavos, elegían un padrino y una madrina para la ceremonia. Ansiosos por trepar en su mundo nuevo de libertad, solían, a diferencia de otros grupos sociales, usar estratégicamente el compadrazgo. Tal como los mestizos en las sociedades donde predominaban los indígenas, muchos libertos elegían a blancos como compadres para ganar de esta manera el favor de personas de una clase superior a la suya. En estos casos, el compadrazgo servía para forjar una relación que contribuiría al ascenso de sus hijos.

Los negros y mulatos libres procuraron, mediante el compadrazgo y protecciones políticas, conseguir la ayuda y el apoyo de sus vecinos blancos más ricos y poderosos. También construyeron una red eficaz de instituciones que reforzó su cohesión interna como afroamericanos. El desarrollo de esta identidad como comunidad fue acicateado por los prejuicios que contra ellos mostraban los blancos, expresados en impedimentos legales que constantemente les recordaban lo restringido de sus derechos. Iglesia y autoridades insistieron, por otra parte, en que se organizaran por sí mismos en sociedades de color.

De las asociaciones políticas, la más importante fue la milicia. Ni la Corona de España ni la de Portugal mantuvieron un ejército permanente en tierra americana. La defensa estuvo a cargo de un reducido grupo de oficiales profesionales que encabezaban las milicias civiles. El servicio militar fue obligatorio para todo liberto físicamente capacitado. A mayor número de libres de color, más compañías de morenos y pardos se organizaban en sus respectivas comunidades. En Iberoamérica, la inmensa mayoría de los libertos físicamente aptos, cabe afirmar, prestó servicio militar en algún momento de su vida durante la época colonial. En tiempos de paz y en regiones aisladas y escasamente pobladas, las milicias raramente se inmiscuían en la vida diaria de la población; casi sin obligaciones, sus funciones eran ante todo ceremoniales. En cambio, en las grandes ciudades de Brasil y Cuba durante buena parte del siglo XVIII y del XIX, las milicias absorbieron mucho tiempo y dinero.

Para el soldado raso, la recompensa por el servicio cumplido fue modesta. En cambio, el oficial negro o mulato ganaba el derecho de recurrir a tribunales militares y otros privilegios. Artesanos ricos anhelaban, por ende, obtener esos cargos que les brindaban, incluso en su actividad comercial, la protección de la justicia militar.

Los conflictos en torno a estas unidades militares de morenos y pardos fueron interminables. Los blancos, con el argumento de que los libertos eran incapaces de mandarse a sí mismos, intentaron a menudo ocupar los rangos de oficiales. Los libres de color pedían, por su parte, que se les permitiera formar caballerías y otros cuerpos de élite, solicitud nunca concedida. Los oficiales morenos y pardos alegaron una y otra vez que se les denegaban promociones o beneficios conferidos normalmente a sus pares blancos. Otras quejas aludían a que se les recargaba de guardias o que se les encomendaban las peores tareas, o que se los destinaba más a menudo fuera de su lugar de residencia. Pese a los prejuicios y a los costos económicos, a veces desproporcionados e injustos, que debieron soportar, los libres de color aceptaron mantener sus milicias y servir como soldados, obligaciones que consideraban propias de su condición de ciudadanos. En Brasil y en la América española, los cuerpos de morenos y pardos siguieron siendo, hasta muy avanzado el siglo XIX, parte fundamental de su esquema militar y defensivo.

La Iglesia, por su cuenta, alentó también a los libres de color a formar cofradías y hermandades propias, en tanto solieron no ser admitidos en las de los blancos. Estas asociaciones fraternales y religiosas, de ayuda mutua, servirían, transcurrido el tiempo, para conservar vivos los cultos afroamericanos y cimentar, en la celebración colectiva de rituales y ceremonias, la amistad y la unidad de clase de las personas de color libres. Creadas con propósitos discriminatorios y respaldadas por una sociedad blanca dispuesta a preservar un orden social nada igualitario, estas organizaciones religiosas voluntarias se convirtieron en pilares de la comunidad de los libres de color, a quienes brindaron un sentimiento de identidad y de valía que, como los cuerpos de milicia, les ayudó a sobrevivir en un medio netamente racista. Nunca faltaron hermandades de este tipo en ninguna ciudad o pueblo donde hubiera una población numerosa de negros y mulatos, libres o esclavos. En los centros urbanos más importantes solía haber varias; y muchas admitían también a esclavos. Estas sirvieron, por consiguiente, para mantener los vínculos entre los que ya eran libres y los que no lo eran y para contrarrestar el antagonismo que, inevitablemente, existió entre quienes estaban comprometidos con el *statu quo* y quienes no podían dejar de oponérsele.

En Brasil, se ha dicho, pocos fueron los libres de color que no pertenecieran a alguna fraternidad; gran número de esclavos se afiliaron también a ellas. En todas se pagaban cuotas; su finalidad era ocuparse de las necesidades espirituales y físicas de sus miembros, incluido el entierro de los muertos. La mayor parte de estas hermandades de la América portuguesa y española eran relativamente pobres y apenas al-

canzaban a sostener algún altar en la iglesia. Hubo, empero, unas pocas que lograron acumular gran cantidad de bienes raíces y tener sus capillas y cementerios propios. Las formas de afiliación variaron: algunas admitieron a cualquier persona, sin tomar en cuenta su color ni situación social, condiciones que en otras se requerían para el ingreso; otras se basaban en fin en una particular ascendencia étnica. De este tipo, por ejemplo, se conocen de Salvador, en el siglo XVIII, una hermandad exclusiva de africanos nacidos en Dahomey y otra de gentes nago-yoruba de la nación *keu*. La época de florecimiento de estas asociaciones se extendió por el siglo XVIII hasta inicios del XIX. La ciudad de Salvador congregaba entonces unas dieciséis de morenos y de pardos, más muchas otras mixtas abiertas a ambos grupos. En la región minera de Minas Gerais existieron hacia ese tiempo veintiuna organizadas según el color de sus miembros.

Aunque estas hermandades y cofradías estuvieran autorizadas a elegir sus juntas directivas, existieron normalmente ciertas cláusulas que les prohibían elegir esclavos o analfabetos para los cargos de presidente, secretario o tesorero. La Iglesia se esforzó asimismo en vigilar esas asociaciones, a las que siempre impuso la tutela de un sacerdote blanco. Las autoridades gubernamentales las obligaron a veces a aceptar blancos para controlar sus finanzas. En la mayor parte de los casos desempeñaron funciones secundarias en la actividad religiosa local. Algunas, sin embargo, tuvieron gran poder económico y político. Destacaron en este sentido las hermandades de la ciudad de Bahía y las desperdigadas por los principales centros mineros de Minas Gerais.

Las hermandades negras, así como muchas blancas, financiaron magníficas obras de arte realizadas por mulatos y negros. En Minas Gerais los arquitectos y escultores más renombrados fueron libres de color. Antonio Francisco Lisboa, conocido como Aleijadinho, hijo de una esclava y de un artesano blanco, adornó las iglesias dieciochescas de Minas con esculturas y decoraciones que le ganaron la reputación de ser el mejor artista brasileño del período rococó. Manuel de Cunha, nacido esclavo, destacó como el retratista más famoso de su época, aunque pintó también en las principales iglesias de Brasil. Adiestrado aquí y en Portugal, su obra era ya reconocida antes de su manumisión. En música, los compositores de Minas fueron todos mulatos. Sobresalió entre ellos Emerico Lobo de Mesquita, organista de una hermandad blanca, miembro de la cofradía mulata de Nossa Senhora das Merces dos Homens Pardos y compositor totalmente al corriente de las novedades del barroco en boga en Europa. Más conocido, aunque menos afortunado como creador, el jesuita José Mauricio, nacido de madre africana, fue nombrado compositor de la corte cuando la familia imperial se instaló en Brasil en 1808. De la clase brasileña de los libres de color salió también una de las cumbres de la literatura no sólo latinoamericana sino también universal: el novelista mulato Machado de Assis. Poco expresó en sus escritos de su clase o de su experiencia personal; estuvo, empero,

íntimamente vinculado en su Nordeste natal decimonónico con los intelectuales de color libres. Los nombres mencionados, entre quienes alguno alcanzó fama internacional, fueron únicamente cimas más visibles de una multitud de libres de color músicos, escritores y artistas que produjeron obras, no sólo para las clases superiores, sino también para las masas.

Los libres de color desempeñaron también todo otro tipo de oficio en la América ibérica. Forzados en ocasiones a constituir corporaciones profesionales propias, a menudo pudieron, sin embargo, incorporarse a los gremios regulares. Ejercieron cuanto trabajo calificado hubiera en estas sociedades, con mayor frecuencia como aprendices u oficiales que como maestros. Con todo, algunos llegaron a ser maestros artesanos aun de oficios que les estaban expresamente prohibidos. Así, entre los oficiales militares de color figuraron orfebres de oro, plateros y joyeros, todas profesiones proscriptas por ley para los no blancos. Algunas ocupaciones estuvieron tradicionalmente dominadas por gente de color, tanto libre como esclava. Así, fueron de color casi todos los barberos, que solían desempeñar funciones de cirujanos. Que negros y mulatos libres abundaran en los trabajos calificados e incluso prevalecieran en algunos, no significa que su vida económica transcurriera sin tropiezos. Los archivos están llenos de demandas entabladas por artesanos blancos contra sus compatriotas de color libres. Por cada uno que destacaba, hubo siempre varios a quienes la barrera del color impedía el libre ejercicio de su profesión. Los blancos no se cansaron de pedir que morenos y pardos formaran corporaciones gremiales propias, o que fueran sometidos a exámenes más severos para obtener el título de maestro, o que se les negara lisa y llanamente el derecho a ejercer oficios en cualquier nivel. No obstante, la Corona y los funcionarios reales terminaron por aceptar su derecho a existir, por motivos muy prácticos: necesidad y eficacia comprobada. Los prejuicios fueron, por consiguiente, corrientes por todas partes, pero contrarrestados por alguna posibilidad de movilidad social y de integración económica.

En los trabajos menos calificados, donde los blancos eran pocos y estaban menos interesados en competir, disminuía la oposición. Entre los servidores domésticos, vendedores ambulantes, estibadores, marineros... predominaron esclavos y libres de color. Estas ocupaciones brindaban, sin embargo, a los antiguos esclavos y a sus descendientes cortas ganancias y escasas posibilidades de ascender. De cualquier modo, les proporcionaron la independencia económica que les permitió sobrevivir en el mundo libre dominado por una economía competitiva de mercado.

En fronteras, montañas, vecindades de ciudades y pueblos, tierras de plantación abandonadas... la mayoría de los antiguos esclavos construyó su vida como campesinos libres. Fueron, por lo general, ocupantes ilegales; pocos tenían en regla los títulos de propiedad. En zonas donde la esclavitud había proliferado, constituyeron el grueso de la población

rural con una agricultura de subsistencia. En otros sitios, de su trabajo dependió buena parte del aprovisionamiento de los centros urbanos.

Incorporados en los escalones más bajos de la sociedad, sin educación ni capital, el ascenso de libertos y manumisos fue lento y penoso Por ejemplo, en Cuba sólo un 5 por 100 de los escolares de nivel primario y secundario eran, en 1860, libres de color, cuando los de esta clase constituían el 16 por 100 de la población total. Asimismo, en el Oriente, zona de la isla con mayor concentración de libres de color, había menos escuelas y servicios sociales. De los 14.000 propietarios existentes en Cuba en 1861, únicamente 1.000 eran de color, por más que en los distritos más pobres de la provincia de Oriente solieron ser los terratenientes más importantes.

Sólo en un caso en la América esclavista surgió de la clase de los libres de color un grupo importante de plantadores: el de Saint-Domingue, mencionado ya. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, prosperó, en el occidente de la colonia, un grupo de mulatos propietarios de haciendas. Gracias a su trabajo o al de sus hijos, estos libertos convirtieron la reducida herencia recibida del padre blanco en grandes plantaciones dotadas de numerosos esclavos. Retoños de estas familias viajaron a Francia para recibir una educación superior o ingresar en alguna profesión liberal.

El destino normal de este grupo hubiera sido, con el curso del tiempo, mezclarse con las clases altas e identificar sus intereses con los de los blancos. No ocurrió así. Los blancos, tanto criollos como franceses, veían cada vez con mayor alarma el creciente poder económico y educacional de esta nueva elite parda. Por más que el *Code Noir* de 1685 otorgaba la ciudadanía plena y sin condiciones a los libertos, leyes dictadas en la colonia y en la metrópoli durante el siglo XVIII procuraron una y otra vez aislarlos, clausurarles el camino de la manumisión y despojarlos de los derechos de que los blancos gozaban. Enconados, pues, por los blancos, los plantadores mulatos, a pesar de su posición social, hubieron de buscar sus aliados entre sus vecinos de color más pobres. Estos, en Saint-Domingue como en las otras posesiones francesas en América, ocupaban, como artesanos oficiales y aprendices o pequeños agricultores, los rangos inferiores de la sociedad libre. Aunque tuvieron un nivel de educación más elevado, estos grupos de Saint-Domingue eran por lo demás idénticos a los de cualquier otro lugar de la América esclavista. Ahora bien, contaron con un liderazgo poderoso que luchó por sus derechos, y esto sí los hizo distintos. Por más que casi siempre perdedores ante los blancos, jefes como Rigaud, Ogé y Labastille influyeron a la larga en la opinión de los radicales de la isla y de la metrópoli. El estallido de la Revolución Francesa les dio la oportunidad de devolver los golpes y de invertir la corriente de la legislación racista que ahogaba sus vidas. En 1789 consiguieron que la Asamblea Francesa les restituyera la ciudadanía plena. Para defender lo ganado contra los enfurecidos blancos de la colonia, tomaron las armas. Triunfantes contra los

blancos, las tropas de los mulatos libres cayeron finalmente vencidas ante el ejército de los esclavos rebeldes.

La batalla perdida en Saint-Domingue no desanimó a los libres de color de Martinica y Guadalupe. Más humildes, pero igualmente educados, agricultores y tenderos de esta clase pelearon porfiadamente otra vez, durante el período napoleónico y la restauración monárquica, contra el racismo. Incansables campañas en el interior y en el exterior volvieron a convencer a la opinión francesa de la justicia de su causa. La Monarquía de Julio facilita, en 1830, la manumisión en las islas y, por fin, en 1848, decreta la abolición definitiva de la esclavitud en sus posesiones americanas. Los libres de color se habían transformado en una fuerza política tan poderosa que, en la primera delegación de las islas enviada a la Asamblea Francesa durante el decenio siguiente, ellos prevalecieron. De la media docena de representantes elegidos, sólo uno era blanco y precisamente el principal abolicionista de la colonia.

Ninguna otra clase de color libre mostró en la América esclavista tanto poder político y tanta solidaridad como la combativa comunidad de las colonias francesas. En el mundo ibérico, entre los libres de color destacaron ocasionalmente personalidades en actividades políticas, a menudo identificándose con sus iguales libres o esclavos, pero no pocas veces diferenciándose o aun oponiéndose a ellos. La complejidad de las relaciones, sobre todo en las sociedades iberoamericanas decimonónicas, se debió a una menor eficiencia del racismo y a una mayor aceptación de los libertos. Estos desempeñaron toda clase de funciones políticas: fueron funcionarios públicos, ocuparon cargos militares o administrativos electivos, encabezaron insurrecciones armadas... La familia Rebouças de Brasil, cuyo fundador fue abogado y representante por elección ante la legislatura provincial de Bahía y cuyos hijos fueron ingenieros y administradores en la corte imperial, representa un tipo de conducta, como Antonio Maceo, el héroe revolucionario de la guerra cubana de 1868, representa otro. Luis Gama y José de Patrocinio, libres de color, animaron el movimiento abolicionista brasileño mientras el vizconde mulato Francisco de Soles Torres, antiguo ministro y director del Banco de Brasil, era partidario de la esclavitud. En los ejércitos tanto de los realistas españoles como de los republicanos criollos durante las guerras de independencia (1808-1825) descollaron numerosos jefes de color, algunos de los cuales hicieron luego carrera política bajo el amparo de los nuevos gobiernos republicanos. Las disciplinadas milicias de negros y mulatos lucharon con denuedo en uno y otro bando. En regiones de esclavitud cuando arreciaron las luchas, como en Perú, o en Venezuela, realistas y republicanos liberaron a cantidades de esclavos para incorporarlos al servicio militar.

Atacados, despreciados, rechazados, temidos como competidores, recelados como nuevos ricos, los libres de color de todos modos se multiplicaron rápidamente en los regímenes esclavistas que los habían engendrado. Pudieron forjar una comunidad capaz de funcionar en una

economía libre de mercado. Pelearon encarnizadamente, alguna vez con éxito, por su derecho a la movilidad social y económica y a una ciudadanía plena. Esta, la más difícil de las luchas, se prolongaría por largo tiempo aun después de extinguida la esclavitud. El combate incesante de los libertos por su aceptación serviría, a la hora de la abolición, para allanar en alguna medida la entrada de africanos y de afroamericanos en la sociedad de los libres.

Capítulo 11
De la esclavitud a la libertad

La revolución haitiana fue solo una manifestación más de una creciente oposición contra la esclavitud africana. Desde tiempo atrás se había difundido por imperios y colonias esclavistas un movimiento abolicionista que, por vez primera en la historia moderna de Europa, ponía en tela de juicio la legitimidad de la institución. Desde los inicios de la esclavitud en América hubo individuos que objetaron su existencia; tales voces aisladas no habían conseguido, empero, cambiar la opinión común ni arrastrar suficientes seguidores. A partir de comienzos del siglo XVIII, creció el número de religiosos y filósofos que impugnaron la validez tanto legal como moral de la esclavitud. Los autores franceses de la Ilustración, con su visión racionalista del mundo y la idea de un relativismo cultural contrapuesto al eurocentrismo vigente, hicieron tambalear los puntales de la esclavitud. El golpe de gracia lo dio, hacia 1740, uno de los pensadores ilustrados de mayor prestigio, Montesquieu, quien escribió la obra titulada *El espíritu de las leyes.*

Una embestida más directa vino asimismo de corrientes radicalizadas y milenaristas dentro del protestantismo, contrarias a la esclavitud. Frente a estas sectas, la de los cuáqueros, más conservadora, estuvo en cambio comprometida con la trata y la explotación de africanos en América. Hacia 1770, sin embargo, la innegable contradicción que había entre sus creencias y su práctica terminó por resolverse en contra de la esclavitud. Los cuáqueros difundieron sus nuevas ideas entre sus miembros y aún más allá.* Movimientos evangélicos manifestaron asimismo su rechazo contra la institución. En 1774, John Wesley anatematizó la esclavitud como un pecado contra el hombre. Hasta la justificación económica de la institución fue atacada. En 1776, Adam Smith,

en su obra *La riqueza de las naciones,* definió la esclavitud como un anacronismo dentro de la sociedad moderna y la declaró incapaz de competir con la mano de obra libre.

El abolicionismo, pese a contar apenas con una minoría de adeptos, había logrado el apoyo de un influyente grupo de pensadores y religiosos. Ya no eran voces aisladas o críticos marginales sus defensores; al contrario, crecía el acuerdo entre las clases dirigentes de Europa contra la esclavitud. En su opinión, ésta, a pesar de sus profundas raíces en la historia, había perdido legitimidad y contradecía al derecho tradicional o resultaba incompatible con una sociedad ilustrada. Este consenso explica por qué las principales potencias esclavistas arremetieron en Europa contra la esclavitud. En el decenio de 1770, Francia, Inglaterra y Portugal dictaron leyes o apoyaron dictámenes judiciales que en la práctica abolían la esclavitud dentro de sus territorios metropolitanos e islas atlánticas más cercanas.

A estas medidas siguieron en Norteamérica otras a favor del abolicionismo impuestas durante la revolución de 1776 por republicanos y protestantes milenaristas y evangélicos. Se promulgaron disposiciones graduales que declaraban libre a todo hijo de esclavo nacido a partir de entonces y que obligaban al amo de sus padres a mantenerlos como aprendiz hasta el comienzo de su edad adulta. Primeros en declarar la abolición fueron algunos estados norteños de la nueva república: Vermont en 1777, Pennsylvania y Massachusetts en 1780. A ellos les siguieron, en 1784, con leyes de una abolición progresiva, Rhode Island y Connecticut. Todas éstas eran zonas con reducido número de esclavos, servidores domésticos principalmente.

La primera liberación masiva de esclavos como resultado de un movimiento abolicionista data de la Revolución Francesa. Con mayor firmeza que la revolución norteamericana, la francesa se enfrenta con el contrasentido que supone esclavizar seres humanos en una sociedad igualitaria. En 1788 se fundó en Francia, con el apoyo de los cuáqueros británicos, una sociedad antiesclavista, conocida como los *Amis des noirs.* Surgida de clases altas, esta asociación tuvo escasa repercusión hasta el estallido de la revolución en 1789. Incluso entonces, fueron los largos debates sobre la representación que debía adjudicarse a las colonias y sobre los derechos civiles de negros y mulatos libres los que permitieron a los *Amis* propagar sus ideas entre un público más amplio. En el curso de diversas asambleas, los abolicionistas, encabezados, entre otros por el abate Grégoire, Lafayette y Mirabeau, fueron extremando sus propuestas y apoyaron a la facción girondina. La cuestión hubiera perdido interés de no haber sido por la constante presión política y militar ejercida desde las Indias Occidentales por los libres de color. De 1789 a 1793, las pujas entre plantadores y negros y mulatos libres y, luego, esclavos rebeldes, determinaron a la opinión francesa, cada vez más radicalizada, a declarar la abolición de la esclavitud en sus colonias. La resolución de la Asamblea de febrero de 1794 afectó únicamen-

te a los 491.000 esclavos de Guadalupe y de Saint-Domingue, que fueron emancipados, aunque mantenidos en las plantaciones como *cultivateurs* o aprendices. Martinica había caído a la sazón en mano de los ingleses y Cayena de los portugueses. La anulación de la abolición decretada por Napoleón en 1802 decidió a los negros rebeldes a declarar la independencia de Haití. Con ella llegó la liberación a todos los esclavos que quedaban allí.

Los actos de la Revolución Francesa en favor de la abolición inspiraron a escasos seguidores en otras sociedades americanas. En colonias hispanoamericanas y en Brasil hubo alguna protesta o alguna conspiración sin mayores consecuencias. Contra plantadores parapetados en una eficaz resistencia con el apoyo de gobiernos, republicanos o metropolitanos, se necesitaría algo más que la alianza de evangélicos y pensadores radicales para acabar con la esclavitud. En Europa comienza entonces una movilización masiva que se concentró primero en la parte más vulnerable del sistema: su dependencia de la trata. Un extendido sentimiento de repulsa contra la inmoralidad del comercio negrero hacía de éste un blanco más fácil.

En Inglaterra, la Sociedad para la Abolición de la Trata, fundada en 1787, montó una eficaz campaña pública contra el tráfico negrero. Al año siguiente conseguía la promulgación de una ley que mejoraba las condiciones de transporte de los esclavos limitando su número según el tonelaje del buque. Esta medida no sirvió, pronto se demostró, para incrementar el espacio adjudicado a los africanos a bordo. En 1799, otra ley obligó a concederles una cantidad determinada de espacio. La abolición de la trata, tanto tiempo reclamada, se sancionó en 1807 y se puso en ejecución al año siguiente.

La campaña contra la trata pronto se propagó a otras naciones de Europa y América. En 1787 el Congreso de los Estados Unidos estableció como fecha para su cese el año de 1808. En 1792 la abolieron los daneses; éstos fueron, en 1802, los primeros en poner fin efectivo al comercio negrero. Durante la segunda y tercera décadas del siglo XIX, varias de las flamantes repúblicas latinoamericanas abolieron asimismo la trata.

Los antiesclavistas ingleses emprendieron una vigorosa campaña para acabar con el comercio negrero en todas las naciones. Presionaron a las autoridades de su país para que compelieran a otros gobiernos a cerrarlo. En el Congreso de Viena de 1815 varias naciones, apremiadas por Inglaterra, renunciaron a la trata. Incluso Francia, que en el período anterior a la revolución había transportado grandes cantidades de africanos y confiaba en reanudar el negocio, tuvo, vencida, que ceder a las presiones británicas. Mediante sendos tratados firmados en 1815 y 1817, Inglaterra obtuvo de españoles y portugueses la promesa de liquidar gradualmente la trata. En 1820 la marina británica comenzó a patrullar las costas africanas. Veinte años después, la mayor parte de las potencias navales europeas había otorgado además a Inglaterra el derecho a regis-

trar sus barcos en altamar. A ello accedieron también, pasado 1850, los brasileños y finalmente, en el decenio siguiente, los Estados Unidos.

Unicamente España y Portugal no cedieron a las demandas de Inglaterra. La política exterior británica en esta época se empeñó especialmente en obligarlas a terminar con la trata. Exigió a ambas naciones y al nuevo estado de Brasil a declarar a la trata piratería; hacia 1830 logró que los tres países aceptaran la formación de comisiones judiciales mixtas cuya función era condenar toda nave sorprendida con cargamento de esclavos. Infringiendo una y otra vez lo acordado, españoles y portugueses pudieron continuar con la trata hasta la segunda mitad del siglo. Pero los bloques navales y las patrullas de los ingleses dificultaban cada vez más la labor de los tratantes. En 1850, las presiones militares y diplomáticas inglesas impusieron finalmente a Brasil, más receptivo, el cese definitivo del tráfico negrero. Los españoles, cuyas posesiones cubanas eran las más importantes que les quedaban, resistieron, aunque de vez en cuando dictaban alguna ley, totalmente ineficaz, a favor de la abolición. El transporte de africanos a Puerto Rico, de menor cuantía, cesó en el decenio de 1840; acabar con el de Cuba requirió a ingleses y norteamericanos juntos imponer, unos veinte años después, un bloqueo. Con este acto finalizó realmente la trata transatlántica.

Contra lo que los abolicionistas creían, el cierre del tráfico negrero no acabó con la esclavitud en América. Extinguida la trata, la población esclava dejó de menguar; donde se escatimaba su liberación, los esclavos nacidos en América empezaron a alcanzar tasas positivas de crecimiento. Los abolicionistas europeos y americanos juntaron fuerzas entonces para una acometida final contra la institución. La emancipación de los esclavos era, empero, una empresa bastante más difícil y costosa que abolir su trata. Los propietarios de esclavos enfrentaron, en las sociedades esclavistas más importantes, a los partidarios de la emancipación; y en cada caso ésta fue ganada sólo gracias a intervenciones políticas o militares. Los amos pelearon o aplazaron cada paso encaminado a la liberación de sus esclavos, mostrándose hasta el último momento dispuestos a mantener intacto el régimen. En las Indias Occidentales francesas e inglesas, en los Estados Unidos, en Brasil, en las islas bajo posesión española... el precio del esclavo se mantuvo alto hasta la abolición. Esta demostración de confianza en su poder por parte de los propietarios de esclavos explica el redoblado ardor con que los antiesclavistas tuvieron que luchar. Cuando por fin debieron aceptar su derrota, los amos reclamaron compensaciones en dinero por los esclavos liberados o el derecho a usar de ellos gratuitamente como «aprendices». Procuraron, pues, obtener más del costo de sus antiguos esclavos y mantener el control, aun después de la emancipación, sobre la fuerza de trabajo.

Los movimientos por la abolición de la esclavitud marcharon a ritmos diferentes en las diversas sociedades esclavistas. En Inglaterra y Francia cobraron fuerza entre 1820 y 1840, sobre todo cuando, frustrados, percibieron que su campaña contra la trata quedaba atascada en

el cenagoso terreno de una confrontación con las potencias navales del mundo. Tras innumerables peticiones a los parlamentos e interminables debates, a más de huelgas y desórdenes entre los esclavos de las colonias que culminaron con la rebelión de Jamaica de 1831 y 1832, el gobierno británico resolvió finalmente, en 1834, abolir la esclavitud. La reacción de los plantadores fue, empero, tan violenta que la metrópoli tuvo que acceder a sus demandas antes de liberar a los 668.000 esclavos de sus posesiones americanas. Los amos recibieron generosas compensaciones al contado y el derecho de usar, a partir de 1834, por seis años, a los esclavos como aprendices. Pero las huelgas y disturbios desencadenados por éstos persuadieron a las autoridades a acabar con el sistema compulsivo de trabajo. Para 1838, la mayor parte de las colonias británicas habían dejado de aplicar el aprendizaje.

La experiencia inglesa sirvió de lección a franceses y daneses diez años después. Otra vez, la obstinada oposición de plantadores y dueños de esclavos forzaron a los respectivos gobiernos a pagarles indemnizaciones al abolir, en 1848, la esclavitud. Pero también la denodada resistencia de los 174.000 esclavos franceses y de los 22.000 daneses disuadieron a ambas naciones de cualquier intento de introducir el aprendizaje; todos fueros liberados directamente. Cuando les llegó, en 1863, su turno, los holandeses tampoco intentaron negar a los 45.000 esclavos emancipados en Surinam y en sus colonias antillanas la libertad de residencia y de trabajo.

Donde los esclavistas controlaban el gobierno, la emancipación avanzó a paso más lento. Los grupos protestantes que habían sido tan eficaces en los movimientos abolicionistas parecieron gastar su empuje inicial en la abolición de la trata y la liberación de los esclavos de los estados norteños de los Estados Unidos. El ataque contra el régimen esclavista sureño se demoraría hasta bien avanzado el siglo XIX.

En la mayoría de las repúblicas de Hispanoamérica lo corriente fue, tras su independencia política, la emancipación gradual de los esclavos. Decretaron la libertad de vientres, por la cual todo hijo de esclavo nacido a partir de cierta fecha era libre. Obligaron, empero, a estos nuevos libertos a servir por largos plazos como aprendices a sus antiguos amos. A la par, ningún esclavo nacido antes de las leyes dictadas durante el decenio de 1820 fue liberado. En estos estados la esclavitud se prolongaría, aunque en declinación, hasta mediados de siglo.

Este tipo de proceso puede ilustrarse con el caso de Venezuela, Colombia y Ecuador. Independizadas por Simón Bolívar y reunidas en una confederación, la Gran Colombia, su gobierno decretó en 1821 la libertad de vientres y estableció juntas locales de manumisión para recaudar unos impuestos especiales destinados a comprar la libertad de los nacidos antes de julio de ese año. Estos esclavos sumaban para los tres países entre 125.000 y 130.000. Con la desintegración de la confederación, el movimiento abolicionista pierde brío. Los poseedores de esclavos se las arreglaron para manipular las leyes en su favor durante los dos decenios

siguientes. Los contratos de aprendizaje se prolongaron de dieciocho a veintiuno o veintiséis años de duración; los amos se aseguraron así el servicio de los libertos por un par de decenios más. Colombia hasta reanudó el comercio negrero al vender, hacia 1840, unos 800 esclavos a Perú. A mediados de siglo recrudecieron las presiones en favor de la emancipación total y, por fin, cada nación llevó a término, siempre con la promesa de compensación económica para los propietarios, la liberación de los esclavos restantes. Su número se había reducido a un tercio o menos del existente en el momento de la independencia. En Colombia, de los 54.000 que había al finalizar la era colonial, quedaban en 1851 16.000. En Venezuela, de 64.000 en 1810 disminuyeron a 33.000, incluidos manumisos, en 1854. Los 8.000 esclavos de Ecuador habían menguado a 2.000 al decretarse en 1852 la abolición.

Perú siguió una trayectoria parecida a la de sus vecinos del norte. El ejército libertador de San Martín decretó una emancipación progresiva, concretada, en julio de 1821, en una ley de libertad de vientres. Las leyes de aprendizaje mantuvieron a estos libertos trabajando para los amos de sus padres veinte años más. La lenta extinción de la esclavitud peruana fue alterada ocasionalmente por algún episodio violento, como el de la captura de la ciudad de Trujillo en 1848 por esclavos rebeldes de las plantaciones azucareras. Al abolirse definitivamente la esclavitud a fines de 1854, de los 89.000 esclavos habidos en Perú en 1821 quedaban 25.000. Sus amos fueron, desde luego, indemnizados. Las demás repúblicas sudamericanas recorrieron más o menos las mismas etapas. Bolivia declaró en 1831 libre a todo esclavo nacido de 1825, año de su independencia, en adelante. No dictó, empero, la abolición definitiva hasta 1851, cuando quedaban allí sólo 1.000 esclavos. Uruguay sancionó la libertad de vientres en 1825, lo cual no le impidió seguir importando esclavos de Brasil todavía en el decenio siguiente. La única diferencia aquí fue que, dispuesta en 1842 la abolición definitiva, los propietarios de esclavos no recibieron compensación alguna.

Chile y México destacan por haber declarado la emancipación plena desde el primer momento. Chile liberó a sus 4.000 esclavos incondicionalmente en 1823; fue, al parecer, la primera república americana en hacerlo. Argentina se le anticipó, en cambio, en comenzar el proceso, ya que en 1813 aprobó una ley de libertad de vientres. La abolición definitiva no se produjo, empero, hasta la sanción de su Constitución en 1853. México, que antes de su independencia conservaba 3.000 esclavos, emancipó a todos a principios de la década de 1830. El reducido número que quedaba en Centroamérica había sido manumitido en 1824, con indemnización para los amos. Al cabo de unos tres decenios, los gobiernos republicanos del continente habían eliminado la esclavitud, muchos usando el aprendizaje como forma de transición y pagando una compensación por lo menos parcial a los antiguos amos. La experiencia en las principales sociedades esclavistas que perduraban todavía después

de 1850 fue diferente a la de esta extinción relativamente pacífica de la esclavitud.

La abolición siguió en Brasil, las colonias insulares de España y los Estados Unidos un curso más dilatado. En la nación norteamericana, el movimiento antiesclavista, vinculado estrechamente con el inglés, llevó a cabo una larga e intensa campaña que culminó a mediados de siglo con una arremetida frontal contra la institución negrera. Aislado, sin embargo, en los estados norteños, la desaparición de la esclavitud en todo el país sobrevendría sólo después de una guerra civil. La violencia y la devastación acarreados por esta lucha terminaron de convencer a los pensadores cubanos y brasileños que la esclavitud era una institución sentenciada a muerte. Surgieron, pues, en el decenio de 1860 movimientos abolicionistas serios en Cuba y Brasil.

Para Cuba y Puerto Rico el problema se insertaba dentro de complejas relaciones entre metrópoli y colonia, en pugna por influir sobre un gobierno central con frecuencia cambiante y casi siempre indiferente. El abolicionismo fue asociado, desde un comienzo, con el liberalismo español; pero los liberales no insistieron con demasiado ardor sobre este tema. En realidad, los abolicionistas más destacados e influyentes de España fueron criollos cubanos o puertorriqueños. En las Cortes de 1811 a 1813, los delegados de las colonias pidieron la emancipación gradual de los esclavos de todas las posesiones americanas. Estos intentos fracasaron. Los ataques más eficaces contra la trata española provinieron de Inglaterra. En 1815 y 1817, ésta y España firmaron acuerdos para suprimir la trata y establecer en La Habana comisiones mixtas encargadas de apresar los barcos negreros. De poco sirvieron los tratados. Los cónsules británicos residentes en Cuba se convirtieron por los dos decenios siguientes en los campeones locales de la causa abolicionista.

En la propia España sólo en las pocas ocasiones en que los liberales ocupaban el poder tenía lugar siquiera alguna discusión acerca de la esclavitud, como, por ejemplo, la suscitada por radicales cubanos en las Cortes de 1822 y 1823. Pero no habría otro gobierno liberal hasta fines del decenio de 1860. La presión inglesa logró acabar con el tráfico negrero a Puerto Rico hacia 1840; para cerrar el de Cuba se necesitó la intervención de la marina de los Estados Unidos durante la guerra civil de este país. Se debió también a la influencia de esta guerra la novedad de la creación de una sociedad abolicionista en España, fundada en Madrid en 1864 por un puertorriqueño. La revolución liberal de 1868 aprobó, por fin, por decreto de septiembre de ese año, una emancipación gradual. Esta ley de vientre libre no pudo ponerse en ejecución a causa de la debilidad del gobierno y del levantamiento de Cuba contra su metrópoli. Las autoridades y los diferentes partidos políticos españoles se habían convencido, de todos modos, de que la esclavitud estaba condenada a desaparecer. Hasta los conservadores apoyaron su abolición progresiva en julio de 1870. La ley, conocida como ley de Moret, disponía la libertad de los esclavos nacidos a partir de su promulgación

y el trabajo de estos «patrocinados» como aprendices hasta los veintidós años de edad, con la salvedad de que a partir de los dieciocho debían recibir medio salario. Ordenaba asimismo que todo esclavo de sesenta y cinco años o mayor debía ser liberado.

Durante la primera insurrección cubana iniciada en 1868, la ley de Moret se aplicó sólo en el bando de los leales a la metrópoli. En Puerto Rico la emancipación se llevó efectivamente a cabo con una serie de leyes dictadas entre 1872 y 1873. En Cuba, la acción del gobierno redujo rápidamente el número de esclavos. En 1869, éstos sumaban 363.000; en 1878, 228.000. La mitad de la baja ha de atribuirse a las reformas de Moret. Con cierta demora tras la derrota de los rebeldes, la ley fue puesta en ejecución en 1880 en la isla entera; en 1883 quedaban allí 100.000 esclavos. Como era de esperar por las anteriores experiencias de las colonias francesas e inglesas, los libertos se opusieron a la disposición relativa al aprendizaje y los no liberados reclamaron su emancipación inmediata. La agitación decidió al gobierno de Madrid a terminar con el sistema de aprendizaje y liberar a los esclavos restantes.

En contraste con estos forcejeos entre metrópoli y colonia, la lucha por la abolición en Brasil enfrentó a clases y regiones dentro del país. Los ataques contra la esclavitud, institución profundamente enraizada en la sociedad brasileña, fueron aquí más tardíos que en otras partes de América Latina. La demora no impidió, sin embargo, que fuera esta lucha una de las más enconadas. Un tratado firmado con Inglaterra en 1831, que declaraba ilegal la trata atlántica, tuvo escaso resultado. Su abolición fue finalmente aprobada ante la creciente presión de los ingleses, así como de la opinión pública brasileña encabezada por un grupo de intelectuales liberales de las ciudades. Siguió luego un decenio de tranquilidad, sin que se suscitaran nuevas objeciones contra la esclavitud. La guerra civil norteamericana y renovadas campañas internacionales contra Brasil reabrieron, en los años de 1860, el debate. Para evitar la confrontación en ciernes, el grupo en el poder resolvió poner en ejecución una emancipación gradual.

En septiembre de 1871 Brasil aprobó la libertad de vientres. Los esclavos así emancipados debían servir como aprendices hasta los veintiún años de edad antes de ser liberados plenamente. También se estableció un fondo público para comprar la libertad de los nacidos antes de 1872. Con estas medidas, el gobierno creyó haber resuelto la cuestión. De hecho, las agitaciones contra la esclavitud se apaciguaron y hasta 1880 los plantadores gozaron de una relativa tranquilidad.

Sin embargo, la nueva década se inauguró con movilizaciones populares en favor de la abolición, que esta vez impugnaban el fundamento mismo de la esclavitud. Sus dirigentes provenían, como de costumbre, de las clases altas. Pero en Brasil los hubo también mulatos y negros. De extracción diversa, entre ellos se encontraba desde un ingeniero como André Reboucas a un farmacéutico como José de Patrocinio, un político como Luiz Gama o un esclavo fugitivo como Quintano Lacerda,

jefe de una comunidad de 10.000 cimarrones en el puerto de Santos. A mediados del decenio se sumaron a las protestas trabajadores negros libres. Estos, aparte de ayudar a los huidos, en los muelles y en los ferrocarriles se negaron a transportar esclavos.

Por más que el gobierno resolvió abolir el tráfico interno de esclavos y establecer un impuesto sobre su venta local, las medidas no sirvieron para contener a las manifestaciones antiesclavistas. En 1884 los abolicionistas declararon a Ceará, en el nordeste, estado libre. De inmediato se organizó una red clandestina que ayudaba a los esclavos a escapar y refugiarse en Ceará. Los propietarios de esclavos, reaccionando contra esta creciente desobediencia civil, lograron que, entre otras disposiciones paliativas de septiembre de 1885 en favor del esclavo, se incluyera una ley que castigaba severamente a toda persona que socorriera a un esclavo fugitivo. La ley sólo sirvió para inducir a los abolicionistas a cometer nuevos desacatos.

La agitación fue en aumento. Otras ciudades declararon la abolición de la esclavitud dentro de su jurisdicción. El estado de Amazonas se alistó junto a Ceará libre y, de mayores consecuencias, São Paulo se convirtió en centro de grandes movilizaciones. En noviembre de 1886, huelgas de trabajadores libres, muchos de ellos de color, forzaron a la ciudad de Santos a declararse libre; al cabo de un mes residían en ese puerto 10.000 fugitivos. Aunque los propietarios de esclavos proclamaran que la emancipación estaba ya en marcha con las leyes aprobadas en 1871 y 1885, a ojos de los antiesclavistas las medidas apenas habían afectado la institución. El Fondo de Emancipación, creado en 1871, había liberado hasta 1888 únicamente 32.000 esclavos. Los que habían comprado su libertad y los manumitidos por el amo triplicaban ese número. En 1885 todavía permanecían esclavizadas 1,1 millón de personas.

La política de enfrentamiento abierto practicada por los abolicionistas a partir de esa fecha terminó por dar el fruto deseado —el desmantelamiento de la esclavitud. En 1887 el número de esclavos había disminuido a 723.000 y siguió en declinación. Ejército y policía se negaban a devolver a los fugitivos a sus amos. Las principales ciudades paulistas declararon abolida la esclavitud y su territorio zona libre. En ellas encontraban refugio los esclavos que abandonaban en masa los distritos plantadores del estado. La violencia escaló al distribuir algunos abolicionistas radicales armas entre los esclavos prófugos. La agitación se propagó a los estados más atrasados. Cuando hasta miembros de la familia imperial profesaron su adhesión al abolicionismo, poca esperanza les quedó a los amos de esclavos. En mayo de 1888 el gobierno decretó la emancipación inmediata y sin compensación de todos los esclavos. Caía así el más vasto régimen esclavista sobreviviente. Con él terminó la esclavitud americana.

Las marcas de la esclavitud sobre la vida de América perdurarían, en cambio, por mucho tiempo. El proceso de transición fue en América

tan largo y sangriento como había sido el de emancipación. En su curso sobrevino en la economía del mundo una transformación profunda. Cambiaron de mano o se perdieron grandes capitales; las agroexportaciones producidas antes por esclavos, destinadas a Europa y Norteamérica, cayeron, aunque a veces para recuperarse pronto. La adaptación a una mano de obra libre perturbó el funcionamiento de los centros de producción; algunos de los más viejos se desmoronaron y surgieron otros nuevos. Trabajadores asiáticos o europeos meridionales migrarían a América para ocupar los puestos abandonados por los esclavos. La mano de obra empleada en la plantación se modificó. Desaparecieron las cuadrillas estrechamente vigiladas y con abundancia de mujeres; la plantación pasó a emplear familias, dejando el control sobre las condiciones de trabajo a los propios trabajadores. La mujer abandonó las labores del campo; en la organización del trabajo se profundizó la división por sexo. Se intensificó el carácter de estacional de la ocupación, diferenciada por las épocas de zafra y de siembra.

La transición del trabajador esclavo al libre inauguró un nuevo capítulo en la lucha entre los antiguos amos y los esclavos por el control de la tierra y de la mano de obra. Ambos grupos pelearon con ardor, unos para mantener, otros para destruir el sistema tradicional de plantación. Los plantadores querían preservar como mejor pudieran las viejas instituciones y modos de organización laboral. Procuraron retener a sus esclavos emancipados primero como aprendices, luego como trabajadores asalariados baratos, sin acceso a tierras y con escasos derechos políticos, económicos o sociales. Los esclavos rurales liberados deseaban, en cambio, tierras y trabajar fuera de toda coerción. Aun cuando, sin tierra ni oportunidades de trabajo en otras partes, se quedaran en la plantación, rehusarían volver a las condiciones anteriores. Exigieron la remoción inmediata de sus esposas e hijas de las labores de campo, acabar con las cuadrillas, el pago en dinero y poseer en usufructo una parcela para sus propios cultivos.

Esta pugna, larga, dura, a veces violenta, entre plantadores y esclavos emancipados caracterizaría la vida de las antiguas zonas rurales esclavistas desde la abolición hasta los primeros decenios del siglo XX. Los gobiernos apoyaron alternativamente a unos u otros. Por más que estuvieran interesados en mantener la economía plantadora y en convertir a los antiguos esclavos en un proletariado rural desposeído de tierras, nunca permitieron el retorno a la esclavitud ni la conversión de negros y mulatos en enganchados.

En realidad, el desenlace del conflicto dependía en buena medida de la viabilidad económica de las plantaciones. Los plantadores con tierras nuevas o fértiles apropiadas para producir exportaciones cuyos precios internacionales se mantuvieron, pudieron encontrar una salida favorable, como emplear a los antiguos esclavos o inmigrantes enganchados. Aquéllos en la situación opuesta, con tierras agotadas o los precios de sus productos en declinación, tuvieron que ceder ante las de-

mandas de los antiguos esclavos o abandonar la agricultura de plantación. Por otra parte, la falta de tierra o de ocupación para los esclavos liberados salvó en ocasiones a productores marginales; pero también plantadores en excelentes condiciones perdieron de repente cuando los vaivenes del mercado mundial inclinaban la balanza a favor de los antiguos esclavos.

La historia de los regímenes de plantación tras la abolición muestra esta diversidad. En regiones azucareras nuevas como la Guayana británica, Surinam y Trinidad, los plantadores salieron adelante pese al alza del costo de la mano de obra provocado por la emancipación. En Cuba ocurrió otro tanto. En el oriente, de desarrollo reciente, y en el occidente de la isla las ganancias eran tan grandes y tan acuciante la demanda de mano de obra que incluso antes de la conclusión de la trata importaron culíes chinos. En las grandes plantaciones donde trabajan codo con codo esclavos, negros libres asalariados y chinos enganchados, la transición a la mano de obra libre fue relativamente simple. Para la zafra atraían campesinos negros y mulatos en calidad de trabajadores estacionales. Sin necesidad ya de mantener una fuerza de trabajo esclava el año entero, se acentuó la estacionalidad de sus operaciones, con un definido período de «tiempo muerto».

La abolición supuso también una reorganización total de la producción azucarera cubana en las regiones más adelantadas. Imitando las *usines* inauguradas en Guadalupe alrededor de 1860, los cubanos adoptaron, en el último cuarto de siglo, el sistema de centrales. Esta concentraba la producción en gran escala en ingenios centrales mecanizados, adonde llegaba por ferrocarril la caña cultivada y cosechada en tierras dadas en arriendo a colonos. Por Cuba entera las centrales con su enjambre de arrendatarios o pequeños plantadores reemplazaron a los antiguos ingenios.

En el nordeste de Brasil ocurrió un proceso similar de adaptación. Las plantaciones de Pernambuco y Bahía no tardaron en recurrir a la mano de obra libre local, compuesta por campesinos blancos, de color y caboclos, dedicados normalmente a una agricultura de subsistencia. Por más que entraron en crisis cuando sus antiguos esclavos se marcharon a tierras de frontera, con un mercado nacional en continua expansión y mantenido el volumen de exportaciones, los productores contaron con capital suficiente como para llevar a cabo, a fines de siglo, una concentración de la producción al estilo de la de Cuba, instalando grandes ingenios centrales, llamados usinas en Brasil. Una serie de graves sequías en la misma época forzó a antiguos esclavos a volver a sus viejas haciendas como temporeros. En Brasil la industria azucarera acentuó también la estacionalidad de su producción, hasta el punto de crear una dependencia funcional entre la agricultura campesina —que sustentaba a los trabajadores la mayor parte del año— y la mano de obra asalariada estacional que realizaba la zafra en las plantaciones de los *lavradores*.

En São Paulo el cambio tuvo sus peculiaridades. Los altos precios internacionales del café durante este período proveyeron a los productores del capital necesario para afrontar la transición. Con la ciudad de São Paulo y otros centros urbanos en plena expansión y la cercana frontera occidental abierta y bastante próspera, los manumisos de los cafetales paulistas encontraron tierra u ocupación, sin necesidad de comprometerse con los plantadores. Los antiguos esclavos desaparecieron de las plantaciones y de la noche a la mañana fueron reemplazados por mano de obra blanca.

Los hacendados cafetaleros, refractarios a la transición hasta el fin, habían empezado alrededor de 1870 a ensayar con otras formas de mano de obra. Importaron entonces europeos, que inmigraron sujetos a cumplir determinadas obligaciones. Estos primeros experimentos paulistas fracasaron; los europeos se resistían a aceptar contratos de trabajo sumamente restrictivos, similares a los que en otros lugares de América se forzaba cumplir a los asiáticos. Huelgas de estos trabajadores, la disminución de su flujo y la amenaza de los gobiernos europeos de cerrar esta emigración, apremiaron a los hacendados a idear un sistema de reclutamiento de mano de obra más libre y con mayores retribuciones. Los inmigrantes hallaban que la devolución del precio del pasaje cercenaba demasiado sus ganancias; rehusaron, por consiguiente, trasladarse a Brasil. En esta época, a los italianos que hubieran podido emigrar a los cafetales brasileños se les ofrecían además otras oportunidades en Argentina o los Estados Unidos. Quedaba, pues, como solución que los costos del transporte fueran absorbidos por los propietarios, quienes tuvieron, por otra parte, que aceptar el contratar a familias y no sólo a varones solteros. Gracias a la riqueza que habían acumulado con un mercado favorable y a su influencia política, los plantadores consiguieron que el gobierno usara recursos públicos para subvencionar la migración de familias italianas. Primero el gobierno de São Paulo y luego, tras la proclamación de la república en 1899, el gobierno central subvencionaron el traslado de unos 900.000 colonos que fueron a trabajar en las plantaciones de café.

El empleo de estos colonos italianos y sus familias acarreó una completa reorganización de la producción cafetalera. Al mismo tiempo, la frontera del café avanzaba desde São Paulo por el este y por el sur hacia Paraná. En 1910, la vieja clase de los hacendados retrocedía ante esta nueva frontera ocupada por pequeñas propiedades rurales, la mayoría en manos de italianos. Paraná se convirtió entonces en el centro de la industria brasileña del café.

En la Guayana holandesa y en la británica la transición se pareció a la brasileña. Los esclavos liberados abandonaron las plantaciones y fueron reemplazados por inmigrantes enganchados. En estas colonias continentales, como en las Antillas francesas y en las zonas azucareras inglesas de nueva planta, como Trinidad, se ensayó todo tipo de inmigración. Ingleses y franceses importaron, entre 1830 y 1860, trabajadores

africanos libres. Demasiado evocador de la trata negrera, el flujo fue detenido por los gobiernos metropolitanos. De 1830 a 1910, estas regiones, más Surinam, ingresaron 544.000 indios orientales destinados a los cañaverales. La mayoría de los culíes chinos, unos 125.000, fueron, entre 1850 y 1880, a Cuba; sin embargo, otros 18.000 desembarcaron en las Indias Occidentales. Estas islas, más Surinam, recibieron, a partir de 1830, a lo largo de cincuenta años, unos 41.000 portugueses de las Azores que se incorporaron a la producción de azúcar. Con idéntico propósito los holandeses transportaron a sus colonias, ya iniciado el nuevo siglo, 33.000 javaneses.

Estas colonias azucareras se defendieron bien durante el siglo XIX, pero en los dos últimos decenios perdieron terreno debido a la continua caída del precio mundial del azúcar de caña por la competencia de la de remolacha y la pujanza y eficiencia de la industria en Cuba y, luego, en Santo Domingo. Decaídas las plantaciones por esta crisis, los inmigrantes asiáticos siguieron pronto los pasos de los antiguos esclavos y se establecieron en el campo como pequeños agricultores o en la ciudad como artesanos. En Trinidad y las Guayanas, asiáticos y negros constituyeron una compleja sociedad multirracial diferente a la de otros lugares de América.

En la América del Sur continental la abolición de la esclavitud sobrevino cuando la mayor parte de los afroamericanos era ya libre. Como los últimos esclavos eran casi todos servidores domésticos, los recién emancipados no se marcharon a la frontera ni se instalaron como campesinos. En centros urbanos de México, Perú y el nordeste brasileño, la gente de color siguió predominando en el mercado urbano de mano de obra; en toda suerte de ocupaciones, especializadas o no, estaba bien representada. En cambio, en las ciudades del sur de Brasil y de Argentina y Uruguay la pasable situación económica de los afroamericanos se deterioró por la avalancha de inmigrantes europeos, sobre todo los italianos, dispuestos a competir incluso en trabajos no calificados con los antiguos esclavos. Estos retrocedieron aquí a posiciones inferiores a las que sus congéneres ocupaban en sociedades sin inmigración europea. En Uruguay y Argentina los pocos antiguos esclavos que quedaban se mezclaron en las ciudades con los mestizos de las clases más bajas; pocos decenios después no se distinguían ya del resto del proletariado urbano nativo.

En las zonas rurales, los antiguos esclavos no se integraron ni fueron absorbidos. Como ocurrió en el Caribe y en el centro y nordeste de Brasil, se convirtieron en campesinos. En las repúblicas continentales de Hispanoamérica, donde los afroamericanos fueron siempre una minoría aun en la población rural, negros y mulatos liberados solieron agruparse en comunidades relativamente aisladas y autónomas, que poco se distinguían, a no ser por el color, de las comunidades vecinas de mestizos e indígenas. Numerosas agrupaciones negras de campesinos o de pescadores moteaban las costas del norte de Sudamérica. Las había

en ambos litorales oceánicos de Colombia, próximas a Guayaquil en Ecuador y también en Venezuela. En Guayana abundaban comunidades apartadas de negros cimarrones, así como, en las zonas agrícolas más desarrolladas, otras de antiguos esclavos. Grupos de negros campesinos hubo en Veracruz, México, y en el interior de Perú y Bolivia. En las yungas, zonas de cultivo de coca en las tierras altas de Bolivia, existieron pueblos de negros que hablaban español y aymará, vestían ropas tradicionales indígenas y ejercían las mismas actividades económicas que sus vecinos aymarás. No se casaron, sin embargo, con ellos y mantuvieron su aislamiento social y cultural hasta bien entrado el siglo XX.

La abolición de la esclavitud y la transición a una mano de obra libre modificaron la organización social, económica e incluso geográfica de las viejas sociedades esclavistas. Los modos de integración o de marginación de los esclavos liberados variaron de lugar a lugar. Lo corriente fue que, con tierras o sin ellas, permanecieran en las antiguas regiones de plantación, incorporados en los niveles socioeconómicos más bajos. Con poco o nada de capital, con capacitación sólo para una economía de plantación, ya en declinación, discriminados por su color, para la mayoría fue muy difícil ascender a otras posiciones. En algunas sociedades, como las caribeñas, el estancamiento económico acarreado por la emancipación limitó la movilidad social a unos pocos. En otras naciones, incluso prósperas, como Brasil o los Estados Unidos, los antiguos esclavos terminaron en las regiones más subdesarrolladas.

Para los hijos de los antiguos esclavos, la esperanza de mejorar sólo podía brindarla el escapar de las decaídas regiones e islas de plantación. Esta emigración no sería, empero, posible hasta que se produjeran importantes cambios en la economía internacional. El aislamiento de los negros y mulatos descendientes de esclavos fue quebrándose a consecuencia del incremento de la demanda de mano de obra en las zonas industrializadas de Occidente tras la primera y, sobre todo, la segunda guerra mundial. Antes de 1914 habían tenido lugar migraciones internas en el Caribe y en Sudamérica; pero éstas no alcanzaron sino dimensiones modestas. La construcción del canal en la reciente creada república de Panamá suscitó una demanda de trabajadores que fue en buena parte satisfecha por negros de las Indias Occidentales británicas. Estos llegaron también al litoral caribeño de Honduras, Belice y Guatemala. Allí, como en otras comunidades amerindias, por ejemplo la de los caribes, fue visible su influencia.

La declinación de la industria azucarera en la mayor parte de las Indias Occidentales británicas y de las exportaciones en Haití dieron origen a intensos trasiegos de trabajadores entre las islas del Caribe. Así, en los decenios de 1840 y 1850, una considerable cantidad de barbadenses se trasladó a Trinidad. La prosperidad azucarera de Cuba y Santo Domingo atraía regularmente a numerosos trabajadores estacionales procedentes de Haití y las Antillas inglesas. Santo Domingo, con escasos habitantes, fue la única nación que desarrolló una producción

azucarera después de la extinción de la esclavitud. La demanda de mano de obra generada por la tremenda expansión de esta industria fue satisfecha por migraciones intercaribeñas.

Las migraciones de afroamericanos empezaron a cobrar verdadero brío a mediados del siglo XX. Negros y mulatos abandonaron sus hogares ya no en busca simplemente de trabajo, sino con la esperanza de encontrar oportunidades económicas y de mejorar su nivel de vida. De las Indias Occidentales se marcharon a Norteamérica y a Europa; los brasileños, sin cruzar fronteras, a los pujantes centros urbanos y zonas industriales del sur del país. Cubanos y peruanos se mudaron a las ciudades, e incluso los lugareños ecuatorianos a Guayaquil, para obtener así una mejor educación para sus hijos y una vida más acomodada para sí.

El cambiar de residencia y el abandonar regiones pobres y marginales no acabaron, empero, con el legado de esclavitud. Incluso quienes consiguieron educación, capacitación y capital descubrieron que el camino de ascenso no era para ellos tan llano como para los blancos pobres. En toda sociedad americana el color negro era una seña de identidad negativa; para subir en la escala social era indispensable «blanquearse». En América Latina y el Caribe la sociedad se caracterizaba no por una falta de prejuicios, sino por unas sutiles diferenciaciones creadas en torno al color. La clase era un factor tan poderoso para determinar la posición social, que los atributos de clase influían a menudo en la definición del color, cualquiera fuera el fenotipo de la persona. Un abogado negro sería, pues, mulato, y uno mulato, blanco. A su vez, los afroamericanos que prosperaban, acatando la visión racista de la sociedad en que vivían, solieron casarse con personas que habrían de blanquear el color de su descendencia. Gracias a la influencia de la clase en la definición del color, el papel del prejuicio fue en estas sociedades mucho más sutil y la discriminación menos precisa que en otros sitios como, por ejemplo, los Estados Unidos, donde el color se determinaba exclusivamente por el fenotipo.

Mientras negros y mulatos en ascenso aceptaron esos valores teñidos de racismo, otros rechazaron una aculturación que implicaba tanto la aceptación de pautas «blancas» como la negación de su cultura y de su color. Una manera de defenderse contra el prejuicio fue preservar la cultura propia en el aislamiento de poblados de antiguos esclavos. Otra fue crear expresiones culturales distintas mucho más vibrantes. Con la libertad se expandieron cultos como el candomble, el vudú, la santería, o surgieron otros nuevos, como el umbanda. Aunque perseguidos como manifestaciones de idolatría y de desorden social por los blancos de Cuba y de Brasil y por la élite mulata de Haití, los cultos afroamericanos, salidos a plena luz entre fines del siglo XIX y principios del XX, terminaron por ser aceptados por la sociedad dominante. Algunos pensadores primero e importantes sectores dirigentes después comprendieron que estas creencias eran demasiado fuertes para ser destrui-

das, en especial después que los negros obtuvieron el voto y se transformaron en una fuerza política. Toleradas ahora, se multiplicaron sus iglesias y sus festividades callejeras, a las que a mediados del presente siglo empezaron a adherir mulatos y blancos. Aquello que había comenzado como signo de protesta y defensa de la propia identidad se convirtió, para bien o para mal, en rasgo distintivo, y a la vez complementario, de la cultura nacional. Así ocurrió a todas luces en Brasil, si no en Cuba, o en Haití también.

Las manifestaciones más ásperas del prejuicio racial fueron limándose por la acción de factores políticos y culturales. Con la aparición de gobiernos democráticos o representativos en las viejas sociedades esclavistas, los negros fueron ganando poder político. Al terminar el siglo XIX, casi todas las Antillas francesas e inglesas habían concedido el voto a los afroamericanos; en Cuba y en Brasil lo obtuvieron en los primeros decenios de la centuria actual. Las élites tradicionales se vieron, pues, forzadas a avenirse con los negros. En las colonias del Caribe donde los blancos eran pocos y el gobierno era designado por la metrópoli, el proceso fue rápido. En el decenio de 1860, los blancos de Jamaica cedieron su poder político a la Corona para evitar que el gobierno cayera en manos de levantiscos afroamericanos. En las islas francesas, negros y mulatos prevalecieron a la hora de elegir, en 1848 y 1849, los primeros representantes de la colonia ante la Asamblea Nacional francesa. París los privó luego, entre 1854 y 1870, de sus derechos. Los desórdenes desencadenados en Martinica obligaron, en 1871, a restituirles, y esta vez para siempre, el derecho a votar. De inmediato retornaron a París los representantes negros y mulatos. En Brasil, desde temprano las asambleas provinciales contaron con representantes de color; pero éstos debieron esperar hasta el siglo XX para lograr un avance sobre el gobierno nacional controlado por los blancos del centro y del sur. En Cuba, los gobiernos republicanos, aunque dominados por los blancos durante los primeros decenios, contemporizaron con las masas negras.

Junto con su poder político, fue creciendo la aceptación de las contribuciones negras a la cultura y a la identidad nacionales. Los blancos latinoamericanos de fines del siglo XIX, influidos por ideas europeas, creían en diferencias entre las razas y consideraban inferiores a los afroamericanos y a su cultura. La primera guerra mundial, tan calamitosa, puso en tela de juicio la legitimidad del imperialismo blanco; al mismo tiempo, las ciencias sociales en Europa y en Norteamérica, que empezaban a impregnarse de un creciente relativismo, proveyeron a los radicales latinoamericanos de nuevas perspectivas para valorar su propia cultura. Surgieron entonces, en los años treinta y cuarenta, doctrinas nacionalistas que exaltaron las contribuciones africanas a la cultura del país. Bastante paternalistas en sus primeras manifestaciones, estas nuevas ideologías sirvieron con todo para reforzar la oposición al «blanqueamiento» y reducir en alguna medida el costo cultural de la integración

en la sociedad dominante. En el Caribe, circunstancias similares dieron origen a movimientos, dirigidos aquí por intelectuales negros y mulatos, que realzaron la «negritud» y el valor de la cultura popular.

En todas estas sociedades diversos factores —expansión económica, urbanización, inmigración europea y emigración afroamericana— influyeron sin duda en las posibilidades al alcance de los descendientes de los esclavos para prosperar. Pese a muchas dificultades, en América Latina y Caribe las oportunidades de ascenso pudieron desarrollar una conciencia de sí mismos y de la legitimidad de sus necesidades y de sus demandas culturales. Dos o tres generaciones después de la abolición, la progenie de los africanos gozaba de un grado relativamente alto de movilidad y ajuste social. En sociedades más competitivas, la lucha fue más dura y costosa. En sociedades más tradicionales, donde las culturas afroamericanas se habían congelado en el aislamiento, pudieron, en cambio, disfrutar de una seguridad mayor, pero a costa de menores oportunidades de movilidad. Sea cual sea lo ocurrido, en las antiguas sociedades esclavistas de América Latina la presencia afroamericana se ha convertido en una parte habitual y aceptada de la cultura y de la identidad nacionales. En vísperas de que se cumplan los cien años de la liberación del último esclavo, el legado de la esclavitud puede todavía percibirse, sin embargo, en la continua discriminación y en impedimentos que se le oponen al afroamericano en su ascenso. Con todo, la descendencia de los esclavos africanos ha alcanzado cierta movilidad socioeconómica, poder político e integración cultural en esas mismas sociedades a las que sus progenitores fueron, muchos años atrás, tan brutalmente trasladados.

Apéndices

CUADRO 1

ESTIMACIONES DE LA POBLACION ESCLAVA EN AMERICA A FINES DEL SIGLO XVIII

Región/colonia	*Número*
CARIBE	1.122.000
Indias Occidentales francesas	575.000
Indias Occidentales británicas	467.000
Antillas españolas	80.000
BRASIL	1.000.000
ESTADOS UNIDOS	575.420
AMÉRICA ESPAÑOLA CONTINENTAL	271.000
México y América central	19.000
Panamá	4.000
Nueva Granada	54.000
Venezuela	64.000
Ecuador	8.000
Perú	89.000
Chile	12.000
Río de la Plata	21.000
TOTAL	2.968.000

FUENTES: Para las Indias Occidentales, Alex Moreau de Jonnes, *Recherches statistiques sur l'esclavage colonial...* (París, 1842), pp. 14 y ss.; Maria Luiza Marcílo, «The population of colonial Brazil», y Nicolás Sánchez-Albornoz, «The population of colonial Spanish América», ambos en Leslie Bethell, compil., *The Cambridge History of Latin America* (Cambridge, 1984), vol. II; Leslie B. Rout, Jr., *The African experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), p. 95. Para los Estados Unidos, Bureau of the Census, *Historical statistics of the United States* (Washington, D. C., 1975), II, p. 1168.

CUADRO 2

ESTIMACIONES DE LA POBLACION DE COLOR LIBRE EN AMERICA A FINES DEL SIGLO XVIII

Región/colonia	*Número*
CARIBE	212.000
Indias Occidentales francesas	30.000
Indias Occidentales inglesas	13.000
Antillas españolas	169.000 *
BRASIL	399.000
ESTADOS UNIDOS	32.000
AMÉRICA ESPAÑOLA CONTINENTAL	650.000
TOTAL	1.293.000

FUENTES: Las mismas que para el cuadro 1 y David W. Cohen y Jack P. Greene, compils., *Neither slave nor free: the freedmen of African descent in the slave societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 335 y ss.

* Esta cifra total se divide en 54.000 para Cuba (1792), 35.000 para Puerto Rico (1975) y unos 80.000 estimados para la colonia española de Santo Domingo, que tenía entonces una mayoría de su población dentro de esta categoría, incluidos esclavos fugitivos de la colonia francesa de Saint-Domingue.

CUADRO 3

ESTIMACIONES DE LA POBLACION ESCLAVA Y DE LA DE COLOR LIBRE EN AMERICA ENTRE 1860 Y 1872

Región/colonia-nación	*Esclavos*	*Libres de color*
ANTILLAS ESPAÑOLAS	412.291	473.530
Cuba (1861)	370.553	232.493
Puerto Rico (1860)	41.738	241.037
ESTADOS UNIDOS (1860)	3.953.696	488.134 *
BRASIL (1872)	1.510.806	4.245.428
TOTAL	5.876.793	5.207.092

FUENTES: Las mismas que para el cuadro 1, más Kenneth B. Kiple, *Blacks in Colonial Cuba, 1774-1899* (Gainesville, 1976), p. 63; para Brasil, mi artículo en Cohen y Greene, compils., *Neither slave nor free,* p. 320; para los Estados Unidos, *ibid.,* p. 339, y U.S. Bureau of the Census, *Historical statistics,* I, 14; y para Puerto Rico, Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (Río Piedras, 1953), p. 259.

* De este total de libertos en los Estados Unidos, 261.918 residían en los estados esclavistas sureños, y el resto en los estados libres del norte.

Bibliografía

OBRAS GENERALES

La bibliografía que sigue no pretende enumerar exhaustivamente cuantas obras tratan del tema de la esclavitud en América latina y Caribe. Unicamente se mencionan aquellas en que se basan las cuestiones desarrolladas en el texto, así como los trabajos contemporáneos donde se resume la extensa producción anterior. Quienes deseen información más detallada podrán recurrir a ellos. Además hay disponibles varios ensayos bibliográficos: John David Smith, *Black slavery in the Americas. An interdisciplinary bibliography, 1860-1980* (2 vols., Westport, Conn., 1982); la serie de bibliografías de Joseph C. Miller, que comienza con *Slavery: a teaching bibliography* (Waltham, Mass., 1977) y sigue con Miller *et. al.*, «Slavery: a supplementary teaching bibliography», más otros títulos, los últimos de los cuales son «Slavery: annual bibliograhical supplement», publicados en *Slavery and Abolition. A Journal of Comparative Studies* (Londres). Tales suplementos se han publicado en los siguientes números: I/1 y 2 (1980), II/2 (1981), III/1, 2 y 3 (1982), IV/2 y 3 (1983); y VI/1 (1985). Para la trata atlántica, véase Peter C. Hogg, The *African slave trade and its suppression. A classified and annotated bibliography* (Londres, 1973). Este trabajo debe complementarse con las bibliografías incorporadas en los estudios recientes luego mencionados.

Capítulo 1: *Orígenes de la esclavitud en América*

Para definir la institución de la esclavitud hay varias obras recientes de lectura obligada. Orlando Patterson, *Slavery and social death: a comparative study* (Cambridge, Mass., 1982) guía con mano segura por el laberinto de cuestiones donde resulta fácil confundir la esclavitud con otras manos de obra serviles o forzadas. Los estudios de Keith Hopkins, *Conquerors and slaves* (Cambridge, 1978)

y Moses Finley, *Ancient slavery and modern ideology* (Nueva York, 1980) abordan la esclavitud en el mundo clásico y definen el sistema.

La esclavitud europea en el período posterior ha sido analizada en detalle por Charles Verlinden. En *The beginnings of modern colonization* (Ithaca, 1970) resume sus primeros hallazgos; como complemento, véase *Les origines de la civilisation atlantique* (París, 1966). Su investigación monográfica fundamental está expuesta en *L'esclavage dans l'Europe mediévale* (2 vols., Brujas, 1955; Gante, 1977). La transformación del trabajo esclavo al servil la exponen Marc Bloch en *Slavery and serfdom in the Middle Ages* (Berkeley, 1975) y Pierre Dockes en el controvertido libro *Medieval slavery and liberation* (Chicago, 1979). Una obra reciente de William D. Phillips, Jr., *Slavery from Roman times to early Atlantic slave trade* (Minneapolis, 1985) pone al día la bibliografía sobre tales temas.

La esclavitud en Africa es una cuestión reiteradamente estudiada y discutida en los años últimos. Buena introducción al debate es Walter Rodney, *How Europe undeveloped Africa* (Londres, 1972). Una clasificación y análisis históricos nuevos se encuentran en Paul E. Lovejoy, *Transformations in slavery: a history of slavery in Africa* (Cambridge, 1983). Estudios detallados de casos se hallan en Claude Meillassoux, compil., *L'esclavage en Afrique précoloniale* (París, 1975); Suzanne Miers e Igor Kopytoff, compils., *Slavery in Africa: historical and anthropological perspectives* (Madison, 1977); James Watson, compil., *Asian and African systems of slavery* (Berkely, 1980); J. E. Inikori, compil. *Forced migration: the impact of the export slave trade on African societies* (Londres, 1982); y, finalmente, Claire C. Robinson y Martin A. Klein, compils., *Women and slavery in Africa* (Madison, 1983).

Para el caso ibérico existe un trabajo modelo: el de A. C. de C. M. Saunders, *A social history of black slaves and freedmen in Portugal, 1441-1555* (Cambridge, 1982). Para España, estudios más locales son los de Vicenta Cortés Alonso, *La esclavitud en Valencia durante el reinado de los Reyes Católicos* (Valencia, 1964), y de Alfonso Franco Silva, *La esclavitud en Sevilla y su tiempo a fines de la edad media* (Sevilla, 1979). Aunque anterior, el estudio de Antonio Domínguez Ortiz, «La esclavitud en Castilla durante la edad moderna, *Estudios de Historia Social de España,* vol. 11 (1952), sigue siendo útil.

La esclavitud en las islas atlánticas la ha tratado detenidamente Manuel Lobo Cabrera, *La esclavitud en las Canarias orientales en el siglo XVI* (Tenerife, 1982). El caso de las islas portuguesas del Atlántico ha sido analizado por John L. Vogt, *Portuguese rule on the Gold Coast, 1469-1682* (Athens, Georgia, 1979). Stuart B. Schwartz, *Sugar plantations in the formation of a Brazilian society (Bahia, 1550-1835)* (Cambridge, 1985) brinda, en los capítulos dedicados a antecedentes, el mejor estudio sobre la experiencia en las Azores y en Madeira.

Capítulo 2: *La esclavitud africana en Latinoamérica durante el siglo XVI*

Para los movimientos generales de población de indios, africanos y europeos en América, el trabajo de conjunto más completo es el de Nicolás Sánchez-Albornoz, *La población de América latina desde los tiempos precolombinos al año 2000* (2.ª ed., Madrid, 1977); asimismo, su «The population of colonial Spanish America», en Leslie Bethell, compil., *Cambridge history of Latin America,* vol. II (Cambridge, 1984). Cálculos actualizados sobre la población indígena de México se encuentran en William T. Saunders, «The population of the Central Mexican symbiotic region, the basin of Mexico and the Teotihuacan valley in the sixteenth

century», en William M. Denevan, compil., *The native population of the Americas in 1492* (Madison, 1976); para la de Perú, en David Noble Cook, *Demographic collepse. Indian Peru 1520-1620* (Cambridge, 1981). Para los territorios portugueses en América hacia la misma época, véase Maria Luiza Marcilio, «The population of colonial Brazil», en el vol. II de la *Cambridge history of Latin America.* Las estimaciones más recientes sobre el número de migrantes africanos forzosos a América se hallan en Paul E. Lovejoy, «The volume of the Atlantic slave trade: a synthesis», *Journal of African History* 22/4 (1982), que suplen las anteriores hechas por Philip Curtin, *The Atlantic slave trade: a census* (Madison, 1969).

El primer siglo de esclavitud africana lo tratan, para Brasil, Schwartz (1985), en el libro ya citado, y, para México, Colin A. Palmer, *Slaves of the white god, blacks in Mexico 1570-1650* (Cambridge, Mass., 1976). De utilidad son también David M. Davidson, «Negro slave control and resistance in colonial Mexico, 1519-1650», *Hispanic American Historical Review,* 46)1966), y Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México, 1493-1810* (2.ª ed., México, 1972). Estudio excelente sobre la esclavitud urbana de este período es el de Frederick P. Bowser, *The African slave in colonial Peru, 1524-1650* (Stanford, 1974). Para el crecimiento del mercado interno de esclavos en la América española, véase Rolando Mellafe, *La introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas* (Santiago de Chile, 1959); como visión general del período, su *Breve historia de la esclavitud en América latina* (México, 1973) sigue siendo útil.

Sobre los esclavos en la minería de México hay referencias en Peter J. Backwell, *Silver mining and society in colonial Mexico. Zacatecas, 1546-1700* (Cambrige, 1971). Los regímenes de plantación azucarera de México y Perú los describen Ward Barrett, *The sugar hacienda of the Marqueses del Valle* (Minneapolis, 1970); y Nicholas P. Cushner, *Lords of the land: sugar, wine, and Jesuit estates of coastal Peru, 1600-1767* (Albany, 1980). Para el Brasil del siglo XVI, al trabajo de Schwartz se suman dos obras básicas de Frédéric Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIe siècle* (París, 1960) y *Le Brésil du XVe à la fin du XVIIIe siècle* (París, 1977), así como Charles R. Boxer, *The Dutch in Brazil, 1624-1654* (Oxford, 1057).

Capítulo 3: *Azúcar y esclavitud en el Caribe. Siglos XVII y XVIII*

El desarrollo del sistema de plantación azucarera ha sido abordado en estudios excelentes. Entre ellos, sigue descollando el de Noël Deerr, *The history of sugar* (2 vols., Londres, 1949-1950). La visión general presentada por Alice Piffer Canabrava, *O açucar nas Antilhas (1697-1755)* (São Paulo, 1981); y el estudio de Ward Barrett, «Caribbean sugar-production standards in the seventeenth and eighteenth century», in John Parker, compil., *Merchants and scholars. Essays in the history of exploration and trade* (Minneapolis, 1965) resultan útiles. Sobre esclavitud y colonización en el Caribe, sobresalen Michael Craton, *Sinews of empire. A short history of British slavery* (Nueva York, 1974); M. Devèze, *Antilles, Guayanes, la mer de Caraïbes de 1492 à 1789* (París, 1977); Eric Williams, *From Columbus to Castro. The history of the Caribbean, 1492-1969* (Nueva York, 1970); J. H. Parry y P. M. Sherlock, *A short history of the West Indies* (2.ª ed., Nueva York, 1966); y Richard B. Sheridan, *Sugar and slavery. An economic history of the British West Indies, 1623-1775* (Baltimore, 1973).

Estudios locales concretos son los de Richard S. Dunn, *Sugar and slaves: the rise of the planter class in the English West Indies, 1624-1713* (Chapel Hill, 1972)

que trata de Barbados; y Christian Schnakenbourg, "Notes sur l'origine de l'industrie sucrière en Guadaloupe au XVIIe siècle, 1640-1670», *Revue Française d' Histoire d'Outre-mer*, 55 (200) (1986), que rebate los argumentos de Mathew Edel, «The Brazilian sugar cycle of the seventeenth century and the rise of West Indian competition», *Caribbean Studies*, 9/1 (abril 1969). Para consulta, siguen reportando provecho los viejos estudios de L. Peytraud, *L'esclavage aux Antilles françaises avant 1789* (París, 1897); y de Gaston-Martin, *Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises* (París, 1948). Michael Craton, *Searching for the invisible man. Slaves and plantation life in Jamaica* (Cambridge, Mass., 1978), resume una abundante información sobre plantaciones de Jamaica durante este temprano período; en un estudio innovador Arlette Gautier, *Las soeurs de solitude. La condition fémenine dans l'esclavage aux Antilles du XVIIe au XIXe siècle* (París, 1985) examina los problemas propios de las esclavas.

Para el siglo XVIII en las Indias Occidentales, tanto francesas como inglesas, existen bastantes investigaciones nuevas. Tesis universitarias francesas han hecho aportes sustanciales al tema. Entre ellas, la última publicada es la de N. Vanony-Frisch, «Les esclaves de la Guadeloupe à fin de l'Ancien Regime d'après les sources notariales (1770-1789)». *Bulletin de la Societé d'Histoire de la Guadeloupe*, 63-64 (1985). La mayoría de estos estudios siguen el modelo establecido por Gabriel Debien en su obra básica, *Les esclaves aux Antilles françaises (XVIIe-XVIII siècles)* (Basse-Terre, 1974). El mejor de los estudios anteriores es todavía el de Christian Schnakenbourg, «Les sucreries de la Guadeloupe dans la seconde moitié du XVIIIe siècle 1760-1790)» (Universidad de París, II, 1973). También útiles son David Geggus, «Les esclaves de la plaine du Nord à la veille de la Revolution Française: les equipes de travail sur une vingtaine de sucreries», *Revue de la Société Haitienne d'Histoire*, 135-136 (1982); así como los trabajos clásicos de Moreau de Saint-Méry, *Description de la parte française de l'isle de Saint-Domingue* (3 vols., nueva ed., París, 1958); Bryan Edwards, *An historical survey of the French colony in the island of St. Domingue* (Londres, 1797); y Barre Saint Venant, *Du colonies modernes sous la zone torride, et particulièrement de celle de Saint Domingue* (París, 1802). Estos constituyen todavía una importante fuente de información. Para las estadísticas básicas de producción y comercio, véanse J. R. McCulloch, *A dictionary of commerce and colonial navigation* (ed. revisada, Londres, 1838); y Christian Schnakenbourg, «Statistique pour l'histoire de l'économie de plantation en Guadeloupe et en Martinique (1635-1835)», *Bulletin de la Société d'Histoire de la Guadeloupe*, 31 (1977). El mejor estudio sobre la población esclava en el Caribe sigue siendo el de Alex. Moreau de Jonnès, *Recherches statistiques sur l'esclavage colonial...* (París, 1842).

Capítulo 4: *La esclavitud en la América Ibérica. Siglo XVIII*

Para formarse una visión general de la esclavitud brasileña, conviene empezar con Mauricio Goulart, *A escravidão africana no Brasil* (São Paulo, 1949); Gilberto Freyre, *Casa-Grande & Senzala* (Buenos Aires, 1942); Jacob Gorender, *O escravismo colonial* (São Paulo, 1978); Ciro Flamarion S. Cardoso, *Agricultura, escravidão e capitalismo* (Petrópolis, 1979). El trabajo reciente de Katia M. de Queiros Mattoso, *Etre esclave au Brésil: XVIe-XIXe siècle* (París, 1979), y el más antiguo de Agostinho Pedrigão Malheiro, *A escravidão no Brasil* (2 vols., Río de Janeiro, 1866) son fundamentales para los aspectos legales del régimen esclavista de Brasil.

La economía brasileña del siglo XVIII y su mano de obra cuentan con buenos estudios. Como trabajo de conjunto, véase Charles R. Boxer, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750* (Berkeley, 1966), que ha de complementarse con los ya citados de Mauro (1960 y 1977) y de Schwartz (1985), más las investigaciones recientes de A. J. R. Russell-Wood, «Colonial Brazil: the gold cycle c. 1690-1750», Dauril Alden, «Late colonial Brazil, 1750-1808», y Stuart B. Schwartz, «Colonial Brazil, c. 1580-c. 1750: plantations and peripheries», todas incluidas en el vol. II de la *Cambridge History of Latin America.* Para los esclavos en determinadas industrias y localidades, véanse, sobre Minas Gerais en el siglo XVIII: A. J. R. Russell-Wood, *The black man in slavery and freedom in colonial Brazil* (Londres, 1982); y Francisco Vidal Luna, *Minas Gerais: escravos e senhores... (1718-1804)* (São Paulo, 1981); con respecto al sur, Octavio Ianni, *As metamorfoses do escravo* (São Paulo, 1962); Fernando Henrique Cardoso, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional* (São Paulo, 1962); Myriam Ellis, *A baleira no Brasil colonial* (São Paulo, 1969); y Mário José Maestri Filho, *O escravo no Rio Grande do Sul. A charqueada e a gênese do escravismo gaúcho* (Porto Alegre, 1984). Dos obras tradicionales siguen siendo de lectura obligada para entender los desarrollos regionales: André João Antonil, *Cultura e opulêencia do Brasil* (1711; nueva ed., São Paulo, 1967), y W. L. con Eschwege, *Pluto brasiliensis* (1833; 2 vols., São Paulo, 1944).

La esclavitud en las colonias continentales de la América española durante el siglo XVIII ha sido menos estudiada. Los mejores análisis existentes tratan sobre el noroeste del continente, en especial sobre la industria minera del Chocó; así William F. Sharp, *Slavery in the Spanish frontier: the Colombian Chocó, 1680-1810* (Norman, Oklahoma, 1976); David L. Chandler, *Health and slavery in colonial Colombia* (Nueva York, 1981); Colin A. Palmer, *Human cargoes. The British slave trade to Spanish America, 1700-1739* (Urbana, Ill., 1981); Jaime Jamarillo Uribe, *Ensayos sobre historia social colombiana* (Bogotá, 1968); y Adolfo Meisel R., «Esclavitud, mestizaje y haciendas en la provincia de Cartagena, 1533-1851», *Desarrollo y Sociedad,* 4 (1980). Para las plantaciones de cacao de Venezuela, véanse Robert J. Ferry, «Encomienda, African slavery and agriculture in 17th century Caracas», *Hispanic American Historical Review,* 61/4 (1981); y Miguel Izard, «La agricultura venezolana en una época de transición», *Boletín Histórico,* 28 (1972). Para México en el siglo XVIII, sólo se ha estudiado la esclavitud de las haciendas azucareras y de los centros urbanos de Veracruz. Las haciendas azucareras han sido analizadas en detalle por Adriana Navela Chávez-Hita, «Esclavitud negra en la jurisdicción del valle de Córdoba en el siglo XVIII», (Xalapa, tesis de maestría, Universidad Veracruzana, 1977) y «Trabajadores esclavos en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz, 1714-1763», en Elsa Cecila Frost *et al.*, compils., *El trabajo y los trabajadores en la historia de México* (México, 1977). Aquí mismo, véase Patrick J. Carroll, «Black laborers and their experience in colonial Jalapa», para ocupaciones urbanas y la vida de los esclavos fuera de la plantación.

Con respecto a la esclavitud en una sociedad eminentemente ganadera del Caribe español, véanse Ruben Silie, *Economía, esclavitud y población* (Santo Domingo, 1976) y Carlos E. Deive, *La esclavitud del negro en Santo Domingo (1492-1844)* (2 vols., Santo Domingo, 1980).

Para la Banda Oriental, véanse Ildefonso Pereda Valdés, *El negro en el Uruguay* (Montevideo, 1965), y Ema Isola, *La esclavitud en el Uruguay* (Montevideo, 1975). Para Bolivia, Alberto Crespo Rodas, *Esclavos negros en Bolivia* (La Paz, 1977).

Capítulo 5: *Esclavitud y plantación en el Caribe. Siglo XIX*

Sobre las colonias francesas y británicas en el siglo XIX abundan los estudios nuevos. B. W. Higman, *Slave population and economy in Jamaica, 1807-1834* (Cambridge, 1976) y *Slave populations of the British Caribbean, 1807-1834* (Baltimore, 1984) brinda el mejor examen de la demografía de los esclavos tanto en Jamaica como en las demás colonias, insulares y continentales, británicas. A éste, súmese el estudio de Craton (1978) citado antes y la nueva interpretación de la economía esclavista azucarera del siglo XIX de Seymour Drescher, *Econocide, British slavery in the era of abolition* (Pittsburgh, 1977). El sistema llamado de aprendizaje y el proceso de emancipación vienen examinados en William A. Green, *British slave emancipation: the sugar colonies and the great experiment, 1838-1865* (Oxford, 1976).

El período posterior a 1791 en las Indias Occidentales francesas lo trata David Patrick Geggus, *Slavery, war and revolution. The British occupation of Saint Domingue, 1793-1798* (Oxford, 1982), y «The slaves of British occupied Saint Domingue: an analysis of the workforce of 197 absentee plantations, 1796-1797», *Caribbean Studies,* 18/1-2 (1978). Para las otras islas y colonias, véanse Christian Schankenbourg, *Histoire de l'industrie sucrière en Guadeloupe... La crise du système esclavagiste, 1835-1847* (París, 1980); y Agustin Cochin, *L'abolition de l'esclavage* (París, 1861).

Con respecto a las islas españolas, la esclavitud y la economía plantadora son temas a los que se ha prestado bastante atención. La obra clásica es la de Fernando Ortiz, *Hampa afro-cubana: los negros esclavos* (La Habana, 1916), que cabe complementar con la anterior de Hubert H. S. Aimes, *The history of slavery in Cuba, 1522-1868* (Nueva York, 1907). Entre los estudios más modernos se encuentran, sobre el sistema esclavista, los de Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas: a comparative study of Cuba and Virginia* (Chicago, 1967); y Franklin W. Knight, *Slave society in Cuba during the nineteenth century* (Madison, 1970); sobre el régimen de plantación azucarera, los de Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio* (3 vols., La Habana, 1978); y Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar* (Buenos Aires, 1963). Para los demás aspectos de la economía decimonónica, véase Levi Marrero, *Cuba: economía y sociedad. Azúcar, ilustración y conciencia (1763-1868)* (3 vols., Madrid, 1983-1984). Sobre la demografía de la población esclava, el trabajo más completo es Kenneth F. Kiple, *Blacks in colonial Cuba, 1774-1899* (Gainesville, 1976). Sobre los culíes, el mejor estudio es el de Juan Pérez de la Riva, *Para la historia de las gentes sin historia* (Barcelona, 1976). Continúan siendo fundamentales aquellos estudios contemporáneos de Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* (La Habana, 1960); y Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba* (4 vols., Madrid, 1868-1878).

Al estudio de Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (Río Piedras, 1969), han venido ahora a agregarse monografías sobre la peculiar evolución de la esclavitud y la economía plantadora en Puerto Rico. Entre éstas, la más importante es la de Francisco A. Scarano, *Sugar and slavery in Puerto Rico. The plantation economy of Ponce, 1800-1850* (Madison, 1984). Son también útiles los estudios de José Curet y Ramos Mattei incluidos en Andrés A. Ramos Mattei, compil., *Azúcar y esclavitud* (Río Piedras, 1982).

Capítulo 6: *Esclavitud y plantación en Brasil y en las Guayanas. Siglo XIX*

Hay una extensa bibliografía sobre Brasil en el siglo XIX. A los trabajos de Freyre, Schwartz, Queiros Mattoso, Perdigão Malheiro y Goulart citados arriba para el capítulo 4, ha de agregarse un excelente examen sobre la esclavitud de Luiz Aranda Correa do Lago, «The transition from slave to free labor in agriculture in the southern coffee regions of Brazil» (tesis de doctorado, Universidad de Harvard, 1978). Los mejores estudios en Latinoamérica sobre la demografía de los esclavos siguen siendo los de Robert Slenes, «The demography and economics of Brazilian slavery: 1850-1880» (tesis de doctorado, Historia, Universidad de Stanford, 1976); y de Pedro Carvalho de Mello, «Estimativa da longevidade de escravos no Brasil na segunda mitade do século XIX», *Estudos Econômicos,* 13/1 (1983). Estos pueden complementarse con Thomas W. Merrick y Douglas H. Graham, *Population and economic development in Brazil, 1800 to the present* (Baltimore, 1979). El mejor trabajo sobre la economía de esclavitud en Brasil ha sido hecho por Pedro Carvalho de Mello, «The economics of labor in Brazilian coffee plantations, 1871-1888» (tesis de doctorado, Economía, Chicago, 1977); y «Aspectos econômicos da organizacão do trabalho da economia cafeeira do Rio de Janeiro, 1850-1880», *Revista Brasileira de Economia* (1978).

Estudios generales sobre industrias o economías esclavistas regionales son los de Stanley J. Stein, *Vassouras, a Brazilian coffee county, 1850-1900* (Cambridge, Mass., 1957); Peter L. Eisenberg, *The sugar industry in Pernambuco, 1840-1910* (Berkeley, 1974); y Maria Thereza Schorer Petrone, *A lavoura canavieira em São Paulo* (São Paulo, 1968). Panorama general del régimen de plantación cafetalera, en C. F. van Deldein Laerne, *Brazil & Java: report on coffee culture in America, Asia and Africa* (Londres, 1885), y Alfonso de E. Taunay, *Historia do cafe no Brasil* (15 vols., Río de Janeiro, 1939-1943).

La insólita economía rural de Minas Gerais durante el siglo XIX ha sido tema de debate en tiempos recientes, como cabe verse en Amilcar Martins Filho y Roberto B. Martins, «Slavery in a non-export economy: Minas Gerais revisited», *Hispanic American Historical Review,* 63/3 (1983) —con comentarios de Robert Slenes, Warren Dean, Eugene Genovese y Stanley Engerman y sus réplicas en *ibid.,* 64/1 (1984). El papel especial que la esclavitud desempeña en una economía marginal local, es examinado en varios excelentes artículos por Luiz R. B. Mott, en particular «Pardos e pretos em Sergipe, 1774-1851», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros,* 18 (1976). Finalmente, la obra clásica de Sebastião Ferreira Soares, *Notas estadísticas sobre a produção agrícola... no império do Brasil* (Río de Janeiro, 1860) sigue siendo fundamental para el estudio de la producción agrícola a mediados del siglo.

Menudean los estudios sobre plantaciones o familias plantadoras, como los de Herbert H. Smith, *Uma fazenda de café no tempo do império* (Río de Janeiro, 1941); Carlota Pereira de Queiroz, *Um fazendeiro paulista no século XIX* (São Paulo, 1965); Eduardo Silva, *Barões e escravidão. Tres generações de fazendeiros e a crise da estructura escravista* (Río de Janeiro, 1984); y José Wanderley de Araujo Pinho, *Historia de um engenho do Reconcovo..., 1522-1944* (Río de Janeiro, 1946); junto con la obra clásica de Gilberto Freyre.

La esclavitud urbana se estudia en Mary C. Karash, «From porterage to proprietorship: African occupations in Rio de Janeiro, 1808-1850» en Engerman y Genovese, compils., *Race & slavery in the western hemisphere* (Princeton, 1975); y *Slave life and culture in Rio de Janeiro, 1808-1850* (Princeton, 1986). El único estudio importante sobre la esclavitud industrial es el de Douglas Cole Libby,

Travalho escravo e capital estrangeiro no Brasil (Belo Horizonte, 1984). Gilberto Freyre en *O escravo nos anuncios dos jornais brasileiros do século XIX* (Recife, 1963), examina sobre todo las condiciones de vida urbana. La migración del norte al sur de esclavos mayormente urbanos está descrita en Evaldo Cabral de Melo, *O norte agrário e o império* (Río de Janeiro, 1984).

Para la esclavitud en la Guayana francesa durante este período, son de utilidad los estudios de Ciro Flamarion Cardoso, *Economia e sociedade em áreas periféricas: Guiana francesa e Pará (1750-1817)* (Río de Janeiro, 1984); Marie Louise Marchand-Thebault *et al.*, «L'esclavage en Guyane française sous l'ancien régime», *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, 48 (1960); y, por último, Jean-Marcel Hurault, *Françaises et indiens en Guyane* (París, 1972). A éstos hay que agregar los trabajos generales ya mencionados para las Indias Occidentales francesas, que incluyen también las colonias de la misma nación en el continente. Otro tanto ocurre con la Guayana británica, tratada en las obras sobre las Indias Occidentales británicas ya citadas. A ellas se añaden Alan H. Adamson, *Sugar without slaves. The political economy of British Guiana, 1838-1904* (New Haven, 1972); y Jay R. Mandle, *The plantation economy, population and economic change in Guyana, 1838-1960* (Filadelfia, 1973).

El caso holandés cuenta también con una bibliografía amplia. Cornelis Ch. Gosling, *A short history of the Netherlands Antilles and Surinam* (La Haya, 1979) brinda una buena introducción. La mejor historia social de la colonia es de R. A. J. Van Lier, *Frontier society. A social analysis of the history of Surinam* (La Haya, 1971). Estudios más detallados sobre temas específicos son los de R. M. N. Pandy, *Agriculture in Surinam, 1650-1950* (Amsterdam, 1959); y Silvia W. de Groot, *From isolation towards integration. The Surinam maroons and their colonial rulers..., 1845-1863* (La Haya, 1977), y «The maroons of Surinam: agents of their own emancipation», trabajo presentado en la Universidad de Hull en julio de 1983. Humphrey E. Lamur, «Demography of Surinam plantation slaves in the last decade before emancipation: the case of Catrarina Sophia», en Vera Rubin y Arthur Toden, compils., *Comparative perspective in New World plantation societies* (Nueva York, 1977), analiza la fuerza de trabajo en una plantación.

Capítulo 7: *Vida, muerte y familia en las sociedades afroamericanas de esclavos*

Los estudios modernos sobre la trata atlántica comienzan con el trabajo de Gaston-Martin, *Nantes au XVIIIe siècle. L'ère des négriers (1774-1784)* (París, 1931); y con la excelente colección documental de Elizabeth Donnan, *Documents illustrative of the history of the slave trade to America* (4 vols., Washington, D. C., 1930). Los trabajos siguientes datan apenas de las tres últimas décadas. Con el fundamental trabajo de Philip Curtin, *The Atlantic slave trade: a census*, publicado en 1969, confluyen publicaciones sobre varios aspectos de la trata. Así, Jean-Meyer, *L'armament nantais dans la deuxième moitié du XVIII siècle* (París, 1969), y Roger Anstey, *The Atlantic slave trade and British abolition* (Londres, 1975) comenzaron a reconstruir en detalle la organización comercial y las ganancias de la trata; Herbert S. Klein, *The middle passage. Comparative studies in the Atlantic slave trade* (Princeton, 1978) se ocupó de la mortalidad transatlántica y las formas en que las principales naciones comprometidas en la trata transportaban a los esclavos; mientras António Carreira, *As companhias pombalinas de navegação, comercio e tráfico de escravos entre a costo africana e nordeste bra-*

sileiro (Oporto, 1969); Pierre Verger, *Flux et reflux de la traite des nègres entre le golfe de Bénin et Bahia de Todos os Tantos, du dix-septième au dix-neuvième siècle* (París, 1968); y Manuel dos Anjos da Silva Rebelo, *Relações entre Angola e Brasil, 1808-1830* (Lisboa, 1970) inauguraron los estudios sistemáticos sobre la trata portuguesa destinada a Brasil.

Para la trata de la América española, los estudios locales más destacados son los de Elena F. S. Studer, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* (Buenos Aires, 1958); Jorge Palacios Preciado, *La trata de negros por Cartagena de Indias* (Tunja, Colombia, 1973); y los antes mencionados de Chandler (1981) y Palmer (1981) sobre la trata en la costa norte y noroeste de Sudamérica. El libro de Bibiano Torres Ramírez, *La compañía gaditana de negros* (Sevilla, 1973) versa sobre el monopolio ejercido en el siglo XVIII por esa compañía; para el tráfico anterior, Enriqueta Vila Vilar, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos. Los asientos portugueses* (Sevilla, 1977) y María Vega Franco, *El tráfico de esclavos con América... 1663-1674* (Sevilla, 1984) revisan y agregan cifras a la obra previa de George Scelle, *La traite négrière aux Indes de Castille* (2 vols., París, 1906). Por último, Robert Louis Stein, *The French slave trade in the eighteenth century. An Old Regime business* (Madison, 1979) complementa la labor de Meyer (1969) y Gaston-Martin (1931).

Sobre la trata, existen también importantes compilaciones de artículos, como las de Roger Anstey y P. E. H. Hair, compils., *Liverpool, the African slave trade and abolition* (Liverpool, 1976); Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn, compils., *The uncommon market: essays on the economic history of the transatlantic slave trade* (Nueva York, 1976); y la ya citada de Inikori (1982). La trata del siglo XIX es objeto ahora de intenso estudio; buena parte de este material se encuentra recogido en David Eltis, *The nineteenth century Atlantic slave trade* (Nueva York, 1986).

Un animado debate sobre la rentabilidad de la trata figura en los recientes artículos de J. E. Inikori, R. P. Thomas y R. N. Bean, entre otros. Un resumen del mismo es recogido en dos artículos de B. L. Anderson y David Richardson, «Market structure and profits of the British African trade in the late eighteenth century», *Journal of Economic History,* XLIII (1983); e *ibid.*, XLV (1985). Lovejoy (1982), en el artículo antes mencionado, actualiza el debate sobre las cantidades de esclavos transportadas. Equiparable con la colección hecha por Donnan, es la de Jean Mettas, *Répertoire des expéditions négrières françaises au XVIII siècle* (2 vols., París, 1978-1984).

De los estudios generales nuevos, el más útil es el de François Renault y Serge Daget, *Les traites négrières en Afrique* (París, 1985). Las condiciones sanitarias de los esclavos durante la travesía son analizadas también en los libros de Palmer (1981), de Chandler (1981) y en uno reciente de Franz Tardo-Dino, *Le collier de servitude, la condition sanitarie des esclaves aux Antilles françaises du XVIIe au XIX siècle* (París, 1985). Un panorama general sobre el problema de la salud en los esclavos lo brinda Kenneth P. Kiple, *The Caribbean slave: a biological history* (Cambridge, 1985).

Finalmente, las repercusiones de la inmigración esclava sobre las poblaciones locales fueron primero analizadas por Jack E. Eblen, «On the natural increase of slave populations: the example of the Cuban black population, 1775-1900», en la compilación ya citada de Engerman y Genovese (1975). El mismo tema viene expuesto para Brasil en los trabajos ya mencionados de Slenes (1976) y Carvalho de Melo (1983); para las Indias Occidentales británicas en Higman (1984), Cratan (1978) y en dos artículos de Herbert S. Klein y Stanley L. Engerman, «Fertility

differentials between slaves in the United States and the British West Indies: a note on lactation practices and their implications», *William and Mary Quarterly,* 35/2 (1978), y «A demografia dos escravos americanos», in Maria Luiza Marcílio, compil., *População e sociedades. Evolução das sociedades pré-industriais* (Petrópolis, 1984).

Capítulo 8: *Comunidades esclavas y cultura afroamericana*

De la cultura afroamericana, la expresión y la organización religiosas son los componentes más estudiados. Los trabajos principales en este campo se deben a antropólogos, psicólogos y sociólogos, entre quienes destacan Meville Herskovits, Alfred Métraux y Roger Bastide. Buena parte de la información ha sido resumida por Bastide, *African civilization in the New World* (Nueva York, 1971). La bibliografía contenida en esta obra puede complementarse con las revisiones más recientes de Angelina Pollak-Eltz, *Cultos afroamericanos* (Caracas, 1977) y de George E. Simpson, *Black religions in the New World* (Nueva York, 1978). El estudio clásico sobre el vudú es el de Alfred Métraux, *Voodoo in Haiti* (Londres, 1949). Roger Bastide, *Les religions africaines aux Brésil* (París, 1960) ha escrito un libro decisivo sobre el candomblé y otros cultos afrobrasileños. Meville Herskovits, *The myth of the Negro past* (ed. revisada, Nueva York, 1958) es una buena introducción a las prácticas religiosas de las colonias de habla inglesa. Para Cuba, el trabajo rector sigue siendo el de Fernando Ortiz, *Los negros brujos* (La Habana, 1906). Sobre la influencia recíproca entre las religiones africanas y afrocubanas y la cultura, la mejor fuente es la autobiografía de Esteban Montejo en Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón* (México, 1968).

En relación con la participación de elementos africanos y afroamericanos en la iglesia católica, la región mejor estudiada es Brasil. Aquí descuellan los trabajos de A. J. R. Russell-Wood, *Fidalgos and philantr' pists* (Berkeley, 1968); «Black and mulatto brotherhoods in colonial Brazil», *Hispanic American Historical Review,* 54/4 (1974); y su nuevo libro (1982) antes mencionado. Excelente estudio sobre una cofradía es el de Julita Scarano, *Devoção e escravidão: a irmandade de N. S. do Rosário dos Pretos no distrito diamantino no século XVIII* (São Paulo, 1970).

Dos compilaciones recientes brindan una abundante información sobre las lenguas afroamericanas: Dell Hymes, compil., *Pidginization and creolization of languages* (Cambridge, 1971); y A. Valdman, compil., *Pidgin and creole linguistics* (Bloomington, 1977). También útil para el caso de Brasil es Yeda Pessoa de Castro, «Os falares africanos na interação social do Brasil colonial», *Centro de Estudos Baianos,* 89 (1980).

Sobre la distribución por ocupaciones en la plantación, la mejor información se halla en los estudios de Schwartz (1985) sobre Bahía, de Stein (1957) sobre las haciendas cafetaleras de Vassouras, y de Debien (1974) y de Vanony-Frisch (1985) sobre las «habitations» de café y de azúcar en las Indias Occidentales francesas. Las condiciones de vivienda van tratadas en Debien y en los importantes trabajos sobre la esclavitud de Cuba en el siglo XIX de Levi Marrero (1983-1984) y Moreno Fraginals (1978).

La familia ha sido estudiada ampliamente en relación con la esclavitud norteamericana; en Latinoamérica y el Caribe, como tema de investigación ha empezado hace poco. Como lectura básica, son imprescindibles Herbert S. Gutman, *The black family in slavery and freedom, 1750-1925* (Nueva York, 1976) y las

críticas formuladas recientemente a su posición por Jo Ann Manfra y Robert R. Dykstra, «Serial marriage and the origins of the black step family: the Rowanty evidence», *Journal of American History,* 72/1 (1985). Hay varios estudios sobre el matrimonio y la familia en los esclavos de Brasil. Entre ellos, véanse Richard Graham, «Slave families on a rural estate in colonial Brazil», *Jornal of Social History,* 9/3 (1975); Iraci de Enro da Costa and Horacio Gutiérrez, «Nota sobre casamentos de escravos em São Paulo e no Paraná (1830), *História: Questões e Debates* (Curitiba) V/9 (1984); capítulo 14 en Schwartz (1985); y dos ensayos de Robert Slenes, «Slave marriages and family patterns in the coffee regions of Brazil, 1850-1883», trabajo presentado en la American Historical Association, diciembre de 1978; y «Escravidão e familia: padrões de casamento e estabilidades familiar numa comunidades escrava (Campinas, século XIX)», trabajo presentado en el IV Encontro de Associação Brasileira de Estudos Populacionais, 1984. Nuevos planteos en relación con la familia en latifundios y una crítica del modelo de Freyre se encuentran en Eni de Mesquita Samana, *A familia brasileira* (São Paulo, 1983). Para las Indias Occidentales, las inglesas cuentan con la mayor cantidad de investigaciones, entre ellas las de Barry W. Higman, «African and Creole slave family patterns in Trinidad», *Journal of Family History,* 3/2 (1978); y Michael Craton, «Changing patterns of slave family in the British West Indies», *Journal of Interdisclplinary History,* 10/1 (1979).

Capítulo 9: *Resistencia y rebeliones de esclavos*

La estructura legal de la esclavitud viene expuesta en este libro según varias fuentes. Para los antecedentes en Europa, sirve el volumen primero de Charles Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe.* En Herbert Klein, *Slavery in the Americas,* ya citado, se consideran los códigos españoles. Para las legislaciones de Portugal y Brasil, véanse los libros ya mencionados de Saunders (1982) y de Malheiro (1966) respectivamente. Los códigos franceses. van analizados en Antoine Gisler, *L'esclavage aux Antilles françaises (XVIe-XVIIe siècle)* (ed. revisada, París, 1981). Este cabe complementarlo con el estudio de Yvan Debbasch sobre los libres de color, incluido en la bibliografía del capítulo siguiente. Uno de los pocos análisis detallados sobre los precedentes judiciales usados por tribunales es el de Norman A. Meiklejohn, «The implementation of slave legislation in eighteenth-century New Granada», en Robert Toplin, compil., *Slavery and race relations in Latin America* (Westport, Conn., 1974).

Sobre el cimarronaje hay una extensa bibliografía. Como información básica es útil la compilación realizada por Richard Price, compil., *Maroon societies. Rebel slave communities in the Americas* (Nueva York, 1973). La obra clásica para las Indias Occidentales francesas es la de Yvan Debbasch, «La marronnage: essai sur la désertion de l'esclavage antillais», *L'Année Sociologique,* publicada en dos partes en 1961 y 1962.

Abundan, asimismo, los trabajos sobre Palmares y los quilombos brasileños Para Palmares, obras clásicas son las de Décio Freitas, *Palmares, a guerra dos escravos* (4.ª ed., Río de Janeiro, 1982); de Ernesto Ennes, *As guerras nos Palmares* (Río de Janeiro, 1958); y de Edison Carneiro, *O quilombo dos Palmares* (Río de Janeiro, 1966). Buena revisión de la extensa bibliografía sobre los quilombos se halla en Clóvis Moura, *Rebeliões de senzala, quilombos, insurreições, guerrilhas* (3.ª ed., São Paulo, 1983). El mejor estudio existente sobre las grandes revueltas en Bahía es el de João José Reis, «Slave rebellion in Brazil: the African muslim

uprising in Bahia, 1835» (tesis de doctorado, Minnesota, 1982). Estudio provechoso sobre la amplia participación de esclavos fugitivos en una rebelión general es el de Maria Januária Vilela Santos, *A Balaiada e a insurreição de escravos no Maranhão* (São Paulo, 1983).

Sobre las tempranas conspiraciones y rebeliones en la América española, el mejor trabajo es el de Carlos Federico Guillot, *Negros rebeldes y negros cimarrones: perfil afroamericano en la historia del Nuevo Mundo durante el siglo XVI* (Buenos Aires, 1961). Estudios detallados de algunos movimientos son los de María del Carmen Borrego Plá, *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVIII* (Sevilla, 1973); el artículo ya mencionado de David Davidson (1966) sobre México en los siglos XVI y XVII; sobre comunidades cimarronas y revueltas de esclavos mexicanos en el siglo XVIII, Patrick J. Carroll, «Mandinga: the evolution of a Mexican runaway slave community, 1735-1827», *Comparative Studies in Society and History*, 19/4 (octubre 1977) y Adriana Naveda Chávez-Hita, «La lucha de los negros esclavos en las haciendas azucareras de Córdoba en el siglo XVIII», *Anuario del Centro de Estudios Históricos* (Xalapa), II (1980); sobre Venezuela, Federico Brito Figueroa, *Insurrecciones de esclavos negros en Venezuela colonial* (Caracas, 1960). Buena introducción para las complejas pautas de rebelión en las colonias británicas del Caribe y de Sudamérica es el libro de Michael Craton, *Testing the chains. Resistance to slavery in the British West Indies* (Ithaca, 1982).

Sobre la rebelión haitiana, el estudio de C. L. R. James, *The black jacobins* (2.ª ed., Nueva York, 1963) sigue siendo la obra de consulta clásica. Añádanse Geggus (1982) y los trabajos por él citados. Torcuato Di Tella, *La rebelión de esclavos de Haití* (Buenos Aires, 1984) propone una reinterpretación del movimiento. Los acontecimientos en Guadalupe los expone Germain Saint-Ruf, *L'epopée Delgres. La Guadeloupe sous la Révolution Française (1789-1802)* (2.ª ed., París, 1977).

La violencia entre los esclavos y la dirigida contra ellos cuenta con algunos estudios interesantes. El crimen entre los esclavos urbanos lo tratan Suley Robles de Queiroz, *Escravidão negra em São Paulo. Um estudo das tensões provocadas pelo escravismo no século XIX* (Río de Janeiro, 1977), y Leila Mezan Algranti, «O feitor austente, estudo sobre a escravidão urbana no Rio de Janeiro, 1808-1821» (tesis de maestría, Universidad de São Paulo, 1983). Los crímenes contra el esclavo han merecido la atención de José Alipio Goulart, *Da fuga ao suicidio: aspectos da rebeldia dos escravos no Brasil* (Río de Janeiro, 1972) y *Da palmatoria ao patibulo (castigos de escravos no Brasil)* (Río de Janeiro, 1972); y Ariosvaldo Figueiredo, *O negro e a violencia do branco (o negro em Sergipe)* (Río de Janeiro, 1977).

Capítulo 10: *Libertos en las sociedades esclavistas*

La introducción más acabada al tema de los libres de color en tiempos de esclavitud se halla en la compilación hecha por David W. Cohen y Jack P. Greene, compils., *Neither slave nor free: the freedmen of African descent in the slave societies of the New World* (Baltimore, 1972). El trabajo modelo sobre esa particular clase de libres para las Indias Occidentales francesas es el de Yvan Debbasch, *Couleur et liberté. Le jeu du critère ethnique dans un ordre juridique esclavagiste* (París, 1967). Aparte de los artículos sobre Brasil de A. J. R. Russell-Wood para los siglos XVII y XVIII y de H. S. Klein para el XIX en la compilación de Cohen

y Greene recién citada, el libro de Russell-Wood (1982) también contiene sugerencias interesantes.

Acerca de los orígenes de esta clase, la mayor y mejor parte de los estudios hechos versa sobre sociedades latinoamericanas. Los inició el artículo de Katia M. de Queiros Mattoso, «A propósito de cartas de alforria —Bahía, 1779-1850», *Anaias de História* (Assis, São Paulo), 4 (1972), artículo donde llama la atención sobre las manumisiones como fuentes fundamentales de información. Esta investigadora redondeó luego su trabajo con «A carta de alforria como fonte complementaria para o estudo de rentabilidade de mão de obra escrava urbana, 1819-1888», en Carlos Manuel Pelaez y Mircea Buescu, compils., *A moderna história econômica* (Río de Janeiro, 1976). El período colonial es analizado por Stuart B. Schwartz, «The manumission of slaves in colonial Brazil: Bahia, 1684-1745», *Hispanic American Historical Review,* 54/4 (1974). A estos estudios sobre Bahía, siguieron los detallados análisis sobre la manumisión en Paraty, centro productor y destilador de azúcar, efectuados por James P. Kiernan, «Baptisms and manumission in Brasil: Paraty 1789-1822», *Social Science History,* 3/1 (1978). Usando como modelo estos trabajos sobre Brasil, realizó Lyman L. Johnson su estudio sobre «Manumission in colonial Buenos Aires, 1776-1810», *Hispanic American Historical Review,* 59/2 (1979). Un trabajo anterior útil todavía es el de Frederick P. Bowser, «The free person of color in Lima and Mexico City: manumission and opportunity, 1580-1650», en Engerman y Genovese, compils. (1974). Por último, Mary Karasch trata este tema para la ciudad de Río de Janeiro en un libro suyo de próxima publicación (1986).

Sobre las dimensiones demográficas de la clase de color libre, mis datos se basan en Jonnès (1842), Cochin (1861) y diversos censos del siglo XIX de los países considerados. Sobre la condición social de los libres de color, solapada por la de los blancos pobres, mujeres y otros grupos dependientes, versan los trabajos de Maria Sylvia de Carvaldo Franco, *Homens livres na ordem escravocrata* (São Paulo, 1969), y Laura de Mello e Souza, *Desclassificados do ouro. A pobreza mineira no século XVIII* (Río de aJneiro, 1982); sobre las mujeres, el de Maria Odila Leite da Silva Dias, *Quotidiano e poder em São Paulo no século XIX* (São Paulo, 1984). Los blancos pobres, junto con negros y mulatos, son el objeto del estudio de Verena Martínez Alier, *Class and colour in ninteenth centurq Cuba* (Cambridge, 1974).

Capítulo 11: *De la esclavitud a la libertad*

El movimiento abolicionista es situado en su época por David Brion Davis, *The problem of slavery in the Age of Revolution, 1770-1823* (Ithaca, 1976). Sus reflexiones más recientes sobre el tema, pueden leerse en *Slavery and human progress* (Nueva York, 1984). Sobre la campaña para abolir primero la traba y después la esclavitud en el imperio británico y en la América entera, ha de comenzarse con Eric Williams, *Capitalism and slavery* (Chapel Hill, 1944), rebatido luego por Roger Anstey (1975), ya mencionado. El libro de Drescher (1977), así como el de Anstey y Hair (1976) entran en este debate aún en curso. Sobre el proceso de emancipación versa el trabajo de William Green (1976). El cese de la esclavitud en la metrópoli portuguesa lo estudian Francisco C. Falcon y Fernando A. Novais, «A extincão da escravatura africana em Portugal no quadro da política econômica pombalina», *Anais de VI Simpósio Nacional dos Professôres Universitários de História* (São Paulo, 1973).

La campaña llevada a cabo por los ingleses para abolir la trata atlántica ha sido objeto de un intenso escrutinio en los años últimos, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, en trabajos como el de E. Philip LeVeen, *British slave trade suppression policies, 1821-1865* (Nueva York, 1977); Leslie Bethell, *The abolition of the Brazilian slave trade* (Cambridge, 1970); José Capela, *As burguesias portuguesas e a abolição do tráfico da escravatura, 1810-1842* (Oporto, 1979); Arturo Morales Carrión, *Auge y decadencia de la trata negrera en Puerto Rico (1820-1860)* (Río Piedras, 1978); David Murray, *Odious commerce. Britain, Spain and the abolition of the Cuban slave trade* (Cambridge, 1980); y David Eltis y James Walvin, compils., *The abolition of the Atlantic slave trade* (Madison, 1981).

Una rápida exposición sobre la emancipación en la América española en el siglo XIX se halla en Leslie B. Rout, Jr., *The African experience in Spanish America* (Cambridge, 1976). Para Venezuela, un estudio detallado es el de John Lomabardi, *The decline and abolition of Negro slavery in Venezuela, 1820-1854* (Westport, Conn,. 1971). Acerca del desarrollo del abolicionismo en Cuba, Puerto Rico y España, véase Arthur F. Corwin, *Spain and the abolition of slavery in Cuba, 1817-1886* (Austin, 1967). La experiencia de Argentina con la abolición y después de ésta, la expone George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900* (Madison, 1980). El análisis más importante sobre los últimos años de esclavitud en Cuba es el de Rebecca J. Scott, *Slave emancipation in Cuba the transition to free labor* (Princeton, 1985). Para una evaluación de las expectativas de los plantadores en relación con la esclavitud tal como se reflejaban en los precios pagados por los esclavos, véase Manuel Moreno Fraginals, Herbert S. Klein y Stanley L. Engerman, «Nivel y estructura del precio de los esclavos en las plantaciones de Cuba a mediados del siglo XIX: un estudio comparado», *Revista de Historia Económica,* 1/1 (1983).

Hay gran cantidad de obras que tratan el proceso de emancipación en Brasil. El examen más reciente se debe a Suely R. Reis de Queiroz, *A abolicão da escravidão* (São Paulo, 1982), quien cita numerosos estudios regionales y locales. Los dos trabajos más importantes sobre los años finales son los de Robert Toplin, *The abolition of slavery in Brazil* (Nueva York, 1972) y de Robert Conrad, *The destruction of Brazilian slavery, 1850-1888* (Berkeley, 1972). Entre los estudios regionales más detallados están los de Ronald Marcos dos Santos, *Resistencia e superação do escravismo na provincia de São Paulo, 1885-1888* (São Paulo, 1980) y Diana Soares de Galliza, *O declino da escravidão na Paraíba, 1850-1888* (João Pessoa, 1979). Un animado debate acerca de las causas de la abolición puede leerse en Paula Biguelman, «The destruction of modern slavery: the Brazilian case», *Review* (The Fernand Braudel Center), 6/3 (1983); J. H. Galloway, «The last years of slavery in the sugar plantations of Northeastern Brazil», *Hispanic American Historical Review,* 51/4 (1971); y Jaime Reis, «The impact of abolitionism in Northeastern Brazil», en Rubin y Tuden, compils. (1977).

Para una exposición general de la transición de la mano de obra esclava a la libre, véase Manuel Moreno Fraginals *et al., Between slavery and free labor: the Spanish speaking Caribbean in the nineteenth century* (Baltimore, 1985). El modelo que presento aquí en este libro fue por cierto elaborado en primer lugar por Herbert S. Klein y Stanley L. Engerman, «Del trabajo esclavo al trabajo libre: notas en torno a un modelo económico comparativo», *HISLA. Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social* (Lima) 1/1 (1983). La transición en Brasil ha sido expuesta por Emilia Viotti da Costa, *Da senzala à colonia* (São Paulo, 1966); Warren Dean, *Rio Claro... 1820-1920* (Stanford, 1976); Thomas H. Ho-

lloway, *Immigrants of the land: coffee and society in São Paulo, 1886-1934* (Chapel Hill, 1980); Eisenberg (1974); y Jaime Reis, «From *bangue to usina:* social aspects of growth and modernization in the sugar industry of Pernambuco, Brazil, 1850-1920», in Kenneth Duncan y Ian Rutledge, compils., *Land and labor in Latin America* (Cambridge, 1977). Examen general sobre mano de obra contratada después de la emancipación, en Stanley L. Engerman, «Contract labor, sugar and technology in the nineteenth century», *Journal of Economic History,* 43/3 (1983).